

ZAHARA
C. ORDÓÑEZ

EL
LINCE
Y EL
CLAVEL

Destinos en la Tormenta 2

Selecta



El Lince y el Clavel
Serie Destinos en la tormenta 2

Zahara C. Ordóñez

Selecta

A los que dejan que la lluvia los moje y el amor les bese el alma.

Capítulo 1

*G*alicia, marzo de 1846

De todas las cosas que pensé que tendría que hacer en la vida, ver casarse a la mujer que amaba no era una de ellas. Dicen que el ser humano ha sido creado para ser resiliente y soportar los envites del destino, por duros que estos sean, pero estoy seguro de que cuando dicen eso olvidan los que te da el amor. El amor golpea casi tan fuerte como la muerte. De hecho, si hiciera caso a algunos poetas, ambos vendrían de la mano. En el pulso que el amor y yo habíamos jugado, salí perdiendo. Herido de gravedad, me había retirado. Lo había hecho porque amar es desear la felicidad del otro, y su felicidad no estaba conmigo.

He oído que el tiempo cura las heridas; sin embargo, lo que no me dijeron es que, cuando algo duele, el tiempo cobra proporciones de infinito. Querría decir que el dolor había quedado atrás; hablar de él en pasado; decir que el corazón ya no me quemaba cuando pensaba en ella; que su nombre se había diluido en mi memoria como gotas de lluvia en un charco. Querría decir que ya no la amaba. Que no me importaba que sus labios besasen los de otro. Podría decirlo, pero mentiría. Mentiría del mismo modo que le había mentido a ella al decirle que entendía que lo amase a él; que sin ella en mis brazos iba a poder seguir respirando. Mentiría del mismo modo que mentí al tenerla de nuevo frente a mí, mientras ella me miraba con esa sonrisa que era para mí el mismo cielo, y pronunciaba un «¿estás bien?» con sus labios de miel. Esos labios en los que había imaginado mis besos. Besos que habían emprendido el vuelo para no regresar jamás.

«No. No lo estoy», quise responder. «Nunca lo estaré si no te tengo a mi lado».

Quizá debí decirle eso la última vez que nos vimos, mas elegí su felicidad por encima de la mía y ya no había marcha atrás. Ahora tenía que seguir mintiendo.

—Sí, Victoria. Estoy bien. —Sonreí, aunque por dentro me estuviera quebrando. Aunque mi corazón no fuera ya más que un cristal roto en cientos de esquirlas—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Ella se acercó despacio a mí. En aquel jardín preñado de hortensias y altos árboles de hojas verdes, con su blanco vestido de novia, se me antojó una de esas ninfas de los cuentos que mi madre me solía narrar cuando era pequeño.

—Bien. Estoy bien —dijo, y extendió sus manos para coger las mías—. ¿Por qué no estás en el banquete con el resto?

Victoria y Elías habían querido casarse en aquel lugar del fin del mundo, y después de una sencilla ceremonia en la iglesia, nos habían hospedado en un pazo señorial propiedad de unos amigos de los Vergara, donde habían celebrado un banquete en los jardines. Aunque el día había amanecido gris, la lluvia había dado algo de tregua y el sol hizo acto de presencia, jugando a esconderse entre los nubarrones que surcaban el cielo. Sus formas se pintaban sobre la hierba, y sobre la bella e imponente construcción de granito que se alzaba entre ellos y que imitaba a los viejos castillos de época medieval, con tres torres cuadradas y almenadas de distintas alturas. En contraste con su aspecto fortificado, las ventanas estaban formadas por una triple arcada apoyada en columnas esbeltas con capiteles corintios y adornadas con hermosas vidrieras emplomadas. La hiedra trepaba por la fachada dibujando caprichosas formas y dándole verdor a la piedra.

—Solo estaba paseando —me excusé, tomando sus manos, tan cálidas como las recordaba—. Necesitaba un poco de aire.

Me miró con gesto comprensivo.

—¿Demasiada gente?

—Demasiada gente y...

Agaché la vista y la clavé en el suelo. No quise terminar la frase para no molestarla, pero la verdad es que me sentía como un bicho raro rodeado de tanto señoritingo. A pesar de lo precipitado de la boda, a esta había acudido lo mejor de la sociedad de varias capitales españolas y también del extranjero. Gente que tenía una decena de apellidos, algunos impronunciados, así como todos los socios comerciales de Rafael, el hermano de Victoria. Me sentía perdido entre conversaciones que no comprendía y todas se me antojaban terriblemente insustanciales. Ni siquiera la compañía de Lily y Bernardo, que a ratos hablaban conmigo, a ratos con el resto de comensales de nuestra mesa, me hizo menos difícil el trago. Si mi madre o mi hermana hubieran estado allí, al menos habría tenido a alguien con quien hablar, pero mi madre no quería dejar la venta sola, y Gabriela aún no se encontraba con ánimos como para emprender aventura alguna y menos aún si esta tenía que ver con el enlace de Elías. Aunque se habían separado de forma amistosa y de mutuo acuerdo, los sentimientos pueden ser traicioneros. Y yo... yo debí quedarme en Madrid estudiando, y no acudir a esa boda que me rompía en mil pedazos. Sin embargo, tras más de cuatro meses sin ver a Victoria, las ganas de estar con ella pudieron más que cualquier otro juicio emitido por mi razón, esa que parecía abandonarme cada vez que me hallaba frente a ella. Qué estúpido había sido al decir que sí cuando recibí la carta en la que me invitaba al enlace. Yo ya no sabía si la estupidez me era inherente o el amor me había vuelto imbécil, pero acepté estar allí y ahora tenía que tragar saliva, aunque tuviera la garganta llena de sangre por las palabras que quería decirle y que iban allí a morir sin llegar jamás a mis labios.

—Ya sé que no estás cómodo —dijo ella con voz triste—. Quizá no debí pedirte que vinieras.

Levanté la vista, negué con la cabeza y me forcé a sonreír.

—De verdad. No te preocupes por mí. Hoy es tu gran día. —Alcé una de mis manos y la apoyé en su mejilla. Victoria dibujó en sus labios una sonrisa que aceleró mi corazón.

—Gracias —dijo posando su mano sobre la mía—. Al menos espero que estés disfrutando de la comida.

Teniendo en cuenta mis tribulaciones, todas aquellas exquisiteces me supieron amargas, pero fingí una vez más que no era así.

—Sí, y ojalá supiera pronunciar el nombre de los platos. La mitad están en francés.

Victoria se echó a reír. Retiró su mano y sentí aquel vacío de forma intensa. Como si me hubieran quitado la piel. Alejé yo también la mía de su rostro y la bajé, apretando el puño después. No sabía si para atesorar el tacto que aún me quedaba de ella, o para acallar mis anhelos con la fuerza.

—¿Cómo van tus estudios? —preguntó—. Espero que el teatro no te esté alejando mucho de tus obligaciones.

—No son como me los imaginaba. Yo solo quiero estudiar Medicina y estoy haciendo de todo menos eso. Todavía quedan algunos años hasta que pueda ir a la facultad mayor.

—Podría ayudarte. Mi hermano conoce a gente que...

La interrumpí.

—No quiero que uses tus influencias para situarme en un lugar al que puedo llegar por mí mismo. Bastante es que he aceptado tu ayuda económica. Casi cada día me recuerdan que es el hombre quien ha de proveer a la mujer, y no al revés.

—La gente siempre murmura más de lo que debe. No les echas cuentas. Solo soy una amiga ayudando a un amigo.

«Una amiga...». Esa palabra casi me dolía. Estar plantado en esa frontera me quemaba los pies.

—Conseguiré que te adelanten el examen de bachiller para que puedas ir cuanto antes a la facultad.

—Y da igual lo mucho que intente impedirte, ¿verdad?

—Exactamente. —Sonrió de nuevo.

—Está bien. Me rindo. Contigo siempre me toca rendirme y aceptar lo que tú decidas. —No pude evitar que mi tono de voz revelase las verdades que guardaba mi corazón. Ella, sabedora de mis secretos, me miró atribulada. Había en sus ojos un perdón que supe leer, pero que no me consolaba.

—Nicolás, dijiste que...

—Sé lo que dije —la interrumpí. No pude más y hablé, ignorando lo que aconsejaba la prudencia—. Sé que te tuve en mis brazos y que no rechisté cuando me hablaste de tus sentimientos por él; que te escribí diciendo que todo estaba bien, que la herida de mi corazón casi se había cerrado. Sé que te dije que me alegraba de que fuerais a casaros. ¿Y sabes lo que sé también? Que te he querido como nunca quise a nadie. Que aún lo hago. Por eso siempre tienes las de ganar, Victoria. Por eso siempre diré que sí a cuanto me pidas.

Ella tomó aire y después lo soltó despacio. Tuve la impresión de que se encontraba mal. De que la intensidad de mis palabras la había herido. Y me sentí terrible, pues lo último que quería era hacerle daño. Victoria aferró mi antebrazo por unos segundos para no ceder al mareo que leí en la palidez que embargó su rostro de forma repentina.

—¿Estás bien? —pregunté preocupado.

Ella negó con la cabeza y volvió a tomar aire. La agarré atrayéndola hacia mi pecho y cobijándola en él.

—Debe de ser agotamiento. No es que Málaga esté a la vuelta de la esquina y un viaje tan largo cansaría a cualquiera —le dije—. Además, seguro que has hecho más de lo que debías para que todo saliera hoy a la perfección.

—No es eso... —murmuró ella.

Temí que algo la estuviera enfermando y la tomé por los hombros, apartándola un poco de mí y mirándola con gesto serio. Alzó la vista y me perdí en sus ojos negros hasta que habló.

—Espero un hijo de Elías.

—¿Qué...? —La voz me salió entrecortada—. ¿Cómo...?

Ella se ruborizó y agachó la mirada.

—Creo que sabes bien cómo se hacen los hijos, Nicolás. No le pidas a una dama que te lo explique.

—Yo... —La capacidad de unir las palabras para formar una frase parecía haberme abandonado—. ¿Cuándo? Os acabáis de casar.

Victoria no despegó los ojos del suelo.

—¿Hace cuánto tiempo lo sabes? —insistí.

—Poco después de regresar a Málaga.

No me costó demasiado atar cabos. La noche que Elías pasó en la venta; el día que los encontré juntos en el campo con las ropas deslavazadas...

—¿Quieres decir que llevas un hijo de cuatro meses en tu vientre?

Un «sí» salió con miedo de los labios de Victoria, sin mirarme aún.

—Por eso habéis celebrado la boda tan aprisa —murmuré.

Mientras yo me moría de amor por ella, ella se arrojaba a los brazos de él, sin condiciones. La miré con una mezcla de sorpresa y enfado.

—Qué idiota he sido. Pensé que en algún momento había tenido posibilidades contigo. Que una parte de tu corazón estaba conmigo.

—Y lo estaba —dijo, y me miró. Su rostro seguía algo pálido y se turbó todavía más al ver un reproche en el mío.

—¿Cómo puedes decir eso cuando no dudaste en entregar tu cuerpo a él?

—No me lo preguntes, Nicolás. Yo... Es complicado de explicar.

—No es complicado, Victoria. Di la verdad: es imposible. No se puede explicar aquello que jamás ha existido. Nunca sentiste nada por mí y fui un idiota por llegar a pensar que había algo de amor en ti. No había nada. —Me aparté de ella y eché a caminar alejándome unos pasos, hasta que me detuve, dándole la espalda. Un nudo se formó en mi garganta y me quebró la voz al decir las siguientes palabras—. Solo compasión por el solitario chico de la venta.

—No digas eso. —La oí murmurar. Su voz también salió trémula—. Te quise. Y te quiero.

—Pero no lo suficiente. Nunca seré lo suficiente para nadie. —Había pretendido que aquello se quedase en un mero pensamiento, pero salió de mis labios sin que yo pudiera evitarlo.

Victoria llegó hasta mi espalda y me abrazó con fuerza. Sentí sus brazos en torno a mí; sus manos aferrándose a mi vientre. Las observé en silencio. El pecho me dolía.

—No digas eso —repitió—. No lo digas, por favor. Tú eres más de lo que nadie podría desear.

—No para ti.

—Pero algún día lo serás para alguien, Nicolás. Estoy segura.

El nudo de mi garganta se tornó de roca. Ya casi no podía ni respirar. Me solté de su abrazo y eché a andar de nuevo.

—Necesito pasear un rato.

—Por favor, no quiero despedirme así de ti. No quiero que haya cuitas entre nosotros.

Me detuve, armándome de valor para mirarla. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, me debatí entre ser comprensivo con ella o seguir soltando lo que llevaba dentro. Una vez más, terminé por diluir mi frustración en el océano de su mirada.

—No es una despedida, Victoria. —Traté de sonreír—. Ojalá fuera capaz de decirte «adiós» para siempre, aunque me temo que eso es algo que nunca pasará. De alguna forma me siento unido a ti, a pesar de que tú...

Ella miró al suelo de nuevo y se mordió el labio inferior, sin duda atribulada.

—Lo siento —murmuró.

—¿Por qué ibas a sentirlo? Solo has hecho lo que tu corazón te ha pedido que hagas. —Caminé de nuevo hacia ella, hasta que estuvimos frente a frente, apenas separados por un palmo—. Yo debí de haber hecho lo mismo. Pelear por ti hasta que no me quedaran fuerzas. Pero quise respetar tus deseos. Ponerlos por encima de los míos. ¿Puedo decir lo mismo de él?

—No la emprendas con Elías. Nunca ha hecho nada que yo no quisiera.

—El perfecto y valiente Elías Marín. Solo siento dolor cuando pienso en él y en ti —dije aquello y le pedí a mis lágrimas que no asomasen a mis ojos. No quería que ella me viera llorar.

—Nicolás... —Pronunció mi nombre con cariño—. Algún día dejarás de amarme y el dolor se irá.

—¿Algún día? ¿Y por qué no hoy? No quiero amarte más, pero no sé cómo hacerlo. No sé dejar de amarte, como tampoco sé odiarte, aunque ganas no me faltan. No sé qué quiero cuando se trata de ti. Me estoy volviendo loco. Estar en Madrid, lejos de ti, es lo mejor que me ha pasado; a pesar de que en los primeros días me faltaba el aire por tu ausencia. Ahora mismo echaría a andar hacia allí y no pararía hasta llegar. Lo que sea con tal de alejarme de tu vera.

Contraviniendo mis palabras, mis pies dieron un paso más hacia ella. Miré sus labios otra vez; hogar donde habrían ido a parar todos mis besos. Hogar en el que mi corazón, desoyendo al dolor y las circunstancias, habría dejado un beso en aquel instante. Incliné la cabeza despacio hacia ella, sin poder controlarme. Sin ser capaz de decirme a mí mismo lo inconveniente de aquello.

Victoria no se movió mientras me miraba con un sentimiento que vi en sus ojos y que me reveló que ella también anhelaba aquel beso. Quizá no por las mismas razones que yo. Quizá solo para darme un regalo de despedida. Para, en aquel momento amargo, decirme «adiós» de forma dulce.

A punto estaban mis labios y los suyos de encontrarse cuando ambos fuimos conscientes de que aquello torcería más las cosas entre nosotros. Puede que me regalase un beso, pero su amor no era para mí. Puede que yo tomase aquel beso, pero sería abrir más la herida de mi corazón. Por eso, en el último instante, ella giró el rostro despacio y yo ladeé el mío. Mis labios encontraron el único hogar que hallarían en el rostro de Victoria: su mejilla. Un beso entre amigos. Un beso entre dos almas afines que una vez se encontraron y que estarían destinadas a no separarse jamás, mas sin entrelazarse nunca del todo. Ella siempre sería mía. Yo siempre sería suyo. Pero nuestro amor no había sido escrito con el fuego de Venus, ni nuestras almas hechas de idéntica materia. Ella era de Elías. Y yo... yo no era de nadie.

Y en medio de aquel instante, una voz irrumpió entre nosotros, pronunciando su nombre.

—Victoria.

Miré tras ella y vi a su hermano, que la llamaba haciéndole señas para que fuera junto a él. Ella giró la cabeza por un instante y asintió, para después volver a fijar sus ojos en mí. Fue a decir algo, pero calló. Quizá porque ya nos lo habíamos dicho todo. Quizá porque quedaba todo por decir. En cualquier caso, besó mi mejilla y se fue en pos de Rafael. La vi alejarse como quien contempla un barco adentrándose en el mar, sabiendo que en algún momento la línea del horizonte se lo tragará y este desaparecerá para siempre; como si nunca hubiera estado; como si su surco sobre las olas jamás hubiera existido.

Cuando la perdí de vista, todas las lágrimas que había aguantado surgieron de mis ojos de forma incontrolada. Apreté los párpados sintiendo cómo estas recorrían mis mejillas. El corazón y la garganta me quemaban y solo tuve ganas de echar a correr. Ojalá hubiera tenido conmigo a Canela para montar en ella y perderme entre los familiares caminos de mi niñez, a tantas leguas de donde me encontraba. Ojalá hubiera tenido también a mi Luna, para acompañarme en los paseos; para verla correr y sentir su alegría cuando lo hacía. Y, a falta de mi yegua, decidí usar mis piernas y correr a toda prisa hasta perderme en aquellos frondosos jardines.

Llegué hasta una zona circundada por altos setos podados con gran precisión, que formaban un pequeño laberinto circular. Entré en ellos sin pararme a pensar si hallaría la salida. Sin pararme a pensar en nada que no fuera correr y correr, hasta desaparecer. Y mientras discurría entre los caminos dibujados por aquellos gigantes verdes, me quité la elegante levita azul que había comprado para el evento. La saqué de mi cuerpo como si con ella pudiera sacar todas mis cargas y la tiré tras de mí sobre la hierba. Al tiempo en que llegaba al centro del laberinto, hice lo mismo con el sombrero y también con el corbatín, que voló arrastrado por el viento hasta posarse sobre unos parterres de claveles rojos preñados de docenas de ellos. Rodeaban una fuente en cuyo centro se erigía la estatua de una dama de largos cabellos ondulados, vestida al uso griego, portando un cántaro a su hombro del que surtía el agua, que caía en cascada hasta el cazo de la fuente. Me detuve en seco, pues advertí, mezclándose con el sonido del agua, el ruido de dos voces airadas que discutían y que provenían, sin lugar a dudas, de una pareja de jóvenes que se hallaba al otro lado de la fuente.

Él, de gran estatura y cuerpo espigado, tenía el cabello trigueño y los ojos rasgados de un verde intenso. Las facciones de su rostro eran redondeadas, de labios pronunciados y nariz recta. Llevaba un chaleco de seda gris y un traje de levita en color crema, impecable, con el sombrero a juego. Por su aspecto y su porte, sin duda era uno de los muchos invitados a la boda. Tal vez uno de los socios comerciales de Rafael o algún aristócrata venido a menos en las últimas revoluciones. Ella, de espaldas a mí, estaba ataviada con un vestido azul celeste. Era menuda y su cabello, de un color castaño con los mismos reflejos rojos que el brandy de Jerez que había llenado mi copa horas antes, se hallaba recogido y adornado con una peineta de plata. Nunca había visto un cabello tan hermoso ni con un color tan particular. Me pregunté cómo sería su rostro, al tiempo en el que él soltó un exabrupto con voz ruda.

—¿Es que no puedes ser una mujer decente como las demás? —Sacó de debajo de la levita un puñado de papeles que agitó ante el rostro de ella.

La joven se hallaba atrapada entre él y el pretil de la fuente, y no podía retroceder un solo paso sin caer en el agua, así que inclinó su cuerpo un poco hacia atrás, buscando alejarse de él.

—¿Y tú por qué no puedes aceptar de una vez que nunca seré como quieres que sea? —le dijo, con la determinación latiendo en la dulzura de su voz.

Él arrojó los papeles a la fuente. Algunos volaron más lejos, entre los setos, pero otros cayeron sobre el agua y flotaron en esta a medida que se empapaban. La joven giró la cabeza y vi su delicado perfil, a la par que sus ojos, de un excepcional gris, se abrieron de par en par. Sus labios, finos y rosados, también lo hicieron.

—¿Te has vuelto loco? ¡He pasado dos noches escribiendo eso! —Se levantó los bajos del vestido y, sin pensárselo dos veces, saltó a la fuente.

El joven la miró boquiabierto.

—¡Eres una bárbara! Peor que esos salvajes del África.

—No son ningunos salvajes —replicó la muchacha, moviéndose de forma pesada por el agua, que le llegaba hasta la cintura. El vestido debía de pesarle ya como una losa—. ¡Y yo tampoco!

—No. Eres peor. Ninguna dama en su sano juicio se tiraría a una fuente para rescatar el testigo de su ignominia.

—¿Ignominia? —Ella alzó sus cejas desmesuradamente—. Solo cuento verdades. La gente tiene que saber de los abusos que se cometen contra ellos.

—¿Y tienes que ser tú quien se los cuente? ¿Es que quieres echar tu reputación por la borda? Y la mía, ya puestos.

—No me importa mi reputación. Me importan las personas. No puedo ver su sufrimiento y aparentar que nada está pasando. Comiendo a dos carrillos como si no hubiera gente pasando hambre. —Recuperó un par de hojas y las dejó al filo de la fuente, yendo de un lado al otro del agua y haciendo lo mismo con todas las que se encontraba, mientras el otro devolvía al agua las que ella salvaba—. ¡Hay una hambruna matando miles de personas! Las calles están llenas de niños en los huesos.

—Ya lo dice tu tío: tus padres nunca debieron llevarte con ellos. Y por más que te empeñes no puedes arreglar el mundo. Las cosas son como son. No hay nada peor que una mujer renegando de su posición y pretendiendo ser algo que no es.

Ella puso los ojos en blanco y después resopló.

—Te detesto, Lázaro de Torres.

Él apretó los dientes.

—¡Sal de ahí ahora mismo!

—¿Crees que puedes darme órdenes?

—Soy tu prometido.

—Ya te gustaría.

—Tu tío me ha dado tu mano.

—Mi tío abusa del opio —masculló ella, con la vista perdida en las aguas, buscando más papeles—. Él sabe que mis padres no querían que me casase contigo.

Él gruñó algo ininteligible.

—Camila de Ariza, o sales de la fuente o entro yo a sacarte —dijo después.

—Atrévete. —La joven se detuvo en seco y se cruzó de brazos, mirándolo desafiante—. Te recuerdo que no sabes nadar.

—¿Crees que voy a ahogarme en poco más de medio metro de agua? —Rio el otro, jocosamente.

—Siendo tú te ahogarías en un vaso —espetó ella.

Los observaba discutir atónito, incapaz de moverme. Si decía algo interferiría entre ellos de forma poco apropiada y, si me marchaba, temía que mi movimiento los alertase de mi presencia. Además, no me gustaba nada el cariz rojizo del rostro de él y la forma llena de odio con la que la miraba. Parecía estar a punto de hacer algo del todo impropio. Y no me equivocaba. Aprovechó una de las veces en las que ella se acercó al borde para cogerla del brazo. Tiró de ella y la sacó en contra de su voluntad. Mientras la muchacha intentaba zafarse, la llevó hasta uno de los altos setos, y apoyó la espalda de ella en estos, aprisionándola. Una vez allí, tomó su rostro de forma brusca con una de sus grandes manos y le dirigió un gesto de advertencia.

—No me obligues a hacer nada de lo que me arrepienta después. No quiero que nuestro matrimonio se asiente sobre reproches.

—No voy a casarme contigo.

—Sí lo harás. Porque es lo que queremos tu tío y yo, y contra eso no puedes hacer nada. Es tu obligación como su ahijada; tu obligación como mujer. Además, no tienes otra opción.

—Pronto no tendré que depender de él y podré tomar mis propias decisiones.

—¿Cómo?

—Voy a escribir y a vivir de ello.

—Dirás que vas a mendigar por las calles de Madrid por un trozo de pan. O a morir de sífilis en San Juan de Dios.

—Déjame —pidió ella—. Déjame o me pondré a gritar.

—Aquí nadie va a escucharte.

Juntó sus labios con los de la joven de forma brusca. Ella se revolvió intentando librarse. Apreté el mentón, enfadado. Todo atisbo de formalidad, de resistencia a meterme en los asuntos ajenos fue olvidada y caminé hacia ellos dando grandes zancadas. Al llegar hasta allí, puse mi mano sobre el hombro de él y tiré hacia atrás, apartándolo de la joven al instante. El tipo me miró de arriba abajo con desprecio.

—¿Quién demonios eres tú? —rugió.

—¿Está usted bien? —le pregunté a la muchacha, haciendo como si él no existiera.

Mis ojos se encontraron con los de ella y el sol emergió de entre las nubes por unos instantes, sacando destellos rojizos a sus cabellos, que brillaron de forma excepcional. Me miraba extrañada, con el ceño algo fruncido. Aunque tras ese gesto atisbé cierta sonrisa complacida, divertida incluso.

—Sí, gracias —dijo, y me escudriñó de los pies a la cabeza. Su voz, antes ruda y decidida, sonó ahora dulce.

Las nubes volvieron a tapar el sol tornándolo todo en grises, y unas gotas tímidas comenzaron a descargar. Iba a decirle algo más a ella, cuando sentí un fuerte empujón que me hizo trastabillar hacia atrás. Conseguí mantener el equilibrio a duras penas y miré desafiante a quien me había empujado.

—Que quién eres, te he preguntado —espetó.

—Desde luego no un bufón malcarado, que es lo que eres tú —le dije.

La chica ahogó una risa divertida llevándose una mano a los labios. Sus finos guantes de encaje azul resaltaron sobre su tez rosácea. Tuve la impresión de que en sus ojos había un brillo cómplice, como si deseara desde tiempo atrás que alguien le ajustara las cuentas a su acompañante.

—¿Me llamas «bufón»? —dijo el otro, haciendo que centrara de nuevo mi atención en él.

—Sí. Eso he dicho. Así que vete de aquí y deja de molestarla.

—Veremos cuán bufón te parezco cuando meta tu cabeza en la fuente y no la suelte hasta que dejes de respirar. —Se quitó la levita y empezó a arremangarse. Sus brazos parecían fuertes, así que debía de practicar ejercicio a menudo. Cuando terminó de subirse las mangas se puso en posición defensiva, con los puños ante su rostro, y me hizo un gesto para que me acercara—. Vamos.

Puse los ojos en blanco y miré al cielo al tiempo que la lluvia se hacía más intensa. Liarme a puñetazos con alguien en medio de un aguacero no era algo que entrara en mis planes aquel día, pero no había podido controlarme y ya era demasiado tarde como para echarme atrás. Tomé aire y me arremangué también. Mi afán por sobreproteger a la gente que me importa me había llevado a situaciones parecidas desde que tenía uso de razón y, en el tiempo que llevaba en Madrid, había visto más peleas que obras de teatro. Los estudiantes a menudo dejaban la razón en sus casas cuando la noche caía y el alcohol se mezclaba con el perfume de una mujer. Y si no era por amor era por cuitas de juego o por asuntos de dinero; y, día sí, día también, los periódicos amanecían con historias de callejones estrechos y oscuros en los que el filo de la navaja había encontrado desprevénido a un desdichado cuando regresaba a casa.

Ella pareció tomarse la situación algo más en serio y se puso en medio de los dos. El agua ya calaba con fuerza, mojando sus cabellos y el resto de su vestido.

—Por favor, no peleéis. Olvidemos esto.

—Estoy de acuerdo —dije.

—¿Ahora te vas a acobardar? —espetó aquel tipo.

—No, pero hoy es el día de la boda de alguien a quien aprecio y no quiero enturbiarla con una pelea.

—Aparta, Camila —gruñó él, haciendo caso omiso de mis palabras.

—Lázaro, por favor. Él tiene razón. —Puso las manos en su pecho intentando frenarlo—. Mi primo se disgustará mucho si se entera.

—¿Su primo? —pregunté, con curiosidad.

—Elías —dijo ella girando el rostro para mirarme.

—¿Elías es su primo? —dije sorprendido.

Ella asintió y giró el cuerpo del todo hacia mí.

—¿Lo conoce?

Sonreí de forma amarga y asentí.

—Ojalá pudiera decir... —me interrumpí. El recuerdo de la noche en la que conocí a Victoria llegó a mi mente. Ella me había preguntado las mismas palabras. Yo había contestado de igual forma—. Lo conozco —terminé diciendo.

—Usted es el chico de la venta, ¿no? —dijo ella—. La esposa de mi primo me ha hablado de usted.

Le habría preguntado qué le había dicho de mí, de no ser porque el tal Lázaro bramó de nuevo, colérico.

—Así que un don nadie ha venido a llamarme bufón. —Se carcajeó—. ¿A mí? ¿Sabes acaso quién soy yo?

—Déjalo estar, Lázaro —pidió la joven una vez más.

—¡Quieres apartarte de una vez! —La empujó para hacerla a un lado y a punto estuvo de tirarla a la fuente. Di una zancada para poder cogerla del brazo antes de que eso ocurriese. Sus ojos y los míos no se separaron mientras se incorporaba y murmuraba un tímido «gracias». Acto seguido, se giró hacia él y lo encaró.

—¡No vuelvas a hacer eso! —le dijo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —Una voz familiar irrumpió en la escena. Miré hacia el lugar por el que yo mismo había llegado hasta allí y vi que Elías nos observaba bajo un paraguas. Llevaba otro cerrado en la mano libre.

—El que faltaba —murmuré.

Vino hacia nosotros con su brillante e impoluto uniforme de gala.

—¿Qué hacéis ahí bajo la lluvia? Os están buscando por toda la finca —dijo a unos pasos de distancia, mirándonos uno por uno.

Sus ojos se clavaron en los de la joven, a quien dirigió un gesto interrogante. Esta esquivó su mirada y negó con la cabeza. De todas formas, no hacía falta que le diera explicaciones; al vernos arremangados y con ella en medio, de seguro que se había dado cuenta de lo que estaba pasando. Elías, finalmente, carraspeó e hizo un gesto para que nos moviéramos.

—Vamos dentro. Han encendido las chimeneas y están preparando chocolate caliente. —Le tendió a su prima el paraguas que llevaba abierto y esta se cobijó bajo él, cubriendo también a Lázaro. Después abrió el segundo paraguas y me hizo un gesto para que me acercase—. Nicolás, ven a refugiarte. Vas a coger un resfriado.

Negué con la cabeza y miré hacia otro lado, apretando el mentón.

—Estoy bien.

Elías le tendió la levita al bravucón y miró a su prima con una sonrisa.

—Adelantaos vosotros —les dijo—. Ahora iré yo.

Hubo unos segundos de silencio que el cielo rompió tronando. La lluvia caía con más fuerza que antes. La joven y su acompañante echaron a andar, y a punto estaban de abandonar el lugar cuando ella se agachó junto a uno de los parterres y cogió mi corbatín, girándose por un instante y viniendo hacia mí para tendérmelo. Había abandonado el paraguas y su cabello volvía a mojarse, pero no parecía importarle. Tuve la certeza de que en ella cabía un fuerte sentido de la aventura, y de que habría sido feliz quedándose allí bajo la lluvia, gritándole al cielo para que descargase con más fuerza.

—Es suyo, supongo —dijo.

Lo cogí y, mientras lo hacía, observé el cabello mojado posándose sobre su rostro y su cuello hasta pegarse a la piel del escote. Un brillante en forma de lágrima que pendía de una cadena de plata adornaba aquel espacio sublime. Cuando volví a mirar su rostro, ella sonreía.

—Camila. —El otro pronunció su nombre con insistencia—. No me hagas esperar más.

Ella regresó junto a él y se alejó hasta que la perdí de vista. Miré el corbatín en mi mano y suspiré, extrañado por la situación. La había vivido, mas tenía la sensación de que había sido un sueño. Como si en vez de con una simple mortal, hubiera tenido un encuentro con una de esas hadas o diosas del agua de la mitología, siendo aquella fuente

su hogar y siendo yo un mero peregrino en tierra extraña. Miré hacia la fuente y vi allí todas las hojas, que como nenúfares surcaban la superficie. Eran ya insalvables y me entristecí. Me hallaba sumido en tales pensamientos cuando noté que la lluvia dejaba de golpearme el rostro. Elías estaba a mi lado, cubriéndome con el paraguas. En su mano estaba la levita de la que yo me había desprendido.

—La secaremos al fuego —dijo tendiéndomela.

La cogí. El tejido, ahora empapado, pesaba más de lo que recordaba.

—Esa muchacha me ha dicho que es tu prima.

—En efecto. Mi padre era hermano de su madre.

—Pues si la aprecias en algo deberías llevarte a su prometido con grilletes al cuartel.

—¿Lázaro?

—¿Acaso tiene otro?

—No, por supuesto —apuntó, mirándome después con gesto confuso—. ¿Por qué dices eso?

—La trata de forma impropia.

Noté que Elías se ponía tenso.

—¿Quieres decir que se sobrepasa con ella? —Cuando me vio asentir se llevó la mano a la barbilla y la frotó preocupado, para después negar con la cabeza de forma rotunda—. Eso no es posible. Es algo exaltado en cuanto a sus ideas, pero no es violento. Tengo entendido que es un hombre de honor.

—Tenemos un concepto muy distinto de los hombres de honor, al parecer. Aunque eso no es nada nuevo.

Él suspiró cansado.

—¿Hasta cuándo vas a estar enfadado conmigo, Nico?

—Hasta que me muera.

—No te creo. En el fondo me aprecias. De no ser así no habrías intercedido por mí con aquel ministro.

—No lo hice por ti, Elías. Lo hice por Victoria. Sé lo que siente por ti y no quería verla sufrir.

—Y yo sé lo que tú sientes por ella. Sería imposible no darse cuenta.

Nos miramos en silencio por unos segundos, con el sonido de la lluvia repiqueteando sobre el paraguas.

—No te sientas turbado por mis sentimientos —le dije finalmente—. Desde que supe que te había elegido a ti me eché a un lado. Y ahora, haz tú lo mismo y deja que me vaya. Tengo ganas de irme a la cama y despertar en Madrid.

Elías tomó aire y rezongó. Después me tendió el paraguas, obligándome a cogerlo.

—Vuelve a la casa cuando te dé la gana, pero vuelve. Victoria querrá saber que estás bien. —Tras sus palabras, apreté mi hombro y eché a correr bajo la lluvia hasta desaparecer de mi vista.

—Victoria... —murmuré, sin atreverme a dar un paso.

¿Cuándo morirían mis sentimientos por ella? ¿Cuándo me arrodillaría ante la tumba que fue mi amor a dejar flores? Allá, donde enterraría también todas las cosas que no hicimos juntos; todos los sueños que de ella soñé; todas las veces que pronuncié su nombre. ¿Cuándo dejaría de sentirme arrastrado por las aguas de su tormenta? En aquellos momentos, ese «cuándo» me parecía un «nunca» y ese «nunca» un «para siempre».

Tragué saliva y agaché la mirada instándome a tragar las lágrimas que se formaban en mi interior y que amenazaban con derrotar a la lluvia en su caudal. Con la vista fija en el suelo advertí unos trozos de papel que, bajo los setos, parecían resguardarse de las gotas. Fui hasta ellos y los cogí. Aunque estaban algo húmedos, y en algunas partes se habían mojado, su contenido parecía legible. Les eché un vistazo. No podía leer el texto entero, pero lo que aprecié en él fue suficiente para darme cuenta de que esa joven tenía arrestos como para organizar un nuevo levantamiento. De hacer estallar una guerra y encabezarla. Hablaba de forma vehemente y certera de los asuntos de algunos países en las colonias. De sus abusos. De la esclavitud. Me habría gustado tenerla enfrente para que me diera su discurso, para escucharlo de primera mano. Nunca había leído nada igual de la pluma de una mujer. Aunque, a decir verdad, no es que las dejaran pronunciarse a menudo de forma pública. Al escudriñar de nuevo los papeles vi su firma en ellos: «Camila de Ariza y Marín».

Dispuesto a devolvérselos, regresé al convite, que ahora continuaba en el interior del palacete. Aunque la busqué, todavía con las ropas empapadas, entre la multitud, no la hallé. Algo apenado aferré con firmeza los papeles entre mis manos. Temía que se hubiera marchado, mas cuando inquirí a uno de los sirvientes me informó, no sin antes preguntarme si quería algo para secar mis ropas, de que solo se habían retirado ya a descansar. Una sonrisa se dibujó en mi rostro ante la noticia de que podría verla al día siguiente. Segundos después fruncí el ceño extrañado. ¿Por qué de repente ver a alguien que acababa de conocer me hacía sonreír?

Capítulo 2

Al día siguiente desperté tan temprano como acostumbraba. No es que hubiera podido dormir mucho, pues las emociones pasadas aún restallaban en mi cabeza como lo haría el látigo de un cochero al azuzar a sus caballos. Me apuraban a darme prisa y a correr hacia un lugar donde estas no estuvieran, aunque fuera consciente de que, por más tierra que pusiera por medio, seguirían en mí. Mas si el día anterior me había parecido duro, el que estaba por venir lo sería más. Tendría que despedirme de ella de nuevo para no volver a verla tal vez en años. Victoria tenía su vida en Málaga, a leguas de la mía; y la tenía con Elías, su gran amor. Yo tendría que aprender a olvidarla, consolándome con sus cartas que llegarían de forma puntual con noticias que terminarían por quebrarme el corazón ya maltrecho. Levantarme una vez para caer otra. Así, hasta que consiguiera olvidarla. Por el tiempo; por el hastío. Por la muerte. En aquellos momentos no se me antojaba más salida que esa para borrar de mi mente su sonrisa. Llevar en mi corazón los vestigios de un amor no correspondido era como llevar una corona de espinas. «Amor»... Maldita palabra. Cuando soñaba con el amor lo hacía pensando que me llevaría al cielo y ahora, inmisericorde, me arrojaba a los infiernos. Qué extraño es amar cuando no se es amado. Es como morar en el Tártaro con los pies descalzos y la ropa hecha jirones; como vivir habiendo olvidado tu propio nombre. «Amar». Maldito verbo. Maldito en todas sus conjugaciones.

Sacudiendo la cabeza para sacar de ella mis tribulaciones, salí de aquella elegante cama que en nada se parecía a ninguna otra en la que hubiera reposado antes, y abrí la ventana de la habitación de par en par. Apenas si había amanecido y la bruma que la mañana arrancaba a los campos se colaba entre los robles que circundaban el pazo, como un fantasma que deslizara sus garras sinuosas sobre la hierba. El aire era fresco y húmedo, impregnado de olor a tierra mojada. El sol, perezoso, estiraba los brazos por el este, dispuesto a tocar lo más alto del cielo una vez más, arrancando destellos rojizos a la tierra. Un silencio preñado de olor a bosque lo llenaba todo, trayéndome recuerdos de mi hogar. La sensación de estar perdido en medio de la nada era algo que echaba mucho de menos desde que vivía en Madrid. Esa atmósfera calmada del monte, donde la quietud solo la rompían los animales y las ramas de los árboles que crujían acuciados por la edad o el viento. Ese silencio que en la gran ciudad no existía, pues allí todo era bullicio; locura; apremio. Todo se comía a grandes bocados. Las casas y las calles siempre estaban llenas de gente que más que hablar, gritaba. Era como vivir de forma constante en el comedor de la venta en uno de los días de mayor ajetreo, con el chocar de las jarras y las conversaciones de los parroquianos.

Desde que había dejado mi hogar, todo cuanto había conocido era muy distinto; y, al hallar ante mí de nuevo aquella naturaleza excelsa, no pude evitar sonreír. Si cerraba los ojos casi podía ver a Luna asomando tras un tronco, acudiendo a mi llamada. Casi podía sentir su pelaje contra mis piernas y su hocico húmedo en busca de mi mano, esperando ser acariciada. Se me antojaba escuchar el relincho de Canela; a mi madre llamarme desde la cocina para que le cortase más leña; a mi hermana, canturreando una canción mientras bordaba. Es cierto eso que dicen: no echamos de menos el agua hasta que el río se seca. Me había acostumbrado tanto a mi tierra, a sus tiempos, al calor de su hoguera, que no había día que no la echase de menos. Como si fuera una especie nacida para criarme entre los montes de Sierra Morena; como un lobo o un lince, y mis pies no estuvieran hechos para los caminos empedrados de la ciudad.

Admirando el paisaje frente a mí, sentí unas ganas irrefrenables de adentrarme en él, de curiosear por todos sus rincones hasta descubrir los más únicos. La diligencia que me llevaría de vuelta a la capital y a la rutina de los estudios estaba prevista para las doce, y antes nos ofrecerían a los invitados un desayuno de despedida, así que tenía tiempo de sobra para perderme un rato lejos de todo y respirar aquel aire gallego para aclarar la cabeza. Javier, un

joven que había conocido una noche en el Teatro del Príncipe y que se había convertido en mi amigo desde entonces, pasaba los veranos en La Coruña y decía que Galicia tenía el poder de curarle el alma. Esperaba que pudiera curar también la mía.

Me vestí raudo, sin llegar siquiera a abrocharme la levita, y dejé la habitación. Bajé las escaleras a toda prisa. De mármol pulido, describían un semicírculo y estaban adornadas por una alfombra roja que, a pesar de todo el trasiego que había recibido el día anterior a causa de los muchos invitados, se hallaba impoluta. La balaustrada, de forja, dibujaba formas vegetales y estaba rematada en su final por una elegante estatua de mármol de una de las muchas diosas del panteón griego. Sobre mi cabeza, un impresionante fresco decoraba todo el techo narrando las idas y venidas de Zeus sobre la tierra de los mortales. De no haberlo visto ya con anterioridad, se me habría cortado el aliento al admirarlo. Hasta no hacía mucho no tenía la menor idea de mitología, pero el latín y el griego ocupaban ahora buena parte de mis horas de estudio, y las historias de los antiguos moradores del Mediterráneo y sus dioses eran algo que despertaba mi interés. Consideraba toda una ventaja poder admirar el arte que guardaban las paredes de tan señorial residencia sabiendo interpretarlo.

Dejé atrás la entrada tras cruzarme con algunos sirvientes a los que sus quehaceres diarios arrancaban del calor de las sábanas, y eché a andar dejando atrás la edificación, hasta perderme entre los jardines. Me topé de nuevo con la entrada al laberinto de setos, y me disponía a pasar de largo, cuando vi allí a la joven del día anterior. De forma instintiva, me llevé la mano al bolsillo de la levita, donde, tras secarla, recordaba haber guardado sus papeles la noche anterior, y comprobé que seguían allí. Ella, que caminaba en mi dirección, se detuvo de forma abrupta y me miró detenidamente. Paré mis pasos también y la miré. Llevaba puesto un vestido de color rosa y una manteleta^[1] blanca sobre la que su cabello caía, algo despeinado. No parecía haber estado horas elaborando uno de esos complicados recogidos que las jóvenes solían llevar, y que lucía el día anterior. Sus ojos y los míos se encontraron, y en nuestros labios se dibujó una sonrisa espontánea.

—Buenos días —saludó.

A aquella distancia pude escuchar con claridad su voz melosa, y mi sonrisa se hizo más pronunciada. Dio un paso hacia mí; yo no dudé en dar el resto que nos separaba hasta estar frente a ella. Mis pies no me habrían obedecido de pedirles lo contrario.

—Buenos días, señorita Ariza. —No me costó recordar su apellido. Lo había escuchado de labios de ese bravucón y también lo había leído en los papeles.

Me miró extrañada.

—¿Sucedo algo? —pregunté.

—Discúlpeme. Es solo que ayer no nos presentaron formalmente y me ha sorprendido que recuerde mi nombre. Carraspeé incómodo.

—Lamento si la he importunado.

—No, en absoluto —se apresuró a decir ella—. Usted no podría importunarme.

Fui yo quien se extrañó entonces.

—Quiero decir que... —titubeó, sonriendo nerviosa—. No importa. Me alegra que lo recuerde.

—Desde luego que lo recuerdo.

Como también recordaba el color que el sol arrancaba a su cabello. Lo observé, descendiendo hasta posarse sobre su pecho, con las mismas ondas que el mar habría dibujado sobre la arena al besarla. Subí de nuevo la vista y admiré el colgante que ya portaba el día anterior, y me quedé en él unos instantes, hasta que su cuello reclamó merecida atención. No supe distinguir dónde comenzaba la joya y dónde empezaba su piel, porque ambas me parecieron igual de hermosas. Ella, percibiendo tal vez el destino de mi mirada, se ruborizó y me apresuré a mirarla a los ojos, sintiéndome algo estúpido por mi comportamiento. Para empeorarlo, esgrimí una disculpa en voz alta.

—Lo siento.

—¿Por qué?

No supe qué decir.

—Mis ojos... He... —me trabé—. Quiero decir...

Soltó una carcajada que, aunque breve, fue muy sonora.

—¿Por qué se ríe? —pregunté ceñudo.

—Porque no tiene de qué disculparse. A todo el mundo le llama la atención. —Tomó la joya entre sus manos y me sentí algo aliviado al saber que el recorrido de mis ojos por su cuello le había pasado desapercibido.

—Es muy hermosa.

—Me la regaló mi padre. Es una pieza que posee dos mitades. Una fue para mí; y otra, para mi madre. —Un gesto triste se dibujó en su rostro y advertí por él que su madre ya no estaba en este mundo—. No es que las joyas me gusten en exceso, pero esta es especial. Además, la talló el mismísimo Félix Samper.

Supuse que se trataba de un diamantista de prestigio y me limité a asentir. Sin embargo, ella pareció leer en mis ojos la verdad.

—No ha oído hablar de él, ¿verdad?

—No. Para qué mentirle.

Alzó las cejas con un gesto un tanto gracioso y después sonrió.

—Todas las jóvenes de la alta sociedad sueñan con tener una joya suya. Sobre todo, después de que el capitán general y la guarnición de Zaragoza le regalasen a nuestra reina Isabel una pulsera hecha por él mismo —explicó de forma resuelta.

—Entonces ya sé por qué no lo conozco.

—¿Por qué? —dijo mirándome con interés.

—No soy una joven de la alta sociedad —bromeé.

Soltó otra carcajada que pronto se transformó en sonrisa para quedarse en su rostro. Me pregunté si podría hacerla perpetua, pues descubrí que mirarla me reconfortaba.

—No obstante, todo el mundo habla de él en Madrid y usted vive allí.

Sabía más cosas de mí que yo de ella, al parecer.

—¿Cómo es que sabe que vivo en Madrid?

—Ya le dije que Victoria me había hablado de usted. Comentó que estaba estudiando y que se le estaba dando muy bien.

—Victoria es una entusiasta de mis progresos. A menudo los exagera. Es mi mecenas y quiere presumir de su posición.

—Me sorprende que no le avergüence reconocer que una mujer se hace cargo de sus gastos.

—No puedo negarle su ayuda y sería descortés que, por proteger mi hombría, faltase a sus méritos. Solo espero que algún día pueda llegar lejos para devolverle cuanto hace por mí.

—Creo que ya le ha pagado de sobra. Libró a mi primo de una expulsión definitiva del cuerpo y lo ayudó a conseguir ocupación en Málaga.

—Eso es lo de menos.

—Ahora falta usted a sus propios méritos —dijo, de forma perspicaz, haciéndome sonreír una vez más—. ¿Qué estudia?

—Quiero ingresar en la Facultad de Medicina.

—¿Quiere ser médico?

—Cirujano.

—Entonces cursará donde lo hizo mi tío.

—¿Su tío es médico?

—Estudió en San Carlos y le he oído hablar de su facultad muchas veces. Tanto los estudios como el oficio son bastante duros. Así que le deseo suerte.

—Gracias.

Hubo un silencio entre nosotros que se quebró por el trino de una bandada de gorriones que jugaban a volar de

un árbol a otro.

—¿Ha salido a pasear? —le pregunté, mientras ella seguía con la mirada el vuelo de los pájaros—. Apenas si ha despuntado el día.

—He venido a ver si quedaban restos de la contienda de ayer y, como era de esperar, no he hallado nada —respondió con gesto amargo.

Me sentí feliz de poder darle una buena noticia y, armándome de valor para hacerlo, saqué los papeles. No sé qué pensaría de que me los hubiera quedado. Quizá le incomodaba que un desconocido husmease en sus cosas. Cuando se los tendí, aunque arrugados y casi sin palabras reconocibles ya en ellos, lanzó un grito de felicidad y dio un paso hacia mí abriendo sus brazos. Por un instante, la alegría la había llevado al deseo de abrazarme para darme las gracias. Rectificó a tiempo y me dedicó una de sus sonrisas.

—Perdone mi efusividad. Pensé que lo había perdido todo. ¿Cómo es que lo tenía usted?

—Los recogí cuando se marchó. ¿Hay algo que pueda salvar?

Miró de nuevo con atención los papeles y soltó un suspiro, encogiéndose de hombros.

—No lo sé. Nunca se escribe lo mismo dos veces.

—Quizá alguna de las pocas frases que no se han perdido la ayude a recordar.

Alzó la vista para mirarme de nuevo.

—¿Los ha leído?

La prudencia invitaba al «no». Pero la prudencia no era algo que llevase en la sangre.

—Sí.

En su rostro se dibujó un gesto curioso.

—¿Y qué le parece?

—Es difícil valorar lo que usted escribió con tan solo unas líneas, pero estoy de acuerdo en algo: no hay razón para que la vida humana no sea puesta en valor, habite el lugar que habite.

—Gracias. —Sonrió ampliamente.

—Me habría gustado poder leerlo al completo.

—Puedo hablarle de ello. —En sus ojos brilló la ilusión por unos instantes para después apagarse de golpe—. Aunque no quiero hacerle perder el tiempo. Tendrá cosas de las que ocuparse. Ha sido un placer volver a verlo y, de nuevo, gracias por salvar estas hojas.

Tras sus palabras, echó a andar hacia el pazo con gesto nervioso, alejándose de mí. Iba a decir que escucharla no se me antojaba algo que me hiciera perder el tiempo, mas no tuve opción a réplica. Me quedé por un momento mirando los setos del cercano laberinto. Me sentía como si hubiera olvidado algo importante; como si tuviera un objeto entre las manos que necesitase soltar. Mi ceño, de forma involuntaria, se frunció, y de igual manera me giré para mirar a Camila. Apenas se había alejado. Caminaba despacio, más como si estuviera paseando que buscando llegar a su destino. En ese instante giró la cabeza sobre su hombro y nuestros ojos se encontraron. Había en ellos una mirada interrogante; extrañada. Tuve la certeza de que éramos partícipes de una sensación que no podíamos explicar con palabras y que nos invitaba a hablarnos de nuevo.

—¿Ha dicho usted algo? —preguntó, dándose del todo la vuelta, deteniéndose después.

—No... —murmuré, agachando la vista unos segundos. Cuando la alcé de nuevo hallé que me observaba con gran curiosidad.

De algún lugar llegó entonces el bullicio de un grupo de gente, acompañado del sonido de los cascos de los caballos. Camila, de repente, corrió hacia mí, me cogió del brazo y me llevó casi a rastras hasta situarnos detrás de los altos setos. Confuso, la vi asomarse al exterior, como si estuviera espionando a alguien.

—¿Qué hace?

Me mandó callar con un gesto.

Entre aquellas voces distinguí las de Lily y Bernardo, pero también las de dos personas que no reconocí.

—Cuando mi prometida se despierte, dígame que me dispongo a salir a cabalgar —decía uno de ellos.

Fue fácil saber que se trataba de Lázaro cuando Camila gruñó lo siguiente:

—Con suerte no vuelves.

—¿Está escondiéndose de él?

—Vaya, no se le escapa una... —dijo, girando la cabeza hacia atrás y mirándome burlona.

Se me escapó una risa y ella pidió silencio de nuevo.

—He visto a la señorita Ariza junto al laberinto. —Por el tono que su interlocutor empleó debía de ser un sirviente.

—¿Qué hace fuera de la cama a estas horas? —farfulló Lázaro—. Adelantaos, por favor. Iré a buscarla y luego os alcanzaré.

—De acuerdo —dijeron Lily y Bernardo.

—Viene hacia aquí —diciendo esto, me cogió de nuevo del brazo y tiró de mí.

Me vi corriendo tras ella entre los setos, mientras no dejaba de reírse. Camila vibraba por la emoción de aquella carrera; de aquel juego que seguí sin rechistar. Tras un giro abrupto, se agachó y se coló entre un hueco que dejaban las ramas más bajas de los setos. Era más menuda que yo, y entró sin problemas. A mí me costó un poco más, pero lo conseguí. La oquedad daba a una zona de los jardines en la que no había estado, donde un amplio sendero flanqueado por cipreses y estatuas daba paso a una reja entreabierta, tras la que ya se advertía el bosque.

Ella se hallaba intentando recuperar el aliento por la carrera, con el pecho agitándose arriba y abajo, y un gesto triunfal en el rostro. No supe qué decirle. Solo podía sonreír mientras la miraba.

—Usted iba a dar un paseo, ¿no? —dijo con la voz entrecortada por la agitación.

Asentí.

—¿Le importa si lo acompaño? Me vendrá bien alejarme del pazo. Así, Lázaro se cansará de buscarme y se irá a montar a caballo al menos hasta el desayuno.

—No sé si será conveniente que paseemos a solas. No quiero ponerla en un compromiso.

Nada más pronunciar aquello una parte de mí se arrepintió y me sentí confundido ante tales pensamientos. Ella agachó la mirada.

—Tiene usted razón. A veces se me olvida cómo funciona el mundo aquí. Usted y yo. A solas. ¡Qué hecatombe! Mandarían llamar al mismísimo arzobispo para que nos excomulgara.

Me eché a reír y entonces, guiado por una voz que nacía de mi corazón y no podía ser desoída, cambié de parecer.

—Lo harían, desde luego. Sin embargo, creo que nos salvaremos de eso, pues no estamos a solas —dije, señalando la bandada de gorriones que antes habían llamado su atención, o quizá otro pequeño grupo de ellos, que sobrevolaba nuestras cabezas para buscar refugio entre las ramas de otros árboles. Se me antojaron chiquillos jugando al escondite.

En sus labios, una sonrisa. En los míos, las ganas de seguir dialogando con ella.

Camila echó a andar sendero abajo y me situé a su lado. Pasaron unos segundos hasta que me atreví a hablar.

—¿Había paseado antes por aquí?

Negó con la cabeza.

—Es la primera vez que vengo al pazo.

—Parecía conocer bien el laberinto.

—Llevo sangre de Ariadna^[2] en mis venas —declaró con aplomo.

—Dado que ha huido de él, eso convertiría a su prometido en el Minotauro.

—Por supuesto. Y a usted en Teseo —tras decir eso sonrió divertida, con los ojos llenos de luz.

Aquello me hizo tragar saliva, azorado, pues Ariadna, en el mito, se enamoraba a primera vista del héroe ateniense. Decidí no tomarlo en serio, pues a todas luces Camila parecía disfrutar tomándose las cosas con humor.

—Lamento entonces tener que abandonarla en la primera isla que encontremos para socorrer a mis hombres, o bien en los brazos de Dioniso.

—¿Puedo elegir?

—Por supuesto.

—Elijo Dionisio. Me gusta mucho el teatro.

—A mí también.

Los dos nos sonreímos al reconocernos el uno en el otro.

—¿Cuál es la última obra que ha visto? —preguntó.

—*El hombre de mundo*, de don Ventura de la Vega. Es una comedia.

—He oído que ha sido muy exitosa, aunque no he tenido el gusto de verla. —Camila prestaba atención a los cipreses, tal vez buscando de nuevo a los gorriones—. ¿A usted le agradó?

—Es divertida, aunque no es de mis favoritas. No obstante, no es mi deseo condicionarla. Si alguna vez la ve, podríamos hablar largo y tendido de ella.

—Podríamos —dijo, y volvió los ojos hacia mí.

Un nuevo instante de silencio en el que fueron estos quienes hablaron.

—¿Y usted?

Ella pareció confusa por un momento.

—¿Yo?

—Sí. Cuál ha sido su última obra.

—*La zorra y las uvas*.

Fruncí el ceño.

—Pero eso es una fábula de don Félix de Samaniego, ¿no?

—Lo es.

—No sabía que la representasen en teatro alguno.

—Sí, cuando ese teatro es un escenario improvisado en medio de una aldea. A mi padre le gustaban mucho sus fábulas, y siempre que llegábamos a algún lugar nuevo, las representaba delante de los niños. Esa era su preferida, pues él decía que, si hay algo que de verdad anheles, no has de detenerte hasta conseguirlo.

—Sería hermoso si así fuera. Si todos pudiéramos luchar hasta el final por lo que queremos, sin que el destino nos pusiera trabas. Pero a veces las cosas no dependen solo de nosotros.

—Entonces hay que intentarlo, al menos, hasta donde dependan —me dijo, con un brillo de arrojito en la mirada. Sonreí, mostrándome de acuerdo.

—¿Puedo preguntar cuál era la profesión de su padre?

—Era diplomático. —Su rostro, tal vez por los recuerdos, se tornó profundamente triste—. He viajado con él y con mi madre desde que soy niña, recorriendo buena parte de Asia y de África.

Yo nunca había salido de España y lo más lejos que había estado del lugar donde me crie era, precisamente, aquel bosque. Ver lugares tan diferentes debía de ser una gran experiencia.

—Hubo de ser emocionante para usted.

Asintió de forma enérgica a la par que llegábamos al final del sendero. Nos detuvimos, pensando en si seguir adelante o dar media vuelta.

—¿Quiere que regresemos ya? —pregunté.

Ella miró a un lado y otro, dudando.

—No —dijo al fin—. Caminemos un poco más. Aunque sí que deberíamos estar de vuelta para la hora del desayuno. No quiero preocupar a mi tío.

—¿A qué hora dijeron que lo servirían?

—A las diez.

Observé la posición del sol que ya remontaba en el horizonte. Constaté que apenas debían de ser las ocho.

—Entonces tenemos dos horas para nuestro paseo.

—¿Cómo lo sabe? No le he visto mirar su reloj.

—Me he criado en el monte. Sé por dónde anda el sol a cada hora.

—Mi padre tenía su misma habilidad —dijo mientras echábamos a andar sin dirección concreta—. ¿También sería capaz de hacerlo de noche?

—Podría guiarme por las estrellas. Luna me enseñó.

—Habla de la luna como si fuera una persona —dijo con gesto jovial.

—No me refiero a esa luna. —Sonreí y señalé al cielo—. Luna es una loba.

Ella me miró mostrando gran fascinación.

—¿Una loba?

—De pelaje gris y ojos de un ámbar resplandeciente. Es una vieja amiga. Ahora se ha quedado al cargo de mi madre. O al revés. —Me reí—. No sabría decir qué exactamente.

—Qué curioso. —Sonrió—. Nunca imaginé que alguien pudiera tener a una loba por amiga.

—La encontré siendo una cachorra, herida y sola en un barranco. Y desde entonces nunca se separó de mí. Los lobos son animales excepcionales. En muchas cosas no distan mucho de los humanos.

—Habré de creerle. Solo los he visto en los grabados de los libros, aunque sí he estado con monos.

Quien la miró fascinado aquella vez fui yo.

—¿Monos?

—Grandes como caballos. Y también pequeños como gatos. De todas las formas y colores.

—¿Y cómo son?

—Muy oportunistas. Estos se parecen en eso a los hombres —dijo con tono divertido—. Una vez conocí a uno que gustaba de robarles las joyas a las damas. Pronto se descubrió que había sido adiestrado por un rufián para ello. Cuando lo detuvieron, negó conocerlo, como es obvio. El mono entonces le quitó el sombrero y se lo dio al agente que lo había retenido. Dentro del sombrero estaban los papeles de compra del macaco.

—¿Delató a su dueño? —Reí.

Ella asintió.

—Sí. Y fue a prisión.

—¿Y el mono?

—El agente de la autoridad se lo quedó y lo enseñó a identificar delincuentes.

—Qué historia tan extraordinaria —dije.

—Desde entonces decidí no volver a acercarme nunca a un mono.

—¿Acaso tiene delitos pendientes? —pregunté con gesto suspicaz.

—No, pero sí alguna que otra joya —respondió Camila, con un guiño en la mirada.

Me eché a reír con ganas y ella también.

Casi sin darnos cuenta nos habíamos adentrado en una zona donde la vegetación se hacía más densa. Entre los árboles crecían los helechos, algunos de altura considerable, y, surcándolos como una serpiente, un pequeño sendero discurría entre ellos.

—¿Quiere que volvamos? —pregunté, a la par que ambos nos deteníamos.

Ella echó la vista atrás y, después de regresarla al frente y otear el sendero, negó con la cabeza con determinación.

—No. Continuemos un poco más. Tengo la sensación de que hallaremos pronto algo que merecerá la pena.

—Me gusta su forma de pensar. —Sonreí de forma cortés y me eché a un lado, dejándola pasar primero—.

¿Quiere encabezar la expedición?

—Por supuesto. De haber algún peligro, alguien tendría que defendernos a los dos.

Reí de nuevo y me fijé entonces que llevaba aún los papeles en la mano. Me ofrecí a guardárselos, por si en aquel camino necesitase tener ambas manos libres.

—Se los devolveré cuando regresemos a la casa.

—Gracias —dijo, tendiéndomelos.

Nuestras manos se rozaron. Las suyas estaban frías a causa del aire de la mañana y la falta de guantes. Las mías, acostumbradas a los años de trabajo, mantenían el calor a pesar de todo. Aquel breve contacto nos hizo mirarnos a los ojos de forma detenida. Los suyos estaban hechos de luz. Los míos temblaron deslumbrados. Mi ser entero lo hizo. Guardé los papeles y no pude evitar poner sus manos entre las mías para calentarlas. Retiré una por unos instantes y busqué en el bolsillo de la levita los guantes que solía llevar por si los necesitaba. Ella siguió con interés mis movimientos, sin apartar sus manos de mí. Cuando los hallé, se los ofrecí.

—Póngaselos, por favor. Tiene las manos frías.

—Las suyas... —murmuró, pero calló de golpe para pronunciar un «gracias» que salió de sus labios casi en un susurro. Despacio, se los colocó. La piel oscura de los guantes ofrecía un fuerte contraste con las mangas rosas de su vestido. Aunque no eran una prenda apropiada para una dama, y además le quedaban grandes, no pareció importarle. Los admiró como si viera en ellos el más preciado de los tesoros.

Tras un breve silencio en el que hubo otro cruce de miradas, Camila echó a andar. El sendero era estrecho y no cabíamos el uno al lado del otro, por lo que tuve que ir tras ella. Cada pocos pasos, giraba la cabeza sobre su hombro, me miraba y, antes de volver a ver al frente, sonreía. Yo observaba su talle al andar, y la forma en la que sus cabellos se movían a un lado y otro, como si fueran un avezado bailarín que quisiera mostrarme sus mejores pasos.

El follaje de los árboles se hizo cada vez más espeso, hasta que el sol apenas se colaba por ellos y la atmósfera se tornó un tanto lúgubre. A pesar de eso, ni ella ni yo mostramos señales de querer detenernos, y continuamos caminando entre silencios rotos por breves miradas que decían más de lo que pudieran haber dicho nuestros labios en aquel momento. Ella parecía estar divirtiéndose. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, también. El día anterior había sufrido de una angustia que me había robado el aliento y, allí, junto a una desconocida, sentía que podía respirar de nuevo. Quizá fuera por el aire fresco del bosque. Quizá era a causa de Camila. No me detendría a hacerme preguntas. Viviría el instante y lo apreciaría en todas sus formas.

Llegamos hasta el final del sendero, a un punto en el que el bosque terminaba de forma abrupta para dar con un riachuelo que discurría entre rocas salvando algunos desniveles y formando pequeñas cascadas. A la izquierda había un puente de piedra para cruzarlo y, a la derecha, el agua se perdía entre los bosques de nuevo.

Camila se sujetó los bajos del vestido y echó a correr hasta él.

—¡Qué lugar tan bonito! ¡Venga a verlo! —dijo cuando llegó hasta las rocas de la orilla, haciéndome señas para que la acompañase—. Acérquese.

Fui junto a ella y me quedé a su lado. Del agua, al caer, se desprendían gotas que mojaron nuestros zapatos. Aquello debió de parecerle muy divertido porque se echó a reír. Su risa era tan contagiosa que acabé riéndome con ella sin más. Camila caminó entre las rocas en dirección al puente. Por un instante temí que se cayera, pero pronto me di cuenta de que parecía bastante diestra en aquellas lides, como si sortear rocas fuera algo que hiciera a menudo. No se detuvo hasta hallar una plana y alejada del agua, en la que se sentó. La vi observar el entorno con gesto ensoñador y lo contemplé también por unos instantes. El sol arrancaba destellos dorados al agua y la cercana primavera ya se hacía notar, pues en algunas partes abrían ya las campanillas y las primulas. Los insectos deambulaban de unas a otras, sobrevolando la alta hierba. Junto a la orilla distinguí unos zarzales, en los que había algunas moras. Fui hasta allí y cogí un buen puñado, para, tras lavarlas en el río, ir a sentarme cerca de ella.

—Por un instante pensé que iba a marcharse —me dijo, poniendo una de sus manos sobre las cejas para poder mirarme, pues la luz del sol le daba de frente. Con tal reflejo sus ojos se habían tornado muy claros: como diamantes iluminada por el sol. Aunque habría anhelado poder verlos así por más tiempo, ella no debía de estar cómoda, así que me moví hasta que mi cuerpo la cobijó bajo su sombra. Camila retiró la mano y me dio las gracias.

—He ido a buscar esto. —Mostré las moras en la palma de mi mano. Los restos del agua con que las había lavado goteaban entre mis dedos—. ¿Le gustan?

Ella miró los frutos y después ahogó una exhalación.

—¡El desayuno! Vamos a llegar tarde.

—No se preocupe, aún no son las diez —dije, señalando el sol—. Tenga, coja una.

Camila la tomó y la llevó a sus labios entreabiertos, para después cerrarlos a la par que los ojos, mientras degustaba el fruto. Seguí sus movimientos con la mirada, inmerso en la forma que tenía de hacer las cosas. Era como si quisiera disfrutar de todas ellas sin distinciones.

—Está muy rica.

Le ofrecí otra. La cogió y la llevó a su boca, masticando a dos carrillos con gesto de felicidad.

—¿No come? —dijo después.

Quedaban tres en mi mano y le di dos más. Ella se negó, pero insistí. Quería volver a ver la felicidad en su rostro. Me comí la que quedaba y permanecimos así en silencio durante unos segundos, hasta que hallé la forma de entablar de nuevo conversación.

—Tengo curiosidad por saber dónde conoció a ese mono atrevido.

—En Zanzíbar. Fue el último viaje que hice con mis padres. —Y la tristeza volvió a su rostro.

—Lo siento.

Sus ojos se tornaron vidriosos y me sentí afligido por ella.

—Qué tonta soy. —Se forzó a sonreír—. Me dejó llevar por las emociones. Discúlpeme.

—No, por favor. No se disculpe. —Con el fin de hacerla reír de nuevo y borrar de su faz aquel gesto apenado, dije la primera tontería que se me vino a la cabeza—. ¿Dónde está Zanzíbar? Si le soy sincero, ni siquiera sabía que existía un sitio llamado así. Podría estar inventándoselo. Diga la verdad.

Conseguí mi propósito, pues de su garganta emergió una sonora carcajada.

—Lamento disgustarlo, pero Zanzíbar existe. Está en África, en la costa oriental. —Se levantó y cogió un pequeño palo. Allí, junto a la roca, en el suelo de tierra, dibujó el continente africano. Rodeó después un punto en concreto y dibujó una isla—. Aquí, concretamente.

Asombrado, me pregunté si yo tendría valor para alejarme tanto de España alguna vez.

—¿Tan lejos?

—Son muchos días en barco. Demasiados para recordarlos todos.

—Nunca he viajado en barco. ¿Cómo es?

Miró al cielo unos segundos y después dijo una palabra que nunca antes había escuchado.

—*Bahari*.

—¿*Bahari*? —pregunté extrañado.

—Así llaman, en su lengua, las gentes de Zanzíbar al mar. Y viajar en barco es como el mar: a veces te mece y otras te retuerce. Hay que tener el estómago hecho de acero.

—O alma de marinero.

—Cierto. —Sonrió y me miró con interés—. ¿Puedo preguntar qué hacía usted tan temprano en los jardines?

—Necesitaba estirar las piernas.

—¿Y ayer también?

—Me gusta hacer ejercicio.

—Eso parece —observó ella, mirándome por un instante de arriba abajo para después carraspear nerviosa y desviar la mirada hacia el cielo—. ¿Cree que lloverá?

—Seguramente. —Sonreí para mis adentros a causa de su gesto—. Aquí llueve a menudo.

—Ayer cayó un buen chaparrón.

Asentí. Los dos nos habíamos mojado bajo la misma lluvia.

A mi mente llegaron los recuerdos de lo ocurrido y no habría perdido un real si hubiera apostado que a la de ella también. De hecho, la noté avergonzada, y no me equivocaba, pues pronto sus labios me revelaron sus pensamientos.

—Siento lo ocurrido. Lázaro es... —Clavó su vista en el suelo y no la alzó cuando continuó hablando—. Es un tanto vehemente a veces.

Fruncí los labios. Intenté no inmiscuirme. Despachar el asunto con un «no se preocupe», pedir disculpas por haberme entrometido y, al contrario que el día anterior, mantenerme lejos de las disputas entre ella y el que, según había entendido, era su prometido. Mas no pude. Me gustaba que llamasen a las cosas por su nombre y a lo que sucedió no podía dársele el calificativo de «vehemente». Tenía uno que se ajustaba mejor a él, y era el de «violento».

—No llame a lo que hizo «vehemencia». No disfrace con esa palabra lo que sabe que ocurrió. Lo que su prometido hizo tiene otro nombre.

Camila regresó sus ojos hacia mí y negó con la cabeza.

—Ayer fue un día largo y complicado. Hubo más brandy y vino del que ningún hombre podría tolerar.

Me entristeció saber que lo justificaba, y me pregunté si ella misma se creería esas justificaciones o si eran un escudo que plantaba ante ella y la realidad, para evitar que esta la turbase.

—Él no está de acuerdo con que escriba sobre las cosas que he vivido en otros lugares. Solo me quiere tocando el piano y bordando. Que yo borde es su actividad favorita. Si por él fuera me regalaría ovillos de lana en lugar de cualquier otra cosa.

—Se puede no estar de acuerdo en la temperatura con la que nos gusta tomar la sopa, pero desde mi punto de vista, los temas que usted trataba en lo poco que leí no son discutibles.

Sonrió ampliamente.

—Yo repruebo y condeno la esclavitud con todo mi ser. Me alegra saber que usted también lo hace.

—Creo que todos hemos nacido para ser libres y para tener las mismas oportunidades en la vida. Aunque está claro que el universo no opina lo mismo.

—Pues le haremos cambiar de opinión.

—Quizá debería empezar por hacer cambiar de opinión a Lázaro y después seguir con el resto.

—Lázaro es un imposible. Vive en un siglo distinto al nuestro. Además, se le ha metido en la cabeza la idea absurda de que nos casaremos. Ya ve. Si apenas nos toleramos. ¿Cómo podría nuestro matrimonio llegar a ninguna parte?

—A usted desde luego la llevaría a un lugar: la calle de la Amargura.

—No me conoce tanto como para afirmar eso.

—Con lo que vi ayer tengo pruebas suficientes como para armar un argumento.

Por un instante pensé que me replicaría, molesta, pero en contra de eso, se limitó a encogerse de hombros.

—Quizá..., pero ¿qué importan sus argumentos o los míos? Por más que me niegue, mi tío terminará por cumplir la voluntad de Lázaro sin pensar un ápice en la mía —suspiró y después negó con la cabeza—. Además, ¿qué hago hablando de estas cosas con usted?

—Cierto. ¿Por qué hablar de cosas que la preocupan cuando podríamos estar hablando de monos?

—De monos ladrones, para ser más exactos.

La preocupación se fue de su rostro y el mío para dar paso a una sonrisa, y con ella en nuestros labios nos quedamos prendados de una mirada que bien podría haber durado un segundo o una vida, porque perdí en ella la noción del tiempo. De nuevo, el sonido de los cascos de unos caballos acercándose nos sacó a ambos de aquel momento. Provenían de las cercanías, así que alzamos la vista para ver que al puente se aproximaban dos jinetes y una amazona sobre sus monturas. Reconocí al instante a Lily y a Bernardo. El tercero en discordia era ese malcarado de Lázaro. Como si hubiera visto al mismísimo demonio, Camila corrió a esconderse bajo el puente. Se dirigió allí tan rápido que a punto estuvo de caer al agua o, algo peor, partirse la crisma contra una roca. Por suerte mantuvo el equilibrio. Estaba demasiado lejos de mí como para haberla podido sujetar a tiempo.

—¡Nico! —exclamó Lily al percibir allí mi presencia, al tiempo en que detenía el caballo—. ¿Qué haces aquí?

—He venido dando un paseo —me excusé.

—Buenos días, Nicolás —saludó Bernardo—. ¿Estás solo? Me ha parecido ver a alguien.

—Era un... —Los ojos se me fueron sin querer bajo el puente. Camila se llevó el dedo a los labios y después

juntó sus palmas en actitud suplicante para pedir que me callase—. Un pescador.

Lily y Bernardo se miraron extrañados. Lázaro, tras arrugar la nariz y dirigirme un gesto de superioridad, azuzó a su caballo a emprender la marcha.

—¿Vienes? —preguntó Lily—. Bernardo puede subirte a la grupa.

—No. Necesito estirar las piernas un poco más.

—*Also gut*. Nos vemos en el desayuno. No llegues tarde.

—Lo prometo.

Cuando al fin se marcharon, pude respirar tranquilo. El sonido de los cascos de los caballos era ya inaudible cuando Camila abandonó su escondite.

—Si nos llegan a ver aquí a solas a los dos habría sido una ruina —dijo llegando junto a mí.

—Lo siento.

—No me ha obligado a nada, Nicolás.

Por primera vez en aquel día, escuché mi nombre de sus labios. Habría pronunciado el suyo de no haberme sentido torpe. Como si mi boca y mi garganta fueran una sustancia poco digna para algo tan especial.

—Lo sé, señorita Ariza. Pero ellos no. He sido del todo imprudente.

—Me gusta la imprudencia —dijo ella, sonriéndome—. A veces nos lleva a descubrir lugares insospechados y a conocer a personas...

—¿Sí? —inquirí, esperando que terminase la frase.

—Personas excepcionales —dijo al fin, arrancándome una sonrisa.

—Entonces volveré a ser imprudente cada vez que la vea.

Quizá no debí decir aquello, pero lo dije, y por la forma en la que ella me miró, me habría atrevido a decírselo cien veces más.

—Que sospecho no será nunca más porque llegaré tarde al desayuno y mi tío me matará —dijo.

—Usted no puede morir.

—¿Y por qué no? —preguntó con denotada curiosidad.

—Porque siendo quien la ha inventado, nadie más sabe dónde está Zanzíbar. ¿Acaso no quiere hablarle de ella a más gente?

Camila se echó a reír y yo secundé su gesto.

—Volvamos al pazo. No es mi deseo causarle problemas —dije, tendiéndole mi mano. Ella la tomó y juntos dejamos la margen del riachuelo. Oí de nuevo el sonido de unos cascos y por un instante temí que fueran de nuevo los jinetes, hasta que vi cruzar el puente a un hombre que, subido a una mula, llevaba de las riendas a una burra. El animal portaba en sus alforjas unas cántaras de leche. Nada más verlo, pensé que no perdía nada en preguntarle si iba hacia el palacete. Lázaro preguntaría por Camila en cuanto llegase, y ella llegaría más rápido sobre cuatro patas que sobre dos.

—Señor, buenos días. ¿Se dirige usted al pazo?

—*Bos días* —saludó también—. *Sí, aló vou. Levo comigo o leite para o almoço.*

Me pareció entenderle que llevaba leche para el almuerzo.

—¿Podría llevarla a ella también? Ha de estar allí cuanto antes.

Pensé que Camila se negaría, pero, sorprendiéndome una vez más, dijo:

—Buena idea. No sería la primera vez que monto en burra.

El lechero evaluó la situación y después asintió con la cabeza.

—*Canela éche forte e a rapaza non parece pesar moito.*

—¿La burra se llama Canela? —pregunté sorprendido.

—*Claro, coma súa nai e seu pai chamábase Luceiro* —dijo el buen hombre.

Me eché a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Camila.

—Mi yegua se llama Canela. Y el caballo de tu primo Elías, Lucero.

—Curiosa coincidencia —dijo ella—. ¿Cómo es su yegua?

—Más bonita que el sol. Y Lucero opina lo mismo porque anda *enamoriscao* de ella.

—*Enamoriscao* —repitió aquella palabra y después se echó a reír.

Fuimos juntos al encuentro con el lechero y, una vez allí, sin pensarlo siquiera, la tomé por la cintura y la aupé hasta sentarla en la grupa. Camila se me quedó mirando algo azorada. Cuando fui consciente de lo que había hecho, me pasó tres cuartos de lo mismo.

—Lo siento —dije, atribulado.

—No pasa nada. —Sonrió, alejando con su gesto las preocupaciones de mi mente, y después se dirigió al lechero —: Le pagaré cuando lleguemos al pazo.

—¿Pagarme, *filla*? ¿Pagarme por qué? *Fago isto de boa gana. Arrea, Canela.* —El lechero chasqueó su lengua varias veces y el sonido alentó a la burra a andar.

Camila giró la cabeza y me dijo adiós con la mano, sonriente.

—Nos vemos allí —prometió.

—Sí. No tardaré en llegar.

Los vi alejarse hasta que se perdieron en la lejanía y después comencé a caminar también. Un suspiro de satisfacción salió de mis labios. No podía negar que aquella mañana había sido espléndida y, lo mejor de todo, aún no había terminado. Quizá tendría ocasión de hablar un poco más con Camila en el desayuno. Aunque fuera de monos.

Cuando llegué, las mesas ya estaban dispuestas y ocupadas, y buena parte de las viandas habían sido consumidas. Busqué con la mirada a Camila, mas no la vi. Tampoco había rastro alguno de Lázaro.

Victoria llegó a mi lado, sobresaltándome.

—¿A quién buscas?

—A una joven —dije, sin dejar de escudriñar entre la multitud—. Camila.

—¿Qué Camila?

—¿Cuántas *Camilas* han venido a tu boda? —dije alzando una ceja mientras la miraba de reojo.

—Perdona. —Sacudió la cabeza—. ¿Te refieres a la prima de Elías? ¿La conoces?

—¿Tu esposo no te ha contado nada?

Victoria negó con un gesto.

—La conocí ayer en el laberinto de setos —indiqué—. Donde los parterres de claveles y esa fuente tan bonita. La conocí mientras ese tal Lázaro que dice ser su prometido excedía todos los límites del honor sobrepasándose con ella.

—¿A qué te refieres?

Le relaté lo ocurrido. Ella palideció.

—Qué mal nacido.

—Desde luego —mascullé—. Ya sabes que no tolero que nadie le ponga la mano encima a una dama. Le habría molido la cara a palos de no haber aparecido Elías.

—¿Qué dijo él?

—Que Lázaro no era mal hombre y que lo que yo le contaba no era posible.

Ella se quedó pensativa por unos instantes y después habló:

—Imagino que quiso imponer la prudencia en vuestras cuitas. Él tampoco consiente esas cosas. Cuando nos conocimos...

—¿La prudencia? —interrumpí de forma brusca—. Ojalá se la hubiera ahorrado cuando te vio con Julián Withmore la primera vez. Yo lo habría tirado por la ventana ese mismo día. Así que no me vengas con que Elías te defendió.

—Nicolás... —me regañó muy seria.

—Victoria.

Suspiró. Yo lo hice también. Giramos la cabeza hacia lugares distintos, evitando así nuestras miradas.

—Venga, no te enfades —dijo ella finalmente—. Ya sabes lo que pasó con él después. Julián obtuvo su merecido.

—Cuando ya nos había hecho daño a todos.

—Si no lo hubiera conocido, tampoco te habría conocido a ti. Además... —Posó su mano en mi antebrazo y con aquel gesto reclamó mi atención. La miré esperando escuchar lo que tenía que decirme—. Estaría dispuesta a pasar otra vez por el dolor que me causó si eso me llevase de nuevo a la Venta de los Castaños.

Aquello me conmovió y no pude evitar sonreír.

—Le diré a Elías que ponga un ojo sobre su prima y ese joven. No te preocupes —comentó después.

—Gracias —dije—. Y bien, ¿sabes dónde está? Tengo algo que devolverle.

Me había quedado con sus papeles; y ella, con mis guantes, aunque lo segundo no me importaba.

—Me temo que tendrás que hacerlo por carta. Se ha marchado ya. Esperaba que se quedase a desayunar, pero a Lázaro y a su tío les ha entrado una prisa de lo más repentina.

Me sentí terriblemente decepcionado al escuchar aquello.

—¿A dónde han ido?

—A Lisboa. Vive allí con su tío. —Retiró su mano y me miró extrañada—. Si es muy importante...

—Lo es.

—Puedes enviarle una carta entonces. Te haré llegar su dirección.

—De acuerdo —concedí conformándome con aquella opción, a pesar de que no era mi preferida.

—Ahora, siéntate y disfruta del desayuno, te sentará bien.

—¿Qué hay para comer? Espero que tenga un nombre que pueda pronunciar.

Victoria rio.

—Me temo que no —dijo, para mi decepción. Instantes después me miró con un brillo divertido—. Aunque si vienes conmigo a las cocinas haré que nos preparen unos huevos fritos como los que hace tu madre.

—Sabes que eso es imposible.

—Tienes razón. Entonces como los que hacía yo.

—Moriré de hambre —dije con gesto dramático.

Me pellizcó de forma disimulada en la espalda y nos echamos a reír. Por suerte, las cuitas entre almas afines nunca duran mucho. Puede que no fuera la mujer de mi vida, pero sí podía ser mi amiga para siempre, y eso tenía un gran valor, aunque en ese momento no supiera verlo.

Comimos juntos en una pequeña mesa que prepararon para nosotros en la terraza, intercambiando impresiones sobre asuntos poco importantes, para no ahondar de nuevo en sentimientos que podrían herirnos. Le hablé de Javier, de las obras de teatro que veíamos juntos, de los sitios que visitaba en Madrid, mas no volví a hablarle de amor. Ella tampoco lo hizo. Y entre charlas amistosas, café y sonrisas, llegó la hora de partir. Tras desearle toda la felicidad del mundo, me despedí de ella con un abrazo que atesoraría por siempre. El viaje de regreso a Madrid sería largo, pero, en contra de lo que pensé cuando llegué a Galicia, de allí me llevé más que el amargo trago de la boda de Victoria. Me llevé la voz y la sonrisa de Camila grabadas en mi mente; y, con ellas, la sensación de que las heridas de mi corazón dolían menos si la recordaba.

Capítulo 3

Madrid, 8 de abril de 1846

Javier Galí de Rioalto era el mejor amigo que uno podía desear. Era amable, leal, y estar con él era mirar la vida con ganas; pero tenía un defecto: no le gustaba estudiar. Y teniendo en cuenta que los estudios eran mi prioridad, aquello era un inconveniente. Día sí, día también, me invitaba a salir con él a gastar reales y a bebernos la noche de Madrid entre copas de vino, faldas de tafetán y besos que hablaban francés. Era así desde que lo conocí, y aunque me gustaba acompañarlo al teatro, no encontraba tanta diversión en sus planes nocturnos. La bebida me dejaba los sentidos embotados y me apartaba de los libros. En cuanto a las mujeres... las mujeres eran un punto y aparte en mi vida. No tenía interés alguno en general, y mucho menos en particular, por más que Javier se empeñase en lo contrario. A él tampoco le gustaban las mujeres, eso era algo que yo había descubierto poco después de conocernos, pero siendo quien era gastaba muchos zapatos en ir de café en café para mantener las apariencias. Más de lo que le habría gustado admitir. En público, la reputación lo guiaba entre las curvas de Venus; en privado, el corazón era quien lo llevaba por las de Eros. Y de poco le servía emborracharse cada noche, porque bebía para olvidar, pero recordaba más que nunca.

Al principio me sentí extrañado ante la idea de que un hombre pudiera sentirse atraído por otro hombre. A que esa atracción, de hecho, fuera más allá de un simple acto carnal; un impulso guiado por el deseo y la pasión. A que Javier hablase de amor con todas sus letras. Desde niño me habían enseñado que el amor estaba hecho para la unión entre un hombre y una mujer como garantes del legado de Adán y Eva, y de los mecanismos de la procreación; que el amor venía después del matrimonio. Me habían enseñado muchas cosas que la vida se había encargado de desenseñarme. Porque yo amaba. Amaba sin ambages. Amaba aún con la premisa de no ser amado de vuelta. Pero amaba. Y podía llamarse amor, se pronunciase con el cuerpo que se pronunciase.

Hasta que me di cuenta de eso pasé varios días apartado de Javier por una especie de miedo irracional a que su cercanía me perjudicase de alguna forma. Había sido un estúpido al pensar así, pues, de no haber rectificado a tiempo, habría perdido al mejor amigo que la vida podía darme. Uno un tanto descarado y pendenciero; uno cuya posición social era tan distante a la mía como lo era la Luna de la Tierra; que vivía atado a las imposiciones de su familia; que no sabía poner los pies sobre el suelo cuando se enamoraba; pero el mejor, al fin y al cabo. En la tormenta que había sido mi vida esos últimos meses, conocerlo había sido una de las mejores cosas que me habían pasado.

Y aquel 8 de abril que nunca olvidaré, ocurrió algo sorprendente con él: vino a buscarme temprano, cuando apenas habían pasado unos minutos de las siete de la mañana. Yo había estado estudiando hasta tarde, y el sonido de la puerta me sobresaltó. No acostumbraba a cerrarla, por si doña Lola, la dueña de la fonda en la que residía, me necesitaba alguna vez y tenía que entrar a buscarme. No había nada que tuviera que ocultar; ni tampoco usaba la habitación para otra cosa que no fuera estudiar, así que no me importaba.

Me incorporé en la cama y, frotándome los ojos, distinguí a mi amigo. Al principio pensé que venía tras una noche de juerga, pero luego de ver que llevaba las ropas impolutas y el cabello bien peinado, descarté esa opción. Javier era todo un dandi. Siempre iba a la última moda y gastaba parte de su estipendio en ropa. Era alto y espigado, bastante atractivo, así que el porte ayudaba al sastre. No obstante, más allá de su apariencia, lo que más le gustaba de él a la gente era su carácter amable y caritativo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, con gesto somnoliento.

Cerró la puerta tras de sí y fue hacia la ventana. Corrió las cortinas, rompiendo la tenue iluminación del

dormitorio y cegándome.

—¡Javier! —Me tapé la cara y resoplé.

—Despierta, que no son horas. Necesito ayuda.

Me asusté y alcé la vista hacia él, acostumbrándome poco a poco a la luz.

—¿Ayuda por qué? —inquirí nervioso, saliendo de debajo de las sábanas y sentándome al borde de la cama—. ¿Qué ocurre?

Se sentó a mi lado y sacó del bolsillo interior de su elegante levita gris una misiva que ya había sido abierta. Me la tendió. Sus manos temblaban por la inquietud y eso aumentó mi preocupación.

—Me estás asustando —dije mientras desplegaba la carta para leerla. Lo hice con apremio y, cuando terminé, lo miré sorprendido—. Te citan para la prueba de bachiller en tres meses. Pero si todavía te quedan unos años para terminarlo... No comprendo nada.

—Yo tampoco, Nicolás. Pero pongo la mano en el fuego sin temor a quemarme cuando te digo que es cosa de los rufianes de mis padres —aseveró apretando el puño y alzándolo de forma casi teatral—. Y yo que me metí a estudiar, aunque tarde, para que no me apremiasen con eso del matrimonio y ahora, mira por dónde, me adelantan el examen. Estoy convencido de que habrán engordado el bolsillo de algún mandamás para que me mande a la facultad antes de tiempo. Maldita sea —masculló—. Qué empecinamiento el suyo.

Dejé la carta a un lado y apreté su hombro, tratando de calmarlo.

—Bueno, no te preocupes. Te ayudaré. No es que vaya más adelantado en la materia que tú...

Me interrumpió con gesto ofendido.

—No digas tonterías, Nicolás. Podrías presentarte a este examen mañana mismo y aprobarías con los ojos cerrados. Si no te despegas de los libros.

—En eso último tienes razón.

—Cualquier día te salen hojas como si fueras uno —suspiró con gesto cansado—. En cualquier caso más me vale aplicarme, bastante enfadados los tengo ya.

—¿Por qué?

—Por todo. Que si me pierden las fiestas; que si no me atiendo a unas prioridades...

Era difícil quitarles la razón a sus padres en ese aspecto, pero no quería desanimar más a Javier y no dije nada al respecto.

—No te preocupes, que ya verás como todo se soluciona. A partir de hoy mismo, a sentarse en la silla a estudiar hasta que las posaderas se nos pongan planas.

—Las posaderas. —Rio—. Qué redicho te estás volviendo, ventero.

—Bueno, pues el culo, Javier. —Me eché a reír también—. Anda, vamos a ver si doña Lola ha preparado el desayuno y luego acordamos un plan de estudios.

—Como los ministros.

—Como los ministros —repetí—. Pero tú apruebas ese examen como que me llamo Nicolás Castro.

—No porfíes, a ver si te vas a tener que cambiar de nombre.

—Le pondremos una vela a San Judas Tadeo y verás cómo te ayuda.

—Y otra a San Antonio, para que te encuentre novia —dijo él, con una sonrisa burlona en el rostro.

Negué con la cabeza y volví a reír.

—Anda, vamos a desayunar.

Le devolví la carta y salí de la cama, para asearme y vestirme. Entre nosotros había confianza, así que esperó dentro de la habitación y, mientras lo hacía, tomó una silla y abrió la puerta del balcón para fumar un cigarro. Ni a mí ni a doña Lola nos gustaba que fumase allí dentro, pero era difícil quitarle la costumbre. En un recodo de la terraza guardaba una concha que había traído de algún viaje y que usaba para echar la ceniza. La tomó, se sentó en la silla y, cigarro en mano, se quedó más callado que de costumbre. Entre calada y calada, lo vi mirar de reojo la cama que había a poca distancia de la mía. Aunque el dormitorio era para mí solo, doña Lola me contó que antes vivían en

él dos hermanas, y que era tontería quitar una de las camas. «Si te cansas de una te cambias a la otra», me dijo. Y allí se quedó. A mí no me molestaba. Me servía como mesa para dejar los libros, que ocupaban buena parte de la superficie.

—Me vengo a vivir contigo.

Yo, que andaba afeitándome, casi me corto al oírlo.

—¿Qué dices? —Lo miré de reojo.

—No deberías pasarte tú la navaja, que cualquier día vamos a lamentar un accidente. Déjate bigote, como yo. Y barba también. Te daría un aspecto más distinguido —observó, ignorando mi pregunta—. Además, te la podría recortar yo mismo, que gasto buena maña. Me da que en otra vida fui barbero.

—El de Sevilla —bromeé—. Estoy acostumbrado a afeitarme. A ver si te crees que en la venta tenía un criado para estas cosas. No te vayas por los Cerros de Úbeda y contesta a mi pregunta.

—Te decía de venirme a vivir aquí, para favorecer nuestro plan de estudios. —Apagó el cigarro y dejó la concha fuera, tomando después asiento de nuevo—. Me quedo contigo y así me sujetas para que no salga tanto.

—A ti no te sujetan ni por mandato divino, Javier —dije—. Además, vives en un palacio, por el amor de Dios, ¿quién querría dejar eso para venir a esta fonda?

No me imaginaba a Javier privado de los lujos de su palacete, situado cerca del elegante Paseo de Recoletos, donde las reformas de los últimos años habían dado paso a un barrio que, poco a poco, se iba llenando de gente de fortuna.

—Yo. Un hombre nuevo y estudiante comprometido.

—Y yo soy Narváez —bromeé—. A otro perro con ese hueso. Dos días estudiando y se te pasará la fiebre.

—¿Dónde está ese amigo que confiaba en mí? He hablado con él hace... no sé. —Miró su reloj de bolsillo, un *lépine*^[3] de plata—. ¿Veinte minutos?

—De acueerdo —concedí, dejando la navaja en la jofaina y secándome la cara con la toalla—. Pero se lo dices tú a doña Lola, que no sé yo cómo se va a tomar que vivas aquí conmigo, conociéndote.

Y es que ella sabía de sobra que, aunque era buen muchacho, le encantaban las correrías.

—Es temporal y le dejaré buenos reales. Le parecerá bien.

—¿Y tus padres? Preferirán buscarte un buen profesor y que te quedes en casa.

—Ya sabré cómo convencerlos. Si es para estudiar, no pondrán inconvenientes —declaró seguro de sus palabras—. ¿Has terminado ya?

Limpié los útiles de aseo y asentí, yendo a ponerme la levita. En ello estaba cuando unos golpes insistentes resonaron en la madera de la puerta. Por la forma impetuosa de llamar, supe que se trataba de doña Lola. No era mujer de medias tintas, para nada. Si llamaba, llamaba. Y si hablaba lo hacía con determinación. Y cuando daba una orden... mejor hacerle caso. Ella era así. Un poco suya para algunas cosas, aunque justa en sus precios, buena cocinera e intolerante a la suciedad.

—Pase, doña Lola.

La mujer, de unos cincuenta años bien llevados, pelo rubio y ojos negros, asomó por la puerta. Primero me miró a mí y luego sus ojos se fueron directos a Javier.

—Ya sé yo por qué huele a humo. —Chasqueó la lengua—. ¿Tú qué haces aquí que no te he visto entrar?

—Estaba usted de charla con el lechero —le dijo él, a lo que añadió con tono pícaro—: Y de algo más, diría yo.

—Descarado. —Rio zalamera—. Sí que te fijas bien.

—Hay que estar al tanto de lo que se cuece en la capital, doña Lola.

Ella resopló.

—Como si a alguien le importase que una vieja como yo andase de amores.

—Vieja no es usted. No diga mentiras. Yo la veo bien joven y lozana.

Doña Lola soltó una sonora carcajada y puso los brazos en jarra.

—Anda, di de una vez lo que vas a pedirme, que te veo venir a leguas, Javier de Galí. Tortilla de patatas no te

hago, que no tengo huevos.

Había algo que a Javier le gustaba más que una juerga: las tortillas de doña Lola.

—No es eso.

—¿Y qué es? —Lo miró con interés, esperando que hablase, pero Javier debía estar armando el discurso en su cabeza y no terminó de articular palabra. Ella, impaciente, terminó por rezongar—: Mira, cuando te venga la inspiración divina me lo dices. Niño —me miró—, han dejado esto para ti bien temprano.

Dirigí la vista hacia ella y vi que me tendía una carta.

—¿De dónde viene? —pregunté mientras la cogía.

—Pues no sé, porque la ha traído un muchacho que no es el de siempre y tan pronto que casi se cruza con el sereno. Ábrela, venga.

Miré la carta detenidamente y fruncí el ceño.

—Es correo interior —dije al reconocer una de las marcas estampadas en rojo en ella.

—¿De Madrid?

—Sí. De cinco reales de porteo, que lo he visto yo —dijo doña Lola, que se agitó nerviosa—. ¿Quieres abrirla de una vez, Nicolás? Me va a dar un soponcio y ni tú ni este zascandil sois todavía médicos como para atenderme.

Javier rio con ganas.

—Zascandil me llama.

Mientras doña Lola le dirigía un gesto burlón a mi amigo, tomé aire, rompí el lacre que cerraba la misiva y la abrí. Cuando leí lo que en ella rezaba, mis ojos se clavaron directamente en los de Javier. Debí de poner tal gesto de sorpresa que se levantó de la silla de un salto y vino a mí.

—¿Qué pasa?

—Que a mí también me han adelantado la prueba de bachiller —dije casi sin voz a causa de la sorpresa.

Javier me arrebató la carta de las manos y la leyó a toda prisa. Me abrazó después, dando gritos de júbilo.

—¡Ay, que vamos a tener que poner dos velas!

—¡Por la Virgen de Linarejos, explicadme qué pasa! —se quejó la mujer.

—Pues que nos examinamos en julio, doña Lola —explicó Javier, soltándome para ir a abrazarla a ella—. Los dos. Y de ahí a la facultad, a estudiar de lo nuestro.

Ella soltó un grito de entusiasmo y lo estrechó entre sus brazos también.

—¡A San Carlos! —dijo—. ¿Tan pronto? Pero si yo creía que ibais a estar tres años estudiando lo que estudiáis ahora.

—¡Pues ya ve que no!

—Entonces vais a tener que arreglar muchas cosas. Los papeles del bautismo y de limpieza de sangre. Yo conozco gente que los agencia... de tapadillo. —Bajó la voz—. Por si os veis en un apuro.

Javier se echó a reír.

—Pero, doña Lola, que hace ya lo menos diez años que piden nada de eso.

—Lo de estar bautizado digo yo que sí. Que siendo médicos y trasteando con la vida de la gente no podéis estar a malas con Dios.

Los oía hablar, pero mi cabeza no estaba allí. Andaba pensando en Victoria y en lo que me había dicho que haría. Había cumplido su palabra y cambiado mi vida, una vez más; y sabiendo lo importante que era mi amistad con Javier, había resuelto implicarlo a él también en aquella aventura que nos tendría a los dos sin quitar ojo de los libros durante los próximos meses.

—Sí, no se preocupe por eso. Hoy comemos fuera para celebrarlo, que invito yo —dijo Javier—. Y usted se viene, doña Lola. Póngase un vestido bonito, que la voy a llevar del brazo por todo Madrid.

Ella rio divertida.

—Ya me gustaría, pero tengo unos muebles que mover para limpiar y si no lo hago hoy, la faena se me acumula.

—No se apure, que yo la ayudo y así se puede venir de paseo. Nicolás. —Javier reclamó mi atención—. Voy a

ayudar a doña Lola. ¿Vienes a echarnos una mano?

Asentí, aunque algo despistado.

—Dadme unos minutos y bajo enseguida.

Mi amigo palmeó mi hombro con efusividad y después volvió a abrazarme.

—No tardes.

Doña Lola y él se marcharon, trazando planes entre risas para aquel día. Tomé asiento frente al escritorio y abrí el pequeño baúl en el que guardaba mi papel de cartas. Quería escribirle a Victoria para darle las gracias por aquello, y también a mi madre, para ponerla al corriente cuanto antes. Me disponía a tomar uno de los pliegos cuando topé con uno a medio escribir. Lo cogí y lo observé. Una sonrisa emergió a mi rostro al comprobar de qué se trataba.

Días atrás, nada más regresar de Galicia, me había sentado a escribirle una carta a Camila, con la que acompañaría los papeles que de ella aún guardaba. Sin embargo, no había sido capaz de ir más allá de un saludo cortés en ella, puesto que me sentí nervioso. Más que de costumbre. Temía ser demasiado cercano; o prudente en exceso y terminar pareciendo frío, y no quería eso. Siendo justos a la verdad, la joven había ocupado mis pensamientos en más de una ocasión y, al recordar nuestro encuentro, casi tenía la certeza de que entre nosotros había surgido una afinidad innegable. Un grado de simpatía mayor de lo habitual tras un encuentro tan breve y tan peculiar. Teniendo en cuenta esto, tuve miedo de dejarme llevar en la carta por esas sensaciones y que estas fueran una percepción solamente mía. Que resultaran ser sensaciones que yo había puesto ahí, pero que no existían. Ni en mí ni en ella. Mas ahora que miraba la carta de nuevo, me sentía empujado a terminarla. A contarle aquella gran noticia. A hacerla partícipe de mi felicidad y a esperar que, de vuelta, ella me hiciera partícipe de la suya. Sin quererlo, me hallé imaginando el momento en el que esa carta aún no escrita tuviera su respuesta. Una respuesta en la que entre líneas pudiera leerse más de lo que las palabras expresaban a priori. Me sentí extraño ante aquel pensamiento. Si yo no quería pensar en asuntos de amores, ¿por qué esperaba algo así? Ni yo mismo lo sabía, pero tomé un papel limpio y, con pulso firme, escribí:

Estimada amiga:

Espero que cuando reciba esta carta se encuentre bien y que su regreso a Lisboa transcurriera sin incidentes. Ha de saber que yo lo estoy. En Madrid en estos días hace buen tiempo y eso siempre es agradable. He recibido hoy una noticia excelente y, sabiendo que se alegrará por mí, siento el deseo de compartirla con usted. Espero no importarla por ello. Han adelantado mi prueba de bachiller y, aunque habré de estudiar mucho para superarla, merecerá la pena, porque podré ir a Medicina antes de lo esperado. Quizá, si algún día volvemos a vernos, ya esté usted ante un futuro cirujano.

Adjunto los papeles que, después de todo, se quedaron conmigo. Lo hago con la esperanza de que pueda recuperar las palabras de gran relevancia que hay en ellos. La aliento, firmemente, a seguir escribiendo y a no dejar de creer en usted y en los valores que atesora y que tanto me hacen admirarla. Espero poder leer pronto alguno de sus brillantes pensamientos en uno de los muchos periódicos en los que gente con menos talento que usted hace gala cada día de sus ideas.

Sepa que el rato que pasamos juntos fue uno de los más agradables que viví en mucho tiempo y que, de ser por mí, volvería a pasear de nuevo hasta aquel puente junto a usted sin pensarlo un solo instante.

Si así lo desea, no dude en escribirme. Recibiré su carta y la leeré con gran entusiasmo.

Su leal amigo.

Nicolás Castro

Rubiqué mi firma con una sonrisa en los labios, dispuesto a mandar esa carta aquel mismo día, sin demora. Lo hice con el corazón lleno de esperanza; con la premisa de que pronto tendría buenas noticias; de que, en lo que restaba de año, solo pasarían cosas buenas que colmarían mi vida de felicidad. Ante mí se dibujaba un horizonte de nuevos proyectos e ilusiones, al que miré de frente con la entereza de un soldado y la ilusión de un niño.

Y estaba en lo cierto. En lo que restaba de 1846 pasaron muchas más cosas. Aunque no todas fueron las que esperaba.

Capítulo 4

Madrid, 5 de febrero de 1847

Más de un mes después de despedir 1846, me preguntaba dónde había ido a parar mi vida en ese tiempo. Desde que había regresado de la boda de Victoria, esta se había precipitado hacia cambios que se escapaban de mis manos y, a veces, hasta de mi comprensión. De Camila no hubo jamás respuesta. No sabía si era porque no la había recibido o porque no había querido contestarme, y aunque me sentí tentado de preguntarle a Victoria alguna referencia más, no lo hice. El miedo a que la ausencia de respuesta fuera intencionada me paralizó, y relegué de nuevo a un imposible cualquier intento de mi corazón por ver la luz.

Tras la prueba de la que salimos victoriosos, Javier y yo entramos en la facultad con un gesto triunfal y la sensación de que nos íbamos a comer el mundo, pero el mundo tenía más hambre que nosotros y los primeros meses de clase fuimos sus presas. Cervatillos temblorosos, para ser más exactos.

Las materias se nos antojaban a cada cual más complicada y la terminología, como una lengua extraña que nunca fuéramos a aprender. Suerte, decía Javier, que no todo era en latín, ni todo cosas malas. Tanto él como yo habíamos hecho buenas migas con don Santiago Gutiérrez, el profesor de Anatomía. A pesar de que muchos lo consideraban vehemente y bastante duro, para mí solo eran señales de su fortaleza de carácter. Tenía un origen humilde, igual que yo, y saber que había llegado tan alto en la vida me inspiraba a ser como él. Javier era de su agrado, pero yo me había convertido en su ojito derecho y eso me había granjeado la enemistad de mis compañeros sin siquiera hacer nada para merecerlo más que rendir académicamente mejor que ellos. Al principio me había sentido algo triste; dispuesto incluso a rebajar mi rendimiento para no destacar tanto, hasta que don Santiago me lanzó una mirada aleccionadora tras sus anteojos y me dijo estas palabras: «Son los demás los que han de salir de su mediocridad, señor Castro, no usted el que debe entrar en ella. Usted es un estudiante ejemplar. No permita que los demás decidan su éxito. Tiene, por delante, un futuro más brillante del que ellos se atreverían a soñar».

Nunca me habían dicho nada parecido. A mí. Un chico cualquiera, criado en una venta con el sudor de una madre que tenía más fuerza que el sol. Así que mi día a día era un esfuerzo constante por demostrarle a don Santiago que podía ser eso que él esperaba de mí.

Por suerte, no era nuestro único apoyo en aquel ambiente hostil, pues pasábamos los ratos libres con amigos de la infancia de Javier, que nos hicieron el trago más agradable. Él los llamaba los «Cuatro Evangelistas», pues llevaban sus mismos nombres: Marcos, Lucas, Juan y, aunque no de nombre, pues se llamaba José Ramón, había un Mateo de apellido. Él cursaba Leyes, mientras que Marcos y Lucas estudiaban Medicina como nosotros y Juan se formaba como pintor en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Eran jóvenes de buena posición, que pegaban mucho en el círculo de Javier y poco en el mío, pero que fueron amables conmigo desde el principio y eso me gustó. De todos ellos, fue con Marcos con el que tuvimos mayor afinidad. Tanto fue así, que Javier y él acabaron siendo más que amigos.

Marcos lo hacía tan feliz que Javier andaba por las nubes día sí y día también. Y eso lo sabía de buena tinta pues, desde que resolvió quedarse conmigo en la fonda de manera perpetua, compartíamos habitación. Aunque echaba de menos su berlina, su dormitorio y a los criados poniéndole el desayuno en la mesa, se había adaptado pronto a las ventajas de vivir fuera del ámbito paterno. Quizá demasiado. Iba y venía cuando quería, y hacía y deshacía lo que le daba la gana. Pero cumplía con los estudios más que antes, porque yo, de vez en cuando, me encargaba de atarlo a la silla para que estudiase. Sus padres, contentos con ello, no fallaban en su estipendio mensual y veían lo de que su hijo viviera en la fonda como un capricho de la juventud que le enseñaría a curtirse en la vida.

Yo solo anhelaba una cosa: que me dejase estudiar tranquilo. A ratos me sentía como una especie de Ulises en el eterno regreso a Ítaca, con Javier siendo todos esos giros del destino que me impedían concentrarme en mi misión principal: estudiar. Y de todos los días que compartíamos, le temía a los viernes más que a un torrente de agua, pues, como cada fin de semana, Javier se vistió cual dandi y se plantó a mi lado, esperando que lo acompañase.

—¿Piensas pasarte la noche del viernes así? —dijo al verme con la cabeza metida en los libros. Cogió la vela que reposaba en mi escritorio y en su lugar puso un quinqué, ya encendido—. Te vas a quedar ciego.

—No me gustan los quinqués, ya lo sabes.

—Estamos en 1847, no en el siglo doce. Deja de usar velas a todas horas, a doña Lola le salen arrugas cada vez que te ve con una.

Asentí, con gesto distraído. Él tiró de la manga de mi camisa.

—¿Vienes o qué? —dijo con voz suplicante.

—Se me está atragantando Anatomía. —No aparté la vista de los apuntes para responder, pues temía que, si lo hacía, no sería capaz de volver a concentrarme en esa maraña de músculos y huesos que mantenía en pie nuestros cuerpos.

—¿Y no sería mejor que se te atragantase una rubia? —De seguro guiñó uno de sus negros y almendrados ojos al decir esto. Lo conocía lo bastante como para afirmar que así era—. ¿O una morena? Todavía no me queda claro qué clase de moza es más de tu agrado. Bueno, conozco a una, pero esa no cuenta.

Chasquéé la lengua.

—De mi agrado sería que me dejases tranquilo.

—Hoy he quedado con los Cuatro Evangelistas. No permitas que quede a su merced.

—Tengo que estudiar —repetí.

—Eres el peor compañero de cuarto que podía desear —dijo resoplando. Los pelillos de su bien recortado bigote, negro azabache al igual que sus cabellos, se agitaron. Estuvo insistiendo más de dos meses en que yo también me lo dejase, y al final lo consiguió. Eso y la barba, que llevaba siempre bien recortada. Decía que me hacían parecer más maduro; y yo, con tal de no oírlo más, le hice caso.

—Vives aquí porque quieres, te lo recuerdo —le dije mirándolo de reojo.

—Tienes razón. Por cierto, dentro de unas semanas es mi cumpleaños y querrán celebrarlo. —Cogió una silla y, colocándola con el respaldo hacia mí, se sentó a horcajadas en ella—. ¿Vendrás?

—¿Yo? —Negué con la cabeza—. No pinto nada en una de tus fiestas y lo sabes.

—Soy yo quien dirime si alguien pinta en ellas o no.

Cerré el libro de golpe y me giré para mirarlo, cruzándome de brazos.

—Javier.

—Nicolás —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tú no lo entiendes. Yo soy de campo. Como los conejos. De jara y romero. De caminos de barro. Los suelos de mármol no están hechos para que yo los pise.

—Lo que eres es muy tonto —dijo, y su mano voló hasta mi cuello, donde dejó caer un golpe amistoso. Me aferró después del hombro y me zarandeó—. Una buena levita y con esas hechuras que tienes nadie se dará cuenta de que te has criado entre jaramagos.

—¿Y qué les vas a decir a tus invitados? ¿Que has llevado a tu fiesta a un ventero?

—Les diré que eres hijo de un comerciante de vinos malagueño y nadie apreciará la diferencia.

Resoplé.

—Malagueño tenía que ser.

—¿De dónde crees que será el vino de la fiesta?

—Pues espero que de Málaga no. Que todo lo que viene de allí se me amarga.

Javier palmeó mi espalda, se levantó de un enérgico salto y colocó a continuación la silla en su sitio. Pensando que me había dejado tranquilo ya, volví a abrir el libro e intenté centrarme en los estudios, ignorando el jaleo que

estaba formando mientras buscaba algo en el armario.

—Siempre se me olvidan los nombres de las partes de los malditos coxales —mascullé.

—Mientras que no los pierdas... —bromeó—. Para recordarlos siempre pienso en Aquiles. El musculoso y valiente Aquiles, con su amado Patroclo.

Me reí.

—¿Y no te distraes pensando en tanto músculo y valentía?

—No —contestó él con resolución—. Mira: Aquiles estuvo en Troya. Y a imagen de esta levantaron Ilión. E «ilion» es una de las tres porciones del coxis. Ilion, isquion y pubis.

—Ilion, isquion y pubis —repetí en voz alta para después chasquear la lengua—. Te detesto profundamente. Apenas estudias y siempre lo recuerdas todo.

—Veo un «gracias» sobrevolando tu boca —dijo él—. Dámelo antes de que se pierda.

—Está bien. Gracias —concedí.

Javier siguió a sus cosas un rato más, terminando de acicalarse, y yo me centré en las mías. Andaba entre una de las catorce falanges, cuando una de las muchas levitas que Javier gustaba de regalarme cayó sobre el libro a plomo, tapando sus páginas. Alcé la mirada extrañado, y vi a mi amigo cruzado de brazos a mi lado.

—Ponte eso, que nos vamos.

—Ya te he dicho que no puedo.

—Nicolás Castro, que los Cuatro Evangelistas no perdonan una mano de cartas. O vienes a frenarme o perderé toda mi fortuna antes de las doce.

—Las doce es decir mucho. —Miré el reloj de pared—. Son las nueve. Calculo que para las diez y cuarto serás pobre.

—¿Ves cómo tienes que venir?

—¡Está bien! No me des más la murga —concedí, rezongando.

Me abrazó y, cuando me soltó, cerré el libro de nuevo y me vestí, con Javier apremiándome.

Una vez que estuve listo, con levita azul, chaleco en color crema y pantalón negro, cogimos abrigo y sombrero, y dejamos atrás la residencia. Nos dirigimos hacia la Puerta del Sol, pues en sus inmediaciones se asentaban algunos de los cafés y tabernas favoritas de Javier.

Si la noche guarda secretos inconfesables, la de Madrid reunía en sí misma razones suficientes como para ir al infierno. En ella se cumplían los Siete Pecados Capitales y se quebraban los Diez Mandamientos. Y yo, ajeno a los tejemanejes nocturnos de sus calles, me veía arrastrado a ellos por el brazo de mi amigo.

Entramos en un café en el que, a aquellas horas, el humo de los cigarros formaba ya una nube espesa entre el suelo y el techo, y las risas y conversaciones anulaban cualquier opción al silencio. De día podía verse en ellos a los literatos escribiendo sus libros e incluso a los estudiantes hincando codos entre café y café, pero de noche se transformaban dando paso a un ambiente más festivo. Aquel en concreto era un local amplio y con luz de gas, decorado al gusto francés, con recargados papeles de pared y grandes espejos. El espacio central se hallaba ocupado por una fuente rodeada de columnas y un sinfín de plantas. De día, el sol se colaba a raudales por la cúpula acristalada que había sobre estas; de noche encendían una gran lámpara de araña para fingir que el astro rey no se había marchado. En la zona más cercana al pequeño escenario que se alzaba en un extremo, y que se hallaba vacío en aquellos instantes, había veladores de hierro forjado y mármol, con sillas de idéntica manufactura para tres o cuatro personas, y otras mesas rectangulares con espacio para grupos más numerosos. En cualquier caso, estaban a rebosar y apenas había espacio entre ellas.

Seguí a Javier y nos escurrimos entre la gente hasta llegar a una de esas mesas más grandes, ocupada por sus amigos. Todos tenían entre veinte y veinticinco años; eran gente de cuna, como él, así que llevaban buenos trajes y fumaban mejor tabaco. Estaban todos menos Juan, que últimamente andaba en otras cosas que nunca decía qué eran. José Ramón, que presumía de febril imaginación, tenía la teoría de que Juan iba a cumplir encargos indecentes a casas de alta alcurnia, donde las damas se hacían retratar desnudas. No obstante, a Javier que estuviera Juan o no le

daba igual, a él quien le importaba era Marcos, o, como solo él lo llamaba: Marquitos. Bebía los vientos por él y viceversa. Parecía que no pudieran respirar si no era estando el uno junto al otro, y se buscaban para recobrar el aliento que la vida les quitaba.

Nos recibieron con más vítores que si fuéramos la reina Isabel y, después de abrazarse con efusividad y saludarme a mí con otro tanto de ímpetu, reunieron un par de sillas más para que nos sentásemos. Andaban con una mano de cartas a la que pronto se unió mi amigo, tomando asiento junto a Marcos. Yo me excusé. No me gustaba el juego, y además no podía ser su guardián si también apostaba. Lo hacían de tapadillo, porque estaba mal visto, pero si no se jugaban unos cuartos no eran felices.

Javier pidió un par de copas de marrasquino, un licor de cerezas muy dulce que a los dos nos gustaba, y esperé que nos las sirvieran sin quitar ojo de su mano de cartas.

Cuando llegó la bebida, la tomé a pequeños sorbos, empapándome de las conversaciones de mi alrededor, como solía hacer cuando estaba en la venta. En la mesa todo eran asuntos de estudiantes que se mezclaban con los de cartas, y en las adyacentes la gente hablaba de conquistas, o mezclaba la política con los problemas cotidianos, a menudo ligados. Andaba perdido en una de esas conversaciones cuando Javier, tras dejar una carta sobre la mesa, me dio un codazo reclamando mi atención. Murmuró algo que no alcancé a oír y acerqué mi rostro al suyo para poder escucharlo en medio del ruido.

—¿Conoces a ese *gachó* de algo?

—¿A quién? —pregunté, y dirigí la vista hacia donde estaba posada la suya.

Vi allí a un tipo de cabello rubio, excepcionalmente vestido. Se hallaba sentado de forma relajada, con las piernas cruzadas, un cigarro en una mano y una copa de brandy en la otra. Aspiró una calada y soltó el humo despacio. En medio de las volutas grises advertí que clavaba sus verdes ojos en mí y los entrecerraba, como si estuviera evaluándome. Había visto a ese hombre antes y traté de ubicarlo. Desvié la mirada mientras pensaba en el dónde y el cuándo, y entonces vino a mi memoria. Mas no lo hizo solo. La mujer de cabellos rojizos lo hizo con él. Camila... Nunca olvidaría su nombre; ni esos ojos que brillaban como dos luceros hechos de plata.

Desde que la conocí un año atrás, había pensado alguna vez en ella. Al principio su recuerdo me asaltaba con fuerza, pero, poco a poco, se fue diluyendo. Sobre todo, al ver que la carta que le había enviado a su dirección en Lisboa nunca tuvo respuesta. Para ella debí de haber sido poco más que una sombra; un recuerdo escrito en la orilla que se borra cuando llega la ola. Me había obligado a olvidarla, y ahora que pensaba en ella de nuevo, las imágenes que guardaba de nuestro tiempo juntos volvieron a mi cabeza y me hicieron sonreír. Casi podía verla subida en aquella burra en dirección al pazo con una sonrisa en los labios mientras me decía adiós con la mano. Una extraña sensación embargó entonces mi estómago. Me sentí como si llevara días sin comer. Algo que desde luego no era así.

—No ha dejado de mirarte desde que hemos llegado —comentó Javier, tras soltar otra carta, sacándome de mis pensamientos.

Asentí, volviendo a mirar a aquel hombre.

—Lázaro de Torres —dijo de repente José Ramón, echándose hacia atrás el flequillo castaño, mientras con la otra mano sopesaba qué carta tirar. Cordobés de nacimiento, tenía porte de torero, nariz afilada y ojos oscuros. Gustaba de llevar las patillas largas y el corbatín bien apretado.

—¿Lo conoces?

—En Derecho lo conoce todo el mundo, y no por cosas buenas.

—Y no solo en tu facultad le cortan trajes^[4]. Antes preferiría que me mirase el demonio a que lo hiciera él —dijo Marcos con voz suave. Cuando hablaba nunca lo hacía en un tono alto y casi costaba oírlo con tanto bullicio. Era espigado, de cabellos muy oscuros y ojos claros como agua de manantial. A elegancia solo le ganaba su Javier.

Miré a Marcos, ceñudo.

—¿Por qué dices eso?

Él prestaba atención de nuevo a su mano de naipes. Lo hacía muy concentrado y no era porque tuviera mayor interés en ellos. Es que en público le gustaba jugar a que huía del fuego de los ojos de Javier. Así eran ellos dos.

Destinados a encontrarse para quemarse mutuamente cuando nadie más miraba.

—Mira, para empezar, es abogado —dijo sin mirarme.

—¿Y qué tiene eso de malo? —pregunté.

—Eso. Qué tiene de malo —replicó José Ramón, dándose por aludido.

Excepto él, todos se echaron a reír.

—Ay, Nicolás. A veces pagaría por tener tu inocencia. —Javier se inclinó hacia mí y palmeó mi hombro—. De los abogados es mejor no fiarse mucho.

—Vaya por Dios. —Se quejó José Ramón—. ¿Sabes de quién no hay que fiarse tampoco? De las hembras. Que ya sabes lo que dicen: cuánto más santa, es porque engaña mejor. Y tu hermana de eso sabe más que de vestidos.

José Ramón y Cristina, la hermana de Javier, llevaban siendo novios casi toda la vida, pero hacía cosa de tres meses la había visto besándose con otro. A causa de esto, la rabia lo consumía.

—¿Y sabes lo que dicen también?: «Cordobés y hombre de bien no puede ser» —replicó Javier, en defensa de su hermana.

Hasta donde yo sabía, no justificaba lo que había hecho, porque además iba en el carácter de Cristina revolotear entre los varones como mariposa que va de flor en flor, ganándose sus atenciones. Había oído a sus padres decir que «carecía de todas las virtudes preferibles que se esperarían de una mujer: paciencia, humildad, abnegación, pero era hermosa y eso le valdría un buen marido». A pesar de todo, Javier no quería hablar mucho de lo sucedido con José Ramón, para que su relación de amistad no se resintiese. Sin embargo, al otro le costaba más guardarse lo que llevaba dentro y, a veces, había roces. Aquella vez se miraron entre ellos, pero ninguno dijo nada más. Lucas, sin embargo, con una chispa divertida en sus ojos azules, echó leña al fuego.

—Tú qué sabes de mujeres —dijo—. Si, aparte de a su hermana, no has catado a otra. Que no te comes una rosca ni que te la sirvan en el Café Suizo.

El cordobés resopló.

—No me mentes más a *Cristinita*, que vamos a tener la noche.

—¡Pero si has empezado tú! Con lo buena que es la de Galí —siguió burlándose Lucas—, que va cada domingo a misa.

—Para presumir —gruñó José Ramón—. Poco le interesa a ella el sermón.

—Bueno, ya está bien. Que es mi hermana —los regañó Javier, muy serio—. Vamos a dejar los asuntos de mujeres fuera de la mesa, que ya sabéis como terminan.

—En brazos de otro —dijo Lucas, aguantándose la risa.

José Ramón lo fulminó con la mirada y tiró una carta sobre la mesa con vehemencia.

—*Ea*, pues, por fastidiar, se acabó lo que se daba —dijo, zanjando la partida.

—Mala puñalada me den. Otra vez hemos perdido —se quejó Javier—. Lucas, no pinches tanto y estate en lo que tienes que estar.

En el rostro de Lucas se dibujó un mohín de disgusto. Tenía cara de niño y el cabello rubio ensortijado. Casi parecía un querubín de Murillo.

—A apoquinar, que *pa* mañana es tarde —exigió el cordobés, reclamando cobrar las mieles del éxito.

Pasaron los cuartos de tapadillo y Javier le pidió a su compañero de cartas que convidase a una ronda.

—El próximo día haré pareja contigo —le dijo después a Marcos.

—Por encima de mi cadáver —dijo José Ramón—. Venga, que reparto.

Dirigí la mirada de nuevo hacia Lázaro y vi que él seguía observándome. Su actitud me hacía sentir verdaderamente incómodo y lo comenté con mis amigos.

—No le echés mucha cuenta —dijo Javier repartiendo las cartas—. Será que es la primera vez que te ve por aquí.

—Ya nos hemos visto antes.

—¿Dónde has *estao* tú que pise ese Belcebú *jeyondo*[5]? —preguntó José Ramón.

—En la boda de una amiga.

—Espero que sirvieran buen vino, porque hace falta más de un trago *pa* aguantar a ese. —José Ramón cogió sus naipes y los estudió—. Qué *coraje*[6] me da solo de verlo.

Javier lo regañó.

—¿Pero qué te traes con él?

—Que me dijo en *toa* mi cara que yo era un cáscara amarga[7]. ¿Y él qué es, eh?

—Me da que es de esas personas raras que un día piensan una cosa y otro día, otra, o eso me parece —dijo Marcos—, porque cuando supe de él lo tenía por un servil[8], pero luego oí rumores de que no era así; que todo lo que lleva corona, por lo visto, le espanta. En cualquier caso, aunque no le guste la Isabel, me da que es más bien de ideas cerradas. De esas que huelen a rancio y a cajón del siglo pasado. Ya me entendéis.

José Ramón asintió de forma enérgica y jugó su carta.

—Te entiendo.

—Bueno, ya está bien —intervino Lucas, tras lanzar la suya, mirando a un lado y a otro—. No habléis de política y menos en voz alta, que seguro que cerca hay oídos sensibles y ya sabéis cómo acaba la cosa si alguien se molesta.

—Pues tú dirás. —José Ramón resopló—. ¿Hablamos del tiempo?

—Buena idea, pero la política para las cortes y Su Majestad. Quiero tener la fiesta en paz.

—Y yo —dijo Javier.

—Sí, sobre todo tú —dijo Marcos—, que como te den cuerda acabamos delante del Palacio Real como aquella vez.

—Qué borrachera —dijo el aludido con gesto culpable—. Si es que al anís de Chinchón lo carga el diablo.

No los conocía por aquel entonces, pero al parecer Javier había bebido más de la cuenta y había acabado delante de las puertas del Palacio Real diciéndole a la reina que si ella quería la llevaba de paseo a Francia en su berlina. No había sido la única declaración, al parecer, que había hecho aquella noche. Solo que la primera había dado con sus huesos en el cuartelillo y la segunda lo había llevado a los brazos de Marcos.

Jugaron otra mano mientras, entre carcajada y carcajada, recordaban aquella anécdota. Entre tanto volvió a mirar a Lázaro. Seguía en la misma postura, mas ya había terminado su cigarrillo y ahora hablaba con dos hombres que se le habían unido en la mesa. Uno era joven, bajito y delgado; con anteojos. El otro, de porte recio, bigote y cabello cano, debía rondar los sesenta. Al mayor me sonaba haberlo visto en alguna parte, aunque no recordaba dónde. Supe que estaban hablando de mí, porque entre frase y frase me miraban. Me pregunté qué le estaría diciendo. Ese juego de miradas y cuchicheos me puso tan nervioso que noté las palmas de mis manos sudorosas.

—¿Quiénes son esos con los que habla? —inquirí a los muchachos.

Se giraron a mirar todos a la vez.

—El disimulo mejor para otro día, ¿no? —me quejé.

—El de los anteojos es La Riva. Abogado, como Lázaro. El otro... no sé quién es. No lo he visto nunca, pero será de la misma casta. Que Dios los cría y ellos se juntan —dijo José Ramón, que echó una segunda mirada al de Torres—. Voy a decir una cosa y que no se os olvide. Ese ha venido a Madrid a enredar *na* más.

—Sí, con *la de los lunares* —dijo Lucas.

—¿Y esa quién es? —pregunté, inocente de mí.

—Una de las que me gusta a mí catar —contestó el mismo—. De las que prestan bondadoso servicio en donde la Coral.

En los estudios flojeaba, pero los nombres de las muchas amas que gobernaban las casas de lenocinio de Madrid no se le escapaba ni uno. A Lucas ya le había oído hablar de la tal Coral, de sus damas, de su piano y sus otros asuntos. Y yo, sabiendo que él tenía novia, me sentía molesto cuando hablaban de ello. Estaba prometido con Antonella Di Bari, la hija de unos banqueros italianos, y tenían prevista la boda en cuanto acabase los estudios. Me pregunté si ella sabía de sus pendencias y supuse que no, porque quizá eso la habría llevado a romper el

compromiso. O tal vez no le quedase más remedio que aceptarlo como marido, a pesar de ello.

—Qué... cortinajes más elegantes. —Lucas soltó una risotada y tomó la copa entre sus manos. Al darse cuenta de que lo observaba ceñudo, replicó—: No me mires con esa cara, Nicolás. Que somos hombres.

—Y qué —rechisté—. No a todos los hombres nos gustan esas cosas.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Javier, que alzó su copa y bebió hasta vaciarla.

Marcos imitó su gesto.

—Yo apuesto lo que sea a que Nicolás no se ha ni *estrenao*. —José Ramón bebió también su copa y, tras dejarla sobre la mesa, hizo una señal al mesero para que les volviese a llenar. Después me miró con aire avisado—. Dime que no ando *desencaminao*.

Las mejillas debieron de encendérseme porque noté que la cara me ardía. Hundí la mirada en el suelo y tomé aire. Comparados con ellos y sus experiencias, yo era un cordero en tierra de lobos. Lily había sido mi primer amor, pero nunca pasamos de los besos y de las caricias que sobre la ropa nos hacíamos por el ardor de la juventud. Hubo alguna muchacha después, de las que te enseñan el cuerpo, pero no el alma, y con ellas había aprendido lo que sabía. Con Victoria nunca pasó nada, aunque dado que habría ido a por la luna si ella me la hubiera pedido, de seguro que le habría entregado mi cuerpo sin pensarlo dos veces. Antes siquiera de llamarla «mi esposa». Y aunque cuando supe que ella y Elías habían transgredido todas las reglas me enfadé, no podía juzgarlos por ello. Lo que sentía por ella me habría llevado a hacerlo también. Sin embargo, ese sentimiento, desde luego, no iba a hallarlo yéndome con ninguno de ellos de prostíbulo en prostíbulo de Madrid, aunque fueran de postín.

—Anda, deja los órdagos para el mus, José Ramón —dijo Javier—. Que yo sé que Nicolás es un mozo reclamado en Despeñaperros. ¿Verdad?

Me miró esperando que le siguiera el juego y asentí. José Ramón entrecerró los ojos sin terminar de creerse nuestra mentira. Lucas habló, empeorando las cosas:

—Entonces te vienes esta noche donde la Coral y no se hable más. A dejar el listón bien alto.

Miré de reojo a Javier, esperando que me sacase del lío en el que me había metido.

—Nicolás tiene que estudiar para una prueba. Ya vais otro día.

—¿Qué prueba? —dijo Lucas—. No tenemos ninguna prueba.

—Una que le voy a hacer yo de los coxales, que no se los sabe. No hagas tantas preguntas y mira las cartas, que José Ramón nos la va a colar otra vez —lo regañó mi compañero.

El otro resopló, y José Ramón alzó las cejas con gesto divertido.

—No sé *pa* qué estudia tanto, si luego vienen reales de Málaga que se lo arreglan *to*.

Tardé poco en darme cuenta de que todos me miraban. Sabía bien lo que estaban pensando y no tenía ganas de oírlos hablar de Victoria. En una noche en la que el deseo había ganado a la prudencia, a Javier se le había escapado delante de Marcos ese asunto de mi vida personal, así como su mediación para poder entrar en la facultad cuanto antes, y al final se habían enterado todos. No tenía ganas, de hecho, de oír hablar de ella. Ya tenía bastante recordándola de vez en cuando por mí mismo, como un fantasma que golpease mi ventana pidiéndome entrar.

José Ramón, dándose cuenta de que había metido la pata, me pidió perdón al momento, mas yo ya no estaba de humor.

—Voy a tomar el aire —dije levantándome de la mesa.

Se hizo un silencio que Marcos rompió con una broma para alejar la tensión.

—Tráeme un poco. ¿No hace calor hoy aquí? —Se aflojó un poco el corbatín, mirando a un lado y otro. Sus ojos se clavaron entonces en los de Javier y de forma disimulada le dijo—: Es tu culpa.

Javier sonrió y le guiñó un ojo. Se tocaron con los pies por debajo de la mesa.

—¿Vas a volver? —preguntó después.

Me conocía de sobra como para saber que estaba deseando irme a casa.

—Ya sabes que no.

—Pues ten cuidado, anda —dijo resignado—. Yo me quedo un poco más si te parece.

—Me parece.

Tras despedirme de ellos abandoné el local y salí a la calle. El frío de febrero renqueaba aquella noche, agostándose en pos de una primavera temprana. Una que debía de venir cargada de lluvias por cómo olía la noche. La calle estaba llena de gente que iba y venía de un local a otro. Grupos de jóvenes estudiantes que se sacudían, entre copas y besos furtivos en callejones, lo aprendido durante el día. Señores de mayor edad que también tenían cosas que dejar atrás. Había algunas carreristas, como llamaban a las mujeres que buscaban clientes por la calle. Una de ellas no tardó en acercarse. Vestida de rojo, tenía un excepcional cabello castaño y una mirada que te agujereaba el alma. Al verme, arqueó los brazos y alzó los hombros, que llevaba cubiertos con un mantón dorado, mirándome descarada. La mujer madrileña tenía belleza fuera de la clase que fuera, y aquella era guapa como ella sola.

—Si te digo que eres el mozo más bien parecido que he visto en mi vida, cómo te quedas.

—Agradecido.

—Y si me lo agradeces de otra manera, eh... —La joven se acercó hasta poner su mano en mi pecho. Me preocupaba más que me robase el reloj que mi madre me había regalado que otra cosa.

—Por favor, señorita.

—Uy, señorita. —Rio—. Eso es decir mucho, aunque a ti te dejo que me llames como tú quieras.

La aparté de forma delicada y eché a andar, buscando librarme de ella. La calle hacía un recodo y daba a una más estrecha y escondida, donde me adentré. Meterse en un callejón así en plena noche no era buena idea, pero yo iba a ciegas, con más ganas de dejar atrás a esa mujer que otra cosa. Con la cabeza llena de tantas historias truculentas lo crucé a toda prisa y salí por el otro extremo sano y salvo. No es que tuviera miedo. Después de haber lidiado durante años con el Sainete y los suyos sabía cómo tratar con rufianes. Además, nunca me faltaba una navaja con la que defenderme si se daba el caso. No obstante, valía más ser prudente que lamentarse después.

La muchacha, a quien la necesidad de un cliente parecía haberle quitado el miedo también, vino tras de mí, reclamando atención. Volví a excusarme con ella y apreté el paso buscando dejarla atrás. Cuando lo hice, me soltó con ganas un «mal rayo te parta, moreno». No la oí decir más y seguí andando. A punto estaba de dejar ya el callejón cuando un grito me sobresaltó. Miré hacia atrás y vi que el lugar se hallaba vacío y, cuando volví la vista al frente, me di de bruces con un gato negro que, al verme, echó a correr. Por suerte no era supersticioso. Otro que debía de andar cerca maulló. El sonido se me antojó tan similar al anterior que lo achaqué al gato.

Dejé atrás el callejón, y a punto estaba de cruzar la calle, cuando un carruaje tipo berlina, de brillante negro con acabados en rojo, pasó a toda prisa. Hube de dar un salto atrás para evitar ser arrollado por él. Desde luego no estaba siendo mi noche. Resolví que lo mejor era regresar a casa cuanto antes y volver a meterme en los libros. Por más complicados que fueran los huesos del cuerpo humano, desde luego me lo parecían menos que sus portadores.

Tras un par de rodeos enfilé el camino correcto. Las calles más céntricas al final se me terminaban antojando similares. Me costaba entender cómo era capaz de guiarme por el monte a oscuras y, sin embargo, cuando se trataba de Madrid, siempre acababa despistado. Además, para los madrileños todo estaba cerca, así que pronto descubrí los riesgos de preguntar por una calle y ser respondido con un: «está ahí al lado» que luego no resultaba estarlo tanto. A veces me parecía que los habitantes de la capital estuvieran hechos de metal; forjados como espadas para defender con su sangre lo que a otros les era dado más tarde. Que todos tuvieran algo de Daoiz y Velarde; de Manuela Malasaña. La vida y la política los había situado en el centro de todas las cosas, para bien o para mal. Sin embargo, a pesar de la rudeza de sus circunstancias y de todas las luchas que había visto la capital, recibían con el más cálido abrazo a todo aquel que llegaba de fuera; y la ciudad que habían construido era al final tan tuya como de ellos. Así que, por más enrevesada y ruidosa que fuese, me había acostumbrado a ella. A sus idas y venidas; a su ritmo. Y ya era un gato más perdido en Madrid y, también, prendado de ella.

Tomé el largo paseo que conducía a la fonda y, a medida que caminaba, fijé la vista en el cielo, preñado de estrellas aquella noche. No era como el que se veía desde la venta, porque los candiles de las calles le quitaban al ojo humano el privilegio de la oscuridad, pero era igualmente hermoso. En aquel momento, la culpabilidad por haber

dejado el estudio a medias me abrumaba más que nada. Sentía que no pintaba nada allí. Que no estaba hecho para aquel tipo de vida, ni tampoco para las pendencias. Que no quería oír hablar de cartas, ni de mujeres. Que solo quería leer sobre músculos y huesos hasta que me fallasen los ojos. Sentía que el resto de las cosas que debían de conformar mi vida, como las noches de fiesta o el amor, podían esperar o incluso no llegar. Aunque en ese instante no era aún consciente de lo mucho que me equivocaba y de lo importante que serían para mí todas ellas.

Me desprendí de las ropas que olían a humo y noche, y las saqué al pequeño balcón del que disponíamos en la habitación, para airearlas. Salí sin camisa alguna, por lo que el aire frío me hizo estremecer por unos segundos. Mientras dejaba las ropas en la silla que teníamos siempre fuera, tuve la sensación de estar siendo observado. Miré a un lado y otro, mas no vi a nadie en las ventanas. Dirigí la vista al suelo y allí, en la calle, vislumbré la figura de un caballero de aspecto menudo, ataviado con una levita negra y un sombrero de idéntico color. Parado frente al edificio y, delatado por la luz de un farol cercano, advertí que alzaba el rostro y me miraba. Siempre he gozado de buena vista, por lo que sus rasgos no me pasaron desapercibidos. Eran dulces, algo femeninos, a decir verdad. Nos observamos en silencio hasta que el sonido de un carruaje acercándose nos sobresaltó a ambos. Giré la vista hacia el lugar de procedencia del sonido y distinguí que se trataba de una berlina que se detuvo a nuestra puerta. De ella descendió Javier, que se despidió entre risas de quien estuviera dentro. Volví a mirar hacia el caballero y noté que había apresurado el paso. Más que andar, corría calle abajo. Lo seguí con la vista, al tiempo que la berlina también avanzaba en su misma dirección, hasta que una voz a mis espaldas hizo que dejase de observar al hombre y me girase hacia la habitación.

Allí, de pie, Javier me miraba con gesto interrogante.

—¿Qué haces ahí afuera medio desnudo?

—Yo... —Giré la cabeza de nuevo esperando volver a ver a ese joven, mas ya no estaba allí. Había desaparecido con la rapidez de una sombra. O quizá es que nunca estuvo y el licor me había jugado una mala pasada.

—Parece que hayas visto un fantasma —me dijo mi amigo, quitándose la levita y lanzándomela para que la dejase junto a la mía.

—Había alguien en la calle mirando hacia aquí.

—Si yo viera a un hombre como tú, desnudo en un balcón, te aseguro que también miraría hacia aquí —dijo riéndose mientras se aflojaba el corbatín. Me lo dio, así como la camisa y, una vez los dejé fuera, entré frotándome los brazos. El frío se me había instalado en los huesos.

—Tienes la cara roja —observé.

—He subido las escaleras corriendo para enseñarte esto. —Javier me tendió un periódico que traía con él—. Lo tenía Juan en la berlina.

—¿Juan? ¿Ha ido al café al final?

—Me lo he encontrado a la salida y se ha ofrecido a traerme aquí —dijo—. Anda, léelo. Y ponte algo. Que tú vas a morir de frío y yo, de calentura.

Me eché a reír y me puse el batín. Era azul oscuro, muy bonito. Mi madre me lo había comprado con sus ahorros cuando vino a verme por navidades. Cuando cogí el periódico, leí una noticia que me dejó helado. Alcé la vista y miré pálido a mi amigo.

—¿Don Santiago Gutiérrez ha muerto? ¿Cómo es posible? Era muy joven...

—Lo encontraron flotando en el Manzanares —dijo.

Aquello me turbó sobremanera y hube de sentarme al filo de la cama, pues me sentí mareado. Tenía en alta estima a don Santiago. Era todo un ejemplo y ahora había muerto. Consternado, leí la noticia una vez más ya que no terminaba de creerla. Mientras tanto, Javier acabó de desvestirse.

—¿Cómo ha sucedido? —pregunté cuando fui capaz de articular palabra.

—Hay rumores.

Se lavó la cara en la jofaina y después la secó enérgicamente con la toalla. Me gustaba mucho la forma en la que Javier hacía eso, pues parecía poner todo su empeño en no dejar una sola gota de agua sobre él.

—Rumores de qué.

—Como andas con la cabeza en los libros nunca te enteras de nada —reprendió—. Cuentan que ha sido por culpa de un mal querer.

—¿No estaba casado?

—Era viudo. —Dejó la toalla colgada, se puso el pijama y se tumbó en la cama. Estaban situadas una al lado de la otra, así que se apoyó de costado para poder mirarme mientras hablaba—. Su mujer murió hace unos trece años, de cólera. Ella y medio Madrid, todo sea dicho. Desde hace dos andaba viéndose con una moza de mala vida. La quería sacar de las calles y el año pasado la llevó a las Arrepentidas, pero no duró ni tres días allí. En cuanto pudo volvió a lo suyo.

—¿Y eso qué tiene que ver para que acabe así? Era una eminencia en la facultad.

—¿Y las eminencias no se ahogan? —replicó.

—No sé. No es una muerte para alguien como él.

Javier soltó una sonora carcajada y yo lo mandé callar.

—Vas a despertar a toda la fonda.

—Es que parece que pienses que hay un tipo de muerte para cada cual.

—Pues sí. Lo pienso. El profesor Gutiérrez me parecía el tipo de persona que muere de viejo en su cama durmiendo, o en su sillón después de tomar un vino. No... así. Ahogado en el Manzanares.

—Entierro sagrado en San Isidro no le van a dar, desde luego.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté extrañado.

—Se ha quitado la vida, Nicolás. Seguramente se haya tirado desde el Puente de San Fernando.

Negué con la cabeza de forma rotunda.

—Era de misa diaria. Y, además, ese puente apenas tiene altura.

—Y qué. —Se encogió de hombros—. Ni el más devoto se libra de volverse loco por amor. Además, el profesor era de secano. Igual no sabía ni nadar.

—No sé. —Chasquéé la lengua—. No lo veo como a un hombre capaz de hacer algo así.

—Mira, Nicolás, no tengo ni idea de lo que puede pasarle a uno por la cabeza para quitarse la vida, porque el día que venga la Parca a verme vamos a tener diálogo de lo mucho que me voy a negar.

Eché un vistazo de nuevo al periódico y suspiré triste. Javier saltó de la cama y se sentó a mi lado, rodeándome con su brazo.

—Siento lo que ha pasado. Sé que eras su favorito.

—No me gusta llamarme así, pero sí. Me iba bien con él.

—Diantres. La vida, qué corta es. —Sacudió la cabeza mientras suspiraba también—. Mañana salimos a celebrarlo.

—Se ha muerto. No hay nada que celebrar.

—Sí. Que nosotros seguimos vivos. —Palmeó mi hombro y después se levantó dispuesto a volver a su cama—. A ver si con el que lo sustituye te llevas igual de bien. Ya sabes que ahí se entra por oposición, pero al parecer alguien ocupará el puesto temporalmente.

—¿Alguien de la facultad?

Negó con la cabeza.

—¿Y quién entonces? —inquirí.

—No lo sé, pero me enteraré.

—Tú siempre te enteras de todo.

Sonrió con gesto divertido, e iba a devolverle el periódico cuando caí en otra noticia a continuación de la del profesor que, aunque con letra más pequeña y ocupando un espacio menos importante, se hallaba en la misma página. Hablaba de la desaparición de varias jóvenes que hacían la calle. Ceñudo, alcé la cabeza después de leerla y le pregunté a mi amigo si la había visto. Cogió el ejemplar y lo observó unos segundos para asentir más tarde.

—Sí. Nada nuevo, por desgracia —dijo dejándolo en la mesita de noche—. Esas mujeres a menudo acaban muertas por algún rufián desalmado que quiere algo más de lo que ellas están dispuestas a darle. Pasa casi cada día.

—Pues no debería pasar nunca —gruñí molesto. En la capital estaban tan acostumbrados a los hechos truculentos que a veces se los tomaban con demasiada normalidad. A mí ese asunto me removía lo pasado con mi hermana y los secuaces del Tronera, maldito sea cien veces. Sentí las tripas algo revueltas y tragué saliva con el malestar alojado en el cuerpo. Me tumbé en la cama, intentando alejarlo.

Tras un breve silencio, Javier habló.

—Aunque debo decir que esta vez parece ser algo más... particular.

—¿Particular?

—No sé si esto es verdad o mentira, pero se rumorea que tienen un clavel en su boca cuando las encuentran.

—¿Un clavel? —inquirí extrañado porque tan bella flor formase parte de algo tan atroz—. ¿Con qué motivo?

—Y yo qué sé, Nicolás. Anda, vamos a dormir, que mañana a primera hora hay que estar en el anfiteatro para la clase, y quiero sentarme cerca del profesor, que si no, no veo un pimiento. —Bajó la luz hasta apagarla por completo—. Descansa.

—Lo intentaré.

Lo escuché moverse en la cama, buscando una postura cómoda. Al poco cayó dormido. Lo sé porque Javier respiraba de forma profunda mientras lo hacía. Me habría gustado dormirme también, mas haber sido conocedor de tales infortunios me turbaba. No fue hasta entrada la madrugada cuando logré conciliar el sueño y, mi último pensamiento, extrañamente, no fue para lo ocurrido con el profesor, sino para Lázaro de Torres, que me observaba tras la voluta de humo de su cigarro.

Capítulo 5

El martes siguiente me hallaba esperando a las puertas del aula de Anatomía la llegada del nuevo profesor. Habíamos aplazado las clases y asistido a una misa en honor de Gutiérrez que se había celebrado a pesar de los rumores de suicidio, así como su entierro en suelo sagrado. Quien quiera que fuese el que había intercedido por él debía de tener buenos contactos.

El pasillo era un murmurar y cada cual tenía sus teorías sobre quién sustituiría al nuevo profesor porque se barajaban varios nombres. A punto estábamos ya de marcharnos pensando que nadie aparecería, cuando llegó un hombre que debía rondar los sesenta, de porte recio, bigote y cabello cano. Llevaba una caja de nogal que portaba por un asa y que sin duda guardaba su instrumental. Sus ropajes negros eran de buena manufactura. Nada en él parecía estar puesto al azar. Ni una arruga en su ropa; ni un cabello despeinado. Lo reconocí al instante: era el mismo hombre que estaba con Lázaro en aquel café al que acompañé a Javier.

—Es Sebastián Marín —resopló uno de mis compañeros—. No vamos a aprobar en la vida.

—¿Marín? —Arrugué la nariz.

—Sí. Estudió aquí y luego se marchó a ejercer en Portugal. Gasta fama de ser duro.

Al relacionar su apellido con ese país, siendo él médico, la posibilidad de que tuviera algo que ver con Camila asaltó mi mente.

—He oído que... —El joven se interrumpió, pues el profesor estaba ya cerca. Se abrió un pasillo para dejarlo pasar y se hizo un silencio sepulcral. Él no dijo nada, solo se dirigió hacia la puerta y entró. A los que estábamos fuera nos costó dar el primer paso para hacer lo mismo, pero al final lo hicimos.

La sala era amplia, y los alumnos nos repartíamos por varias mesas rectangulares y altas, para seguir y anotar las pautas del profesor. A veces trabajamos con modelos de cera, ilustraciones o solo atendíamos a las explicaciones, pues en el centro de la sala había una mesa más grande, donde él realizaba la práctica para que todos pudiéramos verla, cuando no se hacía en el anfiteatro. Al fondo había un escritorio más bajo con una silla, que ocupó, dejando su caja sobre esta. Pareció buscar algo en los cajones y no debió de hallarlo porque en su rostro se mostró cierto disgusto. Alzó la vista y sus ojos se encontraron con los míos. Me había situado donde siempre, tras una de las mesas altas, junto a Javier y Lucas.

—Usted. ¿Cómo se llama?

—Nicolás Castro.

—Señor Castro, vaya al despacho del profesor Gutiérrez y busque su memoria de la última clase. Debió de guardarla allí el último día que les impartió Anatomía.

—Podemos decirle qué fue lo último que nos explicó, si quiere —sugirió Fernando de Rozas, uno de mis compañeros y alumno aventajado. Sus padres eran pañeros, así que tenía un origen humilde, como yo, y tenía que esforzarse el doble para llegar donde otros.

El profesor Marín lo miró con severidad.

—¿Le he pedido que hable, señor...?

—Rozas —dijo él con la boca chica, sabiendo que había metido la pata.

—Pues no lo haga, señor Rozas. —Dirigió entonces la vista hacia mí—. ¿A qué está esperando?

—Sí, señor.

Salí de allí con la premura de una bala por lo que, aunque los despachos estaban en el ala contraria de la facultad, llegué en menos de dos minutos. Había estado allí muchas veces, hablando de mis progresos con el

profesor Gutiérrez o solucionando mis dudas, y poner de nuevo la mano en el pomo de su puerta me trajo muchos recuerdos. Sacudí la cabeza y lo giré a toda prisa. Cuanto antes superase aquel trámite, mejor.

Esperaba hallar el despacho vacío, mas, al abrir la puerta, mis ojos dieron con la figura de una mujer. Una mujer que, sobresaltada por mi llegada, había dado un respingo y ahora pugnaba en vano por no caerse de la banqueta sobre la que se hallaba subida. Corrí hacia ella antes de que tuviera que lamentar un accidente y la cogí al vuelo en mis brazos. Tras su exhalación de asombro a causa de la caída, se hizo un silencio en el que mis ojos hallaron los suyos. Los había visto antes bajo un cielo distinto. En una vida que ahora me parecía otra. Casi como si formase parte de un momento que había soñado, más que vivido. Fue en Galicia, bajo un cielo tormentoso, y los había rememorado desde entonces cientos de veces. Con la luz tenue de la estancia eran más oscuros de lo que los recordaba y, por un momento, tuve la sensación de que llevaba mirándolos toda mi existencia. Como quien recorre el mismo camino cien veces y ya lo sabe de memoria. Sin embargo, a la par, sentí también que eran indómitos y desconocidos como las entrañas de la Tierra. Que había en esa mirada más secretos que en la vida en sí y que todos ellos conformaban un universo de historias que estaban allí dispuestas a ser contadas a unos pocos privilegiados. Por un instante, quise ser uno de ellos, desgranar cada rincón de esos ojos. Rendirme ante su inmensidad.

Ella miraba también a los míos con gran interés.

—Señor Castro —musitó, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Señorita Ariza. —Sonreí también. Su perfume de azahar y canela me embriagó. Olía como todas las cosas que me gustaban.

Sus ojos descendieron por mi rostro y se posaron en mis labios para bajar algo más, hasta quedarse fijos en mi pecho. En ese momento debió de ser consciente de dónde estaba, porque se ruborizó hasta el extremo. No hizo falta que me dijera nada. La dejé en el suelo y miré hacia otro lado, azorado también. Cuando volví a mirarla, ella se había separado unos pasos. Tenía la vista clavada en el suelo y las mejillas arboladas.

—Lo siento —dije, rascándome el cogote, nervioso.

—No. No se disculpe —dijo ella, echándome un vistazo furtivo—. Si no me hubiera cogido me habría dado de bruces contra el suelo.

—¿Qué hacía subida en una banqueta?

—Buscaba algunos libros para donarlos al hospicio.

Dirigí la vista hacia donde estaba la culpable del accidente y vi que se hallaba delante de una estantería. Los libros de una de las baldas estaban descolocados y yo sabía que el profesor Gutiérrez no los había dejado así, pues era un hombre metódico y ordenado.

—¿Por qué está en el despacho del profesor Gutiérrez? —le dije girándome hacia ella.

—Parece que estamos en desventaja. —Se movió también para estar frente a mí. Habíamos estado tan cerca segundos antes que, ahora, el metro que nos separaba se me antojaba un abismo.

—¿En desventaja?

—Yo sí sé por qué está usted aquí. —Sonrió—. Y me alegra saber que estudia al fin lo que quería.

—Gracias.

—¿Por qué no jugamos las mismas cartas y deduce usted también qué hago aquí?

Miré al techo pensativo.

—Asiste usted a las clases para ser partera.

Se rio y negó con la cabeza.

—Por alguna razón extraña, que deberíamos celebrar convenientemente de darse el caso, han accedido a que haya damas en Medicina —me aventuré a decir.

Ella se rio.

—Uy, no se ofenda, pero si eso pasase a más de uno le daría un cólico miserere.

Había estudiado los síntomas de las obstrucciones intestinales y decir eso no era decir poco.

—Se lo pondrían difícil, desde luego. Este mundo ya es complicado siendo hombre, imagínese siendo una mujer

y ocupando un lugar que muchos piensan que no le corresponde.

—Razón no le falta.

—Aun así, es algo que me gustaría ver.

Me miró con creciente interés.

—¿A una mujer médico?

Asentí.

—A una mujer en cualquier ámbito académico.

—¿Usted es de verdad o es producto de mi imaginación?

Me reí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque aparece en los lugares más insospechados y en los momentos más extraños para decirme justo lo que quiero oír.

—Eso mismo podría decir yo de usted. Y sigo sin comprender qué hace aquí, porque hasta donde sé vivía en Lisboa, ¿no? Aunque me aventuraría a decir que el profesor Marín ha de ser su tío.

—¿Cómo sabe que vivía en Lisboa? —inquirió extrañada.

—Victoria me lo dijo. ¿Recuerda esos papeles que rescaté de la lluvia?

Asintió.

—Le envié una carta. ¿No los recibió?

Ella negó con la cabeza.

—No. Debieron extraviarse en el camino.

Me sentí triste por aquello. Había puesto gran esfuerzo en hacérselos llegar y le había escrito una carta diciéndole lo mucho que me había gustado conocerla.

—Siento si esperó respuesta y no la recibió. De haber sabido de su interés le habría enviado una carta. Al ver que no le contestaba debió habérselo dicho a mi prima.

—No quería importunarla, veré. Creí que... —Me detuve, pues iba a desvelarle mis pensamientos a ella sin saber cómo reaccionaría—. Creí que no podía contestarme.

—¿Y por qué no iba a poder contestarle?

La respuesta habría sido: Lázaro, pero me parecía demasiado avezado decirlo.

—Quizá estaba ocupada o no era de su interés.

—Cómo no iba a serlo, yo... Me he acordado de usted cada... —Se interrumpió y después carraspeó, alisándose la falda del vestido—. En alguna ocasión.

—Seguro que siempre que ha visto un mono.

—O una burra.

Nos echamos a reír y hubo un silencio en el que nuestras miradas volvieron a hallarse y se ataron con fuerza la una a la otra como si jamás fueran a soltarse. Finalmente, terminamos por mirar a otro lado, con una sonrisa en la cara.

Ella arrimó la banqueta a la estantería, y se subió de nuevo.

—¿Qué hace? A ver si se va a caer.

Me acerqué por si eso sucedía y dejé la mano extendida, casi rozando su cintura.

—Lo tengo a usted para sujetarme si eso pasa.

La perspectiva de sostenerla de nuevo en mis brazos me hizo carraspear nervioso. Ella, desde las alturas, me miró de reojo sin perder la sonrisa.

—Tenga estos libros y déjelos ahí. —Señaló el escritorio y después me los fue tendiendo uno a uno, y yo los dejé donde me había indicado—. Tal y como ha supuesto, estoy aquí porque mi tío es el sustituto temporal del profesor Gutiérrez. He venido a verlo y, como al parecer está en clase, estaba haciendo tiempo.

Entendí entonces el porqué de su apellido y también caí en la cuenta de que estaba tardando más de lo previsto

en regresar a clase. Probablemente me ganaría la enemistad del profesor por ello. Las palmas de las manos me empezaron a sudar de solo pensarlo. Tenía que apresurarme a volver, pero a la vez no quería despedirme de ella tan pronto. La inquietud debió de reflejarse en mi rostro porque me miró preocupada mientras me tendía un libro.

—¿Está usted bien?

—Sí. Es solo que su tío me ha mandado a buscar una cosa, y cuando regrese me reprenderá por haber tardado demasiado.

—Entonces vaya. No quiero causarle problemas.

—Me iré cuando baje de la banqueta.

Cogí el último libro que me tendía y después le ofrecí mi mano para ayudarla a bajar. Al tomar la suya constaté que esta vez no estaba fría. Ojalá lo hubiera estado, pues habría sido una excusa para no soltarla. Una vez en el suelo, nuestros ojos se unieron una vez más, y su mano y la mía no se separaron hasta pasados unos segundos. Me sentí extraño. Y de nuevo en el estómago se me instaló esa sensación tan distinta a todo lo demás. Ese vacío que solo se calmaba cuando la miraba.

—Señor Castro —dijo ella—. Mi tío lo espera.

Sacudí la cabeza y carraspeé una vez más.

—Sí. Cierto. —Corrí hasta el escritorio a dejar el libro y a buscar lo que el profesor me había pedido. Cuando lo hallé me encaminé hacia la puerta. Antes de marcharme me detuve y miré de nuevo a Camila. Ella llevaba la banqueta hacia una esquina de la habitación—. ¿Se marchará pronto?

—¿De Madrid?

Yo me refería a la facultad, pero ya puestos, ese otro particular también me interesaba.

—Sí.

—No creo —dijo, y su respuesta me hizo sonreír.

—Entonces volveremos a vernos.

Camila sonrió y tomó aire despacio, deseando escuchar su respuesta.

—Espero que sí —dijo.

Suspiré y, tras decirle adiós con la mano, me dispuse a salir de la estancia. Sabía que si no echaba a correr, probablemente no sería capaz de moverme.

En contra de lo esperado no recibí reprimenda alguna cuando llegué al aula. Quizá el tiempo había pasado menos rápido de lo que a mí me parecía. Entregué los documentos al profesor y me incorporé a la clase. Por desgracia, no pude concentrarme demasiado en la maraña de tejidos que tenía ante mí, porque a mi cabeza saltaban sin que lo pidiera los recuerdos del afortunado reencuentro que había tenido con Camila. Con la mente en ellos, mis manos actuaron más bien de forma automática, repitiendo los movimientos que ya había aprendido con anterioridad.

Cuando terminó la clase me sentí aliviado, pues no tenía más materias que dar aquel día. Tanto Javier como yo estábamos deseando llegar a la fonda para comer algo, descansar un poco, y cumplir con el ejercicio al aire libre que nos recomendaban. El estudio con cadáveres comprendía ciertos riesgos, dada la naturaleza humana y los procesos de descomposición; y, aunque la prudencia dictaba que no podíamos pasar mucho tiempo en las salas de disección, a veces el estudio nos absorbía y permanecíamos en ellas más de lo recomendable. Como resultado, las indisposiciones eran habituales, y por ello recomendaban una dieta de alimentos frescos y ejercicio. Y aunque era lo que pretendíamos, aquel día la vida tenía otros planes para nosotros. Apenas pusimos un pie fuera de la facultad, los Cuatro Evangelistas (esta vez al completo) nos estaban esperando. Lucas, al que habíamos perdido de vista entre clase y clase, estaba también allí.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Javier.

—Vamos a tomar unos vinos y veníamos a ver si os animáis —dijo Juan, tan repeinado y aseado como de costumbre. Era un muchacho de rostro enigmático, libre de vello, con los ojos muy claros y la tez pálida. Era el hijo menor de un barón, aunque hablaba poco de ello, porque le gustaba aparentar que había nacido de la nada y vivía del aire. Sus ropas y su reloj de bolsillo decían lo contrario.

Javier me miró y yo asentí.

—Me vendrá bien dar un paseo —dije.

Lucas le dio un codazo a José Ramón.

—¿Has visto a esa?

—Es guapa como si no hubiera un mañana.

—¿Guapa? —Silbó Lucas—. Guapa es la diosa Venus. Lo de ella es otro cantar.

Giré la cabeza hacia donde apuntaban sus ojos. Vi entonces a Camila, que, acompañada por su tío, se dirigía a una berlina negra aparcada cerca de nosotros.

—Es la sobrina del profesor Marín —les dije.

—Pues voy a tener que solicitar audiencia *pa* pedirle su mano, porque me la llevaba al altar este mismo domingo —dijo José Ramón, observándola de arriba abajo.

—¿Ya se te ha pasado el mal de amores? —le dijo Lucas.

—Con una mujer así, se le pasan a uno *to* los males.

—He retratado a damas que la superan en hermosura, pero no diré que no se merezca un ramo de claveles —dijo Juan, con gesto de aprobación.

Me sorprendí a mí mismo sintiéndome molesto por su forma de mirarla y por sus comentarios. Entrecerré los ojos y, cruzándome de brazos, me puse delante de ellos, cortándoles la visión.

—Bueno, ya está bien —dije—. Nos vamos o qué.

—¿Es que no la has visto o qué? —Lucas me giró obligándome a mirarla—. Mal de la cabeza estás si me dices que no te gusta.

Ella, que se disponía ya a subir al transporte, giró su vista hacia nosotros y me miró. Una sonrisa plena se dibujó en su rostro al hacerlo. Yo también sonreí, mas la mía fue breve, pues pronto entró en la berlina y no pude verla más. Entonces me deshice de Lucas con un gesto brusco y los miré muy serio.

—No. Los que estáis mal de la cabeza sois vosotros observándola así. Que no es una pieza de exposición.

—Debería —dijo Lucas, y todos se echaron a reír.

—¿Y Antonella? —le dije.

—Ojos que no ven...

Se rio a carcajadas, seguido de Juan y José Ramón, y echaron a andar. Puse los ojos en blanco y resoplé. Me daban ganas de darles una buena tunda. Javier me puso el brazo por encima y fuimos tras ellos.

—Venga. Vamos a dar ese paseo. —Bajó el tono de voz para que solo yo pudiera escucharlo—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada. Que estos a veces son más bastos que el esparto.

—Nada nuevo bajo el sol. No te enfades con ellos.

—No me enfado. —Sí me enfadé, mas lo dejé pasar.

—La conoces personalmente, ¿verdad?

Fruncí el ceño.

—¿Por?

—Por cómo te ha mirado. Esa sonrisa en su cara... Conozco a las mujeres, Nicolás.

—Tú. —Alcé las cejas.

—Sí, yo. O es que no sabes que he tenido que fingir muchas veces que eran lo que yo quería.

Todo eso era verdad. Salvo una cosa. El «he tenido». Habría sido más correcto decir «tengo».

—¿A dónde quieres llegar?

—Que a la sobrina del profesor le han brillado los ojos cuando te ha visto. Así que yo iría invitándola a tomar un chocolate.

—Camila de Ariza no es mujer para mí.

—Uy, qué bien te sabes su nombre —se burló—. ¿Por qué no?

—Solo soy el hijo de una ventera.

—No eres solo eso, Nicolás. Y si lo fueras no es nada de lo que sentirte avergonzado. Con la pasión que gastas algún día serás un reconocido médico. Además, tienes algo que a las mujeres les gusta.

—¿El qué? —Lo miré con curiosidad.

—Dejaré que lo averigües por ti mismo. —Guiñando un ojo me dio unas palmadas en la espalda y se separó de mí para ir junto a Marcos.

Me reí y pensé en lo que Javier había dicho. Un «ojalá» pasó por mi mente. Ojalá esa mirada significase algo más que amabilidad. Ojalá esa sonrisa hablase de algo más que cortesía. Pero, de ser así, ¿qué podía darle yo a una mujer como ella? Además, estaba ese asunto de su compromiso. ¿Se habría casado ya? ¿O esa historia suya con Lázaro habría dado a su fin? A él lo había visto junto a su tío en el café, por lo que la relación entre ambos debía de ser estrecha. Lázaro, por tanto, seguía en su vida de alguna manera y eso me hizo apretar los puños enfadado. Después de cómo lo había visto comportarse con ella, esperaba que entre ambos hubiera, al menos, un océano.

Decidí dejar de darle vueltas a preguntas que solo obtendrían respuesta si se las formulaba a Camila y me centré en la conversación de los chicos. Ya planeaban fiesta para aquella noche y, por primera vez en mucho tiempo, tuve ganas de unirme a ellos. Tenía la cabeza tan llena de cosas que estudiar me habría sido imposible. Habría sido como abrir los ojos teniendo el viento de cara.

Javier nos invitó a comer en el Lhardy y después dimos un paseo por Sol para rebajar las cantidades ingentes de cocido que habíamos ingerido. A eso de las ocho nos fuimos a su café favorito, donde, entre manos de cartas y marrasquino, se nos hizo de noche. Algo cansado ya, los dejé a ellos apurar el resto y regresé a casa, no sin perderme, como de costumbre.

Ya en la cama, agotado, cerré los ojos y a mi mente llegaron los de Camila. Su sonrisa. Sus cabellos. Tragué saliva. A mi estómago había vuelto esa sensación de hambre. De vacío. Un vacío que se llenaba y acrecentaba a partes iguales cuando pensaba de nuevo en su mirada.

Capítulo 6

Transcurrieron diecisiete días que se me hicieron largos como si fueran años. Tal vez porque no vi a Camila una sola vez más. Aun cuando pasaba por delante del despacho de su tío, adrede, para ver si estaba allí. En ese tiempo me había descubierto pensando en ella más de lo deseado dadas las circunstancias. Descubrí, también, que cada vez me costaba más quitarme esa sensación que me sobrevénia cuando la recordaba. Una sensación que se me antojaba ilógica pues, aunque a todas luces ella y yo éramos afines, apenas si nos habíamos visto. No obstante, y a decir verdad, en los pocos momentos que había estado con ella, compartí cosas que no había compartido con nadie más en mucho tiempo. Y todos esos momentos, salvo el de la despedida, fueron felices. Sin excepción.

A mi mente vino entonces la ilusión con la que le había enviado esa carta con los papeles y la forma en la que, poco a poco, esa ilusión se fue diluyendo en pos del desánimo al ver que no obtenía respuesta. Sin embargo, ahora sabía que Camila no la había recibido y que, de haberlo hecho, gustosa me habría contestado. «Me he acordado de usted cada...», había dicho. Aunque luego hubiera rectificado con un «en alguna ocasión», no se me había escapado que su frase, posiblemente, terminaba con un «día». Ahora que nos habíamos vuelto a ver tras un año y que cabía la posibilidad de hacerlo en más ocasiones, me sentí afortunado. No obstante, por más que su presencia me hiciera sentir algo, éramos prácticamente desconocidos. Aunque a eso se le podía poner remedio.

En una de esas veces en las que me acercaba demasiado a la puerta del profesor y giraba la cabeza con disimulo, la voz de Marín me reclamó desde dentro.

—Señor Castro —llamó, con tono autoritario.

Me detuve en seco y retrocedí unos pasos para ponerme en la puerta.

—Profesor Marín.

Cada vez que decía su apellido me acordaba de Elías y, por ende, de Victoria. Y me molestaba tener que estar recordándolos a cada momento.

Él estaba sentado en el que fuera el escritorio del profesor Gutiérrez, tras una montaña de papeles que parecía estar esforzándose en rebajar, pues cogía uno, lo revisaba por encima y después lo firmaba, guardándolo en una carpeta. Alzó la vista por unos segundos y habló.

—Pase y cierre la puerta.

Hice lo que me pedía y me planté delante del despacho con las manos tras la espalda, en una postura firme. Aunque los ojos se me iban hacia aquel rincón donde ahora reposaba la banqueta en la que había estado subida Camila.

—Tome asiento, por favor.

Sebastián era recto, mas no rudo o maleducado. Y lo más importante: un hombre docto. Sus clases siempre eran de provecho y, al fin y al cabo, eso era lo que se podía exigir de un profesor. Ocupé una de las sillas que había frente a su escritorio y esperé que hablase de nuevo. Pasaron unos minutos hasta que dejó de lado los papeles, apoyó los codos sobre la mesa y, dejando caer la barbilla sobre sus manos entrelazadas, me escudriñó con interés.

—Por lo que he leído en sus anotaciones, el profesor Gutiérrez lo tenía en alta estima. Era usted como un discípulo para él.

Asentí.

—Fue un gran ejemplo para mí.

—¿Nunca le pidió que fuera su asistente en clase?

—Alguna vez. Pero el profesor Gutiérrez no quería enemistarme con el resto de mis compañeros.

—¿Por qué iban a enemistarse con usted?

—Ser el ojo derecho de un profesor despierta muchas envidias.

—Entiendo. —Abandonó su postura inicial y volvió a prestar atención a los papeles—. Pues pretendo que sea usted el mío, así que aprenda a lidiar con ellas.

Tal perspectiva me provocaba tanta ilusión como vértigo. A pesar de las posibles enemistades, estar cerca de un profesor me podía granjear grandes oportunidades.

—No se quede callado y deme una respuesta.

—Sí, profesor Marín. Será un honor.

Él señaló uno de los montones de papeles con la mirada.

—Lleve eso al depósito y entrégueselo a quien esté de guardia. Procúreme dos cuerpos. Dígales que los necesito cuanto antes. Hembras, a ser posible.

Me levanté al instante, cogí los papeles y salí de allí a toda prisa dispuesto a cumplir con mi encargo. Iba tan absorto en mis pensamientos que, al girar una esquina, no vi que alguien lo hacía también y chocamos de frente. Los papeles se me cayeron de las manos esparciéndose por todo el pasillo. Mis ojos se fueron hacia ellos por un segundo y cuando los alcé para reprender a quien hubiera sido causante de la mitad del accidente, me quedé sin palabras.

—¡Mire por dónde...! —Camila frenó las suyas en seco y, cuando me reconoció, me sonrió de forma tierna—. Señor Castro.

—Señorita Ariza —alcancé a decir, sonriendo también.

—Sus documentos. —Miró al suelo con gesto culpable—. Lo siento muchísimo.

—No se preocupe, no ha sido culpa suya.

Me agaché para recogerlos y ella lo hizo a par.

—No es necesario —le dije haciendo un montón de ellos.

—Por supuesto que lo es.

En aquel ir y venir de papeles, nuestras manos volvieron a tocarse y alzamos la vista para mirarnos. Nuestros ojos no se separaron hasta que, de algún lugar, llegaron las voces de un grupo de estudiantes. Ella se levantó al punto y carraspeó, nerviosa. Terminé de recoger los papeles dándome cuenta de que las manos me temblaban y de que Camila en mucho tenía que ver con ello.

Me puse en pie, con los documentos arrugados entre mis manos. Ya los ordenaría después cuando fuera capaz, me dije. Miré a Camila, que llevaba aquel día un hermoso vestido añil y una manteleta corta de un tono más oscuro, con un broche en forma de violetas prendido en él. Vestía también unos guantes de encaje blanco y en su cabello había una hermosa peineta de plata. Admiraba su belleza cuando los estudiantes pasaron a nuestro lado y le dirigieron una mirada descarada. No pude evitar atravesarlos con la mía.

—¿Ocurre algo? —preguntó Camila.

—E... —titubeé—. No. Es que no han saludado siquiera. No me gusta la gente maleducada.

«Menuda excusa».

Ella soltó una leve risa.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté.

—He venido para verlo.

Sentí un calor intenso ascendiendo hasta mis mejillas y los papeles que había recogido volvieron a caer de mis manos.

—Perdón —dije, apresurándome a recogerlos y levantándome a toda prisa después.

Ella parecía estar divirtiéndose mucho con aquello.

—No sé qué me pasa hoy. Estoy torpe —me excusé.

—Debe de ser el tiempo, que anda un poco revuelto —dijo con una sonrisa.

«O debe de ser usted», sentí ganas de decir.

—He venido a verlo porque quería devolverle esto. —Camila metió la mano en su pequeño bolso de terciopelo y

sacó de él mis guantes. Aquellos que le había prestado en Galicia—. Creí que le gustaría recuperarlos.

Los miré, siendo presa de dos sentimientos encontrados. Por un lado, saber que los había guardado durante todo ese tiempo me hizo sentir bien. ¿Para qué conservarlos con ella si no le trajesen buenos recuerdos? Obviamente, uso personal no les iba a dar. Aquellos guantes eran de caballero y de seguro no concordaban con nada que hubiera en su armario. Por otro lado, que me los devolviera podía significar una despedida y eso me dolía en el alma. Puse los papeles bajo mi brazo y extendí la mano para cogerlos.

—Gracias —dije.

Ella no los soltó. Como si quisiera que aquellos guantes fueran un nexo de unión perpetuo.

—Lamento habérselos devuelto tan tarde. A estas alturas ya habrá comprado otros.

—Sí. Podría quedárselos si quiere.

—¿Y cuándo iba a ponérmelos? —dijo con gesto divertido.

—Siempre que quiera recordar aquel día que pasamos juntos en Galicia.

Quizá no debí decir aquello, pero lo dije. Esperé su reacción y solté un poco los guantes, dándole a entender que mis palabras iban en serio, que quería que ella los tuviera.

—Entonces tendré que ponérmelos todos los días —soltó aquello esperando tal vez que yo fuera capaz de mantenerme erguido sobre las dos piernas y no acabase en el suelo de aquel frío pasillo como habían acabado antes los papeles.

Se sonrojó. Me sonrojé. Tuve la sensación de que todo Madrid se hallaba azorado en aquel momento.

Solté los guantes y quedaron en sus manos, de donde nunca debían haber salido.

—¿A dónde iba con tanta prisa? —preguntó entonces, tras un breve silencio en el que nuestras miradas fueron eternas.

—Su tío me ha mandado a hacer un recado.

—Pues no le haga esperar y vaya a cumplirlo, o lo reprenderá. Y no quiero que eso pase.

Le habría dicho que me expondría a las Furias con tal de verla sonreír un rato más.

—Sí. Lo haré. Tengo clase en... —Miré mi reloj de bolsillo—. Quince minutos.

—Entonces nos despedimos ya.

—Sí. Nos despedimos ya. Que tenga un buen día, señorita Ariza.

—Y usted, señor Castro.

Ella me sonrió una vez más y echó a andar, pasando por mi lado.

No fui capaz de moverme. Escuché sus pasos alejándose, y casi se habían desvanecido ya cuando oí que se detenía. Me giré y la miré. Estaba allí, al final del pasillo, con sus ojos clavados en los míos y mis guantes en sus manos. Y, al igual que aquel día en el jardín del pazo, ella dio un paso hacia mí y yo recorté la distancia que nos separaba.

—Señorita Ariza —dije, frente a ella.

—Señor Castro.

Saqué arrestos de donde no los tenía para preguntarle lo que me rondaba la cabeza.

—¿Podré volver a verla?

Ella sonrió ampliamente y yo sentí que volaba.

—Sí. Me gustaría mucho —dijo.

Mi corazón se aceleró.

—¿Cuándo?

—No puedo decírselo ahora mismo. Le haré llegar una nota.

Le di la dirección de la fonda.

—De acuerdo —dijo.

Una sonrisa más. En mi cabeza, el deseo de capturar ese momento con nosotros para siempre.

—Contaré los segundos hasta entonces —le dije, y, tomando su mano, la besé mirándola a los ojos.

Sus mejillas se vistieron de rojo, como brillante licor de guindas. Las habría rozado con los labios. Las habría acariciado hasta quemarme. Ella me dijo un «hasta pronto» preñado de promesas, y la vi marcharse como quien observa caer el atardecer más hermoso. Maravillado por toda su belleza.

Me costó abandonar aquel momento y continuar con mis tareas, pero dispuesto a cumplirlas bajé al depósito. Aunque me había acostumbrado a entrar en aquel lugar tan frío y carente de vida, hacerlo después de lo que acababa de vivir me supuso un contraste demasiado fuerte. Abrumador. Encontré allí a Rozas, que al parecer se hacía cargo de la sala aquel día, y le entregué los papeles que el profesor me había dado.

—Me ha pedido que le subáis dos cuerpos a la clase en cuanto estén disponibles. A ser posible de mujeres jóvenes.

—Ya estamos con las exigencias —resopló—. Aunque va a tener suerte. Con eso de las fulanas del centro ahora tenemos de sobra.

—¿Las fulanas? —Había leído en el periódico acerca de la muerte de una de ellas, mas él hablaba en plural.

Señaló con la cabeza hacia la zona donde aguardaban los cuerpos, a veces amontonados unos sobre otros a causa de la falta de espacio.

—Alguien la ha emprendido con ellas y se las está quitando de en medio. Unas siete llegaron anoche. Y como nadie las reclama, pues aquí están —dijo sin inmutarse.

Aquello pasaba más de lo que habría sido moralmente aceptable, pero pasaba, y en contra de la crueldad del mundo, a veces no se podía hacer nada.

—Es terrible que no haya nadie que te eche de menos —murmuré, triste.

—Lo es. Pero son mujeres de la calle, a nadie le importan. —A él parecía que al que menos. Alzó la vista y me miró con gesto insistente—. ¿Quieres algo más, Castro?

Negué con la cabeza.

—No, gracias. Me marchó, tengo clase. La última de la semana.

—Pues que te sea leve.

—Adiós, Rozas.

—Adiós, Castro.

Y sin más, me marché a clase de Anatomía. Mi cabeza, ajena a todo aquello, se había quedado con Camila, y mis ojos no veían otra cosa que no fueran los suyos. El corazón me dio un vuelco porque de repente recordé que, el día en que había conocido a Victoria, no había sido capaz de concentrarme en nada. Su imagen había anulado mi capacidad de pensar de la misma forma que Camila la anulaba ahora. Me asusté tanto ante la perspectiva de reencontrarme con aquellos sentimientos que a punto estuve de soltar el libro y salir corriendo. Así que me pasé la clase tratando de controlar mis impulsos y, para cuando el profesor puso fin a esta, di las gracias a Dios.

Aquella tarde, después de una comida frugal, un poco de ejercicio y una profunda rutina de aseo, tenía un ojo puesto en los libros y otro en la puerta, por si la señora Lola tocaba trayendo una nota de Camila. Para cuando dieron las ocho de la tarde perdí la esperanza. Quizá me la mandaría otro día, quizá... nunca. Tal vez había sido un ingenuo al hacerme ilusiones. Javier trató de convencerme, como cada viernes, de que saliera con él a tomar algo, pero ese día sí que no tenía ni pizca de ganas y al final se cansó de insistir. Cuando se marchó, solté un largo suspiro y me centré en el *Tratado general de anatomía* de don Lorenzo Boscasa, a ver si entre el sistema vascular y el aparato locomotor se me pasaba la desazón por la ausencia de noticias. Era uno de mis tratados predilectos, pero no el único al que tenía que recurrir. Por suerte o por desgracia, los profesores nos proveían de un listado casi eterno de escritos para el estudio, como otros tratados de Anatomía, observaciones, elementos de Fisiología e Higiene, Patología Quirúrgica, cirugías, arte de apósitos y vendajes, y tratamiento de diversas enfermedades. Me sumergí en cuantos estaban a mi alcance. Cualquier cosa con tal de no pensar en Camila. Un intento más que fútil. Ni con decenas de términos rondándome la mente, logré quitármela del pensamiento.

No fue hasta el sábado, cerca del mediodía, después de una mañana en la que estuve pegado a los libros, cuando doña Lola llamó a la puerta del dormitorio como hacía siempre: de la misma forma que Escipión entró en Cartago.

Estaba tan concentrado estudiando, que di un respingo en la silla con el corazón en el puño.

—Pase, doña Lola —pedí, todo lo amablemente que pude—. Está abierta.

—Hijo, perdona que te moleste —susurró—. Estabas estudiando...

Ya de qué le valía susurrar, después del escándalo que había armado.

—Buenos días. —Giré la cabeza para mirarla—. ¿Acaso hago otra cosa?

—Pues no. Los ojos te los vas a dejar, con lo bonitos que los tienes. —Se acercó hasta mí—. Toma. Una mujer ha dejado esto para ti.

Al ver que se trataba de una nota y que tal vez fuera la de Camila, me levanté de un salto. Al hacerlo le di un codazo al libro y este golpeó el vaso de agua que tenía sobre la mesa, haciendo que se volcase y se derramara todo el líquido. Los apuntes se empaparon mientras yo me llevaba las manos a la cabeza.

—¡Virgen de Linarejos! —Doña Lola exhaló un suspiro de asombro—. ¿Cómo te has *apañado*? Quitá.

Me eché a un lado, y ella, que llevaba un trapo en el mandil de delantera azul que pocas veces la abandonaba, se puso a limpiar el desastre.

—La de nombres raros que hay aquí —murmuró mientras lo hacía—. ¿Y tú te aprendes todo esto?

Me limité a asentir porque ya observaba la carta en mis manos sin ser capaz de pensar en nada más. En ella había escrito un «Nicolás Castro» con una rúbrica perfecta, tan hermosa y elaborada que casi parecían arabescos de la mismísima Alhambra. Me sentía tan nervioso ante la perspectiva de abrirla, que me dije a mí mismo que no podía ser tan estúpido, que era solo una carta. Una en la que, seguramente, Camila me decía que no podía verme, por tal o cual razón. La abrí despacio mientras Lola seguía haciendo su magia y tornando en orden el caos. Al desplegarla, hallé la misma letra, y nada más posar mis ojos sobre la primera línea el corazón se me aceleró.

Amigo mío:

Lo veré, si usted está de acuerdo, esta tarde a las cuatro en el Buen Retiro.

Camila de Ariza y Marín

Tuve la impresión de que las nubes en los cielos se habían detenido; que de alguna manera una parte fundamental del universo había cambiado y que existía un antes y un después a su nota. Y eso que no decía nada. O decía mucho. Estaba tan nervioso que no podía ya ni pensar.

—Nicolás.

Escuché mi nombre, pero yo no estaba. Mi cabeza andaba en algún lugar entre este mundo y el de los sueños.

—¡Nicolás! —Lola me dio con el trapo en las costillas—. ¡Chiquillo, que te has quedado pálido y pensé que te me morías! ¡Mira que yo no tengo reales *pa* armarte un funeral! —Chasqueó la lengua—. Esto ya está limpio como los chorros del oro, ahí te *apañas* tú con tus apuntes y esas cosas raras de médicos.

Dejé de mirar la nota y la observé a ella.

—Sí, perdone. Es que... —Mis ojos volvieron a la carta—. Estaba despistado.

—«*Despistao*» dice. —Rio y alzó la cabeza para atisbala. En su tono hubo cierto retintín cuando habló de nuevo —: ¿«Amigo mío»? Uy, que se me parece que es cosa de una moza. Qué alegría, hijo. Pensé que nunca te vería casado.

La miré con sorpresa.

—Pero, doña Lola, que la acabo de conocer, como aquel que dice.

—Bueno, tú ten paciencia, que una cosa lleva a la otra. Pasas aquí tanto tiempo solo que yo ya te figuraba soltero para los restos. Y qué pena sería, con esa cara tan bonita que tienes. —Me pellizcó un moflete. Lo hacía con tanta fuerza que dolía, pero yo nunca me quejaba. Doña Lola no tenía hijos y sus huéspedes éramos lo más parecido a una familia de la que podía disfrutar. Cuando me soltó, dijo—: Venga, dame respuesta, que está esperando abajo.

—¿Camila?

—¿Así se llama la moza? —preguntó con gran curiosidad.

—Así.

—La de abajo se llama Carmen, así que debe de ser la doncella de la muchacha —sopesó—. Morena, alta; más o menos de tu edad; con cara de niña.

—Debe de serlo. Camila no es, desde luego.

—Entonces ¿vas a verla o no?

Asentí de forma apresurada.

—¿Y dónde te ha citado?

—En el Retiro.

—¿Al Retiro? —dijo ceñuda—. No iréis solos, ¿no? Que eso no es decente.

A decir verdad no tenía ni la menor idea de si ella llevaría acompañante.

—Pues supongo que no.

—Más vale que no. Si la ves sola te das media vuelta, que no quiero que estés en boca de todo Madrid. Vístete bien, que ahí no entra cualquiera que no vaya arreglado, pero no te pongas pantalón blanco, que se levanta mucho polvillar. —Fue hacia el armario y sacó varias prendas: una levita de un gris azulado, un pantalón beige oscuro, la mejor de mis camisas y un chaleco gris. El sombrero, de copa baja, era de un tono más fuerte que el del pantalón—. Esto estará bien.

Desde luego que no podía librarme de ir arreglado a todas partes, porque si no tenía el ojo vigilante de Javier, tenía el de Lola.

—Te voy a preparar unas habas con huevo, *pa* que vayas bien alimentado. Ay, ¡que se nos casa! —dijo y salió de allí tarareando una tonadilla que hablaba de amores.

Suspiré, y después me eché a reír sin poder evitarlo.

Volví a leer la nota y acto seguido la coloqué sobre mi escritorio. Fingí centrarme en mis tareas hasta la hora de comer; esas a las que el nerviosismo había convertido en titánicas, porque mis ojos iban todo el rato del libro a la letra de Camila, que se me antojaba estuviera hecha de almíbar.

A la una me comí un plato de habas que no se lo saltaba un galgo, porque si no lo hacía, doña Lola me echaría la bronca. Me sirvió también un vino, para celebrar el evento, y después traté de descansar un poco hasta las dos y media. Tarea imposible, pues la sonrisa de Camila se me aparecía cuando cerraba los ojos y en mi rostro se pintaba una más grande todavía. Sabiendo que no pegaría ojo, me levanté y empleé todo mi esfuerzo en acicalarme. Me aseé, me afeité bien, me recorté el bigote y me puse esas ropas que Lola había elegido para mí. Acostumbrado como estaba a tener poca cosa, todavía se me hacía raro disponer de varias prendas. Javier era el culpable de todo y el que no dejaba de llenar mi armario. Me puse el abrigo, cogí mis guantes y el sombrero y, tras una larga caminata, llegué al Retiro a las tres y cincuenta, sin dejar de mirar al cielo que andaba gris, amenazando con arruinar la tarde. Le pedí a Santa Bárbara que guardase la lluvia para la noche, cuando ya nos hubiéramos recogido, y porfié en que me escuchase.

El Retiro, antes cosa de la realeza, iba siendo, poco a poco, lugar de recreo para todos los madrileños. Se le habían hecho muchos cambios y reformas a lo largo del tiempo, y sus paseos eran cada vez más amplios y agradables. Sea como fuere, era muy grande; y aunque lo conocía bien porque ya había estado antes con mis amigos, Camila no había especificado lugar. Ya me veía recorriéndolo sin dar con ella cuando una muchacha de unos veinte años se me acercó. Morena, alta, de cara alargada y ojos negros.

—¿Señor Castro? —preguntó—. Soy Carmen, la doncella de la señora... De la señorita Ariza.

—Sí. Sí. Soy yo. —La voz me tembló—. Soy yo.

Carmen sonrió y me hizo señas para que la acompañase.

Fui junto a ella, dándole las gracias, y caminamos durante unos minutos hasta llegar a las inmediaciones del estanque. El cielo, quizá alentado por los latidos de mi corazón, se tornó de repente luminoso y el sol dio en las aguas del lago, arrancándole brillantes destellos. Y allí, junto a este, la vi. Me daba la espalda y la sombrilla cubría más allá de sus hombros. Pero supe que era ella, porque brillaba más que el propio sol. Llevaba un vestido azul y blanco, con dos volantes en la falda, y una manteleta del color del vestido, guarnecida de encaje también, para preservarse del frío. La contemplé absorto mientras nos acercábamos a ella. Camila, tal vez percibiendo nuestros pasos, se giró. Al verme sonrió, y sentí una felicidad inmensa por poder mirarla una vez más. Sin embargo, aunque

quise correr hacia ella, mi cuerpo se detuvo. Y es que al verla me habían fallado hasta las fuerzas y mis piernas sabían que, si seguía caminando, lo harían temblorosas. La sensación que me acuciaba en el estómago cada vez que la tenía ante mí se hizo más intensa y punzante. El aire me faltó. Mis ojos y los suyos se encontraron, y en ellos vi pasar la vida entera. Una en la que íbamos de la mano a todas partes. Tuve que decirme a mí mismo que la intensidad de mis sentimientos no era lógica. Que ella y yo éramos amigos y nada más. Que ella y yo...

Ella.

Y yo.

Suspiré.

—¿Señor Castro? —preguntó Carmen, que se había detenido a mi lado.

Reaccioné a tiempo de no quedar como un imbécil y conseguí echar a andar de nuevo.

—Disculpe —dije, tragando saliva.

Cuando llegué junto a Camila, me quedé mirándola y sentí que no sería capaz de pronunciar palabra alguna. El cuello del vestido describía una uve bajo el suyo, y allí brillaba su collar a la luz del sol. Tenía el cabello recogido con algunos bucles sueltos enmarcando su rostro, y un sombrero de capota ajustado a él. Los lazos eran azules y las flores que lo adornaban, malva. No había nadie más con ella y eso me puso aún más nervioso. Salvo por Carmen, pasearíamos a solas, y eso no era habitual. Mas no iba a quejarme. Disfrutaría de su compañía cuanto pudiera, si es que conseguía decirle algo y no quedarme allí plantado como un pasmarote. Con lo arrojado que yo era... ¿cómo podían estar pasándome esas cosas? A ella pareció divertirse el hecho de que no expresara nada, pues su sonrisa se acrecentó, y dijo:

—Preveo que nuestro paseo será bastante silencioso. No importa, también disfruto escuchando el canto de los pájaros.

Se me escapó una risa nerviosa.

—Discúlpeme, señorita Ariza —acerté a decir—. Es que... Debe de ser...

—No se preocupe, señor Castro. —Extendió su mano hacia mí y yo la tomé para besarla. Aquel día olía a verano: a jazmines en flor y tardes eternas. Nuestros ojos se hallaron durante aquel breve contacto, y Camila, a todas luces azorada por el beso, miró pronto hacia otro lado algo sonrojada—. ¿Paseamos?

Asentí y caminé a su lado, aunque a una distancia prudencial.

Carmen nos seguía de cerca, detrás de nosotros.

El Retiro, a aquellas horas de la tarde, todavía no estaba muy concurrido, pues la gente reposaba aún la comida, a menudo opípara siendo sábado, arrancando los últimos sorbos al té y a los licores de la sobremesa. Nos cruzamos, no obstante, con algunas parejas que aprovechaban la soledad de la tarde para verse. A las más atrevidas, que iban sin acompañante, las advertía desaparecer entre las zonas más frondosas, sabiendo que pronto sus miradas se convertirían en besos.

Miré a Camila de reojo y, sin quererlo, volví a sonreír. Ella también me miró del mismo modo, y correspondió a mi sonrisa con otra. Otra vez ese pellizco de mi estómago reclamando mi atención. Otra vez la impresión de que tartamudearía si hablaba.

—¿Está disfrutando de su regreso a Madrid? —conseguí preguntar, salvando el nerviosismo.

—Sí. Ha pasado poco más de un año desde que me fui con mi tío a Lisboa, así que las cosas no han cambiado demasiado. La villa sigue siendo tan bulliciosa como siempre; y sus calles, como de costumbre, en obras.

—Ahora más que nunca. Hay proyectos de grandes mejoras para la ciudad.

—Algunas más acertadas que otras. Si le digo la verdad, Madrid a veces se me hace un tanto complicada. No es que Lisboa sea pequeña, en absoluto, pero sus calles no están tan llenas de recuerdos para mí. Por más que me alejo, siempre hay algo que me trae a ella de nuevo. —Me miró de reojo—. Ya tengo la sensación de que no podría vivir en otro lugar que no fuera este.

—La comprendo. Me costó acostumbrarme, pero ahora los motivos para estar en ella son mayores que cualquier otra cuestión.

Ella desvió la mirada, observando de forma distraída al parque.

—Sus estudios, supongo —dijo.

—No solo mis estudios. Aquí hay personas que me importan.

Dirigió la vista de nuevo hacia mí, por unos instantes, y habría tenido que ser muy ingenua como para no darse cuenta de que eso la incluía a ella. Lo siguiente que dijo me lo confirmó:

—¿Es que hay alguna madrileña suspirando por usted?

—¿Usted nació en Madrid?

Ella asintió.

—Entonces espero que sí —dije sin rodeos.

Una voz en mi cabeza me regañó, advirtiéndome que era posible que estuviera sobrepasándome, pero salvados los primeros instantes de agitación en los que no podía ni hablar, y alentado por su forma de mirarme, parecía que me hubieran dado alas para decirle aquellas cosas. Contuve el aliento y no lo solté hasta que ella no habló.

—Seguro que sí —dijo entonces.

Guardé un grito de emoción para mí.

Poco a poco habíamos dejado atrás el estanque y caminábamos cerca de unos parterres en los que los árboles se mezclaban con algunos conjuntos florales, elegidos cuidadosamente por un paisajista. A pesar de que aún no era primavera, la naturaleza ya había dado sus frutos allí. Ella se detuvo junto a unas hortensias y deslizó los dedos sobre sus hojas.

—¿Le gustan las hortensias?

—Son hermosas.

Me acerqué y cogí uno de los ramilletes para dárselo después. El tallo se quebró con facilidad, por lo que no tuve que usar la navaja. Me habría sentido algo extraño sacándola a la luz del día y delante de Camila.

—¿Son sus flores favoritas? —le dije.

Ella sonrió recibiendo las flores y, tras aspirar su aroma, habló.

—Mi flor favorita es el clavel. No es tan pretencioso como una rosa, a pesar de que la iguala en belleza, y lo que es mejor: no posee sus mismas espinas. —Asentí dándole la razón y ella continuó hablando—: A las hortensias les tengo gran cariño, pues mi padre me contaba una leyenda sobre ellas.

—Ahora no puede dejarme con la intriga. Necesito saber qué leyenda es esa.

—Luis XIV, el rey francés, deseaba adornar sus jardines con hortensias y, como todo rey caprichoso, anhelaba poseer todas las variedades posibles. Para ello, envió una expedición a Brasil. En uno de los barcos viajaba, al parecer, un joven de aspecto frágil, que era la burla de todos. Cuando llegaron a las costas de Brasil, los nativos lo capturaron.

Atribulado por un posible destino aciago para el joven, escuché la narración con un gesto que me delató.

—No se apure, la historia termina bien —se apresuró a tranquilizarme.

—Ya me temía que el joven acabase con los pies por delante.

—No. —Se echó a reír—. ¿Quiere que le siga contando?

—Por favor.

Con un gesto, me invitó a seguir caminando y reanudó su relato.

—La tripulación consiguió liberar al joven para descubrir entonces que no se trataba de un muchacho, sino de una mujer hermosa y fuerte, que había dejado atrás su tierra dispuesta a ver el mundo más allá de esta.

Mis cejas se alzaron por la sorpresa.

—Desde luego fue muy osada.

—Y el rey la recompensó después, pues cuando regresaron a Francia le dio su nombre a estas flores. Por ello la hortensia simboliza la vulnerabilidad y también la feminidad.

—Es una historia preciosa. Y muy significativa. Usted sería como ella, capaz de cruzar el océano. O, ¿cómo lo llamó? —Hice memoria—. *Bahari*.

—¿Lo recuerda? —Me miró con sorpresa.

—Sí, y también ese asunto del mono ladrón.

Camila rio de nuevo. Descubrí que su risa tenía el poder de hacerme sentir bien; tanto que podría llegar a ser una necesidad sin la que no pudiera vivir.

—¿Sigue usted escribiendo? —le pregunté.

Su semblante, hasta entonces alegre, se ensombreció. Bajó la mirada hasta el suelo y negó con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —Me sentí tan preocupado que noté cierta presión en el pecho—. ¿Por qué no?

—Es... —suspiró afligida—. No he... encontrado el momento. Y, además, a mi tío y... —Se interrumpió—. A mi tío no le agrada demasiado que lo haga.

—Pero a usted la hace feliz.

—Eso a él le da igual. —Giró el rostro hacia mí, sonriendo de forma amarga—. Para él mis obligaciones son otras. La escritura, dice, no es buena para la mente femenina. Ni tampoco la lectura.

Resoplé.

—Valiente tontería —solté sin pensar. Acto seguido me disculpé, porque al fin y al cabo se trataba de la opinión de su tío—. Disculpe. No quería ofenderla.

—No me ofende. ¿Acaso piensa que a mí no me parece un sinsentido que un hombre de ciencia como él opine esas cosas? Él, precisamente, que tanto sabe del ser humano y sus instintos, debería de tener una mente más abierta. Mas la única mente abierta que tiene es la que maneja en la mesa de disección.

Me hizo gracia la forma en la que dijo aquello y no pude evitar reírme. A decir verdad, el cráneo de una persona por dentro resultaba bastante inquietante la primera vez que se observaba. Abrumaba el hecho de pensar que todos nuestros pensamientos vivían en algo tan poco agraciado estéticamente como lo es el cerebro.

—¿De qué se ríe? —preguntó ella, arrugando la nariz.

Aquel gesto me pareció muy hermoso. Casi me daban ganas de rozarla con la mía.

—¿De verdad quiere saberlo?

—Claro que quiero. Si se burla de mí tengo derecho a saber el motivo.

—No estaba burlándome de usted, señorita Ariza. Es solo que a mi cabeza ha venido la primera vez que vi la mente de un hombre y recuerdo lo extraño que me resultó hacerlo.

Dijo algo entonces que me dejó completamente descolocado.

—Yo querría ver una.

—Discúlpeme, pero nunca imaginé que oiría a una dama decir eso.

—Pues ya ve. No soy una dama normal y corriente.

—Eso ya lo sé. Cuando la conocí supe que tenía ante mí a una persona excepcional, mas no imaginaba que lo fuera tanto.

—Usted también me lo parece —dijo.

Tampoco me esperaba aquello, así que no supe qué contestar. Puede que hubiera aprendido el latín, pero el castellano al parecer lo estaba olvidando, porque no era capaz de articular palabra alguna, así que sonreí, y ella también lo hizo. Y volvimos a mirarnos, aquella vez más de la cuenta. Más de lo que era apropiado para dos personas que eran amigos. O es que quizá mis ojos y los suyos querían algo más que eso. Pensé que nos quedaríamos así para siempre, pero Camila, tras bajar nerviosa la mirada al suelo, retomó la conversación.

—Ustedes aprenden así, ¿no es cierto?

—¿Así? —pregunté, pues no la comprendí.

—A través de la observación y no solo de los libros.

—Sí.

—Ojalá pudiera aprender tantas cosas como habrá aprendido usted —declaró ella con entusiasmo—. La medicina es un campo fascinante.

—Espero que siga diciendo lo mismo cuando vea un cerebro seccionado.

Río con ganas y se disponía a agregar algo, cuando Carmen la llamó:

—Señora. Ya son las seis.

Camila se detuvo en seco y la miró con gesto disgustado.

—¿Ya? Hace dos minutos eran las cuatro.

—Lo siento, señora —dijo la doncella.

—Para mí también ha pasado muy rápido —confesé, pues así era—. ¿De verdad ha de marcharse ya?

—Sí. Mi... Mi tío vuelve a las siete. Los sábados acostumbra a ir a las tertulias de los cafés. Ojalá me llevase, pero no quiere. Dice que en los cafés públicos no está bien visto que vayan mujeres.

—En lo último no le quitaré la razón. No es que a mí me parezca bien, desde luego —dije a tiempo de que Camila no se sintiera cohibida—. Sin embargo, tengo entendido, según mi amigo Javier, que se organizan algunos encuentros privados en los que sí se incluyen damas.

—¿Y usted podría... preguntar cuáles?

—Podría. Y si no, siempre puedo dejarle mi levita para que se cuele en alguno público.

Camila soltó una carcajada tan espontánea que una pareja que caminaba cerca nos miró sorprendida. Me excusé ante ellos con un gesto y fingí que la regañaba.

—Señorita Ariza, va a despertar a los gorriones de su siesta.

Volvió a reírse.

—¿Usted me imagina vestida de caballero?

—Yo... —Carraspeé. Decirle a mi mente que tratase de imaginarla vestida de forma alguna concreta iba a llevarme a lugares de los que no podría (ni querría) salir, pues la ropa terminaría por ser un sujeto que omitiría por propia decisión—. Yo diría que el sombrero de copa le sentaría bien.

Ella me dedicó otra de sus sonrisas y tuve la impresión de que una idea que la hacía feliz estaba cruzando su cabeza.

—Me gusta cómo opina. Muchos hombres tienen ese extraño pensamiento de «que lo hagan otros, pero en mi casa no», ¿sabe? Apoyan la audacia de otras mujeres, pero no las de aquellas a las que conocen. Y ya no hablemos de cuando se trata del matrimonio. Buscan el placer en las que enseñan algo más que los tobillos, y abandonan a las suyas, a las que obligan a ser recatadas.

De estar yo casado con ella, lo último que haría, desde luego, es buscar placer en otras partes, pensé. Y acto seguido sentí que me ruborizaba. Sacudí esa reflexión de mi cabeza y traté de seguir la conversación de forma normal.

—A Dios rogando y con el mazo dando, ¿no?

—Exactamente.

—No se preocupe. La llevaré a un café cuando usted quiera. Vaya buscando un sombrero que haga juego con su hermoso cabello. —Eso de «hermoso» me salió sin querer y no rectificué. Sobre todo, porque ella sonrió agradecida—. Y si vuelve por la facultad, le enseñaré un cerebro.

Camila me dirigió un guiño divertido.

—La más extraña proposición que me hayan hecho jamás.

—No dirá que se aburre conmigo.

—No, desde luego que no.

De forma inconsciente me acerqué un poco más a ella; y ella, quizá de la misma manera, también dio un paso. Cuando su rostro y el mío estuvieron cerca, admiré la belleza de esos ojos que me habían encandilado. Sabía que teníamos que decirnos adiós, mas no quería. Habría estado con ella hasta el fin de ese día; habría estado con ella mucho más.

—Ha sido un placer compartir este paseo con usted, señor Castro. Cuídese, por favor.

—Y usted.

Ella fue junto a Carmen.

—¿Cuándo volveré a verla? —le pregunté.

Miró al suelo, pensativa. Hubo un fugaz gesto de tristeza en su rostro, que hizo que me preocupase. Tuve la impresión de que lo siguiente que diría sería: «Nunca». Sin embargo, para mi alivio, fue otra cosa la que salió de sus labios.

—Le escribiré.

—Esperaré.

Giró el rostro hacia mí por unos instantes y, con el ramillete de hortensias, escondió una sonrisa.

Allí de pie, viendo cómo se alejaba, tuve la certeza de que la echaría de menos, más de lo que nunca había añorado a nadie. De que los días hasta que volviera a verla se me harían más que largos, eternos. Tan eternos como la sonrisa que se quedó en mi cara y que me acompañó hasta el final de la jornada.

Capítulo 7

Después de un domingo un tanto solitario frente a los libros, el lunes llegó, y con él la sensación de que la vida era un sinsentido.

Y es que los lunes se llevaban cualquier cosa buena que hubieran traído el sábado o el domingo. Las noches de taberna, o las tardes de café; el día de misa o los paseos por las plazas. Madrid era una ciudad muy distinta del domingo al lunes. Demasiado. Además, aquel lunes no era un lunes cualquiera, era primero de marzo. Por algún motivo que desconozco, en los cambios de mes la gente tiende a hacerse promesas de cambio que luego no suelen cumplir. Como si arrancar una hoja al calendario tuviera algún tipo de poder mágico sobre nuestras vidas.

Empecé el lunes escuchando a doña Lola jurar que no volvería a ver al lechero, por cierto asunto de celos, y con Javier sopando una magdalena en el café mientras aseveraba que dejaría de comer tantos dulces, pues estaban afectando a su figura. Aunque sabía que no harían ni lo uno ni lo otro, me resigné a beber mi té a sorbos mientras asentía diligentemente. Cuando se cansaron de hablar de sus asuntos, me miraron como el águila que mira a su presa y procedieron a hacerme un extenso interrogatorio sobre mi paseo con Camila. Desde luego que, si Bonaparte hubiera tenido informadores tan avezados y entregados a su tarea, el Dos de Mayo se habría quedado en un día más. A eso de las nueve era ya un hombre casado y con tres niños, según Lola; y a punto estaba de perder las entendederas para siempre a causa del amor, según mi amigo. Cada cual tenía su versión de los hechos y lo cierto es que en mí confluían ambas. Y también la confusión más absoluta que hubiera vivido jamás. Camila me había hechizado, pero mi corazón tenía miedo. Y este era un monstruo que me acechaba con sus ojos rojos cuando más tranquilo estaba. Pensaba en ella, en hacerla feliz, en verla de nuevo, y el miedo hablaba haciéndome callar. Cuando logré arrinconarlo, me dije a mí mismo que, de no saber nada de ella para el miércoles, buscaría la forma de verla por mi cuenta.

No tuve que hacerlo. El martes, antes de lo que esperaba, volví a verla.

Aquella mañana me había despertado con ganas de quedarme en la cama. Hacer el trayecto hasta la facultad para una sola clase se me antojaba tedioso, pero no podía faltar porque era una clase magistral de don Diego de Argumosa y estas siempre eran interesantes. En la facultad, desde hacía escasos días, se celebraba el hecho de que hubiera introducido en España, con gran acierto, el uso del éter sulfúrico como anestésico y ya se planeaban operaciones con él. Escuchar a tal eminencia me ayudó a tener la cabeza en algo que no fueran mis ganas de ver a Camila, y el rato pasó rápido. Javier había decidido no ir a clase, y de los evangelistas no había ni rastro, así que no me entretuve, por lo que volví a casa pronto y con la sensación de que no había perdido el tiempo.

A mi regreso, vi que había una berlina aparcada junto al portal. Una muy elegante, azul y negra, con dos robustos caballos de pelaje negro tirando de ella. A punto estaba de entrar en la fonda cuando escuché la voz de Camila.

—Señor Castro —llamó.

De forma automática sonreí. Sin quererlo. Sin pensarlo.

Me giré para mirarla y la vi asomada a la ventana de la berlina, con una sonrisa también en el rostro. Me hizo un gesto para que me acercase y, por supuesto, no me negué.

—Buenas tardes, señorita Ariza.

—¿Podría hablar con usted un momento? —pidió, y por su voz no pude deducir nada. Eso me puso nervioso.

Asentí y me acerqué despacio. Camila abrió la portezuela y pasé dentro, bajo la mirada de reojo del cochero. Cuando vi que estábamos a solas en aquel espacio tan íntimo, mi nerviosismo se acrecentó. Me senté frente a ella,

dejando a un lado, sobre el asiento, el montón de papeles que traía conmigo de la facultad. La observé, ataviada aquel día con un bonito vestido color tierra, más sencillo de los que le había visto antes. Hubo un silencio largo e intenso, en el que solo nos miramos. Y qué miradas... el verano de Madrid era diez veces más frío que ellas.

—Quiero hacerle una proposición —dijo.

Me encomendé a todos los santos que conocía, pues mi mente, acuciada por el deseo que ardía en mí cada vez que la veía, voló más allá de lo que el decoro habría permitido.

—¿Una proposición? —dije, tratando de aparentar que el corazón no me latía cien veces más rápido de lo habitual.

Asintió.

—Quiero que me acompañe a un café.

Respiré profundamente para calmar los nervios y respondí con gesto extrañado a su propuesta.

—Verá, tal y como le dijo su tío, las damas no están bien vistas en las tertulias. No querría perjudicarla. Ya sabe que Madrid es un pueblo para eso de murmurar.

—Por eso usted irá con un caballero y no con una dama.

La miré atónito.

—Pero, señorita Ariza... yo...

—Por favor —suplicó—. No puedo pedirselo a nadie más y no sabe lo mucho que anhelo asistir a una de esas tertulias. Aunque sea colándome en una tripulación de hombres como en esa historia que le conté de las hortensias.

Nuestro paseo por el Retiro llegó a mi mente y me arrancó una sonrisa. Mas pronto mi semblante se turbó de nuevo, abrumado por la perspectiva de que esa aventura que ella ideaba en su cabeza no saliera bien.

—Si alguien lo descubre... —Tomé aire—. No sé siquiera qué pasaría. ¿Hay leyes que digan que una dama no puede vestir como un caballero?

—Pues no sé, y si las hay me importan entre poco y menos —dijo con gesto avezado—. Usted solo diga que vendrá conmigo.

Miré por un momento mis manos, que se hallaban sobre mis rodillas. Pensé en aquello, en lo que podría resultar de una aventura así. Si salía bien tendríamos algo muy divertido que contar en el futuro, pero si salía mal acabaríamos señalados por todos los mentideros. Entonces, su mano derecha, elegantemente revestida de un guante blanco de piel, se posó sobre la mía. Aquel gesto me hizo tomar aire de nuevo y levantar la mirada hacia ella.

—Diga que me acompañará. —Sus ojos, con gesto ilusionado, miraban los míos como si de ellos dependiera su vida entera—. No puedo hacerlo sola. No conozco a nadie como usted. Tan... distinto al resto. Tan...

Terminé la frase por ella.

—Irresponsable e imprudente porque voy a decirle que sí. Que iré con usted.

Su rostro se iluminó.

—¿Lo dice en serio?

—No puedo negarme si sé que eso le hace feliz.

Apretó mi mano con fuerza y sonrió, con una sonrisa más brillante si cabe.

—¡Gracias!

Habría querido abrazarme. Lo supe por ese pequeño instante en el que casi salta de su asiento hacia el mío.

—Mañana, a las cinco, pasaré a buscarlo. ¿De acuerdo?

—¿Conseguirá usted la ropa o necesita que la ayude?

—Pues... —Miró al suelo y torció el gesto—. No había pensado en eso. Supongo que podría conseguir algo para mañana. O tal vez no. ¿Me ayudaría con eso también?

—Por supuesto. No se preocupe. —Tenía en mente un galán con un armario tres veces el del rey que de seguro tendría algo que podía servir—. Venga a las cinco y podrá cambiarse aquí. Nadie la molestará.

Le dije aquello para que no pensase que quería propasarme con ella en ningún aspecto haciéndola subir a mi dormitorio. Sonrió agradecida.

—Entonces, a las cinco —dijo.

Y yo soñé con que lo fueran en ese preciso instante.

Cogí los papeles y, tras un gesto amable, me despedí de ella y abandoné la berlina. De camino al portal me giré y vi que me miraba con una sonrisa. Le dije adiós de nuevo con la mano y logré entrar en la fonda, aun sabiendo que la perdería de vista. Cuando subí, no sin antes saludar a doña Lola, que, como de costumbre, bordaba delante de la estufilla en la salita que había nada más entrar al portal a la derecha, encontré a Javier apoyado en la baranda del balcón, fumando un cigarro con aire ausente.

—No fumes aquí, Javier, que como se entere doña Lola nos echa.

—Anda que no se iba a aburrir la mujer si no estuviéramos aquí. Con la de lengua que gasta gracias a nosotros. Yo, por pendenciero; y tú, por santo. Aunque creo que la tendencia va cambiando, ¿no? —Apagó el cigarro donde tenía costumbre—. Te he visto subiendo a un carruaje. ¿Quién era?

—Camila. —Me quité el abrigo y lo colgué tras la puerta—. Ha venido a hacerme una proposición un tanto particular.

—Sí que va rápido la sobrina de Marín. —Silbó, asombrado por lo que él había entendido que era una proposición, y se sentó al filo de su cama—. No te preocupes. Yo te pongo al día. Al principio se hace raro, pero una vez que os quitéis la ropa las cosas suceden de forma natural.

Yo, que me había deshecho ya el corbatín, se lo tiré a la cara.

—Calla, Javier —gruñí—. Que no se trata de eso. Quiere que la lleve a un café.

Se quitó el corbatín de encima y, dejándolo a un lado, me dijo:

—¿Cómo que a un café?

—Sí, pero no a los de desayunar. A los otros. Los de tertulia.

—Pues como no te la metas en el bolsillo... En esos sitios no les gusta ver a mujeres. Todo son hombres. —Alzó las cejas con gesto feliz—. No es que yo me queje, verás.

—No, claro, tú qué te vas a quejar.

—¿Y qué vas a hacer?

Me quité el resto de las prendas, excepto los pantalones, y me dispuse a asearme en la jofaina. El agua estaba helada, pero no me importó. Había pasado un poco de calor en la berlina a solas con Camila. A medida que el agua limpiaba de mi torso, cuello y axilas cualquier resquicio de sudor, le contesté a mi amigo.

—Llevarla.

—Pues nada, compraré todos los periódicos del día siguiente para decir: «¿Veis a este que dice aquí que ha ido preso? Pues lo conozco». —Se cruzó de brazos—. ¡Que uno no se lleva a la novia a esos sitios!

«Novia», esa palabra hizo que me sonrojase al instante.

—Primero de todo, nadie ha dicho que Camila sea mi novia, y segundo...

Me interrumpió.

—Tu cara lo dice cuando hablas de ella, que no hay que ir a estudiar a Salamanca para darse cuenta, Nicolás Castro.

Suspiré.

—Mira, Javier, sí. —Me sequé con brío y después dejé la toalla a un lado para ir a buscar una camisa limpia—. Ojalá fuera mi novia. Ojalá pudiera hacerla feliz a cada momento que esté con ella; y si lo que quiere es ir a un café, pues la llevaré.

Descruzó los brazos y se recostó en la cama, poniendo las manos tras la nuca.

—Ya te llevaré tabaco al presidio.

Me reí, poniéndome la camisa.

—Nadie sabrá que es una mujer, porque va a ir vestida de caballero.

Javier estalló en carcajadas. Se rio tanto que le faltaba hasta el aliento.

Le dediqué una mirada furibunda mientras tomaba asiento en mi escritorio, dispuesto a pasar el resto del día

estudiando.

—No sé qué te hace tanta gracia.

—No es una risa de burla si es lo que te preocupa —dijo cuando pudo hablar—. Es que Camila nunca deja de sorprenderme. Había oído cosas sobre ella. De los viajes que ha hecho con sus padres, pero no esperaba que fuera capaz de algo así. Sin duda has ido a dar con una mujer poco común. Claro que tampoco es que tú seas muy normal.

—Gracias —dije con retintín—. Y ya que veo que no te burlas, voy a pedirte un favor.

Me miró alzando las cejas y esperándose, de seguro, algo descabellado.

—Necesito ropa para ella. Algunas prendas de caballero. Como tú tienes tantas, quizá guardes algunas que puedan servirle. Yo tengo las espaldas muy anchas y nada le serviría. Tú eres más delgado.

—Aunque bastante más alto que ella —indicó—. De todas formas, déjalo en mis manos. Algo habrá que podamos hacer.

Le sonreí agradecido, y casi iba a enfrascarme ya en los libros, cuando lanzó una pregunta.

—¿Dónde se vestirá?

—Aquí. Tendrás que entretener a doña Lola para que no se dé cuenta de que sube. Ya sabes que no quiere compañía femenina.

Él suspiró.

—Si es que por ti no me queda ya nada más que tirarme por un puente.

Me eché a reír.

—Sabes que yo haría lo mismo por ti.

—Claro que lo sé. —Sonrió—. Claro que lo sé.

Miró al techo, pensativo.

—¿No vas a estudiar? —le pregunté.

—Pues debería, la verdad.

—Ven y estudiamos juntos.

A duras penas se levantó de la cama y se sentó a mi lado en el escritorio.

—A ver qué nos cuenta hoy el señor Boscasa. ¿Por qué parte vas? —Acercó el libro hacia él y buscó el lugar por donde había marcado la última sesión de estudio—. ¿Ya has estudiado las regiones de la vulva? Mira que las vas a necesitar.

Le di un codazo, poniéndome más rojo que las cerezas, y atraje el libro hacia mí. Él me lo arrebató de las manos y lo abrió por la página en concreto.

—Aquí. Mira —Señaló allá donde estaba escrita la palabra «clítoris»—. Apréndete bien dónde está y ya te digo yo que tendrás a Camila suspirando por ti.

—Ya sé dónde está el clítoris, que no soy nuevo. Ni en medicina, ni en cosas del amor. —Chasqueé la lengua, azorado—. Déjame tranquilo y abre por la página doscientos cincuenta y ocho.

Javier resopló, pero me hizo caso.

—¿El sistema seroso? ¿Quieres matarme de aburrimiento? —Me miró entrecerrando los ojos y cerró el libro de golpe—. ¿Sabes qué? Me voy a tomar un vino con Marquitos.

Lo agarré de la camisa a tiempo de que se levantase de la silla.

—No. Te quedas a estudiar —le regañé—. Venga, empieza a leer.

Él refunfuñó antes de dar su brazo a torcer y abrió el tratado de nuevo. Así, entre el sistema seroso y las membranas sinoviales, cayó la noche y con ella nuestros párpados, agotados ya de estudiar.

El miércoles me pasó más lento que de costumbre. Si los lunes eran poco mágicos, los miércoles tenían menos chicha que un pajarillo. Estaban ahí en medio, ni cerca ni lejos del final de la semana. En la venta eran días de colada, de preparar las provisiones para los jueves, pues venían muchos viajeros. En Madrid se notaban menos distintos, pero como todos los días, había que pasarlos, mejor o peor. Al menos tenía en mente una cita con Camila y eso hacía que, aunque las horas no se acelerasen, sí que lo hiciera mi corazón. Tenía tantas ganas de verla que salí de

la facultad casi corriendo. En la puerta me topé de bruces con los Cuatro Evangelistas.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —preguntó Lucas.

—A casa —les dije, apurado.

No entraba en mis planes encontrarme con el grupo y no quería que nada me retrasase. Por fortuna, Javier no estaba con ellos, porque de lo contrario habría tenido que arrastrarlo a la fonda.

—¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Vamos a tomar unos vinos, ¿te vienes? —indicó José Ramón.

Negué con la cabeza.

—Tengo mucha faena. Lo siento.

—¿Y Javier? —Marcos me miró con gesto interrogante—. Pensé que estaría contigo.

Me encogí de hombros y recé porque estuviera en la fonda esperándome con la ropa para Camila.

—Andará con sus cosas —lo excusé—. Si lo veo, ¿quieres que le dé recado?

—Dile que vamos a tomar unos vinos por Atocha.

Asentí, y a punto estábamos ya de despedirnos, cuando se levantó un fuerte viento. Fue tan repentino y vehemente que hubimos de agarrar nuestros sombreros para que no volasen. Sacudió de forma brusca las ramas de los árboles cercanos y nos hizo mirar al cielo, que se tornaba ya negro como la brea.

—¿Otra vez va a llover? —dijo José Ramón con cara de fastidio—. Santa Bárbara está que trina últimamente.

—Que llueva, que luego en verano no cae ni una gota —comentó Lucas.

El aire sopló de nuevo y a mi nariz llegó un intenso olor a flores. Miré extrañado a mis amigos, pues me pareció que venía de uno de ellos.

—¿Os habéis echado perfume de mujer?

Me miraron extrañados y después se miraron los unos a los otros.

—¿Qué dices, Nicolás? —preguntó Marcos.

—Me ha venido olor a flores.

—Es verdad. —El muchacho aspiró el aire—. ¿Rosas?

José Ramón negó con la cabeza.

—No. Es otra flor. —Miró a sus compañeros con gesto pícaro—. Venga, truhanes, quién viene de estar con una moza.

—Las mozas con las que he andado yo estaban muertas y con el pecho abierto de par en par —dijo Lucas, con un tono demasiado jovial para lo truculento de su descripción—. Así que no me miréis.

—Antonella no usaría un perfume tan barato, de todas formas. Ella es más... exquisita —comentó Juan, mirando a Lucas de reojo.

Hubo un silencio incómodo, que José Ramón terminó por romper.

—¿Nos vamos? No sea que nos pille la tormenta a medio camino.

Miré al cielo y a las nubes negras que se arremolinaban en él y asentí.

—Qué paséis buena tarde —les deseé.

Los chicos hicieron lo mismo y después emprendieron su camino. Tomé el mío corriendo y las primeras gotas de lluvia me sorprendieron con un pie ya en la fonda.

Cuando me vio entrar doña Lola, que andaba barriendo el zaguán, me miró de arriba abajo.

—Chiquillo, ¿dónde vas con tanta prisa?

—No quería mojar me. —Una mentira a medias—. ¿Está Javier arriba?

—Ahí anda, zascandileando con un montón de ropa que ha traído. ¿Tú sabes qué se trae entre manos?

—No. —Una mentira de pecado capital—. Será para alguna fiesta.

Suspiró.

—Bueno, ya me contará él si se tercia. ¿Vas a comer? Hay caldo de pollo. De pollo, eh. No de gallina vieja. Me he dejado buenos cuartos.

Yo tenía la teoría de que los caldos de doña Lola, de lo buenos que estaban, resucitaban a los muertos. Y a pesar de eso, y de que el hambre me rumiaba las entrañas, le dije que bajaría luego a tomarlo. Primero quería atender con Javier el asunto de las ropas de Camila.

—Me voy a asear, y luego bajo a comer, ¿de acuerdo?

—Vale, pero baja. Que te me vas a quedar esmirriado a este paso.

Le di un fugaz beso en la mejilla y subí los escalones de dos en dos, mientras ella rezongaba.

Una vez allí, lo encontré poniendo ropa encima de la cama. Un atuendo de caballero en tonos verdes que a todas luces era de su estilo, aunque más pequeño de talla.

—Dieciséis años tenía yo cuando llevaba esto —dijo—. Qué tiempos.

—No me des detalles, que tienen pinta de haber sido muy ajetreados.

—Y tanto. Me escapaba todas las noches de mi cuarto para verme con el mozo de cuadras, y mis padres despidieron a la niñera pensando que era ella con la que me veía a escondidas. —Rio—. Pobre muchacha.

Yo también me eché a reír.

—Espero que al menos consiguiera luego un buen puesto.

—Sí. Se fue a trabajar a la casa de unos amigos de Juan, pero hace tiempo que le perdí la pista. Igual volvió al pueblo. —Se encogió de hombros—. ¿Cuándo llega Camila?

Miré mi reloj.

—Está al caer —dije—. Voy a asearme y a comer algo, que si no doña Lola me descalabra.

—Haces bien. El caldo que ha hecho resucita a un muerto.

—Eso mismo pienso yo. —Solté una carcajada—. Por cierto, los Cuatro Evangelistas andan de vinos por Atocha, por si quieres ir a buscarlos después.

—¿Los has visto?

—Nos estaban esperando en la puerta de la facultad.

—Igual luego, cuando te vayas con tu novia.

No me pasó desapercibido su guiño burlón y volví a reírme.

—Anda, voy a arreglarme. Estate pendiente en el balcón, por si aparece.

Él asintió y lo abrió de par en par. Afuera llovía a cántaros.

—No sé yo dónde vais a ir con este tiempo.

—Con ella iría al fin del mundo en pleno diluvio universal.

—Espero que sepáis nadar, entonces.

Una nueva risa se coló entre ambos y él se quedó pendiente de la calle, mientras yo recogía la habitación. Cuando terminé, me asecé, quitándome el olor que solía dejar en la ropa el haber estado en la sala de disección, y, después de beberme casi de un trago la taza del exquisito caldo de doña Lola, me puse la levita azul, el chaleco a juego, y un corbatín en tono gris oscuro. Elegí los pantalones blancos, porque eran muy elegantes y quería sorprender a Camila. Apenas me había puesto las botas cuando Javier dio un respingo y dijo un «ya está aquí» que me aceleró el corazón.

—Tú bajas a buscarla y yo, a despistar a doña Lola —me dijo, a lo que yo asentí.

Tras un vistazo rápido en el espejo para comprobar que mi cabello estaba bien peinado, a toda prisa, descendimos por las escaleras. Una vez abajo, él entró en la salita, y empezó a contarle una componenda que debió de sacarse de lo más profundo de su imaginación, sobre cómo pensaba ella que era más apropiado llevar el corbatín en el día de su cumpleaños. Aguantándome la risa salí a buscar a Camila, paraguas en mano, y una vez que estuve delante de la portezuela, la abrí.

—Buenas tardes, señorita Ariza.

Extendí la mano para ayudarla a bajar y ella la tomó. Nuestros ojos se encontraron una vez más y por su mirada advertí que estaba nerviosa, mas no en un sentido negativo. Se la notaba expectante con aquella aventura. Cerré la portezuela y ella dio orden al cochero para que esperase.

—Buenas tardes, señor Castro. —Descendió del carruaje y soltó mi mano después, lentamente—. Gracias.

—¿Está preparada?

Noté algo distinto en ella, pero no supe decir qué. Quizá era el color de su vestido, un tanto apagado.

—Espero que la lluvia no sea un inconveniente y no haya pensado en cancelar nuestros planes —dijo, con cierto gesto temeroso.

—Ya puede llover a mares, que usted y yo vamos a ir a ese café.

Camila sonrió y le ofrecí el brazo para caminar juntos hasta el portal. Una vez dentro, cerré el paraguas y lo dejé apoyado en una esquina. Antes de alcanzar la puerta de la salita, me asomé. Camila, a mis espaldas, soltó una risita que a punto estuvo de delatarnos. Me giré por un instante y puse mi dedo sobre su boca. No debí haber hecho eso. Las reacciones de mi cuerpo ante aquel contacto con sus tersos labios apenas si fueron controlables. Lo retiré despacio, azorado. Ella agachó la mirada, sonrojada.

Tomé aire mientras me giraba y volví a asomarme. A aquellas horas, la mayoría del resto de inquilinos andaban trabajando o en sus habitaciones reposando la comida, así que la salita no estaba muy concurrida. Viendo que Javier le tapaba la visión a doña Lola, extendí la mano hacia atrás y cogí la de Camila.

—A la de tres —le dije.

Ella se aferró con fuerza y asintió.

Conté hasta tres y entonces echamos a correr escaleras arriba, apenas pudiendo contener la risa. Llegamos al fin a la habitación y, al entrar en ella, prorrumpimos en carcajadas que amenazaban con mandar al traste nuestro plan de pasar desapercibidos. Mas esas risas espontáneas no fueron lo único que nos unía, y es que sus manos y las mías se hallaban juntas y su cuerpo y el mío, lo más cerca que habían estado hasta entonces.

—Ha sido muy divertido —dijo ella.

—La tarde solo acaba de empezar.

—Y ojalá no terminase nunca.

Sonreí de forma cálida, con sus ojos puestos en los míos y mi corazón a punto de salir volando a tocar el suyo. Estar tan cerca de ella me traía tantas emociones que apenas podía contenerlas. Las ganas de besarla se hicieron intensas. Las ganas de abrazarla también. Camila me dejaba mudo. Me cortaba el aliento. Y tenerla así era como sentir la miel en los labios y no poder saborearla.

—Debería cambiarse —dije al fin—. O llegaremos tarde.

Asintió, y le indiqué dónde estaban las ropas.

—Esperaré fuera.

—Claro —dijo—. No tardaré.

Solté sus manos, aunque el vacío que me dejaron casi dolía, y me disponía a salir de la habitación cuando ella me llamó.

—Perdone, señor Castro...

Me giré.

—Llámeme Nicolás, por favor.

—De acuerdo, Nicolás. Usted puede llamarme Camila. Si quiere.

Las piernas me temblaron al oír mi nombre de sus labios, y ese vacío que llenaba mi estómago cuando estaba cerca de ella se hizo más creciente. Un calor ascendió de él hasta mis mejillas, de seguro tiñéndolas de rojo una vez más.

—Como desee.

—Verá, es que... Necesito ayuda para quitarme el vestido. Cuando me lo puse, Carmen me ayudó, y no pensé que... —Se trabó y carraspeó después, terriblemente nerviosa. El gesto azorado de su rostro me enterneció. Había clavado los ojos en el suelo y no se atrevía a levantarlos, pensando quizá que yo pudiera tomarme aquello mal—. Lo siento.

—Por favor, Camila. No diga «lo siento». Nada me gustaría más que ayudarla a quitarse el vestido. Quiero

decir... —repuse apurado—. Que la ayudaré sin falta.

Alzó la vista y me miró. No cabía más calor en nuestros rostros. Y no sé el de ella, pero mi cuerpo estaba ardiendo. Se giró, dándome la espalda, y señaló con su mano allá donde el vestido daba inicio bajo la nuca.

Fui despacio hacia ella, tratando de respirar mientras lo hacía. Empresa difícil, debo de decir. Sentía la boca y la garganta seca cuanto más me acercaba y unas ganas terribles de beber agua. O quizá eran las ganas de beberme a besos a Camila. Yo ya no sabía qué pensar. No pensaba, de hecho. Mi corazón había ganado el pulso a mi cerebro. Tras ella, posé mis manos allá donde dos pequeños cordones cerraban el vestido. Traté de no tocar su piel, pero me fue imposible. Apenas si la rocé, mi cuerpo y el suyo se estremecieron. Lo sé porque su vello se erizó.

Aspiré profundamente, tratando de calmar el impulso de besar su cuello y no detenerme hasta haberla besado entera. De pies a cabeza. En lugares donde nadie nunca la hubiera besado. Giré la cabeza un segundo en mi intento por relajarme y exhalé el aire.

—¿Está usted bien? —preguntó. Su voz era dulce, suave. Excitante. Habría sido hermoso oírle gemir.

—Sí. —No lo estaba. No lo estaría hasta que la besase—. No se preocupe, Camila.

Cerré los ojos, porque si miraba no sería capaz de hacerlo, y desanudé su vestido hasta que mis manos tocaron la parte más baja de su espalda. Sentí entonces su piel. Camila no llevaba nada bajo aquel vestido. Ni corsé, ni nada. Supe que eso era lo que se me había antojado extraño cuando la vi. Me insté a mí mismo a controlarme y me di la vuelta. Hice bien, porque en mi entrepierna se hicieron notar los efectos de haberla imaginado sin ropa alguna bajo el vestido. Allí tan cerca de mis manos; tan cerca de mis labios.

—Ya está —dije—. Ahora la dejaré sola.

—Claro... —murmuró ella.

Salí de la habitación y me apoyé en la puerta, echando la cabeza hacia atrás. Pensar que ella estaba al otro lado quitándose la ropa me hacía sentir mareado. El corbatín me apretaba, y me molestaba hasta la levita. En realidad, me molestaba toda la ropa. Cualquiera cosa que no fuera la piel de Camila sobre la mía me resultaba irritante.

Esperé, aprovechando ese impás para calmarme, y al poco la puerta de la habitación se abrió. A punto estuve de caerme de espaldas, mas me mantuve en pie y me giré. Camila, ataviada como un caballero, estaba al otro lado de la puerta. Igual de hermosa que si llevase un vestido. El sombrero de copa bajo el que ocultaba su cabello le redondeaba el rostro. Observé la parte de su cuello que la levita dejaba a la vista; el nacimiento de su pelo en la nuca, con pequeños mechones que, rebeldes, caían a un lado y a otro algo revueltos. Tuve el impulso de llevar mi mano hacia ellos y peinarlos con los dedos. Ella sonrió.

—Está... muy guapa.

—Gracias. No sabía si la levita me sentaría bien.

Miré hacia abajo, allá donde sus pechos, a menudo resaltados por la forma del corsé, tenían ahora un ángulo más natural pero igualmente hermoso. No obstante, debía de llevar algo que los hacía más disimulados, para que no se notasen tanto bajo las ropas de hombre.

—¿Debería de llamarla por algún nombre de caballero en concreto?

Miró al techo pensativa.

—Gabriel —dijo—. Siempre me ha gustado.

Sentí celos por no llamarme así.

Cogí mi sombrero y mi abrigo, y cerré la puerta después. Bajamos las escaleras tratando de no llamar la atención y, cuando llegamos abajo, Camila se adelantó hasta quedar junto a la puerta de la fonda y yo pasé a la salita para despedirme de doña Lola y liberar a Javier de su carga. No es que lo estuvieran pasando mal, a decir verdad, se habían servido unos dedales de vino y charlaban sobre política.

—Buenas tardes —dije—. Salgo a dar un paseo.

Doña Lola me miró de arriba abajo.

—¿Con la que ha caído y tú con pantalón blanco?

Hablaba en pasado de la lluvia y eso me animó a pensar que había cesado. Miré hacia la puerta, donde esperaba

Camila, y vi que así era.

—¿No le gusta? —pregunté dirigiendo la vista de nuevo a doña Lola.

—No, si vas de lo más pintiparado. Lo que pasa es que igual vuelves hecho un adefesio y de barro hasta las rodillas.

Escuché a Camila reírse. Javier y yo tosimos a la par, para ocultarla. Doña Lola alzó una ceja.

—¿Qué os pasa? —preguntó.

—Nada —me excusé—. Hemos cogido frío. Y no se preocupe por mis pantalones, tendré cuidado.

—¿Vas a ver a la moza del Retiro? —preguntó ella.

—No. —Carraspeé. Si por cada mentira que le estaba soltando a la pobre mujer me hubieran dado un real, tendría para comprarme otra yegua—. He quedado con mi amigo Gabriel.

—A ese no lo conozco yo.

Javier se echó a reír, sabiendo por donde iban los tiros.

—Es uno de la facultad —dijo.

Doña Lola asintió con gesto de aprobación.

—¿Y tú no vas? —le preguntó a Javier.

—Estoy mejor aquí con usted.

Ella le dio un codazo con media sonrisa en el rostro.

—Anda, zalamero —dijo, y me miró—. Pues *na*, pásatelo bien y no te manches que luego me las veo y me las deseo para quitar las manchas. —Sus ojos fueron a parar a Javier de nuevo—. Lo que te estaba diciendo, los ministros se hacen todos la cama, señorito Galí, y ese Narváez se la hace a la reina más que nadie.

—¿En qué sentido? —preguntaba mi amigo.

—Pues en el de «que si usted me entiende».

—Ay, no —negó él—. Doña Lola, que la reina le hace ojitos a Serrano, que es su favorito.

—Yo a su edad también le hacía ojitos a todo, para qué nos vamos a mentir, por mucha reina que sea, una tiene sus preferencias. Y el marido tampoco es que luzca muy pintón. Que además... —Bajó la voz hasta hacerla casi inaudible—. Hay rumores de que le gusta más el encaje que a ella.

Javier fingió estar escandalizado. Al poco los oí soltar una carcajada y, riéndome yo también, llegué junto a Camila y subimos en la berlina. Tomé asiento frente a ella y, como la última vez que estuvimos dentro, su mirada y la mía cayeron presas la una de la otra.

—Eres como un hijo para esa mujer, ¿no? —me dijo.

—¿Lo dices por la regañina sobre los pantalones o porque le haya soltado más mentiras que tejas hay en Madrid?

Rio.

—Por las dos cosas. Y tiene razón. No es buen día para ir de blanco. Aunque no seré yo quien me queje, ese color le queda particularmente bien. —Sus ojos recorrieron mis piernas de arriba abajo y sentí que me quemaba. Cuando hubo terminado su periplo, alzó la vista y la clavó en mi rostro. En el suyo se dibujó cierto gesto divertido—. ¿Tiene calor?

Debía de tener las mejillas encendidas.

Asentí.

—Un poco, la verdad.

—Yo también —dijo, y entreabrió una de las ventanas laterales. El viento de la tarde, ya despejada, entró a raudales. Era frío, mas no me importó. Necesitaba algo así para rebajar el calor que la cercanía de Camila me provocaba.

Ella fijó entonces la vista en el cielo, con gesto ensoñador.

—Pronto anochecerá.

—¿Le preocupa?

—No. Me gusta la noche. Ojalá pudiera tener la libertad de caminar a solas cuando el sol ya se ha escondido. Miro las calles desde la ventana de mi dormitorio e imagino cómo será la ciudad bajo la luna. Hoy al fin podré verlo con mis propios ojos

—Por la noche solo hay gatos y locos en las calles, ya lo verá. No es seguro que una dama ande sola a ciertas horas.

—¿Y sí que lo haga usted?

—Bueno, yo...

—Es un hombre. Ya. Y yo una mujer. Aunque debo recordarle que los dos estamos hechos de carne y hueso, y una navaja sevillana le hace tanto daño a usted como a mí.

—No quería decir eso. —Sí. Sí quería decir eso. Apreté los párpados sintiéndome estúpido.

—No pasa nada —dijo ella tras un breve silencio—. Le comprendo. Como mujer que soy debería estar durmiendo después de haber bordado mi cuarto tapete del mes o tras las clases de piano. ¿Y por qué? Por el mismo motivo por el que he nacido para llevar vestido. Y corsé. ¿Sabe lo liberador que es quitárselo? Y he de llevarlo porque otros lo decidieron por mí. Y verá. Hay muchas cosas de mi vida en las que no se me ha permitido tener elección. No voy a enfadarme porque no me dejen salir a los cafés cuando cae la noche.

—Pues parece enfadada por ello.

Me miró con gesto divertido.

—De acuerdo. Tiene razón. Lo estoy. En cualquier caso, espero que esta noche no suceda nada peligroso, aunque de lo contrario, suerte que está usted cerca para salvarme del peligro, no sea que algún descendiente del mismísimo Luis Candelas nos asalte —bromeó. Se le notaba en la voz.

Me reí.

—Por favor, no haga burlas con bandoleros.

Ella me miró con curiosidad.

—¿Por qué no?

—Es una larga historia.

—Aún falta hasta que lleguemos al café.

—Ya sabe que soy ventero. Mi madre es dueña de una venta en Despeñaperros. Los Castaños.

—He parado ahí alguna vez cuando de pequeña íbamos a Andújar a ver a unos primos lejanos de mi padre.

—¿Lo dice en serio? —pregunté asombrado.

—Claro.

—Quizá nos viéramos entonces.

Imaginé por un instante cómo habría sido Camila de pequeña y sonreí.

—De niños es cuando más felices solemos ser y, tristemente, es lo que menos recordamos —dijo ella.

—Quizá sea para que así podamos soportar el resto de nuestra vida con entereza —le dije—. De todas formas, yo soy muy feliz ahora y esto no lo olvidaré.

Camila sonrió.

—Y, respondiendo a su pregunta —continué diciendo—, como ya sabrá, otra cosa no, pero en Sierra Morena se cuentan muchas historias de bandoleros.

—Como la de mi primo.

Aquello me pilló por sorpresa.

—Por su gesto diría que se extraña de que lo sepa.

—Desde luego. No me parece algo de lo que Elías fuera a estar hablando a todas horas.

—No, por supuesto; sin embargo, recuerde que la noticia de su situación salió en su día en la prensa.

—Pero no dieron la versión oficial. Contaban que su problema con el Cuerpo había sido a causa de un malentendido con objetos de contrabando y otras cosas robadas. Supongo que lo de decir que un guardia hacía las veces de bandolero no quedaba muy bien de cara a la galería.

—Lo sé. Y eso es lo que piensa que sucedió casi toda la familia.

—Menos usted, al parecer.

—Elías me habló de ello cuando nos vimos en su boda. Aunque como todas las historias, siempre hay dos versiones, y me gustaría conocer la suya.

—Algún día se la contaré.

No lo hice en ese momento porque no quería hacerlo a medias, y hablar del pasado era hablar también de Victoria. La noche prometía ser muy bonita como para estropearla con malos recuerdos. Ella sonrió y se mostró conforme, volviendo a mirar al cielo con gesto ensoñador.

Había mucho tráfico y la berlina nos dejó, a petición de Camila, en las inmediaciones de la Plaza del Ángel. Le dije que todavía estábamos lejos, pero ella estaba ansiosa por recorrer las calles de Madrid a una hora en la que normalmente no podía hacerlo. Bajé primero y le ofrecí mi mano para que lo hiciera, sin recordar siquiera que ella, en ese momento, era otro caballero como yo. De seguro que si alguien nos vio se extrañaría. Ver su cara prendada de la noche madrileña, de sus olores, de sus colores, de su bullicio me hizo feliz. Camila tenía una sonrisa de felicidad inmensa en el rostro. Las calles estaban llenas de charcos que ella saltaba como si fuera una niña mientras yo la observaba riendo.

Caminamos al fin hacia la Puerta del Sol, y llamó su atención un local que no llevaba mucho tiempo abierto, pero que había cobrado gran fama. Se lo conocía como el Café del Espejo y era muy hermoso por dentro, según comprobé una noche con Marcos y Javier.

—Dan conciertos de siete a diez, y pueden ir las damas —le dije—. Quizá quiera acompañarme otra noche a alguno. Aunque he oído que el edificio no anda muy bien, así que igual lo trasladan.

No nos habíamos separado aún y ya estaba haciendo planes para el futuro.

—Me encantaría —dijo, y sonrió.

Seguí andando, porque caerme al suelo delante de ella a causa de su hermosa sonrisa no era una opción. Por fin llegamos a nuestro destino, el Café del Príncipe, testigo de las tertulias de «el Parnasillo», encuentro de grandes literatos. Esperé que ninguno de mis amigos estuviera por allí. No porque sintiera vergüenza alguna, es que no quería exponer a Camila a que nadie la reconociese. A simple vista parecía un muchacho imberbe y de rasgos femeninos, pero si alguien la había visto antes y la miraba atentamente, podría ubicarla. Aunque hubo quien se fijó en ella, quizá porque su rostro tan femenino despertaba cierta extrañeza en ellos, no hubo comentario alguno.

—No podemos estar mucho —dijo antes de entrar—. He de volver a casa a las nueve.

—¿La esperan?

—Sí. Mi tío —dijo, y agachó la mirada. Cuando volvió a alzarla hacia mí, me pareció que estaba a punto de decir algo, mas calló.

Abrí la puerta del café para que ella pasase primero y el bullicio de la tertulia nos golpeó. Ella miró al interior, con la ilusión en los ojos. El local, estrecho y algo destartado, no tenía una decoración destacable, siendo más bien vieja y austera, con mesas de pino y sillas poco elegantes, pero tenía la solera de los años y las gentes de mente brillante que por él habían pasado y que le conferían una atmósfera sin igual. Además, servían el café bien azucarado y el ponche era de los mejores que se podían tomar. Colándonos entre la gente, pegados el uno al otro, llegamos hasta una mesa vacía, cerca del grupo de tertulianos, en cuyo centro se hallaba un hombre dando voz a sus ideas. Yo no lo reconocí, pero Camila, que debía estar al tanto del quién es quién en asuntos literarios, me lo indicó.

—Se llama Eusebio Asquerino y es poeta. De Sevilla. Anda metido siempre en asuntos políticos porque además es periodista. —El ambiente era muy ruidoso y ella pegó sus labios a mi oído para hablarme, haciendo que un cosquilleo me recorriera la espalda—. Su padre era un teniente liberal al que persiguieron por sus ideas.

Asentí, escuchándola con interés, y ella se dispuso a escucharlo hablar. Me sentía feliz al ver cómo le brillaban los ojos y cómo iba dándome apuntes sobre lo que decían estos o aquellos, sobre quiénes eran y cuáles eran sus ideas. La vi, allí sentada, como si aquel fuera su lugar natural. Un sitio para el que había nacido. Entre tanto, tomamos un ponche, que ella bebió a pequeños sorbos, sin perder vista ni oído de la tertulia. Y cuando llegó la hora

de marcharnos, en su rostro se dibujó un gran disgusto.

—Prometo que la traeré otro día. Todas las veces que quiera.

—Carmen se está arriesgando mucho por taparme hoy; y el cochero, también. No podré escaparme cuantas veces me gustaría.

—No importa —le dije—. Esperaré hasta que pueda.

Ella sonrió una vez más y salimos juntos del local, caminando de vuelta hacia donde esperaba la berlina para la recogida. Habló entusiasmada de lo que había escuchado y me dijo que, de haber nacido hombre, habría sido periodista como el primer tertuliano. No dudé que habría sido una gran periodista, y que sería, si se lo proponía y el mundo la dejaba, una gran escritora.

—Cuando llegue a casa, escriba algo. Y luego déjemelo leer, por favor.

—Eso haré —dijo con una gran sonrisa.

El trayecto se me hizo amargo, pues sabía que pronto tendría que despedirme de ella. Y el cielo de Madrid, tal vez triste también por nuestra separación, rompió a llorar. Sus lágrimas en forma de lluvia repiquetearon sobre el techo de la berlina, con arrítmico compás.

Frente a frente, las miradas iban y venían, de mis ojos a sus labios; de los suyos a mi boca. Ganas nos teníamos, y de eso ya no me quedaba duda, pero no me atrevía a dar el primer paso por miedo a incomodarla. Una vez que llegamos a la puerta, miré hacia arriba y vi que había luz, por lo que Javier andaba despierto aún.

—¿Quiere subir a cambiarse?

—No quiero darle más trabajo. No sé si podrá engañar a la casera dos veces —dijo con un guiño cómplice—. Baje mi vestido y ya sabré cómo apañarme. Mandaré llamar a Carmen y que me ayude en el mismo carruaje. Si no le importa le devolveré las ropas mañana en la facultad.

—Cuando quiera —dije.

Ella asintió, y nos sonreímos una vez más, mirándonos a los ojos. Bajé de la berlina, con las ganas de besarla quemándome los labios y, una vez fuera, me giré para observarla. No dijimos nada más. Bastó con otra mirada.

Cerré la portezuela y corrí bajo la lluvia hasta la fonda. Le di las buenas noches a la casera y, una vez arriba, Javier, que andaba leyendo en la cama, se dispuso a interrogarme. Le dije que su curiosidad debía esperar, que Camila estaba abajo, y recogí su vestido, que ella había dejado doblado sobre mi almohada. Al tenerlo en mis manos, recordé que se lo había desabrochado horas antes, recordé la calidez de su piel, recordé su aroma. Lo apreté contra mi pecho como si pudiera abrazarla a ella y cerré los ojos, sintiéndola muy cerca de mí.

—Nicolás —me llamó Javier—. Que te pierdes. Llévale eso a la muchacha.

—Sí. —Carraspeé nervioso—. Ya voy.

Él asintió y volvió a su lectura.

Bajé a toda prisa, escondiendo de doña Lola la prenda a duras penas, y corrí hacia la puerta. La mujer, cuando me vio abajo de nuevo, se extrañó, mas no dijo nada. Ni me había preocupado de coger el paraguas, pero no me importó mojarme. En ese momento solo me importaba el hecho de que tenía que separarme de Camila y que sentía una terrible punzada de dolor al pensarlo siquiera. Camila abrió la portezuela para que pasase y, una vez dentro, cerró y le tendí su ropa. Ella la tomó y la dejó a un lado en el asiento, girándose de nuevo para mirarme. Hubo un silencio vestido de gotas de lluvia y miradas incandescentes.

—Buenas noches, Camila —musité, sabiendo que no podía quedarme allí para siempre y que tenía que marcharme.

—Buenas noches, Nicolás.

—Buenas noches —repetí, poniendo la mano en la portezuela.

Miró hasta allí de reojo y tuve la impresión de que, en cualquier momento, posaría su mano sobre la mía para detenerme. Para pedirme que no me marchase de su lado. Y aunque no lo hiciera, vi ese deseo en sus ojos y eso me bastó para sentirme feliz.

—Sepa que ha sido una noche preciosa —dijo con voz dulce.

—No tanto como usted.

Un suspiro salió de sus labios y se coló en mi alma. Aunque me costó nuevamente, abrí la puerta y me dispuse a salir del carruaje.

—Ahora sí, buenas noches.

—Buenas noches otra vez —expresó. De sus labios emergió una risa cálida.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—¿Ha leído *Romeo y Julieta*?

Negué con la cabeza.

—No, pero Marcos y Javier, mis amigos, son admiradores de Shakespeare y me han hablado de ella.

—Entonces, «mil veces, buenas noches», y dígame a su amigo que le deje leer la escena del balcón. Porque en ella usted es mi Romeo y yo, su Julieta.

Sonreí feliz al oírla decir aquello y, una vez fuera, extendí mi mano para tomar la suya. Tras besar su dorso con suavidad, le dirigí una última sonrisa y cerré despacio la puerta. Bajo la lluvia, la oí dar orden al cochero para que iniciarse la marcha. Antes de alejarse del todo, se quitó el sombrero y me lo lanzó.

—Tenga, para usted. No quiero que se moje —dijo con gesto divertido, mientras yo lo cogía al vuelo.

Lo último que vi fue su espléndido cabello suelto, agitándose por el viento que el carruaje arrancaba a la noche. En ese instante sentí que la vida me debía algo. Algo que Camila tenía. Observé ensimismado a la berlina partir hasta que Javier me chistó desde el balcón.

—Sube de una vez, que te vas a resfriar —vociferó.

Entré a toda prisa y di las buenas noches de nuevo a doña Lola.

—Si te veo salir otra vez te mando por churros —dijo entre risas—. ¿Y los pantalones?

Los miré. Estaban salpicados de gotas de lluvia, pero no manchados.

—Bien, gracias.

—Pues con Dios y buenas noches.

Me reí y repitiendo un «buenas noches» subí a mi dormitorio.

—Javier. Shakespeare. *Romeo y Julieta*. Ahora.

Él me miró, fumando cerca del balcón, y frunció el ceño.

—¿*Pa* qué quieres ahora tú eso? No sé si lo tengo aquí o se lo quedó Marcos.

—Pues si no lo tienes te vas a buscarlo.

Dejé mi sombrero y el de Camila sobre el escritorio, me quité el abrigo, la levita, y me aflojé el corbatín mirando a mi amigo con apremio. Puso los ojos en blanco, apagó el cigarro y arrastró los pies hasta su cómoda, rebuscando en los cajones. Finalmente sacó de ella un libro que, para mi alivio, era el que esperaba.

—¿Para qué quieres leer ahora *Romeo y Julieta*? Suerte tienes de que Marcos anotase las traducciones al español, porque el libro está en inglés y no es que te lleses muy bien con el idioma... Además, no es por quitarte la ilusión, pero en realidad es una historia un tanto trágica.

—Solo quiero leer la escena del balcón. Camila me ha pedido que lo haga. Ha dicho: «Mil veces, buenas noches», y después ha referido esta escena.

Él sonrió y me tendió el libro.

—«Mil veces, buenas noches», dice Julieta —indicó—. Y Romeo le contesta: «Mil veces malas, por faltar tu luz».

Puse el libro contra mi pecho y suspiré, dispuesto a leer toda aquella escena con tranquilidad en cuanto nos fuéramos a la cama.

—Y lo son, Javier. Lo son.

—¿Me vas a contar ya cómo ha sido la aventura?

—La mejor de toda mi vida —dije, y le resumí lo que había ocurrido.

Él se alegró mucho de que hubiera salido bien y de que nadie hubiera percibido una dama bajo un atuendo de

caballero.

—Ay, que es hablar de tu Camila y te brillan los ojos —observó divertido.

—Mi Camila... —susurré, con una sonrisa en los labios—. Creo que podría volverme loco de amor por ella. Si es que no lo estoy ya.

—Lo estás, créeme.

Sin mucha más demora, quise meterme en la cama a leer y despaché rápido el resto de preguntas de Javier: qué habíamos bebido, si había visto a alguien conocido... cosas así. Ya aseado y con el pijama, me tumbé con el libro en mis manos y los suaves ronquidos de mi amigo que ya se había dormido.

A cada palabra que Romeo y Julieta se proferían, más vibraba mi corazón. Y soñé que iba a verla a su balcón y que me decía, lo mismo que Julieta a Romeo:

Tres palabras, Romeo, y ya buenas noches. Si tus intenciones son honradas y piensas en boda, envíame recado mañana por alguien que mandaré en tu busca de dónde y cuándo será la ceremonia... Y pondré todo mi destino a tus pies y te seguiré como mi señor por el mundo.

Y yo le enviaría recado sin pensarlo a primera hora, aún cuando el alba siquiera hubiera despuntado.

Capítulo 8

Al día siguiente, en la facultad, tras una noche de sueños y esperanzas en los que Camila era siempre protagonista, y una mañana de lluvia intensa que me caló hasta la levita de camino a clase, me hallaba en el despacho de su tío, recogiendo unos documentos para llevarlos al depósito, cuando escuché su voz a mis espaldas.

—Hemos traído sus cosas, tío —dijo.

Sobresaltado por su inesperada presencia se me cayeron todos de las manos y se desparramaron por el suelo. La miré de reojo por unos segundos, solo para constatar que era ella y que, aquel día, ataviada con un sencillo vestido verde, estaba más hermosa si cabe. Apreté los párpados y fruncí los labios sabiendo que era la segunda vez que unos papeles me dejaban en ridículo delante de ella, y ahora también delante del profesor. Este, sentado tras el escritorio, miró por un instante hacia la puerta y después dirigió la vista hacia mí.

—Señor Castro. Si esas manos patosas han de operar en el futuro a personas, temo seriamente por sus vidas. Recoja todo, por favor. —Miró de nuevo a Camila—. ¿Qué haces aquí?

Me agaché para hacer lo que me pedía, mientras que ella, desde la puerta aún, contestó:

—He acompañado a los mozos. Quería tomar un poco de aire y...

Él la interrumpió bruscamente.

—Este no es sitio para una dama.

Vi entonces los bajos de su vestido y, al alzar la vista, Camila me tendía uno de los papeles con un gesto amable en el rostro. Me levanté poco a poco. Su cercanía me trajo de nuevo el olor de su perfume; el calor de su mirada. Al tomar el papel de sus manos, rocé sus dedos.

—Parece que tiene usted algo en contra de los papeles, señor Castro —dijo con una sonrisa divertida que fue correspondida por mí, haciéndome olvidar por unos segundos que había actuado como un patoso delante de ella, una vez más.

Su tío carraspeó, rompiendo el momento. Se levantó de su asiento y fue hacia nosotros.

—No tenías que haber venido tú, Camila. Podrías haber enviado a alguien. —Cogiéndola del brazo la llevó hasta la puerta—. ¿Tu esposo ha consentido que vengas? Últimamente te tiene muy descuidada.

«Esposo».

Me quedé paralizado, de cuclillas en el suelo, al escuchar aquello. El corazón se me encogió en el pecho, roto en pedazos. Hubo un silencio espeso y abrumador que acrecentó aquella sensación fría y extraña. No me atreví a girarme.

—¿Camila? —Su tío reclamó su atención. Quizá ella también se había quedado de piedra. Aunque por saberse descubierta más que por la sorpresa de conocer, como yo, que la mujer a la que amaba estaba casada. Y más allá de eso, lo que más me dolía es que no me lo hubiera dicho.

—Tío... —musitó ella.

—Venga. No eres mi recadera y tienes otras obligaciones.

—Necesito hacer algo o moriré de aburrimiento —dijo ella bajando la voz.

—¿Ni una semana de casada y ya te aburres? —respondió él en el mismo tono.

—Lázaro me ha quitado la pluma y los papeles.

Al escuchar ese nombre apreté los dientes. Camila no solo estaba casada. Su esposo era ese hombre malcarado. ¿Cómo era posible? ¿Cómo es que nadie había hecho nada para impedirlo? Ni su tío, ni Elías, ni Dios, que tenía potestad contra las injusticias. ¿Cómo podía una mujer como ella ser la esposa de semejante bribón? Lo que los

chicos comentaron en el café volvió a mi mente: sus idas y venidas por las casas de lenocinio. Apenas llevaban casados una semana... ¿Estaba ya casada cuando nos vimos en el Retiro o aún no? Qué triste me hacía sentir aquello. Tanto que las manos me temblaban y casi no atinaba a coger los papeles.

—Y bien que ha hecho. Esas cosas que escribías no eran buenas para tu reputación —le decía su tío, murmurando. Pretendía que yo no lo escuchase, pero el despacho no era tan grande como para no hacerlo—. Lo que tienes que hacer para no aburrirte es darle hijos a tu marido. Esa es tu única obligación, Camila. Un heredero para los Torres.

—Sí, tío —dijo. Su voz encerraba gran pesar.

De haberla escuchado responder con rabia o con indignación habría comprendido que en Camila quedaban vivas aún sus ganas de lucha con respecto a Lázaro; esas que le vi el día que la conocí, mas cuando es la tristeza la que habla, es que el corazón ha empezado a rendirse. Quería estar enfadado, pero no podía. Más que enfado sentía rabia por saberla con él, y pena. Una inmensa pena por ella. Me mordí la lengua tragándome las ganas de decirle a su tío lo mucho que se equivocaba. De decirle a ella que la llevaría conmigo al fin del mundo para apartarla de quienes tan mal la querían.

Me levanté del suelo y miré hacia ellos, armándome de valor para encontrarme con los ojos de Camila, si es que ella se atrevía a mirarme. Él besó su mejilla y la mandó volver a casa. Camila me dirigió una mirada de soslayo. Breve aunque significativa. Había un «perdóname» en sus ojos.

—Señor Castro —llamó él—. ¿Ha terminado?

—Sí —contesté, con los papeles en las manos—. Haré de inmediato lo que me ha pedido.

Cuando él asintió salí de allí a toda prisa. No porque me apremiara el deseo de cumplir sus órdenes: lo único que quería era ver a Camila. Hablar con ella. Revocar esa tristeza de su voz hasta convertirla en alegría. Decirle que, aunque estaba molesto por aquella noticia, no quería tenerla lejos. No quería saber que estaba sufriendo y no poder hacer nada. Corrí pasillo abajo al verla alejarse por él y no tardé en situarme a su lado. Me miró de reojo y agachó la mirada después. No se detuvo, aunque su paso se hizo más lento.

—Señor Castro.

—¿Señor Castro? —musité—. ¿Por qué ahora me llama así?

—Porque ahora que sabe que soy la señora de Torres quizá no quiera seguir llamándome Camila.

Sentí una punzada en el corazón al oírla.

—No diga eso. No lo diga, por favor. Para mí siempre será Camila. Para mí, siempre será usted, más allá de él. Pero debió decírmelo, ¿por qué no lo hizo?

Se detuvo entonces, y me puse frente a ella. Solté los papeles en la repisa que dibujaba el hueco de una ventana cercana y cogí sus manos. Sus ojos seguían clavados en el suelo y no había en sus labios atisbo de palabra alguna.

—Camila, por favor. Hablemos.

—No puedo hablar con usted en público. —Retiró sus manos y sentí que perdía algo más que su tacto—. No debería haberlo citado nunca. Nunca debí acercarme a usted.

—No diga eso. Me duele el corazón cuando la oigo hablar así.

—¿Cree que a mí no me duele?

—Entonces ¿por qué se arrepiente de haber estado conmigo? Yo no me arrepiento de nada.

—Para usted es distinto.

—¿Distinto por qué?

—Usted no le pertenece a nadie.

—¿No? ¿Es que no lo entiende? Mi corazón. Mi alma. Todo lo que soy le pertenece.

—Nicolás, por favor. No puedo seguir viéndolo.

Clavó sus ojos en mí y me quise morir, porque estaban llenos de dolor.

—Tampoco podía verme el otro día y no le importó. Tampoco podía hacerlo anoche y estuvo conmigo a solas.

—Ahora es diferente —dijo con amargura en la voz.

Suspiré.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado? ¿Que ahora sé que está casada y antes no? —le dije—. Pues sepa una cosa: no me importa. No sé por qué lo ha hecho. No sé por qué se ha casado con él. Vi cómo la trataba y no es hombre para usted. Pero tanto me da. En nada cambia lo que siento por usted.

—No puede sentir nada por mí. Ni yo... —Agachó de nuevo la mirada—. Ni yo puedo sentir nada por usted.

—Camila. No me aparte de usted, por favor. No podría vivir sin su compañía. Yo...

Iba a decirle que la amaba, que la amaba con todas mis fuerzas, cuando el sonido de unos pasos retumbó en el pasillo y ella miró hacia su derecha. De pronto palideció.

—Lázaro —diciendo aquel nombre cogió mi mano y tiró de ella con brusquedad, haciéndome entrar en la puerta que estaba tras nosotros y que resultó ser uno de los cuartos donde guardaban material de limpieza. Apenas había una pequeña ventana que daba a un patio interior y el lugar era oscuro y estrecho. Estábamos tan cerca como el día que la tuve en mis brazos. Alzó la mirada y sus ojos se clavaron en los míos. Sentí su respiración agitada y su aliento, cálido, rozaba la piel de mi cuello. Agaché un poco el rostro mientras la miraba. Una sensación abrumadora, casi electrificante, recorrió mi espalda. Entonces la luz se tornó aún más oscura y afuera comenzó a llover, arrancándole a los adoquines un fuerte repicar.

—¿Por qué se esconde? —pregunté.

—Lázaro... Es... Él es... —Le costaba seguir hablando, y comprendí que en ella se libraba una lucha que la partía en dos—. Se enfadará si nos ve hablando. Es un hombre...

—No es un hombre —declaré contundentemente.

Una risa se le escapó de los labios. Una risa que me recordó al aleteo de una mariposa. Me miró así por unos segundos, con el rostro risueño.

—Ya se lo dije, pero encuentro curioso el hecho de siempre nos veamos en los lugares más insospechados. Nunca pensé que acabaría escondida con usted en un cuartucho lleno de escobas.

—Gustoso la vería en muchos sitios más. Insospechados o no.

—Nicolás. —Se sonrojó y agachó la mirada—. No diga esas cosas.

—No puedo silenciar a mi alma, lo siento.

Clavó la mirada en el ventanal a nuestra derecha, por unos instantes.

—¿Le gusta la lluvia? —preguntó de repente.

Asentí.

—Sí. Me gusta. —Pensaba en su rostro—. Aunque, a decir verdad, cuando vivía en la venta me ponía más nervioso que ahora.

—¿Por qué?

—Porque el agua tiene una fuerza incontrolable y todo lo arrastra.

—En eso tiene razón. No creo que exista nada más poderoso que esta cuando se desboca.

—Yo sí.

—¿El qué?

—El amor. No existe fuerza más grande que el amor.

Nos miramos de forma intensa. El tiempo, la lluvia, el universo. Cualquier cosa a nuestro alrededor dejó de importar. Solo estábamos nosotros. Nuestros ojos. Nuestros latidos. Camila había anidado en mi corazón y sospechaba que lo había hecho para siempre, y con ella, la esperanza de volver a amar. Sin embargo, una vez más, en la partida que jugaba contra el amor, él llevaba mejores cartas. Era una mujer casada y, por más que pudiera sentirme inclinado hacia ella, inclinado a besarla y a irme al cielo de su mano, el matrimonio era un obstáculo casi tan fuerte como la muerte. Todo dependía de ella. De sus convencimientos. De las ganas que tuviera de ser feliz. Aun incluso cuando a todas luces su matrimonio era una jaula para ella, llevaba las de perder.

Prendidos en esa mirada estábamos, y, cuando pensé que sus labios y los míos se encontrarían, la puerta se abrió de repente. Al hacerlo también lo hizo la ventana, acuciada por un viento fuerte que silbó con furia. La lluvia se coló

en el cuarto a la par que los ojos de quien había abierto la puerta nos miraban de arriba abajo, sorprendidos.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —murmuró extrañado. Lo conocía, era uno de los encargados de la limpieza.

Ella miró a un lado y otro, nerviosa, y después salió de allí a toda prisa, apartando al hombre en su trayectoria. Las cejas de este se alzaron considerablemente y la observó marcharse.

—¿Es la sobrina del profesor Marín?

—Se ha confundido. Discúlpeme, por favor —dijo, abandonando el cuartucho. Y no fue fácil. No porque él me lo impidiese, es que las piernas se resistían a caminar sobre la tierra tras haber estado haciéndolo en el cielo de sus ojos.

Camila corría pasillo abajo y llamé su nombre a voces. Giró el rostro un momento y vi que lloraba. En ese instante me sentí como sepultado por una montaña. Como si estuviera bajo el cielo de una noche tan negra como un pozo; sin estrellas ni rumbo alguno. Fui tras Camila, mas al llegar a la encrucijada del final del corredor no la hallé ni a derecha ni a izquierda. Dolido por su ausencia, triste por lo que había pasado, los ojos también se me humedecieron y me costó tragar las lágrimas. Querría haber aclarado con ella la situación y también nuestros sentimientos. Querría haberle repetido, una vez más, que por mí Lázaro podría irse al infierno; que ni él ni la mismísima muerte podrían apartarme de ella.

Me hallaba allí de pie, hundido en mis pensamientos, cuando Rozas llegó corriendo. Iba en dirección al despacho de Marín y se detuvo a mi lado, con el rostro congestionado y la voz perdida entre resuellos. Por un instante temí que pudiera darme alguna mala noticia y que esta tuviera que ver en algo con Camila.

—Castro, si me haces un favor te debo una.

—¿Qué quieres? —Me sequé las lágrimas.

—¿Estabas llorando? —Arrugó la nariz—. ¿Qué pasa?

—Nada, Rozas. Dime. Tengo prisa.

—¿Le puedes dar esto al profesor Marín? —Me tendió una nota, que debía ser una relación de gastos—. Estaba fumando en la puerta cuando me la ha dado uno de los mozos que le han traído las cosas nuevas para su despacho.

—¿Y por qué no se la han dado a él?

—Se les ha olvidado e iban con mucha prisa como para darse la vuelta. Es que me está esperando mi novia para ir al teatro y si me entretengo más llego tarde.

Asentí y tomé lo que me tendía.

—No te preocupes, yo me encargo.

—Te debo una —dijo, y salió corriendo a toda prisa.

Regresé al despacho del profesor y lo hallé ya cerrado. Lo cierto es que entre unas cosas y otras la tarde estaba ya entrada y la facultad casi vacía. No iba a dejarlo en cualquier parte, así que guardé el papel en mi levita para dárselo en cuanto lo viera. Iba de camino a la salida cuando escuché cierto revuelo en una de las salas donde se guardaba el material. Se me antojaba que había alguien revolviéndolo todo de mala manera y abrí la puerta despacio. Dentro vi a Lucas, delante de una de las vitrinas, buscando algo a toda prisa. En la mesa, tras él, había algunos frascos con una sustancia incolora. Me dio tiempo a leer la etiqueta antes de que Lucas percibiera mi presencia y se esmerase en retirarlos de mi vista. Era éter sulfúrico.

—¿Para qué quieres eso?

Lucas titubeó.

—Nada. Un recado. ¿Vas a la calle?

Asentí.

—Voy contigo.

Recordé entonces los papeles y me llevé las manos a la cabeza.

—Te veo fuera, ¿vale? Me he dejado una cosa por hacer.

Sonrió.

—De acuerdo.

Salí de allí a toda prisa, cogí los papeles, que encontré por suerte donde los había dejado, los llevé hasta el depósito y salí al fin de la facultad. En la puerta estaban Javier y los Cuatro Evangelistas. Marquitos y él jugaban a perseguirse como si fueran dos chiquillos. Era una forma de estar cerca en público sin que nadie los juzgase. Había dejado de llover y el sol había salido, dispuesto a secar el rastro de la lluvia. Qué pena que no pudiera llevarse también mi dolor.

—¡Por fin jueves! —gritó Javier al verme, alzando las manos al cielo con gesto victorioso—. ¿Te vienes a comer a Lhardy?

—¿Otra vez? —A duras penas fingí estar contento.

—Al Lhardy se van las veces que hagan falta. Que no hay Madrid sin el Lhardy, ¿estamos? —dijo Javier.

—Estamos. —Casi consigue hacerme reír por la determinación con la que lo dijo—. Pero es que tengo cosas que hacer. ¿Vosotros nunca estudiáis?

—Pues no, *pa* qué nos vamos a engañar —dijo José Ramón—. Ya cuando vengan los exámenes cogeremos un libro. Si es que nos quedan ganas.

El grupo al completo se echó a reír. Al final me convencieron y dimos un paseo hasta el Lhardy, que estaba «al lado» en lenguaje madrileño. Mientras ellos hablaban de las bondades del local y de ciertos rumores que decían haber visto a la mismísima reina en él, yo, como de costumbre, iba sumido en mis pensamientos, con la cabeza puesta en el asunto de Camila y del que ahora sabía era su marido. Iba distraído de su conversación hasta que, como si estuvieran dentro de mi mente, sacaron a colación el tema que tanto me quemaba.

—¿Os acordáis de la sobrina del profesor Marín? —dijo Marcos.

José Ramón asintió.

—Como *pa* olvidarla.

—Pues resulta que está casada con Lázaro de Torres.

Javier me miró. En sus ojos había preocupación. Yo negué con la cabeza, pidiéndole que no se turbara por mí.

—¿El que vimos el otro día en el café? —gruñó José Ramón—. ¿Ese que miraba a Nicolás como si fuera a comérselo?

—Ese.

—Creo que no estaba yo aquel día —dijo Juan.

José Ramón lo miró con picardía.

—¿Y dónde estabas? ¿Dando color a los pechos de alguna duquesa?

—A ti te lo voy a contar —contestó el otro, haciéndose el interesante, y ambos se echaron a reír.

—Pues ya lo siento por ella —dijo Marcos. Su voz afligida, más acorde a las circunstancias de Camila, resonó en medio de sus risas—. Tengo la impresión de que en manos de él será poco más que un cristal en manos de un patoso.

—Quién la viera otra vez, aunque sea un ratico —José Ramón suspiró.

«Desde luego», quise decir. Que lo dijera él no me preocupó mucho, porque ese suspiraba por todas, así que la adoración por Camila se le pasaría pronto. En cambio, yo... Yo me había prendado de ella irrevocablemente.

—Camila de Ariza y Marín se llama —apuntó Lucas—. Me lo dijo mi novia.

—¿De los Ariza de Cádiz? —preguntó José Ramón.

—De esos.

Entre ellos cruzaron unas miradas un tanto misteriosas. Apreté el paso para ponerme junto a Lucas.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Y cómo es que se ha casado con ese cáscara amarga? —preguntó José Ramón, desviando la atención de mi pregunta.

—Pues no sé. —Lucas se encogió de hombros—. Con la fortuna que le dejaron sus padres va más que servida. Supongo que habrá sido cosa del tío. De hecho, me ha contado mi novia que viven con él en el que fuera el palacete de los Ariza mientras terminan el que de Torres encargó en Francia.

—¿En Francia? —dijo entonces Marcos—. ¿Y qué se le ha perdido a ese en Francia?

—La vergüenza —escupí yo—. ¿Pero qué pasó con los Ariza?

—Que tuvieron una muerte un poco trágica —dijo Juan—. La familia tiene finca en San Martín de Valdeiglesias y acostumbran a pasar en ella algunos días a la semana. Un día salieron a pasear por la sierra y se perdieron. No hubo forma de dar con ellos. Y es irónico porque, siendo él diplomático, habían recorrido medio mundo juntos.

Qué terrible sentimiento me asaltó al saber que Camila había sufrido tal pérdida. Yo era consciente del hecho de que sus padres ya no estaban, pero jamás imaginé que fuera de esa forma. Casi tuve ganas de llorar de nuevo.

—Bueno, vamos a hablar de cosas más alegres —dijo Javier al ver mi semblante triste—. Pasado mañana celebro mi cumpleaños. Venid apropiadamente vestidos, por favor, no quiero que os confundan con el servicio.

Dijo aquello en tono de broma, y los chicos se echaron a reír.

Todos celebraron la idea de la fiesta y empezaron a hablar de la gente a la que querían ver allí y a la que no. Lucas se quejó, pues tendría que llevar a Antonella con él; y yo me pregunté: si tan poco la respetaba, ¿por qué se casaba con ella? Javier pareció estar leyéndome la mente, porque le hizo la misma pregunta.

—Antonella vale su peso en oro —dijo él con un guiño suspicaz.

—Pues va bien servida. Como me gustan a mí —dijo José Ramón.

—A ti te gustan todas. Altas, bajas, flacas, gruesas... así que no digas tonterías —le recordó Marcos.

El aludido se echó a reír y asintió.

—Tiene gustos poco exquisitos —comentó Juan, no sin cierto retintín.

—Uy, *cuidao* —le dijo José Ramón, mirándolo de reojo—. A ti es que te sacan de la Venus del italiano ese y te pierdes.

—Botticelli —indicó el pintor, con aire ofendido.

José Ramón alzó las cejas, divertido.

—A mí es que todos los italianos me parecen iguales.

—Pues no lo son —dijo Marcos.

Javier le dio un codazo. Se dibujó entre ellos una mirada cómplice que prometía un beso para más tarde. O tal vez algo más.

Poco antes de llegar al local, mi compañero aprovechó que los demás andaban hablando de sus cosas y se me acercó para preguntarme si estaba bien. No le quise aguar el día, así que fingí que lo estaba.

De la comida pasamos al café y, cerca de las ocho, Juan nos dejó, tal vez para pintar a alguna señora desnuda, como dijo José Ramón. Iba a pagar una ronda de cafés cuando eché mano al bolsillo de la levita y di con la nota que me habían dado para el profesor Marín. La saqué, guiado por una curiosidad inusitada, y vi que en el membrete estaba su dirección. Lucas había dicho que Camila vivía con él. A mi mente cruzó un pensamiento osado. Y la intención de hacerla feliz pudo más que mi prudencia. Los chicos sugerían que siguiéramos con nuestro periplo de café en café, para rematar el día. Ya me conocía yo a esos truhanes: desafiando al tiempo y a la gravedad entre vino y vino. Sin embargo, yo tenía otro reto que hacer. Otro desafío a los dioses y a cualquier condición de mi existencia. Iba a comprarle a Camila el papel y la tinta que Lázaro le había quitado y a llevárselos a su casa.

Me excusé con el grupo alegando temario pendiente y, dado que no era la primera vez que los dejaba a lo suyo, me creyeron. Llegué hasta una de las librerías donde habitualmente adquiría mi propio material y compré varios pliegos de papel, así como un bote de tinta y una pluma. Le pedí que lo envolviera todo y salí de allí con una sonrisa en los labios. Con eso había gastado todo el presupuesto del mes y tendría que restringir mis salidas, pero no me importaba. Estaba deseando ver la cara de Camila cuando apareciese por allí y se lo diera todo. Aunque no sabía cómo iba a apañármelas para verla, al menos tenía la excusa de esa nota. Solo esperaba que la providencia me fuera favorable y hubiera alguna forma de dárselo.

Siguiendo las indicaciones de uno de los vecinos de la zona, llegué hasta Recoletos y enfilé la alameda en la que, resguardados por amplios jardines, se advertían palacios y grandes edificios que ocupaban casas de gente de bien u oficinas de importancia. Di al fin con la residencia de los Ariza, un edificio de tres plantas hermoso y de aspecto

elegante, sin ningún elemento que lo sobrecargase. A Javier le gustaba mucho el arte y me había descrito infinidad de veces los palacetes que nos encontrábamos en nuestros paseos cuando regresábamos del teatro, por lo que no me costó identificar sus elementos.

La primera planta había sido remozada por falsos sillares en piedra ocre; y las dos superiores, pintadas en un tono más claro y decoradas con columnas de fuste cuadrado y adosado a la fachada, con capitel corintio. El tejado tenía modillones a modo de ornamento. Poseía dos puertas de entrada, más la de carruajes, sin saber yo cual era la principal. Me dejé guiar por la intuición y escogí la que tenía los llamadores más grandes, siendo estos dos garras de león en bronce bañado en oro. Llevé la mano a uno de ellos; y a punto estaba de agitarlo, cuando me frené. El miedo me invadió de forma repentina.

¿Y si realmente ya no quería saber nada de mí?

Sin embargo, yo había sentido algo... y ella tenía que haberlo sentido también. Y ese algo no se podía haber esfumado por segundos. Ni siquiera con la sombra de Lázaro, que era más negra que la de la muerte. No podía haberme hablado de Romeo y Julieta un día, y al otro hacer como que no existía. De no ser así sus mejillas no se habrían pintado de rojo y sus brillantes ojos grises no se habrían posado en mis labios. Había leído en ellos el anhelo de besarme, pero ¿y si me había equivocado como me equivoqué tiempo atrás? Sentí vértigo por lo que iba a hacer y retiré la mano, dispuesto a alejarme yo también. Me giré con la intención de marcharme cuando la puerta se abrió de repente. La voz de una joven llamó mi atención.

—¿Desea algo, señor?

Me di la vuelta para mirarla y vi que se trataba de una doncella del servicio. En su antebrazo izquierdo llevaba un canasto vacío.

—Yo... —titubeé.

Me miró alzando las cejas, con la puerta a medio cerrar.

—Venía buscando al profesor Marín.

—Un momento —dijo, y desapareció tras la puerta.

Tomé aire intentando resistirme a la idea de salir corriendo y hacer como si nada de aquello hubiera pasado, tratando de vencer al miedo que me atenazaba el estómago.

No tardó en aparecer de nuevo la doncella, acompañada de un lacayo de impecable vestimenta.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —saludé, al tiempo que la muchacha decía «adiós» y se marchaba calle abajo, con su canasto.

—¿Quería ver al profesor Marín?

Asentí.

—He de darle un recado.

—Me temo que no se encuentra aquí. Ha salido al teatro con el señor de Torres.

Al saber que Lázaro tampoco estaba allí, se me dibujó en la cara una sonrisa triunfal.

—¿Y su sobrina?

—La señora sí se encuentra en casa.

Respiré profundamente y armé una excusa en mi cabeza. Ya que había llegado hasta allí no iba a echarme atrás.

—Han dejado esto en la facultad para su tío y no puede esperar a mañana.

Él parpadeó extrañado de forma repetida.

—Veré si puede recibirlo. ¿Cuál es su nombre?

—Nicolás Castro.

Me miró de arriba abajo, pronunció un quedo «está bien» y después desapareció tras la puerta. La espera se me hizo eterna. Por la calle pasaba una berlina tras otra, a cada cual más elegante y con caballos de mejor porte. Y los viandantes no se quedaban atrás, con sus grandes vestidos y mejores sombreros. Cuando pasaban por mi lado me escudriñaban. Sin duda debía parecerles un elemento extraño con mi levita negra de estudiante y los zapatos medio sucios después de la caminata que me había dado.

Cuando había perdido ya toda esperanza, el criado apareció y me invitó a entrar.

Mis ojos se clavaron en los techos del amplio recibidor, decorados con frescos; en las paredes repletas de famosas pinturas, entre las que distinguí *El rapto de Europa*, del maestro Goya; en las grandes lámparas de araña. Lo seguí hasta una estancia amplia, enorme a decir verdad, en la que se hallaba una bella escalera de mármol que daba paso a los pisos superiores con una entreplanta donde podía admirarse un gran espejo que iba desde el suelo al techo, con moldura dorada de fina elaboración. Y mientras admiraba aquello, algo aún más hermoso apareció ante mis ojos. Camila se detuvo ante el espejo y me miró detenidamente.

—El señor Castro, señora de Torres —dijo el lacayo, que extendió su mano hacia mí—. ¿Desea que tome su abrigo y su sombrero?

Sin dejar de mirarla me desprendí de ambas cosas de forma torpe. A punto estuve incluso de echar al traste mi plan y que se me cayese de las manos el regalo que le había comprado.

Camila bajó despacio las escaleras. Se había cambiado el vestido y llevaba uno de color rosa, que le daba a su piel un tono precioso. La miraba tan embobado que ni siquiera me di cuenta cuando el lacayo se marchó.

Se detuvo a unos metros de mí, dibujando una distancia entre nosotros que delataba su prudencia. O quizá era su miedo a acercarse más y a dar de nuevo muestras de algo que sus circunstancias la obligaban a callar. No lo sabía. Lo que sí sabía es que di un paso hacia ella y no se movió. Y después otro, hasta ser yo quién borrara aquella distancia una vez más, pretendiendo hacerlo así para siempre. Miró a un lado y otro, algo nerviosa, mas volvió sus ojos hacia mí sin decir nada.

—Buenas tardes, Nicolás. Usted es la última persona a la que esperaba ver esta tarde.

—Pensé que no me recibiría después de lo que ha pasado.

Agachó la mirada y, cuando la alzó, había en sus ojos arrepentimiento.

—Siento mucho lo que le he dicho. No pretendo alejarme de usted, Nicolás. No podría, aunque quisiera.

Eso me hizo sonreír. Fui más feliz que nunca.

—De todas formas —añadió—, ¿lo de traer algo para mi tío era solo una excusa?

—Yo... —Miré al suelo. Lo era. En cierto modo lo era—. Sí que traigo algo para el profesor Marín. —Rebusqué en mi bolsillo la nota y se la entregué, alzando la vista hacia ella.

La miró con interés y caminó hasta un aparador cercano donde, sobre una bandeja de plata, la dejó. La observé. Los bucles de su cabello semirrecogido bailaban en torno a su cuello, y deseé ser la peinetas de plata que lo adornaba para poder acariciarlo. A causa de mis anhelos se me escapó un suspiro que llamó su atención.

—¿Qué le ocurre? —Regresó frente a mí, situándose algo más cerca que cuando se había marchado.

—Nada —dije, porque si empezaba a hablar de mis sentimientos sabía que me costaría parar.

—No se suspira por nada, Nicolás.

Ella sonrió y nos miramos. Nos miramos como cuando habíamos estado a solas en ese cuartucho. Y es que daba igual dónde estuviéramos: ya fuera el bosque, el cuarto de las escobas, mi dormitorio o un palacio. Hacía un año, ayer o mañana. Nuestros ojos siempre bailaban el mismo baile, cogiéndose de la mano y danzando en un espacio donde estaban a solas, a salvo del resto del mundo y sus vanidades. El silencio que se hizo entre nosotros solo podía romperse de dos maneras y las dos eran imposibles. Con mis labios sobre los suyos; con los suyos sobre los míos. Y entonces, su mirada, como pájaro que emprende por primera vez el vuelo, me recorrió hasta detenerse en el paquete que tenía entre las manos.

—¿Puedo preguntarle qué trae ahí? —indagó con curiosidad.

La voz salió suave de sus labios. Como el deseo que sin duda encerraba por mí. Porque su forma de mirarme la delataba y Camila me deseaba, lo mismo que yo a ella, aunque estuviéramos obligados a callarlo. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en desdeñar esa obligación; cuándo mis anhelos pesarían más que las leyes de los hombres.

—Es para usted —dije tendiéndoselo.

—¿Para mí?

Asentí, y ella lo tomó. El contacto entre nuestras manos ya no fue fortuito, fue buscado. Y rozar sus dedos erizó

el vello de mi nuca. Camila comenzó a abrirlo con gran entusiasmo y, al ver de lo que se trataba, me miró sorprendida.

—¿Cómo sabe qué...?

—Los oí hablar de lo que hizo Lázaro a su tío y a usted, en el despacho. Y no es justo que no pueda plasmar sus pensamientos. Ya le dije que esperaba leer pronto algo suyo.

—Ha sido muy atrevido viniendo con esto hasta aquí. Si Lázaro se entera... —Agachó la mirada y me lo devolvió—. No, no puedo quedármelo.

Insistí en que lo tuviera y lo puse de nuevo en sus manos.

—Por favor. Usted necesita expresarse. Escóndalo, pero quédese, por favor. Lo necesita.

—Es cierto. Lo necesito. Del mismo modo que necesito el agua. ¿Cómo es que me conoce tan bien?

—No lo sé. Mis ojos han aprendido solos a leer en su alma.

—¿Sin que usted se lo pidiera?

—Sin que yo siquiera lo pretendiera.

—Entonces sabrá el lugar que usted ocupa en ella.

Nuestras miradas volvieron a anclarse la una a la otra, a expresar lo que esa frase callaba. Ella la retiró instantes después y la fijó en mi regalo.

—Es todo un detalle. Tendré que guardarlo con siete llaves. ¿Podría aguardar aquí unos segundos mientras lo pongo a buen recaudo? No quiero que nadie lo vea.

Asentí. Ella subió las escaleras a prisa, como si fuera una chiquilla corriendo para esconderse tras una tropelía. Llevaba la sonrisa pintada en la cara y la felicidad brillándole en los ojos. Apenas unos minutos después bajó, y la vi descender por aquella escalera. Casi me parecía un sueño. Me imaginé tendiéndole mi brazo para irnos juntos a pasear por Recoletos; para echar a andar y no parar hasta que estuviéramos lejos de todo y de todos, en algún lugar donde solo fuéramos ella y yo. Suspiré una vez más, y aquella vez no preguntó. Creo que sabía de sobra por qué lo hacía.

—¿Quiere ver la casa?

Asentí.

—Es muy hermosa.

—Era de mis padres. —Camila agachó la mirada y su rostro se entristeció.

—Lamento su pérdida —le dije.

Ella me miró agradecida y después me invitó a seguirla.

—Venga, acompáñeme.

—¿No la reprenderán?

—No se preocupe. Usted es de la familia.

—¿Yo?

—¿Acaso la esposa de mi primo no es como su hermana?

Sonreí.

—Sí. Como una hermana. —Tampoco era momento de revelarle que, tiempo atrás, había bebido los vientos por ella.

Seguí a Camila por aquellas estancias, repletas de grandes cuadros, de revestimientos de madera, marfil y metal en pisos y techos, de tapices que dijo provenían de la Real Fábrica de Santa Bárbara; de tejidos de Damasco y seda, y lámparas de cristal de Baccarat. Había relojes y candelabros de oro, muebles lujosos y espejos por doquier. Pasamos por una habitación repleta de objetos exóticos, pertenecientes a diversos países. Recordé que Camila me había hablado de la profesión de su padre y no me extrañó que atesorase tantos recuerdos, a cada cual más curioso. Lo que me extrañaba era que una familia tan bien posicionada estuviera emparentada con Elías Marín, siendo él un muchacho humilde cuando lo conocí.

—¿Dice que este palacio perteneció a sus padres?

Ella asintió.

—Jamás pensé que Elías Marín estuviera tan bien relacionado.

—Su padre lo estaba, pero mis abuelos lo desheredaron cuando se casó con su madre. Ella era una doncella que servía en su casa de verano en Galicia, donde pasaban algunas temporadas. Nadie en su familia aceptó esa relación y los dos terminaron por marcharse a Cádiz, donde vivieron humildemente y criaron a mi primo. —Señaló uno de los grandes cuadros que decoraban el salón en el que nos hallábamos. En él, una dama de gran parecido con Camila se hallaba sentada en una butaca, ataviada con un elegante vestido claro, al uso de los que se llevaban veinte años atrás —. Mi madre nunca quiso separarse así de su hermano; por ello, cuando mis abuelos fallecieron, quiso retomar el contacto con él. Supo entonces que había muerto, y buscó a Elías. Mi primo acababa de conocer a Victoria por aquel entonces.

—¿Cómo se llamaba su madre?

—María Luisa.

—Es nombre de reina.

Asintió, y una sonrisa se le dibujó en el rostro mientras la miraba. Aunque sonreía, los recuerdos sobre su madre debían de estar pesándole y sentí ganas de abrazarla.

—Era una mujer excepcional. Recorrió junto a mi padre medio mundo y ha estado con él en sitios donde nadie se atrevería a estar.

—Aparte de usted, sospecho.

—Sí. Aparte de mí. —Volvió a sonreír.

—Lo siento mucho —le dije.

Me miró agradecida por unos instantes y volvió la mirada hacia el cuadro de nuevo.

—Es extraño poder admirarla y no poder tocarla. Echo de menos sus manos —dijo.

La tristeza restalló en sus ojos y fue como si me clavaran cristales. Odiaba verla triste. Era como si pudiera sentir su dolor. Guiado por un impulso incontrolado la tomé por la cintura y la alcé hasta el cuadro. Si Camila anhelaba tocar las manos de su madre una vez más, lo haría. Quizá no de la forma que deseaba, pero rompería la tristeza de su rostro sea como fuere.

—¡Nicolás! —Se quejó, mirando a un lado y otro.

—No voy a soltarla hasta que no haga lo que tanto anhela.

Ella extendió una mano y la posó sobre la de su madre, y en su rostro se dibujó la sonrisa más hermosa que hubiera visto jamás. Se quedó así, mirando a esa mujer, digna antecesora de su belleza, durante unos segundos, y entonces me pidió que la alzase un poco más, y así lo hice. Camila posó un beso en la mejilla de su madre y después la acarició también.

—La bajaré cuando me lo pida.

—¿Podría aguantar así toda la vida?

—Por usted haría el esfuerzo.

Se echó a reír.

—Está bien. Bájeme, por favor. Como venga alguno de los criados y nos encuentre así, no sé qué excusa podré darle.

—Dígale la verdad.

—Mejor lo soborno con pasteles.

La bajé mientras me reía.

—Ah, ¿sí? ¿Acostumbra a hacer fechorías que después ha de ocultar?

—Diariamente. En algunas ocasiones, incluso varias veces al día.

Nos reímos a carcajadas hasta que una voz hosca irrumpió entre nosotros, callándonos de golpe.

—¿Camila?

El rostro de ella palideció.

—Lázaro.

Él me miró de arriba abajo con gesto de disgusto.

—¿Qué hace usted aquí?

Camila habló por mí.

—Ha venido para...

La interrumpió de forma brusca.

—Le he preguntado a él.

Apreté los dientes y los puños también, intentando controlar las ganas de borrarle de la cara ese gesto de soberbia.

—Como ella iba a decirle, he venido para traerle un documento al profesor Marín.

—No hemos recibido aviso.

—¿Aviso?

—Supongo que la gente como usted desconoce las normas básicas de la cortesía, señor Castro. No puede personarse en casa de nadie sin avisar previamente. Es una desfachatez.

—En cualquier caso, el señor Castro ya se marchaba —se apresuró a decir ella.

—Desde luego que sí —dijo él.

—¿Y mi tío? —le preguntó Camila—. Creí que estabais juntos en el teatro.

—Esperándome en la berlina. Solo he venido a por dinero. Vamos a discutir algunos asuntos en el café.

Ella asintió y él, tras mirarme una vez más de forma despectiva, se marchó instándome a acompañarlo. Camila y yo nos despedimos con un tímido «hasta pronto», y la mirada llena de otras cosas que no podíamos decir.

Descendí tras Lázaro las escaleras hasta la planta baja, con él mirándome de reojo como si pensase que de un momento a otro iba a empujarlo. Ganas, desde luego, no me faltaban. Nada más pusimos un pie en el recibidor, Lázaro le pidió al criado que, de haberlas, trajera mis pertenencias. Cuando este se marchó a toda prisa, él se detuvo de forma abrupta y se giró, mirándome con gesto desafiante.

—Señor Castro —dijo mi nombre como si fuera bilis.

—Señor de Torres —respondí del mismo modo.

En sus ojos ardía el fuego del infierno. En los míos, el más gélido de los inviernos. Nuestras miradas estaban hechas, en cualquier caso, para quemar. Para exterminar al otro entre parpadeo y parpadeo.

—No quiero volver a verlo por mi casa.

Su tono era cuanto menos amistoso.

—Hasta donde sé, el palacete es de los Ariza, y usted no es un Ariza —dije de la misma forma.

Lázaro dio un paso hacia mí. Sus dientes se apretaron unos contra otros con furia.

—Camila es mi esposa.

—En esta vida ocurren muchas desgracias, desde luego, y a ella le ha ocurrido la peor de todas —le dije, desafiante—. Así que no pierda cuidado. Tal vez algún día la desgracia lo encuentre a usted.

Apreté los puños. Creí que terminaría por darme con uno de ellos, mas el criado llegó al recibidor en ese momento, devolviéndome mis cosas.

—Que tengan buena tarde —dije, colocándome el sombrero y, sin más, salí del palacete.

Aunque salí enfadado a causa de Lázaro y con la sensación de que si nos veíamos otra vez cruzaríamos algo más que palabras, ignoré pronto el encontronazo con él, pues Camila ocupó todos mis pensamientos. Alcé la mirada para ver si la veía en alguna de las ventanas y, al descubrirla tras uno de los cristales, mi corazón dio un vuelco. Sonreí de oreja a oreja, tanto que las mejillas casi me dolían de estirarlas. Ella sonrió del mismo modo. Nos miramos atrapados una vez más en un instante que no olvidaríamos. Un instante que rompió Lázaro, cogiéndola por el brazo y apartándola de la ventana. El rostro de ella, que había estado lleno de júbilo, se tornó tan triste que el corazón se me quebró.

Dejarla así me dolía terriblemente. La certeza de que no era feliz se me antojaba como una gota que, poco a

poco, horadase la piedra hasta desgastarla por completo. Una certeza contra la que no podía hacer nada. Ahora que Lázaro estaba allí, no podía volver para auparla y que besase a su madre; ni regalarle más pluma y papel. Estaba atado de pies y manos y pronto me hallaría con decenas de calles de Madrid entre ella y yo, y esos muros de aquel palacio precioso, pero que cortaba sus alas. Me enfadé por no haberme reencontrado antes con ella, porque la habría apartado de él con todas mis fuerzas. Ahora, ya era demasiado tarde para nada y, sobre todo, demasiado tarde como para admirarla. Pero no podía evitarlo. Cada vez que la veía esa sensación volvía a mí y era tan intensa que me arrastraba al ojo de una tormenta en la que no me importaba morar por siempre si era con Camila.

Aquella noche di vueltas en la cama, con el sudor pegado al cuerpo y unas ganas tremendas de salir corriendo de ella y plantarme a caballo ante la puerta de Camila, para sacarla de allí en mis brazos y al galope y no volver la vista atrás. Si hubiera tenido a mi Canela conmigo, por seguro que lo habría hecho. Y, tratando de calmarme, cerré los ojos y me dormí pensando que recorríamos juntos los caminos de Sierra Morena, con mi Luna siguiéndonos de cerca.

Capítulo 9

Como era de esperar, al día siguiente me costó la mismísima vida levantarme. Con unas ojeras que me llegaban a los pies, llegué a la facultad a duras penas. Lo hice a solas porque Javier, a juzgar por su cama perfectamente hecha, no había dormido en casa aquella noche. Nada fuera de lo normal. Siempre que podían, Marcos y él se buscaban las mañan para quedarse juntos en alguna fonda o en casa de uno u otro si es que no estaban sus padres. La noche también debió de hacerseles larga porque no los vi por clase. Acudí a la facultad, con poco acierto, a decir verdad. En las clases andaba más en Babia que allí, y cuando llegué a casa solo me quedaban las ganas de dormir lo que no había dormido por la noche. Corrí los cortinajes para que no entrase una pizca de luz, me tiré en la cama para echarme una siesta y esperé que el cansancio me arrastrase al sueño. No sé en qué momento me quedé dormido, pero entre un pensamiento y otro —todos sobre Camila— lo hice.

La voz de Javier me despertó. Abrí los ojos y lo vi con las mismas ropas que el día anterior.

—Buenas tardes —le dije.

Él descorrió los cortinajes y señaló al exterior. El cielo estaba oscuro.

—Dirás noches. Que son más de las ocho.

Me froté los ojos y me senté en la cama.

—¿Dónde has estado?

—Con Marcos, ya sabes —dijo sonriente, sentándose a mi lado. Entonces me miró con cierto gesto misterioso. Me asusté, porque no se me ocurría qué podía querer decirme mirándome así.

—¿Qué te pasa?

—¿Es verdad que estabas en un cuartillo con la sobrina del profesor Marín? —soltó.

No podía negarlo. Y si lo sabía mi amigo, lo sabía media facultad. Y si lo sabían los estudiantes, se habría enterado su tío. ¿Y si Lázaro le decía que me había visto en su casa? Lo que es más, tenía que saberlo dado que yo mismo había llevado la nota hasta allí. De seguro que ya estaría en boca de medio Madrid. Asentí, tras exhalar el aire de mis pulmones con pesadez.

—¿Voy a tener que llamarte «el médico del amor»? —Javier subió y bajó las cejas con gesto de burla.

—Déjate de guasas. —Me tumbé en la cama y me tapé la cabeza con la almohada. Tenía las mejillas encendidas y un terrible sentimiento de culpa.

Él me la quitó de encima y, tras arrojarla a los pies de la cama, me miró con ojo crítico.

—Yo solo digo que no se habla de otra cosa. A estas horas, de hecho, ya debe saberlo hasta el Palacio Real. Seguramente la reina esté comentándolo con sus ministros —se burló, acrecentado el azoro que ya sentía.

Gruñí y me di la vuelta para no mirarlo más.

—Camila de Ariza está casada. Y esas habladurías no son buenas para ella.

—Haberlo pensado antes —dijo palmeándome el costado—. La piedra ya ha caído al río y ahora quién sabe dónde la arrastrará la corriente.

Suspiré preocupado y me giré para mirar a mi amigo. Me daba igual lo que dijeran de mí, pero no quería perjudicarla.

—Demonios, Javier, no sé qué me pasa con ella.

—Se llama amor. *Liebe. Love. Amare.* Tiene tantos nombres como corazones que palpitan por él hay en el mundo —agregó con gesto ensoñador.

—No puedo enamorarme. Y mucho menos de ella.

—¿Por qué no puedes enamorarte? —Arrugó el ceño—. Todo el mundo puede enamorarse.

—Es por esa historia que te conté...

—Uy. Si por cada vez que me han rechazado cerrase mis puertas al amor, moriría solo en una buhardilla escribiendo poemas. O me habría pegado un tiro, como Larra —dijo, con media sonrisa amarga—. No dejes que tu pasado te condicione, Nicolás. Esa mujer a la que amaste ya tiene su vida, y hasta hijos, según me contaste la última vez. Vive tú la tuya. Vive un amor de esos que hagan temblar los cimientos de tu existencia. Un amor que te abrace como sol de verano. Un amor que te haga hincarte de rodillas y gritarle al firmamento que nada importa más que su sonrisa.

Sonreí. Mi corazón había latido con más fuerza ante sus palabras y en cada uno de sus latidos estaba ella. No sabía en qué momento Camila había empezado a significar tanto para mí. ¿Fue hace un año, cuando la vi por primera vez? Quizá había sido allí, y aunque había pensado en ella después, mis heridas me habían hecho desechar la idea. Y ahora me lamentaba porque si quizá no me hubiera refugiado en mí mismo y en mi dolor, si quizá hubiera cogido esos papeles y se los hubiera llevado en persona a Lisboa, ahora tal vez ella no estaría casada con ese hombre y... nosotros...

Nosotros.

Aquella palabra resonó en mi cabeza.

—¡Soy idiota! —Me estiré para coger la almohada y, tapándome la cara con ella, ahogué un grito de rabia. Cuando saqué el rostro de nuevo, mi amigo me miraba sorprendido.

—¿Idiota por qué?

—¡Dos veces, Javier! Dos veces van ya que me enamoro de alguien y siempre es tarde, o está mal, o no es lo correcto o su corazón está en otra parte.

—Si esa mujer tiene su corazón con Lázaro de Torres es que fuma opio. Por ende, nada está perdido con ella.

—Casada. Está ca-sa-da.

—Y tú, ob-se-sio-na-do con eso —dijo, golpeándome con el dedo en la frente.

Lo fui a atizar con la almohada, pero él esquivó la tunda. Me la quitó después de las manos y volvió a ponerla lejos de mí.

—Vístete y deja de lloriquear, que pareces un alma en pena. Los de Medicina no lloriqueamos. Nosotros diseccionamos cadáveres y cosemos heridas. Estamos hechos de otra pasta.

Lo miré compungido.

—Me quiero morir —dije.

Me dio una colleja.

—Te voy a matar yo si no sales de la cama.

Me quejé y resoplé indignado.

—Déjame, que quiero dormir. Y, además, tengo que estudiar.

Desoyendo mi petición, cogió mi brazo y tiró de mí. No paró hasta arrastrarme fuera de la cama, aun a costa de que yo acabase tirado en el suelo al lado de esta. Me soltó y, cruzándose de brazos, agachó la cabeza para mirarme. Desde mi posición se me antojaba un gigante.

—Nicolás Castro. He quedado con Marquitos para tomar unos vinos y te vas a venir, aunque tenga que llevarte a cuestras. Vamos a celebrar que es viernes, que somos jóvenes y que este año no nos ha matado el cólera o el hambre. Y que estamos enamorados. Tú, de una mujer casada; y yo, de un hombre. Pero enamorados al fin y al cabo.

Aquello me hizo sonreír.

—Eres peor que una rémora —le dije fingiendo que gruñía, y estiré la mano.

Él me tendió la suya.

—¿Y lo que me quieres, qué?

Me eché a reír mientras me ayudaba a levantarme y, poco después, nos habíamos aseado y arreglado para la ocasión. Él llevaba una levita gris, con chaleco negro a rayas y pantalones blancos. Yo llevaba unos de idéntico

color, con levita verde oscuro y chaleco en tono crema. Limpiamos las botas hasta que brillaron y, listos para salir, nos miramos en el espejo una última vez. Javier, bastante más tiempo que yo, huelga decir.

En la Puerta del Sol nos estaba esperando Marcos, bien compuesto también de vestimenta y aseo. Al verlo, a Javier se le pintó una sonrisa en la cara que le hacía la competencia en hermosura a la luna llena de aquella noche. Se saludaron, fingiendo que solo eran amigos, pero sus manos se rozaron como las de los amantes. Al poco llegó José Ramón, elegante también. Venía algo enfadado, porque sus padres insistían en lo de que la novia había sido un malentendido y que debía mantener el compromiso.

—Que se han *empecinao* en que me case con ella.

—Y tú no te olvidas de mi hermana, claro —dijo Javier.

—Pues no. Qué quieres que te diga —confesó el otro con gesto triste—. Me ha mandado una nota diciéndome que me quiere, que todo fue una equivocación y que ese truhán le robó un beso nada más. Y que se dejó, para ver si me ponía celoso. ¡Que deseaba ver si yo la quería de verdad! ¿Os lo podéis creer? Si siempre he bebido los vientos por ella.

Javier lo miró con cierto gesto compasivo y palmeó su hombro.

—Mi hermana es muy suya, ya la conoces.

—A tu hermana le encanta torturarme.

—Puede que sí, pero si te ha dicho que te quiere, habla con ella y os perdonáis. Así descansamos todos.

—Amén a eso —dijo Marcos.

—No sé yo. Ahora siento que necesito ver mundo. Catar otras viñas. Transitar otras lindes.

—Vamos, que quieres sacar una mancha de mora con otra —dijo Marcos.

—Hasta que se me pase el enfado, sí. Lo siento, porque es tu hermana, pero...

—Nunca me he metido en vuestra relación y no me voy a meter ahora. Haz lo que te haga más feliz. Si es mi hermana, pues mi hermana; y si es otra mujer, pues otra mujer.

José Ramón lo miró con una sonrisa y se abrazaron. Cuando se hubieron separado, Marcos preguntó:

—Y ya por curiosidad, ¿quién es la moza con la que quieren casarte? ¿La conocemos?

—No. Es la hija de los dueños de medio Córdoba y vive allí.

Marcos lo miró asombrado.

—No lo veo yo mal negocio. Tu familia es dueña de la otra mitad, así que juntos hacéis Córdoba entera.

José Ramón resopló.

—Calla, que ahora parece que sea yo un duque y aquí el único que presume de título es Juan. Por cierto, ¿dónde está?

—No viene —indicó Marcos—. Anda en la sierra, preparando una estancia para pintar un retrato, o eso me ha dicho.

—De alguna condesa desnuda, como todos sabemos —dijo José Ramón, con una risa algo tonta que se nos contagió—. ¿Tampoco viene Lucas?

Marcos negó con la cabeza.

—Está con Antonella en la ópera.

—Pues *na*. Que les aproveche. ¿Nosotros dónde vamos? Quiero beber hasta olvidarme de mi nombre y el de Cristina, ya puestos. Y me alegro de que vengas, Nicolás, que ya sé yo que tú no eres muy de nocturnidades. —Sus ojos se clavaron en mí y frunció el ceño al verme un poco mohíno—. ¿Quién se ha muerto?

—Nadie, por Dios. Nadie —dijo Marcos, que se persignó.

—¿Entonces qué le pasa al ventero?

—*Na*. —Javier negó con la cabeza—. Cosas nuestras.

José Ramón nos miró ceñudo.

—Ayúdame a sonsacarles —le dijo a Marcos.

Cuando este se unió a su causa, yo supe que estábamos perdidos, porque Javier no sabía decirle que no a nada y

terminó por hablar.

—A este, que le gusta la de Ariza.

—¿La belleza que vimos el otro día a las puertas de la facultad? —inquirió José Ramón.

—La misma —afirmó Javier.

—¡Pero si está casada! —dijo Marcos.

José Ramón lo miró con media sonrisa y gesto pícaro.

—No sé por qué pones el grito en el cielo, ni que fuera la primera vez que alguien se enamora de una mujer con marido.

—No. Ya sé que no. Pero eso no significa que esté bien. Y tú eres el primero que deberías estar de acuerdo conmigo. La fidelidad está hecha para algo. —A Marcos le iba a dar un soponcio—. Paris se enamoró de Helena de Troya y mira la que se armó. Toda una ciudad echada a perder.

—Lo sé —dije turbado—. Lo sé.

—No me puedo creer que, con la cantidad de mujeres que hay en Madrid, hayas ido a enamorarte de una que está casada —dijo Marcos.

—Yo el único inconveniente que le veo a todo esto es que es la sobrina del profesor Marín, de cuya calificación depende en buena parte su futuro —comentó José Ramón.

—Y la prima del hombre que más odia en el mundo —añadió Javier.

José Ramón se echó a reír.

—Esto empieza a parecer una obra de teatro con tanto devenir.

Los tres se rieron y miré a Javier con gesto serio.

—No odio a Elías.

—Será ahora...

—Quizá es que ya el motivo por el que lo odiaba no me importa tanto. —Me encogí de hombros y suspiré—. Yo ya no sé qué pensar. Solo sé que amo a esa mujer.

—¿Pero seguro que es amor? ¿O un picor irrefrenable en la entrepierna?

Javier le dio un codazo a José Ramón por lo que acababa de decir.

—¿Habré dicho mentira acaso? —se quejó este.

—¿Pues no ves cómo está Nicolás?

—Voy a volverme loco —dije yo—. Ni siquiera tengo ganas de estudiar.

—Mal síntoma. Tú siempre tienes ganas de estudiar —murmuró José Ramón extrañado—. De *toas* formas, esos amores no llegan a ningún *lao*. Siento ser yo quien lo diga. Si os acercáis más de la cuenta, a Camila le buscarás la ruina. Y tú cargarás con su desgracia y la tuya. El adulterio no es cosa baladí si hablamos de leyes.

—En eso tiene razón —concedió Marcos—. El matrimonio es una de esas cosas que a la gente le gusta fingir que es intocable. Que parezca que, mientras todo lo demás cambia, hay algo que pueden controlar.

Comprendía la situación y los riesgos, pero me costaba dejar de pensar en ella y de imaginarme a su lado.

—¿Y si ella no es feliz?

—Tendrá que serlo. Como todas. Y aprender a fingir. —Miró a Javier—. Lo mismo que hemos aprendido todos.

—Vosotros estáis juntos cuando queréis. No seas hipócrita —dije, y al instante me di cuenta de que había metido la pata diciendo eso delante de José Ramón, pues yo no sabía si él estaba al tanto. Se hizo un silencio sepulcral y un cruce de miradas dudosas, hasta que el cordobés habló.

—A ver si es que os pensáis que estoy yo *fartusco*^[9] o algo. Hay que estar ciego para no ver lo que os traéis entre manos. No es que me parezca bien, pero mientras no os deis arrumacos delante de mí y os enamoréis de mi porte, podéis hacer lo que os venga en gana.

Javier y Marcos soltaron un suspiro de alivio.

—Gracias, José Ramón. Se hará lo que pueda —dijo el primero con tono de broma. Después me miró, algo más serio—. Y como ves, Nicolás, cuando queremos no es lo mismo que como queremos, así que no te confundas.

Miré al suelo, atribulado.

—Lo siento —les dije—. Todo este asunto me tiene los nervios crispados.

—No pasa nada. Comprendo tu frustración —dijo Marcos—. De todas formas, ¿cómo sabes que ella no es feliz? ¿Te lo ha dicho?

—Pues no. No me lo ha dicho. Pero lo sé. Sé que está atrapada en una vida que no quiere vivir; que habita en una jaula. Y os juro que si pudiera abriría sus barrotes con mis manos desnudas hasta que me sangraran, y la sacaría de ella en brazos para tenerla a mi vera de día y de noche.

Mis amigos se miraron entre ellos y después suspiraron.

—Vamos a convidarle a algo —dijo José Ramón—. *Jartarnos*^[10] de vino es la única cosa que podemos hacer *pa* aliviar su mal de amores... y el mío.

—Pues sí. —Marcos palmeó mi hombro—. A ver si eso os quita la pena.

—Ya os digo yo que no —suspiré yo entonces—. A mí esta pena solo me la quita un beso de sus labios.

Mis amigos, queriendo animarme, cumplieron con su promesa y me invitaron a unos cuantos vinos, que entraron sin que me diera cuenta entre tapa y tapa. Y después de la cena vinieron otros pocos más, y unas cuantas copas de licor de marrasquino en el café. Javier se empeñó en ir a un local cercano a la Puerta de Alcalá que se había puesto muy de moda, y nos montamos en la berlina de Marcos que lo andaba esperando en las cercanías. Habríamos ido andando, pero unas nubes negras asomaron de nuevo por la sierra y terminaron tapando la luna y descargando en la ciudad. A Camila no la había olvidado, eso de seguro, pero al menos tenía el placer de ver doble tal monumento. Y de repente, como invocada por ser divino que estuviera pendiente de mi destino, una idea vino a mi cabeza y la sangre de las venas me ardió por las ganas de llevarla a cabo.

—Para la berlina que me bajo —le dije a Marcos.

Los tres me miraron sorprendidos.

—¿Que te bajas? ¿Por qué? —preguntó él.

—Si la noche no ha hecho más que empezar, Nicolás —dijo Javier.

—Quiero ver a Camila —le señalé.

José Ramón sacudió la cabeza.

—A verla, ¿cómo que a verla?

—Pues con estos ojos, que me duelen ya del tiempo que llevo sin mirarla. Voy a su casa. A esperar que se asome por el balcón y a decirle... ¿Cómo era eso? —dije pensativo, hasta que el texto llegó a mi cabeza—. «¿Qué luz se abre paso tras esa ventana? Es el Oriente y Camila es el sol. ¡Sal, bello sol! Y mata a la envidiosa luna que eres más hermosa que ella. ¡Es mi dama, es mi amor!».^[11]

José Ramón se echó a reír al oírme recitar aquello.

—La virgen, que *avenate*^[12] le ha *dao*.

Cogí la manilla de la portezuela y Javier quiso obligarme a soltarla.

—Tú estás borracho. —Forcejeamos, y ganó él. Mientras lo miraba furibundo, siguió dándome el discurso—: Su casa es una casa decente, ¿quieres que te manden preso por montar un escándalo? Deja que pase la noche y ya mañana veremos. Que a estas horas la muchacha estará durmiendo.

—Si siente por mí aunque sea la mitad de lo que yo siento, durmiendo no estará. Que el amor le quita a uno el sueño.

—En eso tiene razón —dijeron José Ramón y Marcos casi al unísono.

Javier los reprendió con una mirada.

—Voy a decirle a Camila que la quiero y nada ni nadie me lo va a impedir.

—Válgame el cielo —suspiró mi compañero—. Estás loco perdido. ¿Tú no ves cómo llueve?

Como si quisiera hacerse notar, la lluvia apretó y un rayo centelleó cubriendo las calles con su luz blanca.

—Vais a tener que amordazarme si es que queréis que no lo haga. Así que o me ayudáis a hacerlo o dejáis que lo haga solo.

Los tres se miraron entre ellos y después resoplaron.

—Yo conozco a gente de leyes, por si la necesitas —dijo José Ramón.

—No voy a ir a verte a la cárcel, Nicolás Castro. —Javier se cruzó de brazos—. Te juro que no.

—¿Eso es un «sí»?

—No es un «no», que es lo que me gustaría decirte, pero no puedo negarme.

Me eché encima de él para abrazarlo y después abracé también a José Ramón y a Marcos. Entre risas, este último dio orden al cochero de que emprendiera la marcha hacia la casa de Camila.

—Quiero un caballo —dije, volviendo a mi asiento.

—¿Un caballo? ¿Para qué?

—Porque me lo pide el corazón. La otra noche tuve el pensamiento de que, si estuviera en la venta, habría cogido a mi Canela y habría ido a su casa a buscarla a caballo.

—Ha perdido el oremus —rezongó Marcos.

José Ramón asintió.

—Ya os lo he dicho yo antes, pero si es feliz, pues habrá que dejarlo con su locura.

—Esto es culpa del vino, Nicolás. —Javier intentó hacerme entrar en razón una vez más. Quizá el vino tuviera que ver, sí, pero no podía negarle aquel deseo a mi alma, aunque quisiera—. No le eches cuenta y espera que se te pase.

Miré ilusionado, por la ventana, la ciudad calada por la lluvia. Al amparo de un tejadillo, vi entonces a una violetera. Le pedí a Marcos que detuviera el transporte y, cuando lo hizo, me bajé a toda prisa y compré un ramito para dárselo a Camila en cuanto la viera. La muchacha me dio las gracias y me dijo que iba muy guapo.

—Se nota que está usted *enamorado* —añadió.

Terminé por comprarle otro ramito, aunque no supiera qué hacer con él. Luego pensé que tal vez Javier podría regalárselo a su amado. Cuando me despedí de la joven con una sonrisa y subí a la berlina, mi amigo me miró alzando una ceja.

—¿Por qué traes dos ramitos?

—Ay, calla. Que la violetera era muy zalamera y me la ha colado. —Le di uno—. Para que se lo regales a tu Marquitos.

Él lo prendió en su levita y se besaron.

José Ramón los miró de reojo y después negó con la cabeza.

—Eso no es lo que habíamos acordado —se quejó, aunque no con tono de enfado.

Yo soñé con poder besar los labios de Camila algún día y ser tan feliz como lo eran ellos.

En la calle de mi amor, a poca distancia de su casa, detuvieron el carruaje. La lluvia ya no era tan fuerte, pero seguía calando. A mí me daba igual. Solo quería ver a Camila, y ni un aguacero la habría separado de mí.

—Dile al cochero que te preste un caballo —dijo Marcos—. Te odiará por siempre, porque va a tener que desarmar todos esos aparejos que les ponen, pero... ya le regalaré una botella de vino, o dos, para compensarlo. Y las vas a pagar tú, Nicolás Castro.

—Todas las que tú quieras —dije, y bajé de la berlina sin pensarlo más.

Desde fuera, los oí rezongar y reír a partes iguales. Tal y como Marcos predijo, el cochero me miró como si quisiera matarme.

—¿Lo ha dicho el señor?

—Sí.

Tras observar al cielo unos segundos, quizá implorando paciencia, bajó del pescante y se dispuso a desatar al animal. Era un caballo español, de gran fortaleza y largas crines negras. Blanco como la nieve, su pelaje brillaba cual diamante mojado por la lluvia.

—¿Es dócil?

—Como *pa* no serlo llevándolo por Madrid —dijo el hombre.

Acaricié el cuello del caballo y él respondió bien.

—¿Cómo se llama?

—Rufián.

Me eché a reír.

—Nombre raro para un caballo dócil.

—Se lo puso mi niño. —Terminó de quitarle los aparejos—. Va a tener usted que montarlo sin silla.

—No importa.

El cochero puso una manta en la grupa.

—Si va a ver a una moza a su reja, por lo menos que no lo vea con el pantalón sucio.

Le di las gracias y subí a lomos de Rufián, acercándome a la casa de Camila.

Recordé que me había dicho que dormía en una de las habitaciones de la segunda planta y, frente al palacio, atisbé las ventanas que daban a la calle una a una. Cabía la posibilidad de que durmiera en una de ellas, o quizá lo hiciera en las que daban al exterior. No lo sabía. E iba a arriesgarme. Desmonté por un segundo, cogí unas cuantas pequeñas piedras que hallé por el lugar y las lancé con decisión a una de las ventanas, rezando por no romper los vidrios. Subí de nuevo al caballo y esperé. Nadie se asomó en la primera, ni tampoco en la segunda ni en la tercera. Al fin vi una silueta recortándose en la cuarta ventana. La habitación estaba a oscuras y, de repente, se iluminó. Camila salió al balcón ataviada con un largo camisón blanco y un chal rosa a los hombros. La luz de los faroles la revistió con su calidez. Sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando me vio, a medio caballo entre la sorpresa y la fascinación.

—¿Nicolás? —susurró.

Su voz se mezcló con el repiqueteo de la lluvia, que ya amainaba.

—«Habla... ¡Habla otra vez, ángel radiante!»^[13] —le dije, acordándome de las palabras de Romeo.

—¿Qué...? ¿Qué hace aquí? —Miró al caballo y tapó su boca con la mano, aguantando una risa—. ¿Ese caballo es suyo?

—Es prestado. Se llama Rufián —le dije—. Necesitaba verla. Hay algo que quiero decirle.

Ella miró hacia atrás por un momento y también a ambos lados de la calle.

—Es más de medianoche.

—Lo sé. Estoy viendo a la estrella más brillante del firmamento —dije mirándola.

Camila sonrió.

—Baje a la puerta, por favor —le pedí.

—No puedo. —Miró de nuevo tras ella—. Mi tío está despierto, en el despacho.

—Entonces subiré yo.

Esperé a que dijera que sí y, cuando asintió, tuve ganas de gritar de felicidad. Me moría de ganas de estar cerca de ella, aunque tuviera que arriesgarme a partirme la crisma. Ya estaba dispuesto a todo. Llegué con el caballo hasta estar debajo de su balcón y despacio me puse en pie sobre él. El animal se movió un poco, mas yo mantuve el equilibrio.

—Nicolás, por Dios, que se va a matar —dijo apurada.

—No antes de decirle por qué he venido a verla.

Suspiró preocupada.

Alcancé con las manos la balastrada de su balcón y, pugnando por no escurrirme, conseguí subirme a ella. Camila se puso en pie. Ella, a un lado de la baranda; yo, al otro.

—Le dije que subiría. —Al tenerla frente a frente, con el cabello despeinado y aquel camisón blanco que acuciaba a mi imaginación a ver más allá de la tela, las piernas me temblaron y tuve que agarrarme con fuerza a la baranda—. Y como ve, he subido.

Rio por lo bajo, mirando al instante tras ella de nuevo.

—Está loco.

—Lo dice como si usted no tuviera nada que ver.

La lluvia cesó del todo, y se levantó un viento algo frío. Empapado como estaba, sentí un estremecimiento. Aunque ya no sabía si era por eso o porque Camila estaba cerca de mí.

—¿No será cosa del vino? —Me miró vivaracha—. Lo huelo desde aquí.

—Igual un poco —concedí, y se me escapó una risa tonta—, pero sepa que anoche no había bebido, y de haber tenido a mi Canela en la puerta habría venido sin pensármelo dos veces.

Ella sonrió ampliamente, dio un paso atrás y me tendió la mano instándome a saltar la baranda.

Me miró de arriba abajo cuando estuvimos cerca de nuevo, conmigo ya al otro lado. En sus ojos leí unas ganas de mí que me hicieron muy difícil resistir las ansias de estrecharla entre mis brazos hasta el fin de los días.

—Está empapado. Cogerá una pulmonía. —Se quitó el chal de los hombros y lo puso sobre los míos—. Mejor así.

El chal estaba caliente y olía a ella. Agaché la mirada un instante y miré hacia su camión. Tuve que subirla rápido, porque el cuerpo entero se me encendió.

—Perdóneme si la he despertado, pero de verdad que necesitaba verla.

—Estaba despierta.

—¿Tan tarde?

—Pensaba en usted.

Sonreí como no había sonreído en la vida.

—Espero que lo que sucedió ayer no le haya causado problemas.

—¿El qué? —Me miró extrañada.

—Hay rumores de que nos vieron juntos en el cuarto aquel.

—Le he dicho a Lázaro que me confundieron con alguien.

—¿Y le ha creído?

—¿Qué otra cosa iba a hacer? Es mi palabra contra la de ese hombre que nos vio. Si no quiere creerme es cosa suya.

—Me alegro entonces de que no haya supuesto inconveniente alguno para usted.

—No, pero si me ven en el balcón con usted a medianoche, no habrá forma de inventar excusa alguna —dijo—. Así que, por favor, dígame para qué ha venido.

Eché mano del ramito de violetas, que llevaba bajo la levita, rezando porque no se hubiera estropeado, y se lo di. Al verlas su rostro se iluminó.

—¿Ha cogido un caballo y trepado hasta mi balcón solo para traerme flores? —Me miró divertida.

—Siento que no sean claveles, que son sus favoritos. Y no. No solo para eso.

Una vez más, nos miramos a los ojos. No. Esa no es la palabra. Una vez más, Camila y yo nos desnudamos el alma con la mirada y, durante ese instante, estuve seguro de que el mundo había dejado de girar. O la existencia en sí misma se había detenido. O quizá Dios había parado el tiempo para nosotros.

—Tiene que saber que la amo. La amo con todo mi corazón —le dije, sabiendo que, si no lo hacía, la vida dejaría de tener sentido para mí.

Me observó en silencio. Sus ojos, posados en los míos, descendieron hasta mis labios y volvieron a subir. Poco a poco, en su boca se bosquejó una sonrisa que fue como rayo de luz en la noche oscura. Camila iba a decir algo, y entonces un ruido brusco llegó desde el interior de su dormitorio.

—¿Camila? —Escuché.

Eché la cabeza hacia atrás y palidecí.

—Es mi tío —dijo asustada—. Váyase, corra.

Iba ya a saltar la baranda cuando ella me cogió del brazo y me retuvo. Sus labios, sin que lo esperase, se posaron en mi mejilla. Podría haber saltado desde el balcón y no haberme pasado nada, porque ella me acababa de dar alas con ese beso.

—«Mil veces, buenas noches» —susurró.

—«Mil veces malas, por faltar tu luz» —le dije.

Ella sonrió una vez más y se marchó hacia adentro.

—Sí, tío —dijo, y la perdí de vista.

—¿Qué hacías ahí afuera en camisón? —dijo él.

—Tenía calor.

—¿Calor? Por el amor de Dios, vuelve a la cama.

Y ya no oí más, porque estaba subido en Rufián y había emprendido el trote de vuelta a la berlina, con el chal de Camila sobre los hombros y el calor de su beso vibrándome aún en la piel.

Regresé; y mis amigos, que estaban fuera de la berlina fumando un cigarro con el cochero, rompieron a aplaudir cuando me vieron llegar. Desmonté, devolviéndole el caballo a su dueño, no sin antes abrazar el cuello del animal para darle las gracias, y fui con ellos para abrazarlos también. Una especie de euforia nos invadió y acabamos dando saltos.

—¿Se lo has dicho? —preguntó José Ramón.

Asentí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada, porque ha llegado su tío.

Ellos soltaron una exclamación de fastidio, que se cortó de golpe cuando les dije que me había dado un beso en la mejilla. Me volvieron a abrazar.

—Esto no va a acabar bien, que lo sé yo —dijo Javier—. Pero mira, lo de esta noche no lo vamos a olvidar en la vida.

Y razón tenía. No lo olvidaría jamás. Aunque sobre si iba a acabar bien o no, no tenía ni idea, miré al cielo y le pedí a la luna, que iba y venía entre las nubes, que nos bendijese, porque si algo había visto ella eran amores en el mundo y sabía reconocer los que eran de verdad y los que no.

—¿Seguro que no quieres ir a ver a Cristina? Que ya que estamos... —sugirió Marcos.

—Pregúntamelo dentro de otro par de vinos —contestó José Ramón—. Que para colarse en la casa de los Galí hay que saltar una reja, y yo en las alturas me mareo.

Nos echamos a reír y volvimos a la berlina. Cuando el cochero estuvo listo, nos fuimos a recorrer Madrid y sus tabernas hasta que despuntó el día para celebrar lo pasado.

Cuando caí en la cama, de no haber tenido el chal de Camila entre mis brazos y sentir su seda contra mi pecho desnudo, habría creído que lo que pasó no fue nada más que un sueño. Me dormí con una sonrisa en los labios y el recuerdo de su beso arropándome el alma.

Capítulo 10

Alguien debía de haber metido el sol en la habitación porque de otra manera no me explico la cantidad de luz que entró en ella cuando Javier, cerca de las cinco de la tarde, decidió descorder los cortinajes. Yo andaba entre este mundo y el de los sueños desde hacía rato, con la necesidad de levantarme para ir al aseo, pero con la imposibilidad de hacerlo a causa del terrible dolor de cabeza y de estómago que tenía. Entreabrí los ojos y lo miré de soslayo, dándome cuenta entonces de que estaba vestido —y no con la ropa del día anterior— y más fresco que una lechuga.

—¿Tú eres humano? —le dije, tratando de incorporarme.

—Uno que tiene ya experiencia en la vida y está curtido. —Alzó las cejas con aire autosuficiente—. Y anoche te dije que no mezclaras el vino de Málaga y el marrasquino, y no me hiciste ni caso.

—¿Cuándo? —Ni me acordaba.

—Entre el primer y el tercer baile que te echaste con una moza de esas que quitan el sentido.

Recordaba haber entrado al local y también recordaba haber visto a José Ramón irse con una muchacha, pero lo demás estaba algo difuso. Traté de hacer memoria y, de forma lejana, recordé unos ojos muy negros y unos labios rojos como la sangre. Y esos labios muy cerca. Y esos ojos también. Y mis manos en la cintura de la moza.

—Javier. —Debí ponerme blanco como la cal—. Dime que no hice ninguna locura que me muero aquí mismo.

—Aparte de la de ir a caballo a ver a Camila, ninguna. Pero porque José Ramón engatusó a la morena con la que bailabas y se la llevó con él, que si no a saber qué habría pasado. A ella le gustabas más tú.

Me alegraba porque José Ramón al fin fuera a «transitar otras lindes», pero me preocupaba el hecho de haberle dado creer a la muchacha cosas que no eran.

—¿Es que le di a entender que era mutuo o algo?

Se echó a reír.

—Eso habría querido ella, pero no dejaste de hablar de Camila en toda la noche.

Solté aire y me dejé caer de nuevo en la cama. El techo me dio vueltas al hacerlo, pero eso era lo de menos. No había faltado a mi amor por culpa del exceso de vino y era lo único que me importaba. Tendrían que atarme para que volviera a beber como había bebido aquella noche.

—Gracias a Dios —suspiré.

—Bueno, Tempranillo —me dijo, supongo que por lo del caballo—, tengo una buena noticia y una mala. ¿Cuál quieres que te dé primero?

—¿Y tienes sales? El estómago no me deja vivir.

Javier abrió el cajón de su mesita y me las preparó. Las bebí, esperando que acallaran la resaca del día anterior, porque de otra forma se me haría imposible salir de la cama.

—Te tomas esto y en un rato te voy a por un café cargado y un bocadillo de chorizo riojano de los de doña Lola, y como nuevo. Que, por cierto, nos espera regañina. Ya sabes que no le gusta que lleguemos tan tarde y tan alegres.

Asentí a lo primero. Él sabía más que yo de borracheras así que no iba a decirle que no. Sobre lo segundo, pues nos lo merecíamos.

—Hablando de regañinas, cuando venga a verme mi madre no le vayas a decir que me he emborrachado, que me deshereda.

—Y a mí me corre a golpes de aquí a la venta. Ya tenemos bastante con doña Lola. Así que no te preocupes, que tu secreto está a salvo conmigo. —Hizo una pausa en la que sonrió de forma pícaro—. Conmigo, con la moza y con medio Madrid. Que el café estaba a rebosar.

—Ay, calla. —Me tapé la cara con las manos y resoplé.

Se echó a reír.

—La buena o la mala. Responde.

—La buena.

—Mis padres han invitado a su tío a mi cumpleaños.

Lo miré extrañado.

—Al tío de quién.

—Al de Camila, *atontao*.

—¿Irá con él a la fiesta? —dije ilusionado.

—Sí. Así que tendrás otra ocasión para verla.

Aquello casi me hizo saltar de emoción, aunque se me fue rápido por lo que mi amigo dijo a continuación.

—Aunque, no es que quiera ser yo pájaro negro, pero seguramente acuda también su esposo.

—¿Pájaro negro? Eres peor que un *nublao* —le dije refunfuñando.

—Vamos a prepararnos, que en tres horas es mi fiesta y hay que dejarlos a todos encandilados. Venga. —Me apremió—. Levántate y aséate. No me he gastado buena parte de mi paga en esa levita como para que ahora no te la pongas.

La miré de reojo. Era una levita roja de terciopelo que debía de haber costado buenos reales. Su manufactura era sublime y sus botones, de un precioso dorado. Junto a esta estaba el resto del conjunto: pantalones oscuros, camisa, chaleco color marfil y unos zapatos. También nuevos. Generalmente, Javier decía que a ese tipo de fiestas había que llevar frac, así que algo tan vistoso como aquella levita me hizo sospechar que no sería un evento normal. Todo cortesía de mi mejor amigo. Sin duda me gustaría verme con aquellas ropas. Pretender que era uno más entre la grandeza del país por una noche. Olvidarlo todo. Buscar a Camila entre la gente y, cuando al fin la viera, no dejar de mirarla hasta que se consumiera la última vela. Sin embargo, sabía que no estaría sola, y eso me aguaba la fiesta. Me senté al borde de la cama junto a mi amigo y lo miré muy serio.

—¿De verdad quieres que vaya, sabiendo que Camila estará con ese mentecato que ahora es su marido? No sé si podré disimular cuando la vea, después de lo de anoche.

—Mentecato. —Soltó una carcajada—. Qué suavón eres. Lázaro de Torres es un hijo de puta con todas las letras. Me he enterado de que se está haciendo un palacio con el sudor de la frente de los esclavos con los que trafica.

—No entiendo cómo ha podido casarse con él.

—Tú y yo somos hombres, Nicolás. Podemos elegir.

—He conocido mujeres que han elegido. —Victoria y Lily, por ejemplo—. ¿Por qué no ella?

—Ven a la fiesta y pregúntaselo. Es la única forma que tendrás de salir de dudas. Y ahora, ¡levántate y lávate un poco, que hueles a desesperación otra vez!

Lo fulminé con la mirada, medio en broma, y después me olí la camisa. No olía a nada, y mucho menos a desesperación, pero me asearía igualmente porque pretendía acercarme a Camila más que nunca. Más incluso que la noche anterior. Si es que ella quería, claro. Miré el chal sobre la cama y sonreí. Las ganas que tenía de verla de nuevo eran infinitas.

Me arreglé, y Javier se ocupó de anudarme el corbatín y peinarme el cabello hasta dejarlo impecable.

—Me resulta gracioso que aparezcas en tu propia fiesta como si fueses un forastero —le dije—. Al fin y al cabo, es tu casa.

—¿Quieres que te sea sincero? No me gusta mi casa. Es demasiado grande y siempre hay alguien observándome; esperando adularme y complacerme.

—¿Y eso es un problema para ti? Con lo presumido que eres...

—Sí que lo es, créeme. Todos necesitamos algo de espacio y también sentirnos útiles. Y es muy complicado saber que vales para algo cuando son otros los que se ocupan de ti como si aún fueras un niño.

—En eso no puedo quitarte la razón. Hacía muchas más cosas antes de llegar aquí. Sacar agua del pozo cada mañana, cortar leña... Me acuerdo de cuando enseñé a Luna a traerme el cubo vacío de la cocina y a apilar los troncos. —Sonreí; y Javier, que conocía de sobra a mi loba, lo hizo también—. Echo de menos todo eso. Y a ella mucho más.

—Pregúntale a doña Lola a ver si te deja traerla aquí. Igual la puede enseñar a pelar patatas.

Me eché a reír y después suspiré.

—En fin, que ya no hago nada útil. Por no hacer, no estoy ni estudiando.

—Tendré que invitarte a nuestra finca algún día para que la proveas de leños para el invierno.

—¿A cuál de ellas?

—A la de Toledo. —Se apartó un poco de mí para comprobar que toda mi vestimenta estuviera en orden y después asintió complacido—. Listo.

—Unos tanto y otros tan poco.

—Así es la vida —dijo yendo a mirarse al espejo y dándose los últimos retoques—. Yo daría esa finca y otras siete por tener lo que tú tienes.

—¿Yo? —Lo miré extrañado—. ¿Qué tengo yo?

—La libertad de gritarle al mundo el amor que sientes. Eso, o tus hombros y tus abdominales. Son envidiables.

—Camila está casada —gruñí.

—Otra vez vuelta la mula al trigo. Ni que te hubiera importado anoche cuando llegaste a caballo bajo su balcón y le dijiste que la amabas —resopló—. Ojalá el matrimonio fuera mi único obstáculo en el amor.

—¿Vendrá Marcos a la fiesta?

—Ay, mi Marquitos —suspiró—. Pues claro que va a venir, qué preguntas haces. Hemos acordado que llevaremos el corbatín del mismo color y espero que se ponga esa levita italiana que tanto me gusta. ¿Nos vamos?

Asentí y, tras coger el abrigo, salí con Javier. Abajo estaba esperándonos una elegante berlina en la que nos subimos y emprendimos el camino.

La noche estaba cayendo y arrancaba el naranja al sol para mezclarlo con el púrpura del ocaso. A esas horas, los encargados del alumbrado público iban prendiendo los faroles de gas. Por norma general había un farol en cada esquina, aunque en los barrios más opulentos, estos eran más numerosos. El palacio de los Galí estaba muy cerca del de Camila, por lo que, cuando pasamos por delante, el corazón se me encogió y no pude evitar echar una mirada por el ventanal, por si el destino me daba el privilegio de verla antes de lo previsto. Mas no fue así. Suspiré apenado y me recosté de nuevo en el asiento, sujetando el sombrero entre mis manos nerviosas.

Javier me hizo la travesía más corta hablándome de su familia y advirtiéndome de la rectitud de sus padres.

—Cuanto menos hables con ellos, mejor —dijo—. Ya sabes que mi hermana es más agradable, aunque si no fuera la única hembra de la familia, ya la habrían metido en un convento. Pobre de José Ramón como se casen. Más vale que no vaya un domingo a la Plaza de la Puerta de Alcalá o lo confunden con un toro de lidia.

—No hables así de tu hermana —lo regañé, aguantándome la risa por su comentario—, que no es que tú seas un ejemplo de rectitud.

Él se echó a reír.

—Tú de la tuya hablas más bien poco.

—Hay poco que hablar. Gabriela es muy suya. —Su rostro llegó a mi mente haciéndome sonreír. Mi fuerte y valiente hermana, después de cuánto había pasado, sacaba arrestos cada día para ser feliz—. Tiene a mi madre por confidente y ellas dos se entienden. En los asuntos de mujeres no caben los hombres, Javier. En fin, ¿alguien más sobre quién deba de estar prevenido en tu fiesta?

Él miró pensativo al techo antes de contestar.

—No, porque mi hermano mayor está en Cuba, con los negocios de la familia. Lo que es toda una suerte, porque es el ser más insoportable que ha pisado la faz de la Tierra. Cuando supo lo mío me dejó de hablar. Y a menudo me amenaza con contárselo a mis padres —dijo—. Amenaza que sé que no cumplirá, pues yo sé cosas de él por las que

lo desheredarían.

—¿Qué cosas?

—Bueno. Asuntos... de mujeres.

No quise saber más. Prefería ahorrarme los detalles turbios del heredero de los Galí. Ya tenía bastante con las pendencias de uno solo. Entonces, para mi sorpresa, Javier tomó algo que llevaba guardado en una bolsa de tela negra que reposaba sobre el asiento de la berlina, junto a él.

—¿Y esto? —le pregunté al ver que me tendía un antifaz.

Cubría hasta la nariz y estaba hecho de piel negra con ribetes dorados. Dos lazos negros salían de los laterales para anudarlos tras la cabeza y que así quedase fijo.

—Es una fiesta de máscaras. Quería darte una sorpresa —dijo él, con gran ilusión—. Ya sabes que el carnaval se celebra mucho.

Ciertamente, en Madrid las fiestas de carnaval empezaban a finales de enero y no terminaban, lo menos, hasta marzo. Nunca había estado en una fiesta así, por lo que me sentí muy ilusionado al respecto.

—Ven, te lo pondré —pidió.

Me senté a su lado y me giré para que pudiera anudármelo. Cuando lo hizo me pidió que lo mirase y vi en su rostro un gesto de aprobación.

—Creo que no habría podido elegir mejor. Mirarte a la cara con esos ojos tan azules es como ver dos estrellas en el cielo nocturno —dijo.

Sonreí agradecido.

—¿Y tú no llevas ninguno?

—¿Perdona? —fingió estar ofendido—. Soy el rey de la fiesta.

De la misma bolsa sacó un antifaz rojo brillante, repleto de incrustaciones de joyas. Lo ayudé a colocárselo y después lo observé fascinado.

—Estás increíble.

—Lo sé —dijo él—. Va a ser una noche memorable.

Su sonrisa se me contagió y quise creer que así era. Que aquella sería una de las mejores noches de mi vida. Miré de nuevo por la ventana y vi que estábamos ya llegando al palacio.

La fachada era bastante similar a la de la residencia de los Ariza, aunque con dos plantas más y una portada mucho más fastuosa. Los aledaños del palacio estaban a rebosar de carruajes y berlinas, y el camino de entrada a este excepcionalmente iluminado. La gente se dirigía a ellos en grupos o parejas mientras charlaban animosamente sobre lo mucho que se iban a divertir, o sobre otras personas a las que veían.

Las damas llevaban sus mejores galas, generalmente hechas en seda de brillantes colores, y hermosos recogidos con grandes adornos. Los hombres vestían de forma más sobria, aunque igualmente elegante. Y todos llevaban máscaras y antifaces: algunos sencillos, que apenas cubrían medio rostro; otros más adornados, con plumas, cristales y piedras brillantes. Eran verdaderas obras de arte. Buena parte de ellos se anudaban con lazos, como el mío, pero otros tenían un elemento alargado y forrado con lazo de raso para sujetarlo con la mano y colocarlo sobre el rostro o retirarlo a placer. Una vez que descendimos de la berlina, y a medida que nos acercábamos al palacio, el tímido sonido de una orquesta llegó a mis oídos. La música se hizo mucho más fuerte cuando entramos en él, rodeados de una maraña de gente. Los lacayos nos recibieron y tomaron nuestros abrigos, bastones y sombreros.

La entrada, de altos y fastuosos techos, daba paso a una gran escalinata de mármol decorada con una alfombra roja. A ambos lados de esta había estatuas semejantes al *David* de Miguel Ángel. La escalera terminaba a media altura en un gran rellano, y allí se hallaba un grupo escultórico en negro mármol que representaba el rapto de Proserpina.

—Es el mito favorito de mis padres —me dijo Javier al oído, notando que lo miraba embobado.

—¡Javier! —Una voz femenina lo llamó. Giramos la cabeza hacia el lugar de procedencia y vimos a su hermana. Cristina era una muchacha bastante alta, como su hermano, aunque algo más entrada en carnes. Tenía el cabello

negro, rizado, y los ojos grandes y oscuros, muy expresivos. Las mejillas siempre las tenía sonrosadas, y en sus labios había una sonrisa perenne. Aquella noche llevaba un vestido de tafetán en tonos claros, que hacía justicia a su belleza. Un antifaz a juego ocultaba parte de su rostro. Vino casi corriendo hacia nosotros, con un abanico cerrado en la mano, y abrazó a su hermano en cuanto llegó junto a él.

—¡Feliz cumpleaños! —le dijo, y después me miró. Abriendo su abanico lo posó ocultando sus labios—. Buenas noches, señor Castro. Está usted de buen ver esta noche.

Su voz estaba cargada de zalamería y su hermano la regañó.

—Esto sí que no. A Nicolás me lo dejas tranquilo.

—Solo estaba siendo amable. —Bajó el abanico y chasqueó la lengua, tendiendo su mano hacia mí—. Me alegro de volver a verlo.

Como correspondía, la tomé, la besé sobre el guante y después le dediqué una sonrisa.

—Buenas noches, señorita Cristina.

—¿Qué opina de mi vestido? —preguntó ella.

—Es deslumbrante.

—Gracias —dijo, para después mirar a un lado y otro—. ¿José Ramón no viene con vosotros?

Su hermano la miró con gesto divertido.

—¿Tienes ganas de verlo?

—Muchas, pero no se lo digas. —Entre los dos se dibujó una mirada cómplice—. Anda, ven. —Lo cogió del brazo—. Hay un montón de gente que quiere saludarte.

Echaron a andar y yo permanecí en el mismo lugar.

—¿No vienes? —preguntó Javier.

—Mejor que no. Atiende a tus invitados. Te esperaré en... —comencé a decir, y me detuve, pues no tenía idea de dónde ir.

—Sube y después ve a la derecha, es donde está el salón de baile —indicó él—. Ahora te busco, te lo prometo.

Sabía que no volvería a verlo en un rato, pues todo el mundo reclamaría su atención, pero no me importó. Ya tenía a Javier cada día a mi lado, y estaba bien que disfrutase de su fiesta a su aire sin tener que preocuparse por mí.

—Tranquilo. Me las apañaré.

Me abrazó.

—Disfruta de la fiesta —dijo, yéndose con su hermana, que se despidió de mí con una batida de su abanico.

Riéndome por su descaro, subí por la escalera a duras penas, rodeado de gente que lo hacía también. Javier debía de haber hecho bien su trabajo, pues nadie me dirigió una mirada que indicase que no me reconocían como a uno más de los suyos. Algunas damas, incluso, jugueteaban con sus abanicos al verme, lanzándome mensajes que había aprendido a descifrar desde que frecuentaba los teatros. Todas eran hermosas, y seguramente bien posicionadas, mas no me interesaban en absoluto. Mis ojos buscaban ávidamente a Camila, y no hallaría consuelo hasta que la encontrase.

Llegué por fin a mi destino, un salón de excelsa decoración con grandes espejos y enormes lámparas de cristal pendiendo del techo. Todo a mi alrededor brillaba. Las luces eran mucho más luminosas que el resto que hubiera visto. La atmósfera traía infinidad de olores. Los perfumes de las damas se mezclaban con los del vino; el de las flores y las guirnalda que decoraban cada rincón de la estancia —lirios, claveles, rosas y otra infinidad de ejemplares— se mezclaba con el de la hierba fresca que llegaba de los jardines traseros; jardines que podían atisbarse desde las ventanas que recorrían la pared oeste del salón.

El sonido de la música se hizo mucho más patente. Eran pocas las ocasiones en las que tenía el privilegio de disfrutar de esta y por unos instantes cerré los ojos para percibirla mejor. Al abrirlos, contemplé el ir y venir de los bailarines en el centro del salón. Al fondo se hallaba la orquesta, que tocaba un rigodón^[14], baile famoso donde los hubiera y que se bailaba en grupo. Había observado otras veces ese baile y había que conocerse bien los pasos para poder ejecutarlo, lo cual no era mi caso. Javier se había empeñado muchas veces en enseñarme a bailar, pero de

momento no habíamos pasado de unas clases de vals.

En los laterales, distribuidos en sillas y sofás de lujosa tapicería, se sentaban las damas, conversando entre ellas y esperando que algún caballero las invitase a salir. Algunas rellenaban sus carnés de baile; otras mantenían la máscara sobre el rostro y jugaban a apartarla de vez en cuando, lanzando furtivas miradas a alguien de su interés. Sonreí divertido ante aquel juego y volví la vista hacia los bailarines. Fue entonces cuando la vi.

Mis ojos y los de Camila se hallaron una vez más. Dejé de oír la música; dejé de sentir los olores, de percibir las luces. Cualquier cosa que no fuera ella no existía para mí, pues llenaba la estancia con su presencia y su belleza.

Admiré su elegante vestido rojo de gasa y seda, que dejaba sus hombros al descubierto; llevaba unos guantes de seda altos hasta el codo, en color marfil, y un antifaz de terciopelo rojo, que cubría solo sus ojos, adornado con piedras doradas. El lazo carmesí que lo anudaba formaba un bonito contraste con su cabello rojizo, recogido en un elegante peinado, sobre el que brillaba una diadema de lo que sin duda eran rubíes. Adornaba su cuello con la joya que tantas veces había visto, y solo había algo que le restaba esplendor, y era su compañía: Lázaro.

Camila bailaba con él, mas cuando me vio pareció despistarse y sus pasos fallaron. Terminó por dar de bruces con su esposo y ambos se quedaron parados en medio de la sala. Él la reprendió y volvió a tomarla del brazo con denotada brusquedad. Di un paso hacia ellos, impelido por un deseo que surgía de lo más hondo de mi ser; y a punto habría estado de cometer una estupidez y arruinar el cumpleaños de mi amigo cuando alguien me tocó en el hombro y me giré.

—Nicolás.

—Qué susto me das dado, José Ramón.

Iba bien aseado, perfumado y vestido. Sin duda esperaba ver a Cristina.

—¿Has visto a la hermana de Javier? —preguntó, confirmando mis sospechas.

—En las escaleras, hace un rato. Se ha llevado a su hermano a saludar a los invitados.

José Ramón oteó entre el público.

—Como la vea bailar con el que le robó el beso...

—No sé quién es el criminal, pero espero que eso no pase.

—Voy a buscarla. Si la ves, no le digas que me has visto, que quiero darle una sorpresa.

Diciendo esto me dejó solo, y traté de localizar a Camila de nuevo con la mirada. Absorto estaba en tal propósito, cuando llegó Lucas junto a una dama que, al descubrirse el rostro que ocultaba tras la máscara, advertí que poseía una belleza incomparable. Tenía la tez muy clara y el cabello de un negro profundo; sus ojos eran rasgados y oscuros. Su cuerpo, de exuberantes formas, se hallaba adornado por un vestido azul, y en su cuello de piel tersa brillaba un collar de diamantes.

—Nicolás, te presento a mi prometida, Antonella Di Bari.

—Un placer, señorita Di Bari.

—El placer es mío, señor Castro. —Sonó melosa—. Lucas me ha hablado mucho de usted.

—Espero que bien.

—Demasiado bien. —Sonrió, mostrando una sonrisa brillante—. Dice que es usted un santo. *Un uomo esemplare.*

—¿Un qué? —pregunté extrañado.

—Un hombre ejemplar —dijo él—. Y deja de adularlo, Antonella, que me voy a poner celoso.

—No veo el inconveniente —se burló ella, dirigiéndole un mirada pícaro a Lucas.

Un lacayo pasó con una bandeja ofreciendo vino en amplias copas. Lucas tomó una para Antonella y me dio otra a mí. Después cogió una para él y lo probó con un pequeño sorbo. Yo di un trago a la mía, constatando que, tal y como Javier había dicho, se trataba de vino de Málaga, del de su propia cosecha.

El rigodón terminó y la orquesta, por petición popular, entonó un vals. Las parejas se fueron formando poco a poco y llenando de nuevo el lugar con sus elegantes pasos.

—¿No baila? —preguntó Antonella.

Había aprendido algunos pasos gracias a Javier, aunque no me desenvolvía con la soltura suficiente que un evento de tales características requería, así que decidí contestar con una negativa.

—No sé bailar.

—Ah, por favor. Todo el mundo sabe bailar. Bébase eso —dijo ella, tomándose el vino casi de un trago—. Bailará conmigo.

—¿Y qué pensarán el resto de caballeros a los que sin duda habrá anotado en su tarjeta de baile?

Mencioné esa costumbre tan extendida entre las damas de anotar los bailes reservados en un pequeño y decorado libro que llevaban con ellas, para ver si me libraba de Antonella, mas no fue así.

—No se preocupe por ellos. Al fin y al cabo, siempre es la dama la que tiene la última palabra.

Bebí mi vino y, tras dejar ambas copas sobre la bandeja de un lacayo, me tomé del brazo y miré a Lucas con una sonrisa. Fingir que esperaba su consentimiento debía de formar parte de su juego. Él asintió y pronto fijó su mirada en una de las muchas damas que había alrededor, olvidando que la que iba a casarse con él pretendía compartir un baile conmigo.

Casi sin darme cuenta estaba en medio del bullicio. La música cesó por unos instantes que se llenaron con los aplausos de la gente y las muchas voces que pedían una pieza más. Fijé la vista en Camila, que había dejado de bailar y se hallaba frente a Lázaro, esperando la siguiente tonada. Me di cuenta de que él llevaba un antifaz muy similar al mío. Bajo este, sus ojos me dedicaron una mirada de desprecio. La esquivé, mirando de nuevo a Antonella.

—Parece que la señora de Torres es de su interés —dijo ella.

—Es una amiga.

—No se mira a los amigos así —dijo ella, perspicaz—. Ahora, deje de admirarla por unos instantes y obsérveme a mí. Lo más importante en un baile es no perder la vista de la pareja.

Asentí, centrándome en sus ojos. Antonella me pidió que pusiera mi mano derecha en su omóplato izquierdo, y tomó mi mano izquierda hasta alzarla hacia al lado a la altura de sus ojos, posando su mano en mi palma, con delicadeza. Me indicó que cerrase un poco los dedos en torno a la suya.

—¿Sabe contar?

—¿Números?

—¿Qué otra cosa? —Se rio—. Pues cuente hasta tres conmigo. *Uno, due, tre* —dijo, y empezó a moverse a derecha e izquierda, guiándome. Carraspeé nervioso, pensando que perdería el ritmo, y miré hacia abajo; ella me regañó y reclamó de nuevo que la mirase a los ojos—. Y, *per favore*, no piense en la gente. Nadie nos mira. Solo estamos usted y yo.

En comparación con el resto de los bailarines, yo debía de parecer patoso y seguramente despertaría más de una mirada divertida, pero me estaba esforzando en aparentar que llevaba haciendo eso toda mi vida. Era fácil hacerlo con Antonella. Ella parecía haber nacido bailando. Y, a medida que describíamos un círculo en el centro del salón, siguiendo el ritmo de los demás bailarines, fui ganando en confianza y acostumbrándome al ir y venir de los bucles de su cabello y de la falda de su hermoso vestido azul.

—¿Dónde lo aprendió usted?

—En Viena.

—Lo hace muy bien.

—No es lo único que hago bien.

Esquivé su penetrante mirada por unos segundos, sintiéndome muy azorado. Vi entonces a Marcos y a Javier, charlando con Juan, a quien veía por primera vez aquella noche. Lucas se hallaba a unos pasos de ellos, disponiéndose a bailar con una dama de porte elegante y mayor riqueza, a juzgar por las joyas que llevaba. De José Ramón y de Cristina no había rastro.

—¿Le han dicho que tiene unos ojos preciosos? —dijo de repente Antonella. La miré y sonreí.

—Usted también —respondí, por ser amable.

—Gracias —agregó, y volvimos a girar.

Fue entonces cuando me encontré de nuevo con la mirada de Camila. Quise que fuera ella quien estuviera entre mis brazos en aquel baile. Tenerla frente a mí como tenía a Antonella. Coger su mano y danzar hasta que la noche se hiciera día.

—¿A qué se dedica su familia, señor Castro? —preguntó la italiana reclamando atención.

—A otra persona le diría que a la compraventa de vinos, pero seguro que Lucas le ha puesto ya al corriente de mi procedencia.

—En esta noche todos podemos fingir ser algo que no somos. Es carnaval, ¿recuerda? Noche de máscaras. ¿Y qué es lo que ocultan las máscaras? *Segreti. Alcuni inconfessabili.*

—¿Secretos inconfesables?

Sus ojos brillaron.

Sonreí y decidí cambiar de tema.

—¿A qué se dedica su familia?

—Mi padre es banquero, y posee varios periódicos. Uno en Madrid y otro en Roma. Además de ser el dueño de media Toscana.

—¿Y cómo es que se le escapó la otra mitad?

—Dele tiempo. Si en algo se parece a mí es que siempre consigue lo que quiere. —Esa sonrisa, a medias burlona, a medias desafiante, se instaló de nuevo en sus labios rojizos—. Invente usted algo fascinante para mí. ¿Quién quiere ser esta noche? ¿Un almirante? ¿Un avezado héroe de guerra con su... fiel bayoneta?

No se me escapó el doble sentido de sus palabras y me eché a reír.

—Estoy feliz siendo quien soy.

—No es cierto. Apuesto a que preferiría estar en la piel de Lázaro de Torres y tomar las manos que él toma.

Sentí que las mejillas se me encendían. Dimos un giro más y volví a ver a Camila. En sus ojos había tristeza y en sus labios, una sonrisa amarga.

—Sí que va a ser cierto que es usted un santo. Apenas le he dicho nada y ya se ha sonrojado. —Soltó una risita divertida—. Yo podría idear una identidad para usted esta noche.

—¿Y cuál sería?

Antonella aflojó el ritmo del baile y, por unos instantes, acercó sus labios a mi oído.

—Podría ser mi amante. —La forma en la que lo dijo erizó el vello de mi nunca y noté el calor ascender por mi cuerpo.

Me aparté un poco, nervioso, y ella, entre risas, retomó el vals.

—Usted es la prometida de Lucas.

—Esta noche elijo ser otra cosa. Y usted también debería. Olvidemos a Lucas. Olvidemos a la afortunada señora de Torres, a la que usted mira con los ojos llenos de deseo. Seamos solo usted y yo.

Tomé aire, incapaz casi de controlar mis emociones. La belleza y la exuberancia de Antonella eran insuperables, y por la forma en la que me miraba me había desnudado al menos tres veces. Su mente no estaba conmigo en aquel salón; su mente estaba en una de las muchas camas que había en ese palacio y que de seguro eran robustas y con lujosos doseles. Con mi cuerpo sobre el suyo; o al revés. Sin embargo, por más tentador que pudiera ser su ofrecimiento, todo mi ser vibraba por una sola persona, y esa no era ella. Ni tampoco lo era una sola noche de pasión en una cama fría y desconocida. Si me hallaba desnudo ante alguien no sería así.

—Me temo que no soy lo que usted busca.

Antonella me miró con suspicacia.

—¿Está seguro?

—No he estado más seguro de nada en toda mi vida.

Suspiró.

—Qué fastidio. Tendré que buscar a otro.

—¿Y qué pasa con Lucas?

—Lucas tiene sus propios caprichos y yo los míos. Y mientras nos los consintamos, nuestro matrimonio será el más feliz de todo Madrid. ¿De verdad piensa que la llama de los primeros encuentros arde siempre con la misma fuerza? No, mi querido Nicolás. Así que, si alguna vez se aburre de su Camila, venga a buscarme.

La pieza terminó y ella, con una leve reverencia, se alejó de mí, colocándose la máscara sobre el rostro. La observé alejarse y salí del centro de la sala, yendo a buscar algo que beber. Cuando encontré uno de los lacayos, tomé una copa de vino y me la bebí. Metí el dedo entre mi cuello y el corbatín, sintiendo que me asfixiaba. Tenía muchísimo calor y yo no sabía si era por culpa de Antonella y sus insinuaciones, por culpa de la cantidad de gente que había allí dentro, o por la rabia que sentía cada vez que veía a Camila con Lázaro. Me situé en una de las grandes puertas acristaladas, cogiendo algo de aire. Se hallaba abierta de par en par, y por ella se colaba el frescor del jardín.

El ruido de un grupo de voces afuera llamó mi atención y giré la cabeza hacia la derecha. Al hacerlo, percibí una silueta apoyada en la pared, a pocos metros de mí. No me costó reconocer a Camila. Ella tenía la vista fija en el cielo, como si estuviera preguntando a las estrellas por su destino.

—¿Camila? —llamé.

Giró la cabeza por unos segundos y me pareció que hacía amago de marcharse, aunque al final solo volvió la vista al frente y se quedó muy quieta.

—No soy esa mujer a la que busca.

Por su tono de voz me pareció que estuviera molesta conmigo, y aquello me asustó. Así que salí fuera y me apoyé a su lado en la pared, a escasa distancia, para averiguar qué le ocurría.

—Sí que lo es. Reconocería su rostro en cualquier lugar.

—Ah, ¿sí? —Me miró de reojo con cierto desdén, con sus preciosos ojos plateados enmarcados por el rojo antifaz—. Ni que lo hubiera pintado.

No iba a decirle que lo había recreado en mi mente en más de una ocasión. O tal vez sí.

—Lo he imaginado muchas veces.

Camila se sonrojó, y quiso mantener la compostura alzando el mentón.

—Quizá es que ha bebido más vino de la cuenta. Como anoche. Empiezo a sospechar que le gusta mucho el vino, sobre todo el italiano —dijo con retintín.

La miré de reojo y no pude evitar sonreír. Me había visto bailando con Antonella y eso la había molestado. No me gustaba verla enfadada, pero encontraba divertido el hecho de que lo estuviera por eso.

—¿Está celosa?

—Celosa por usted —refunfuñó—. ¿Por qué iba a estarlo? No es que sea nada mío. Ni siquiera después de lo que me dijo anoche.

Deslicé mi mano con lentitud hasta dar con la suya, y la rocé despacio. Noté que aguantaba el aliento, mas no la retiró.

—Solo tiene que decírmelo y seré todo lo suyo que desee.

Camila soltó el aire despacio. Humedeció sus labios con la lengua y me miró de soslayo. Su mano seguía junto a la mía.

—Soy una mujer casada, Nicolás. No puedo decir lo que deseo o no.

—Pero no lo ama.

Hubo un silencio que se me hizo eterno.

—¿Acaso eso importa? —dijo—. ¿Es que no sabe cómo funciona el mundo?

—Me da igual el mundo. He decidido que mi corazón le pertenece y nada va a separarme de usted.

—No sabe lo que dice. —Miró de nuevo al cielo y suspiró—. Usted y yo no podemos estar juntos, aunque queramos.

—Se equivoca.

El sonido de unas escandalosas risas nos interrumpió y ambos nos separamos el uno del otro hasta estar a una distancia prudencial. Miré hacia el lugar de donde provenía el sonido y vi que eran Marcos y Javier, que abandonaban el palacio y corrían en dirección al jardín. Lo hacían acercándose mucho, para después volverse a separar. Como dos aves que bailasen la danza del cortejo.

Cuando los perdí de vista tras los setos del jardín, me moví hasta estar frente a Camila, y ella miró a un lado y otro, nerviosa, por si había alguien cerca. Sin embargo, estábamos solos. Solos en medio de aquel lugar repleto de gente, en el que el bullicio de las conversaciones y la música molestaban a la quietud del jardín. Tomé su mano y tiré de ella, alejándola de la pared y llevándola conmigo hacia el jardín.

—¡Nicolás! —Aunque esgrimió una queja, lo hizo entre risas. No se detuvo ni un solo instante. Su *segreti inconfessabili* de aquella noche era que quería que aquello sucediera. Quería, al igual que yo, perderse en aquellos jardines. Lo sé porque al final fue ella quien me adelantó y echó a correr, agarrándose el vestido y haciéndome señas para que la siguiera. Y lo hice. Como el pintor que sigue los trazos de un cuadro que le obsesiona; como el barco que halla un faro cuando se cree perdido.

Juntos llegamos a una zona de excelsa vegetación, con algunas estatuas de faunos y ninfas dispersas entre esta, en cuyo centro había una fuente rodeada de parterres a rebosar de flores. Llamaron mi atención unos claveles de brillante carmesí y, sabiendo que eran sus flores favoritas, me agaché para coger uno. Saqué la pequeña navaja que siempre llevaba conmigo y lo corté. Me puse frente a ella y, apartando delicadamente uno de los mechones de su cabello, lo coloqué sobre su oreja derecha. No pude más que detenerme a admirarla. El clavel rojo realzaba su belleza y hacía juego con el rubor de sus mejillas y de sus labios. Esos a los que ahora observaba anhelando besar. Tragué saliva, sabiendo que si los miraba mucho más no podría resistir lo que clamaban mis entrañas. Hasta la sangre de mis venas me pedía que la besase.

—Yo también tengo algo para usted —dijo tras darme las gracias.

—¿El qué? —pregunté, guardándome las ganas.

—Lo he traído con la esperanza de verlo.

De su pecho sacó un pequeño bolso de terciopelo y me lo tendió. Estaba tibio y, al saber que había estado en contacto con su piel, allá donde me habría gustado poder tocarla, me estremecí. Metí la mano en el bolsito y saqué un papel cuidadosamente doblado.

—¿Qué es?

—Lo último que he escrito.

Sonreí de oreja a oreja.

—¿Y me concede el honor de ser quien lo lea? —pregunté ilusionado.

Asintió decidida.

—No es que yo sea una gran escritora, pero... ahí están algunas de las cosas que pienso y, bueno, quizá quiera leerlas.

—Por supuesto que quiero —dije, y desplegué el papel para hacerlo.

—No lo lea delante de mí, por favor —pidió ella con apremio.

—¿Por qué?

—Me da vergüenza.

Solté una carcajada.

—Qué tontería. Ya sé que usted escribe muy bien.

—No es cierto. Por favor —pidió suplicante—. No lo haga.

—De acuerdo —concedí—. Entonces tendré que llevármelo y devolvérselo en otra ocasión.

Camila asintió.

—Así tiene una excusa para volver a visitarme —agregó, con una sonrisa.

—Eso me haría muy feliz. —Sonreí también, y guardé el papel de nuevo en el saquito, para meterlo en uno de mis bolsillos.

La vi frotarse los brazos. Llevaba los hombros desnudos y el frío de la noche no era para tomárselo a broma. Me quité la levita y la puse sobre ella.

—Usted se va a helar —dijo.

—Me dio su chal cuando yo tenía frío, qué menos que darle mi calor ahora que lo necesita. Además, no se preocupe por mí. He montado a caballo por el monte con poco más que una camisa, en pleno invierno. —A veces incluso sin ella—. Estaré bien.

—Por favor, no diga esas cosas.

—¿Por qué? —La miré con curiosidad.

Me observó de arriba abajo, como la noche anterior.

—Va a sonrojar a las estatuas del jardín. Y ellas están hechas de piedra.

Sonreí de oreja a oreja y después miré al suelo, azorado. No sabía dónde meterme, ni qué decir. Solo quería estrecharla entre mis brazos.

—¿Quiere caminar un poco más? —pregunté al fin.

—Sí, por favor. Si tengo que volver a la fiesta juro que me pondré a gritar.

Reí por su comentario.

—La fiesta no estaba mal.

—No, pero la compañía era espantosa.

—¿No cree que estarán preocupados por usted?

—Seguramente lo estén. Pero prefiero estar aquí junto a usted que pasar un solo segundo más ahí dentro.

Hubo una mirada más y otra sonrisa que me calentó el alma. De algún lugar llegó el sonido de unas voces. Un hombre y una mujer se hacían promesas. Reconocí al instante que se trataba de José Ramón y, por lo que decían, la otra debía de ser Cristina. Le hice un gesto a Camila para que pasásemos en silencio y no los molestásemos.

—Ya te he dicho que fue una tontería. El amor de mi vida eres tú —decía Cristina.

—Si yo fuera el amor de tu vida no andarías *enreando* con otros. Que si tú no quieres estar conmigo, que me lo digas, que no pasa *ná*, pero no me hagas perder más el tiempo. Mis padres me han *buscao* mujer *pa* casarme.

—¡No se te ocurrirá casarte con otra!

—Depende del caso que tú me hagas.

—Pues mucho. Todo el del mundo. Te prometo que quiero estar contigo, José Ramón.

—No sé yo...

Las voces terminaron por perderse en la lejanía y volvió el silencio.

—¿Cree que cumplirá su promesa? —preguntó de repente Camila.

—¿Conoce a Cristina?

Ella asintió.

—Pues ahí tiene mi respuesta —le dije.

—Podría cambiar por amor.

—Podría, si estuviera dispuesta.

—O si el amor de él fuera lo suficientemente grande.

Teniendo en cuenta que se había echado a los brazos de la *bailaora*, no sabía yo si podía salir en su defensa.

—En cualquier caso, nos acabaremos enterando —dije—. Usted, yo y todo Madrid.

El paseo se cortó al ser cruzado por un arrayán repleto de nenúfares y caprichosos surtidores. Ella, riendo por lo que acababa de decir, se subió en los ladrillos que delimitaban la fuente y caminó por ellos en dirección a la derecha.

—Tenga cuidado.

Me acerqué y extendí la mano para coger la suya. Nuestros ojos se encontraron una vez más y su mirada, cálida, contrastaba con su mano que, una vez más y a pesar de los guantes, sentí que estaba fría. La llevé de la mano hasta el final de la fuente, en un trayecto que le debió parecer muy divertido, porque a medida que ponía un pie y luego otro, intentando mantener el equilibrio, no dejaba de reír.

Al final de la fuente bajó de un salto y soltó después mi mano, mirándome agradecida a la par que enfilamos una zona del jardín, repleta de estatuas. Sin duda al gusto de los padres de Javier, pues recreaba pasajes del mito de Perséfone.

Ella, con su cohorte cogiendo flores del campo; ella, asustada mientras una mano que emergía de la piedra sujetaba sus piernas; ella, tomando los frutos de la granada y, finalmente, frente a la oscuridad de una gruta artificial hecha de rocas, muy parecida a la que había visto junto al estanque del Retiro en uno de mis paseos, la dama sentada en un trono como dueña y señora del Inframundo. Aquella gruta llamó la atención de ambos y nos miramos con la aventura reflejada en los ojos. Sin pensárnoslo dos veces, caminamos hasta adentrarnos en ella. Había algunas antorchas pendiendo de sus paredes, y el reflejo del fuego la hacía todavía más misteriosa. Caminé en cabeza, con Camila detrás de mí.

—La última vez que estuve en una cueva, encontré un cargamento de pólvora robado —le conté.

—Qué emocionante. Yo estuve en una cueva con mi padre en Tanzania, y encontré una serpiente enorme.

—No me gustan las serpientes. Mi madre las detesta. Luna las caza para ella.

—Su loba.

—¿Lo recuerda? —Miré un instante hacia atrás y la vi sonreír.

—No he olvidado un detalle de la mañana que pasamos juntos en Galicia.

Su forma de decir aquello me animó a dar un paso más: extendí mi mano hacia atrás y, cuando sentí que ella la cogía, la felicidad llenó mi rostro. A medida que nos alejábamos del jardín y penetrábamos en la cueva, la atmósfera se hacía más templada y silenciosa. Y, de repente, tras un recodo, hallamos un lugar que nos dejó a ambos boquiabiertos. Un pequeño lago en las entrañas de la Tierra, de aguas azules y cristalinas. Su color era tan excepcional que nos preguntamos si no había sido iluminado así con una especie de sortilegio. Al fondo se hallaba una estatua de un hombre de semblante serio que sin duda debía ser el dios Hades. A su lado, una Perséfone togada, de exuberantes formas, con una corona de rosas, tomaba su mano. Al pie del pequeño lago, Camila se situó a mi lado y ambos nos miramos, sonriendo. La luz azul bañó su piel, mezclándose con el rojizo de las antorchas. Casi parecía irreal. Como una suerte de hada o de princesa de cuento; como un ser divino o mágico.

—Es usted tan hermosa —le dije, girándome hacia ella—. Y lo que es más increíble: es excepcional en todas sus facetas. Nunca había conocido a nadie como usted.

Camila se ruborizó una vez más y se volvió también hacia mí.

—No sea zalamero. —Sonrió—. No es para tanto.

—Sí que lo es.

Me miró atentamente y, sin que lo esperase, levantó sus manos para rodear mi cuello con ellas. Las posó sobre el cuello de la levita y ascendió despacio hasta tocar mi piel, y después el nacimiento de mi cabello. A medida que sus dedos se entrelazaban con él, mi cuerpo entero se estremeció con su tacto y cerré los ojos. Sus dedos siguieron subiendo y cuando hallaron el lazo que cerraba el antifaz lo desanudó hábilmente, para quitármelo después. Una vez que lo tuvo en sus manos, lo dejó caer al suelo, a nuestros pies. El antifaz rodó hasta hundirse en las aguas del lago. Ella fue a quitarse el suyo, mas la detuve, pidiéndole que me dejara hacerlo a mí. De la misma forma en la que ella había posado sus manos en mi cuello yo lo hice también en el suyo. Recorrí con los pulgares la curva de su piel desnuda hasta llegar bajo sus orejas, y mis dedos jugaron con los mechones sueltos de su cabello. Hallé el lazo y lo desanudé despacio, mirándola a los ojos mientras lo hacía. Su pecho se agitaba arriba y abajo; en el mío, el corazón saltaba desbocado. El nudo se deshizo y retiré la máscara, observando su rostro en toda su plenitud. Dejé caer también el antifaz, que se hundió junto al otro.

—Nicolás... —susurró ella y su mano se posó sobre la mía. Sentí el tacto de su guante y la calidez que ahora desprendía bajo este—. Usted...

—Qué... —Mi voz salió ronca. Ahogada por el deseo.

—Usted sabe que esto no está bien. —Retiró su mano de la mía y la bajó, con gesto nervioso.

—¿El qué? ¿Que quiera besarla o que sienta que sin usted no puedo respirar? ¿Que la ame, como ya le dije

anoche, con toda mi alma?

Camila esbozó una sonrisa y clavó la mirada en el suelo por unos segundos, agachando la cabeza. Deslicé mi mano hasta su barbilla y levanté su rostro levemente.

—Míreme a los ojos y dígame que no siente lo mismo que yo.

Hubo un silencio en el que ella escudriñó mi rostro.

—No puedo —dijo al fin.

—Entonces no veo cuál es el inconveniente.

—No quiero herirlo. Ni prometerle cosas que no podré cumplir. No quiero que usted sufra por mí. Si usted y yo... Si me atreviera a... —Su voz, entrecortada, frenaba las palabras que querían salir de su corazón—. Vamos a provocar una guerra que no podemos ganar.

—Póngame a prueba.

—Es tan obstinado. —Chasqueó la lengua fingiendo estar molesta, aunque en su rostro brillaba una sonrisa—. ¿Acaso la insistencia y usted son familia?

Me eché a reír, y posé mi otra mano en su cintura, despacio, hasta rodearla y llegar a la zona baja de su espalda. Con un movimiento lento la atraje hacia mí, hasta que su cuerpo y el mío estuvieron pegados el uno al otro.

—Nicolás... —murmuró ella, azorada.

—Si supiera lo que siento cada vez que pronuncia mi nombre...

—De seguro lo mismo que yo cuando usted pronuncia el mío.

—¿Que el mundo ha dejado de girar? ¿Que la vida cobra un sentido que antes no tenía?

Asintió.

—Que quisiera rozar sus labios lo mismo que los roza mi nombre —añadió.

Esbocé una sonrisa y mi mano ascendió por su espalda hasta llegar de nuevo a su nuca. Acaricié su piel por unos instantes y después tomé su rostro entre mis manos. Las suyas se aferraron a mi espalda y me atrajeron más hacia ella. Camila quería borrar cualquier atisbo de distancia entre nosotros y yo la dejé, porque a mí también me sobraba. Acerqué despacio mis labios a los suyos, y mientras lo hacía, nos leímos el alma una vez más en los ojos, antes de cerrarlos.

La besé despacio, dejando que nuestros labios se conocieran, que jugasen a buscarse y separarse, hasta abrirse poco a poco anhelando hallar los secretos que nuestras bocas guardaban. Me rendí a su sabor a miel y la rodeé entre mis brazos, apretándola con fuerza contra mí, hasta casi perder el aliento. Tenía a Camila conmigo y nada más me importaba. Cuando nos separamos, sus ojos y los míos volvieron a encontrarse y me di cuenta entonces de que éramos uno. De que habíamos atisbado en nuestras almas y estas se habían entrelazado dispuestas a no separarse jamás. Sentí cosas que jamás había concebido. Sentí ganas de gritarle al mundo que la amaba. Que no sabía desde cuándo, ni tampoco por qué, pero sus ojos de hada me habían hechizado y ya nada podría separarme de ella.

Sus mejillas eran del color de las cerezas y en su rostro había una sonrisa cálida.

—No sé qué vamos a hacer ahora —dijo.

—Besarnos otra vez. Besarnos hasta el fin de nuestros días.

Y la besé. Y ella correspondió a ese beso con otro. Y perdí la noción del tiempo entre sus labios.

—Esto es una locura —susurró, a medio camino entre la ilusión y el miedo.

La atraje hacia mi pecho y besé su frente.

—Todo irá bien, Camila. Estaré a su lado, pase lo que pase.

Ella se separó despacio y me miró preocupada.

—Pero ¿qué vamos a hacer? No puedo estar sin usted, pero tampoco lo contrario. Soy una mujer casada.

Tragué saliva. Durante un tiempo, mientras sus labios y los míos se hallaron juntos, olvidamos todo lo demás; y ahora, el fantasma de la realidad nos asaltaba, como la bruma en una noche oscura, amenazando con cegarnos.

—No lo sé aún —le dije—. Lo que sí sé es que buscaré la forma de tenerla a mi lado y la encontraré, cueste lo que cueste.

Ella asintió, mirándome con los ojos llenos de esperanza, y volví a besarla. Hacerlo era como cumplir un sueño que era imposible. Tras ese beso nos obligamos a volver a la fiesta a pesar de las reticencias; a pesar de que nuestros labios se buscaban una y otra vez. Las máscaras habían caído al agua y no pensamos siquiera en recuperarlas, así que tendríamos que fingir que las habíamos dejado en alguna parte. Poco antes de alcanzar el edificio, ella me devolvió la levita. Yo besé sus hombros desnudos y llevé mis besos poco a poco hasta encontrar una vez más su boca. Y con aquel último beso de la noche sellamos el pacto que antes habíamos firmado. Ese en el que éramos uno solo.

Una vez de vuelta al salón, entré primero y me mezclé con la gente. La música seguía sonando y las parejas bailando. Nada había cambiado allí dentro. Busqué a mis amigos con la mirada y los hallé a todos casi al borde de la embriaguez, junto a un sofá en el que se hallaban sentadas Cristina y Antonella. Debían de ser ya más de las tres de la madrugada y empezaron a servir bocadillos de pan con relleno, muy refinados.

—¿Quieres un canapé? —preguntó José Ramón nada más me acerqué a ellos.

Parecía feliz, así que imaginé que al final la conversación con la de Galí había llegado a buen puerto. Rehusé su ofrecimiento con un gesto de cabeza y miré de reojo esperando ver llegar a Camila. Tenía el sabor de sus labios en mi boca y no iba a borrarlo comiendo. Acababa de separarme de ella y ya la echaba tanto de menos que me dolía el pecho. Javier me miró entrecerrando los ojos y me arregló el corbatín, que al parecer se me había descolocado entre un beso y otro.

—¿Dónde has estado?

—Dando un paseo por los jardines. El ambiente aquí está algo cargado.

Todos miraron de repente hacia un punto y giré la vista hacia allí. Camila acababa de llegar. Por unos instantes, sus ojos y los míos se encontraron. Hubo una sonrisa fugaz en nuestros rostros que se desvaneció al ver que Lázaro se acercaba a ella. Tocaba fingir otra vez una vida que no quería. Me pregunté entonces por qué se había casado con él. No le había formulado tal cuestión aún, quizá para no incomodarla; quizá porque estaba perdido en sus besos. Pero lo haría. Tenía que saber por qué alguien como ella elegiría compartir su vida con alguien como él. Debía de haber una razón de peso y, con ella, estaba seguro, alguien había anulado la voluntad de Camila.

Observé cómo Lázaro la reprendía, seguramente por su ausencia. Y entonces apareció su tío también y la miró con gesto reprobatorio. Ella asentía y clavaba la vista en el suelo, inventando alguna excusa que pudiera convencerlos. Mas no funcionó, porque Lázaro la tomó del brazo de forma brusca y tiró de ella hacia la puerta. El clavel que yo había puesto en su cabello cayó al suelo y para mí fue como si, al hacerlo, toda la sala temblase. Camila lo miró entristecida y quiso cogerlo, pero Lázaro lo pisó, de la misma forma que aplastaría un insecto molesto. La música seguía sonando, pero la sala al completo estaba pendiente de ellos. Su tío esgrimió una sonrisa nerviosa y se disculpó ante los invitados más cercanos e impidió que Lázaro y Camila dejasen la fiesta. No sé con qué lo convenció, pero se quedaron; aunque Camila se estaba tragando las lágrimas y sentí que hasta le costaba respirar. Di un paso hacia ellos, dispuesto a encajar mi puño en la cara de Lázaro de Torres, aunque fuese lo último que hiciese, y llevármela después de la mano lejos de allí, donde nadie pudiera hacerle daño. Sin embargo, Marcos me cogió del brazo y Javier se colocó en mi camino.

—¿Estás loco? —masculló este último.

Pasó un lacayo cerca con una bandeja y él tomó una de las copas de vino, obligándome a cogerla.

—Bébetela de un trago y te tragas de paso las ganas de armar un escándalo —me dijo, y obedecí, dejando la copa vacía en la bandeja.

Cuando el lacayo se marchó, José Ramón, a nuestro lado, suspiró.

—Te has metido de cabeza en plazas que no vas a saber torear y no va a haber quién te saque. Pero te digo lo que te dije la otra noche, si tú eres feliz...

Suspiré también. Puede que tuviera razón y estuviera andando en terreno pantanoso, mas no me importaba si se trataba de ella. Habría ido a los mismísimos infiernos y vendido mi alma al diablo con tal de tenerla a mi lado.

—¿La otra noche? —preguntó Juan, con gesto intrigado.

—La noche en la que andabas preparando eso en la sierra, Nicolás se montó en uno de los caballos de la berlina de Marcos y, borracho como un marinero, trepó al balcón de la de Ariza y le robó un beso.

—No se lo robó. Ella se lo dio —apuntó Marcos.

Javier los regañó con un gesto, por haberse ido de la lengua.

—No creo que ni a Juan ni a mis invitados les interesen los asuntos privados de Nicolás. —Lanzó una mirada a nuestro alrededor, al ver que había quien estaba pendiente de nuestra conversación—. Así que hablemos del vino, mejor. ¿Qué os parece el...?

Juan lo interrumpió, algo airado.

—Es la señora de Torres —dijo—. Y eso me parece una falta del decoro y un despropósito sin igual.

—No seas tan sieso^[15] —le manifestó José Ramón—. Que el amor está para disfrutarlo.

Una risa burlona de Antonella se coló en medio de la discusión. Lucas, a su lado, no dijo nada. Cristina, por su parte, nos miraba atenta dando pequeños sorbos a la copa que tenía en las manos.

—Está casada —rebató el pintor.

—Por desgracia lo está, pero eso no significa que lo ame —declaré.

—Mi bisabuelo, hombre de guerra, decía: «Ni te enamores de mujer casada ni montes caballo pinto» —comentó Marcos—. Aunque la mitad de los hijos de las mujeres del pueblo eran bastardos suyos, así que no se aplicaba mucho el cuento.

José Ramón se echó a reír, pero su risa se cortó de forma abrupta por el comentario que Juan hizo a continuación:

—¿Y qué importa si lo ama o no? Su lugar en la vida está junto a su esposo y no junto a ti. Él es un abogado de prestigio y tú... ¿quién eres tú? —Me miró con gesto altanero—. Un ventero de Despeñaperros sin posición alguna.

Tomé aire y apreté los puños. Ya estaba enfadado y esas palabras no hicieron más que agravar mi estado. Iba a replicar cuando Javier intervino:

—Juan, te estás excediendo.

—¿Es que ahora eres amigo del de Torres? —replicó José Ramón, molesto.

—Soy amigo de la decencia.

—¡Pero si pintas mujeres desnudas!

—Hago algo más que eso con ellas, pero todo tiene un propósito. Arte en toda su magnificencia y no mera depravación carnal. ¿Tú sabes lo que es eso? Claro que no. —Miró de soslayo a Cristina—. Y tu novia, tampoco.

Esta alzó las cejas, sorprendida. José Ramón saltó en su defensa.

—No le faltes el respeto a Cristina, que no respondo de mí.

José Ramón y Juan se miraron de frente, como si fueran a embestirse. Javier iba a intervenir, pero yo me puse antes en medio de los dos, dando la espalda al cordobés.

—No te hacía con tanto veneno, Juan —le dije—. Pero ¿sabes lo bueno de ser un ventero de Despeñaperros? Que sé tratar con las serpientes y conozco todas sus picaduras; y la tuya, por más que te pese, no es mortal. Escuece, pero no mata. Así que vete a esputar veneno a otra parte.

Juan dio un paso hacia mí y aquello habría terminado en tragedia de no ser porque Javier intervino.

—¡Ya está bien! Por el amor de Dios, es mi cumpleaños. Marcos, llévate a Juan a tomar el aire, por favor.

Este asintió y salió al jardín con él. Lucas, que había estado callado hasta el momento, tiró del brazo de José Ramón.

—Yo me llevaré a este.

Mi amigo asintió.

—Y tú te vas a casa antes de que hagas algo de lo que tengas que arrepentirte —me dijo.

La ira que ardía en mis entrañas se aplacó ante las palabras de Javier. Montar un escándalo allí sería faltarle el respeto y no quería eso.

—Lo siento —expresé, agachando la mirada y apretando el mentón.

Él tomó aire y lo soltó de golpe, enfadado. Mas pronto me miró con gesto comprensivo y puso su mano en mi hombro.

—Venga. Te acompaño.

—No hace falta, tienes invitados a los que atender.

—Estaré de vuelta antes de que se den cuenta. Vamos.

Bebí mi copa de un trago y, una vez vacía, Javier me la quitó y la dejó sobre un aparador. Tras decirles «adiós» a los presentes, nos fuimos.

Antes de abandonar el gran salón, busqué a Camila con la mirada y la contemplé con la devoción en los ojos a pesar de que seguramente habría alguien pendiente de nosotros. Me daba igual. Por mí el mundo podía acabarse mientras mis ojos estuvieran puestos en los suyos.

Mas el mundo no pretendía acabarse, ni todas las personas que en él moraban. Y algunas de ellas conjurarían al mismísimo rayo para partirnos en dos y separarnos para siempre. Por más que yo quisiera que la cura a su odio y la fórmula para vencer los obstáculos fuera el amor, había cadenas de acero a las que incluso el fuego de la pasión más absoluta les costaba romper. Aunque no sería aquella noche, pronto sería testigo de la existencia de esas cadenas y de una fuerza tan poderosa como el amor, pero oscura y destructiva.

Capítulo 11

A la mañana siguiente me hallaba embargado por una sensación del todo extraña. Por un lado, me parecía que pudiera volar; por el otro, me sentía atado a la tierra. Como si alguien hubiera enredado mis pies con raíces. Me desperté con la idea de correr hasta la casa de Camila y darle los buenos días a besos; de llevarla a desayunar y a dar un paseo a las Delicias de la princesa. Y cuando más ilusionado estaba con aquella idea, mi mente me mostró la realidad: ella vivía lejos de mí, en una jaula adornada con tapices que valían más que cualquier cosa que yo hubiera tocado jamás. Vivíamos en la misma ciudad, pero era como si estuviéramos separados por un abismo o por un muro que, aunque invisible, era férreo. Me pregunté cuándo podría volver a verla y dónde lo haría. No habíamos quedado en nada y me moriría si no ocurría pronto.

Había estado despierto hasta tarde recordando nuestro encuentro. Recordando sus besos y su dulce rostro cerca del mío. Y, como forma de volverla a tener cerca, había leído las palabras que ella había escrito. Mientras lo hacía, su voz resonaba en mi cabeza como si la tuviera a mi lado. La Camila de aquellas páginas era la misma que había conocido en Galicia; la misma a la que vi en la tertulia: arrojada, valiente, de ideas claras. Algunas de ellas le habrían valido un hueco en el tribunal de la Inquisición de existir años atrás. En nada tenía que ver con la que había pretendido ser: la abnegada esposa de un abogado de prestigio. Callada... No. Más bien silenciada. Porque ese silencio no era por voluntad propia, era impuesto. Y me dolía el alma saber que un espíritu como el suyo había sido subyugado por los deseos de un hombre. Y a ella también, pues en su texto hablaba de los deberes que según el mundo le habían sido impuestos a la mujer para ser parte del orden natural de las cosas, como si al incumplirlos cometiera un crimen contra el mismísimo universo. Camila reclamaba el destino propio de las damas, independiente de sus obligaciones; independiente de la familia que pudieran o no formar. Reclamaba su existencia como individuo desligado de los papeles de esposa, madre y hermana. Una mujer que fuera libre de construir su destino más allá del hombre, dueño de su vida y de sus decisiones. Y este, sabiéndose dueño de ella, se creía con derechos para someterla, como el amo que somete al esclavo. Decía que, del mismo modo que la esclavitud era ya condenada y prohibida, aquella que se ejercía en contra de las mujeres debería serlo también.

Yo, como todos los hombres, había caído muchas veces en considerar a las mujeres como meras extensiones de nosotros mismos. Así fue mientras mi padre vivió. Mas cuando la tisis se lo llevó siendo yo niño y vi a mi madre arremangarse y hacer de varón, todos aquellos preceptos cambiaron. Tomar aquellos papeles que eran asignados al hombre y cumplirlos incluso con más eficiencia de lo que lo hiciera jamás mi padre. Lo vi en ella y también en mi hermana. Y observé que eran tan fuertes y valientes como cualquiera de mi propio sexo. Más resilientes incluso. Todo cambió entonces para mí, pues aprendí a verlas como iguales. Habían dejado de ser una extensión para convertirse en una mitad. Una mitad que por sí sola ya era plena, pero que, al unirse a mí, me complementaba. Entonces llegó Victoria, y vi en ella la capacidad de adaptarse a las adversidades; y ahora Camila me enseñaba una vez más que ese destino que reivindicaba como propio le era más que merecido. Esas palabras, pensé, no podían quedarse solo entre ella y yo, y resolví que tenía que hallar la forma de que fueran publicadas.

Con aquella idea en mente, me disponía a salir de la cama cuando Javier, que no se encontraba en la habitación, abrió la puerta de golpe y apareció cargado con una canastilla y una carta en la otra mano.

—Esto es para ti. Viene de Málaga. Llegó el viernes, pero con el trajín de la fiesta le dije a doña Lola que la guardase hasta hoy. No quería tenerte con la cabeza puesta en Victoria.

Resoplé.

—Déjala ahí. —Señalé con la cabeza la mesita de noche—. Ya la leeré.

Javier me miró alzando las cejas.

—Válgame Dios, chato, cómo cambian las cosas. Antes era llegar carta de Málaga y te faltaba ponerte a bailar.

—No estoy de humor.

—La leeré yo.

Salí de la cama y se la quité de las manos, guardándola después en un cajón del escritorio.

—Ya lo haré más tarde. Ahora no estoy para saber de los asuntos de Victoria.

Javier se encogió de hombros y le quitó a la canasta el trapo que la cubría.

—He comprado unos bartolillos para que doña Lola no se enfade por haber llegado tan tarde estas noches, y he subido unos pocos para nosotros. ¿Quieres?

Miré hacia la canasta por unos momentos. Aquel año había escasez de víveres en la villa y había gente pasando penurias, así que un lujo como ese debía de haberle costado un ojo de la cara. Aun así, sentía el estómago cerrado.

—No tengo hambre.

—Nicolás...

Fui hasta la jofaina y me lavé la cara, frotando con ímpetu. El agua fría despejó el sueño, mas no se llevó mis inquietudes.

—¿Qué quieres?

—Que comas algo.

—Te he dicho que no tengo hambre.

Él chasqueó la lengua.

—Como quieras. Si es por lo de anoche no tienes de qué preocuparte. José Ramón es un pedazo de pan y el enfado con Juan se le pasará. Y el de Juan con vosotros... pues depende de cómo le dé el viento en la cara. Ya sabes que es un tanto particular. Como todos los artistas.

—Sinceramente, Javier, Juan me importa una mierda de grande como el sombrero de un picador.

A mi amigo se le escapó una risa.

—Entonces el hambre te lo quita Camila.

—Lo sabes de sobra —suspiré—. Necesito verla. Abrazarla una vez más. Darle una carta al menos para que tenga algo a lo que aferrarse cuando se sienta sola.

Cogió un bartolillo y lo comió en silencio, mirándome de vez en cuando de reajo. Viendo que no hablaba, me tumbé de nuevo en la cama y metí la cabeza debajo de la almohada.

—Yo sé dónde va a oír misa. —Lo escuché decir.

Saqué la cabeza de debajo de la almohada y lo miré con interés esperando que hablase.

—Mi hermana y ella hicieron migas y se han citado para ir a misa juntas en las Salesas —dijo.

Salté de la cama y me vestí a toda prisa. Javier suspiró y se lavó las manos, poniéndose después el abrigo.

—Voy contigo. Es la única forma de asegurarme de que no cometes ninguna estupidez.

—Escribo la carta y bajo.

—Te espero en la calle. Necesito tomar mucho aire antes de hacer lo que vamos a hacer. Y coge el paraguas. Creo que va a llover.

Se marchó y me senté en el escritorio, colocando un papel en blanco frente a mí y cogiendo mi pluma, tragué saliva. No sabía cómo poner en palabras todas las cosas que sentía mi corazón; cómo describir cada latido, cada ilusión. Cómo decirle que lo era todo para mí. Tomé aire y dejé que mi corazón guiase mi mano sobre el papel.

Mi querida Camila:

Hace apenas unas horas estaba entre mis brazos y ahora no sé cómo fingir que eso no ha pasado. Cómo pretender vivir una vida si no está a mi lado. Usted que ahora lo es todo para mí. Cómo seguir caminando; cómo seguir respirando. Cómo detener mis pasos cuando solo quieren guiarme hasta usted. Para llegar a su lado y volver a abrazarla. Para alejarla de la vida que otros han planeado por usted. Para acompañarla allá donde solo importe lo que usted quiera; lo que usted sienta. Para darle la mano una vez más y ponerla en mi pecho mientras le digo que ese que late lo hace por usted.

Ayer sentí que el mundo se había detenido y, ¿sabe?, no me equivoqué. El mundo se detuvo. Porque no es posible que siga con su curso cuando ya no está conmigo. No puede ser tan cruel. De alguna manera todavía seguimos allí; en aquella cueva a la que habría llamado hogar para

no separarme de usted. Cierro los ojos y nos veo. Cierro los ojos y siento sus labios sobre los míos. Cierro los ojos y siento su cuerpo contra el mío. Y suspiro. Y en ese suspiro van todos los besos que no puedo darle, pero que algún día le daré. Uno detrás de otro. Besaré su boca, sus mejillas, su frente, sus párpados. Besaré su cuello, su pecho, su ombligo y sus muslos. Besaré cada parte de su cuerpo que usted quiera que bese. Besaré su alma como usted ha besado la mía. Enredaré mis manos en su cabello y jugaré a imaginar que sus curvas son las olas del mar. Y me meceré en su orilla. Y será mía; y yo, suyo. Volveré a leer en sus ojos esa parte de mi alma que le entregué la primera vez que la vi. Aquel tiempo en el que fuimos desconocidos no existe para mí, porque mi vida empieza donde empieza usted, y termina con usted. Y es que yo no lo sabía, pero la amo desde el instante en el que sus ojos de hada se clavaron en los míos. La amo desde que la misma lluvia nos mojó a los dos. Y no dejaré de amarla mientras quede una gota por caer desde el cielo.

Siempre suyo.

Nicolás

Tomando aire cerré la carta, me puse el abrigo y bajé a toda prisa las escaleras. Mi amigo estaba abajo, fumando un cigarro. Sin duda, nervioso.

—¿Ya, Lope? Pensé que estabas escribiéndole un entremés.

—Lo siento.

Javier dio una intensa calada y después tiró el cigarrillo, aplastándolo con el zapato. Metió las manos en los bolsillos y, tras ajustarse el sombrero, echó a andar.

—Anda. Más vale que luego me invites a un vino o dos.

Asentí.

—Lo que tú quieras. Te lo debo.

Llegamos a la iglesia a toda prisa. No corríamos, pero casi. Ascendimos la escalinata y cruzamos los arcos de la lonja hasta entrar en el templo, a rebosar de parroquianos. Nos colamos entre ellos hasta que, algo más adelante, vi el inconfundible cabello de Camila. Cerca del altar, parecía concentrada en oír misa. Iba ataviada con un bonito vestido oscuro y a su lado estaba la hermana de Javier, vestida también de forma poco llamativa. Desde luego no podría acercarme a ella en el templo y tendría que esperar a que terminase el oficio. Clavé la mirada en ella esperando que, por un momento, girase su rostro hacia mí y me viera. Por eso, cuando lo hizo, sonreí de oreja a oreja. En su rostro se dibujó la sorpresa y el misal que tenía en las manos se le cayó, organizando un fuerte estruendo y llamando la atención de todos. Camila se inclinó para cogerlo, bajo la atenta mirada de los parroquianos y del sacerdote, y yo aguanté la risa. Javier no pudo contenerla y terminó fingiendo una tos para tapparla.

—Vais a conseguir que acabe en el infierno —dijo.

Lo miré de reojo alzando las cejas y, para cuando volví a mirar a Camila, ella me observaba también con disimulo.

—Me ha visto.

—Ya sé que te ha visto. Y los Gómez, los Ojeda y los Braganza también. Verás las murmuraciones.

—Me da igual. Que murmuren. Algún día saldré de la catedral con ella del brazo. O de esta misma iglesia. Me es indiferente.

—Me temo que para eso vas a necesitar una bula papal. O dos. Y no es que las regalen en Roma.

Alguien nos chistó, mandándonos callar.

Carraspeé; y aunque le pedí a Dios que acelerase el tiempo, pasó más lento todavía si cabe. Cuando por fin terminó la homilía, salimos de la iglesia al tiempo que lo hacían Camila y la hermana de Javier. A punto estábamos de abordarla cuando alguien lo hizo antes que nosotros. Una de las muchas damas de su círculo de conocidos. Mientras hablaba con ella, mi amigo aprovechó y se aproximó a unos amigos que charlaban a pocos metros de ella, para darme a mí la oportunidad de estar más cerca. Me situé dándole la espalda a Camila y eché la mano hacia atrás para tocar un momento su espalda. Ella giró la cabeza y nuestros ojos se encontraron.

—Nicolás —dijo, casi en un susurro—. ¿Qué hace aquí?

—Me moría de ganas de verla.

—Ya ve. Y tan joven —dijo la mujer que conversaba con ella y con la hermana de Javier—. Toda una tragedia.

—Desde luego que lo es —convino la hermana—. ¿Decías algo, Camila?

—No. Nada. Es muy triste —contestó ella.

—¿El qué es triste? —pregunté—. ¿Que no pueda cogerla del brazo y salir corriendo con usted?
—No haga bromas —me regañó—. Ha muerto la hija de un marqués. La encontraron en la calle esta mañana.
—Lo siento —dije—. ¿La conocía?
—Sí.

—¿Cómo que sí? —Oí replicar a Cristina.

Fingí por unos momentos que prestaba atención a la conversación que estaban teniendo frente a mí. Hablaban de un café nuevo que había abierto cerca de la Puerta de Alcalá y, como era de esperar, Javier dijo que lo visitaría.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté a Camila.

—Intentando distinguir lo que es un sueño de lo que es la realidad —contestó.

—¿Y ahora dónde estamos?

—Pues estando usted aquí debe de ser un sueño.

Leí una sonrisa en sus palabras y yo también lo hice, de oreja a oreja.

—Desde luego que lo es.

—¡Hermano! —exclamó entonces Cristina—. ¡No te había visto! Adiós, señora Osorio.

Cristina se despidió de la señora, se situó junto a su hermano y él besó sus mejillas. Camila se giró y se colocó a mi lado. El grupo con el que Javier estaba hablando se marchó también y nos quedamos los cuatro solos.

—¿Cómo se encuentra hoy, señor Castro? —preguntó Cristina con una sonrisa amable.

—Bien, ¿y usted?

—Mejor que bien —dijo—. Es la primera vez que lo veo por aquí. ¿Viene a oír misa a esta iglesia a menudo?

—Nicolás es un hombre devoto —se burló Javier—. Y ahora deja de interrogarlo y cuéntame, ¿lo pasaste bien anoche?

Cristina me miró de arriba abajo, volvió a sonreír y dirigió la atención hacia su hermano para hablar con él. Se puso a parlotear sobre la fiesta y apenas respiró entre palabra y palabra. Yo no le prestaba ya atención. Mis ojos estaban puestos en Camila y mi mano buscó la suya para rozarla.

—Tengo algo que darle.

—¿Otro clavel?

—Otro beso —susurré, acercando un poco mi rostro al suyo.

Javier, que nos había visto por el rabillo del ojo, carraspeó, y Camila y yo nos separamos. Mas al segundo siguiente ya nos habíamos juntado otra vez. Deslicé la carta hasta su mano y ella la guardó en la manga del vestido con disimulo.

—Ya tengo ganas de llegar a casa para leerla.

—¿Lo hará en su dormitorio? Quiero imaginarla haciéndolo.

Miró pensativa al cielo.

—En el balcón de mi cuarto, mirando a la luna, pensando que usted también la mira y sintiendo envidia de ella.

—Tendré que bajar esa luna que envidia y demostrarle así que, a su lado, palidece.

Su sonrisa se acrecentó.

—Si sigue sonriendo así no tendré más remedio que besarla.

—Cristina nos está mirando —dijo.

—Cristina me importa un pepino. De hecho, haría muchas más cosas que besarla si usted quisiera.

—Imagine que quiero. ¿Qué haría?

—¿Cómo de complicado es el corsé que lleva puesto? Si es que lo lleva...

Se le escapó una risa sonora que llamó la atención de los pocos que quedaban en la escalinata de la iglesia.

—Camila, ¿estás bien? —Cristina la miró preocupada.

—Sí. Nunca he estado mejor.

Ahogué mis ganas de ella en un suspiro. La hermana de Javier nos miró con cierto gesto risueño y después se dirigió a su hermano.

—¿Qué vais a hacer ahora? —le preguntó.

—Nicolás me debe un vino.

El rostro de Cristina se iluminó entonces.

—¿Queréis que comamos juntos en casa? —dijo cantarina—. Han sobrado muchas exquisiteces de las de ayer, y padre y madre comen hoy en Toledo con los Vargas.

—Comer... ¿Los cuatro juntos dices? —Camila se mostró sorprendida—. No sé si Lázaro...

—Oh, vamos, Camila. Cuando sepa que estás conmigo se despreocupará. Le haremos llegar una nota. —Cristina la cogió del brazo y echó a andar hacia la berlina que las estaba esperando. Justo en la portezuela se detuvo y le hizo gestos a su hermano—. ¿Venís con nosotras o habéis traído transporte?

—Sí. Esperad. Hemos venido andando.

—Hay un paseo corto desde ese cuchitril en el que vives —dijo su hermana mientras tomábamos asiento. Ellas dos, juntas; Javier y yo, en el asiento de enfrente, el uno al lado del otro.

—Sí. Está ahí al lado —dijo él.

—No está ahí al lado, Javier —repliqué.

—Sí que lo está —zanjaron los tres.

—Madrileños... —murmuré, y nos echamos a reír.

De despertarme con la idea de pasar el día lejos de ella había pasado a tener ante mí la perspectiva de tenerla de nuevo cerca. Y eso me hacía tremendamente feliz.

El viaje en la berlina se me hizo corto, perdido entre las miradas furtivas que Camila y yo nos dedicábamos y la conversación animada de Cristina y su hermano, que relataban con detalles las muchas fiestas que habían dado aquel año y las que pretendían dar.

—He pedido a papá y a mamá que me dejen celebrar una por mi cumpleaños.

Su hermano la miró desconfiado.

—Tu cumpleaños es pasado mañana y acaban de celebrar una por el mío.

—Sabes que me dan todo lo quiero, así que lo tendré. Será este sábado y he pensado algo excepcional para el *cotillón*. Un juego muy divertido.

—Cristina, Cristina... Miedo me das. De tu última fiesta estuvo hablando la gente medio año.

Ella se echó a reír, divertida, y me miró de reojo. Yo, que tenía los míos puestos en Camila, reaccioné a tiempo para mirarla y dedicarle una sonrisa cumplida. En esas estaba cuando llegamos a la casa de los Galí.

La fastuosa y elegante residencia de mi amigo me recibió silente y, en contraste con el bullicio de la noche anterior, se me antojó extraño. Casi parecía otro lugar.

Los criados recogieron nuestros abrigos y demás complementos, y caminamos por los largos pasillos. Las damas lo hacían delante de nosotros, y yo no podía quitar los ojos de Camila, pues temía que si lo hacía se desvaneciese, como si aquel domingo fuera un sueño. Ella se giraba a cada rato y me sonreía, quizá como una prueba de que pensaba lo mismo que yo. Llegamos a un fastuoso salón acristalado, decorado con muebles elegantes en tonos claros, al igual que las telas que lo adornaban. Daba al jardín, por lo que haciendo un esfuerzo casi podía ubicar la gruta donde ella y yo nos habíamos besado. Vi que Camila también lo buscaba con la mirada y entre nosotros se dibujó un guiño cómplice. Tenerla tan cerca y no poder tocarla me quemaba las entrañas y acrecentaba el deseo que sentía por hacerlo. Un deseo que no sabía por cuánto tiempo podría contener.

Cristina la proveyó de los útiles necesarios para poder escribir la nota a su carcelero y, cuando la despachó, las jóvenes ocuparon un amplio sofá tapizado en terciopelo. Javier y yo tomamos asientos en unas sillas dispuestas frente a ellas.

Hubo un silencio en el que nadie habló y todo fueron una sucesión de miradas. Las de Camila, furtivas; las de Cristina, más bien directas.

—Lo vi bailar con Antonella Di Bari —dijo al fin—. Es una gran bailarina, a decir verdad. Ha tenido los mejores maestros de baile. De Viena. No obstante, usted supo estar a su altura, a pesar de que se notaba que no es muy

asiduo al vals.

—En realidad no soy muy asiduo a ningún tipo de baile.

—¿Ni siquiera al rigodón o a la gavota? Los bailes en grupo son menos abrumadores que los que se hacen en parejas. Sobre todo, si la pareja no es del agrado de uno. —Miró a Camila—. ¿Verdad, Camila? Tú bailaste con tu esposo toda la noche.

A ninguno de nosotros nos pasó desapercibida su indirecta.

Camila agachó la mirada y asintió.

—Lázaro no es partidario de que tenga otras parejas de baile.

—Qué acaparador tu Lázaro. —Rio Cristina—. Detesto a los hombres tan posesivos.

Carraspeé nervioso. La sola mención de ese hombre me crispaba. A la hermana de Javier no se le pasó por alto.

—¿Se encuentra bien?

Asentí, y miré de reojo a mi amigo, pidiéndole que me sacara de esa.

—Bueno, hermanita, ¿por qué no tocas el piano? —dijo él captando la indirecta y señalando al espléndido Collard & Collard que había cerca de nosotros—. Nos gustará escucharte.

—Qué gran idea. Aunque prefiero que primero toque nuestra invitada. ¿Camila?

Dirigió la mirada hacia la joven y, aunque al principio se mostró reservada, después accedió a tocar. Fueron juntas hacia el piano. Camila tomó asiento, y Cristina se quedó de pie a su lado, pasando las páginas de las partituras.

—¿Con qué pieza amenizarás nuestra tarde? Dispongo de un gran repertorio.

Los ojos de Camila se movieron por ellas, hasta que dieron con una de su agrado.

—Esta.

—Mendelssohn —aplaudió Cristina—. Es el favorito de mi hermano.

Javier sonrió y junto a él me acerqué también al piano. Quería ver a Camila de cerca y no perderme una sola nota que partiera de sus dedos.

—¿Cuál tocará? —preguntó mi amigo.

—Mi preferida de entre sus *Lieder ohne Worte* —dijo Camila.

—Canciones sin palabras —dije yo, al reconocer el significado de estas.

Camila me sonrió.

—¿Sabe alemán? —preguntó Cristina—. Qué sorpresa.

—Tengo una buena amiga que sí y algo he aprendido.

—Adelante —pidió Javier a Camila.

Esta posó sus dedos sobre las teclas y comenzó a acariciarlas. Una hermosa melodía brotó de ellas, hechizando mis sentidos. Era dulce como ella; armoniosa como su propia voz; cálida como sus labios. Tocaba mi alma de la misma forma que lo hacía ella. Camila y esa canción parecían ser una sola, y yo no podía quitar mis ojos de sus manos, que se movían gráciles sobre el piano, como si hubieran pertenecido a aquel lugar por siempre. La admiré, embobado, preguntándome en cuántas cosas más podría sorprenderme. Cuántas de sus facetas no conocía y tendría que descubrir. Y qué ganas tenía de hacerlo. De ver todos los haces de luz de su alma. De adorarla tanto como ella parecía adorar esa canción, por la forma en la que la interpretaba. Embobado estuve hasta que dejó de tocar, con un sentimiento anidando en mi pecho que lo hizo vibrar. Qué hermosa era... No estaba seguro de merecerla. Era tan perfecta que se me antojaba un ángel que, con sus alas blancas, hubiera venido a salvarme de la crudeza de la Tierra.

Javier y Cristina ya aplaudían cuando yo di las primeras palmas. Había estado tan absorto en ella que el mundo había dejado de existir. Su mirada y la mía se encontraron, y sonreí.

—Eres magnífica —le dije. Olvidando cualquier protocolo, cualquier forma de cortesía. Olvidando que no estábamos solos.

Ella se ruborizó y cedió su asiento a Cristina.

—No sé si me atrevo a tocar nada después de ti —señaló esta—. Nos has dejado obnubilados. Sobre todo al

señor Castro.

No dejé de sonreír en todo momento.

—Sentaos, que yo me pongo nerviosa si hay tanta gente cerca —pidió Cristina—. Pero tú no te vayas, Javier. Quédate a pasarme la partitura.

Aquello me parecía la confabulación de una celestina. Mi amigo asintió, y Camila y yo retomamos nuestro lugar en los asientos. El uno frente al otro.

La música comenzó a sonar. Algo distinta a la anterior, pero igual de hermosa y bien ejecutada. Cristina era, si cabe, mejor pianista que Camila, y eso que su maestría se me antojaba difícil de superar. Mientras el piano sonaba, Camila y yo podíamos pretender estar callados, escuchando atentamente, pero nuestros ojos hablaban por nosotros. Ni su mente ni la mía estaban puestas en aquella canción: habían volado a lugares donde la imaginación se ruborizaría. Recorrí su cuerpo con mis ojos. Desde sus pies, adornados con elegantes zapatos de raso, hasta el escote de su vestido, que trazaba una frontera entre lo que podía ser visto y lo que no, que me habría gustado transgredir en el acto. Mi mirada se detuvo en su cuello e imaginé que lo besaba despacio y que mi boca descubría los senderos de su piel. Sus lunares. Cada recodo hermoso y perfecto que la constituía. Exhalé un suspiro y me aflojé el corbatín: empezaba a tener calor. Y lo sentía en lugares que no me atrevía a pronunciar y que, de ponerme en pie, me delatarían. Mis ojos volvieron a los suyos, y hallé que su mirada estaba clavada en mis piernas y que, al igual que yo, ascendía despacio recreándose en mi fisonomía. Sonreí azorado y me mordí los labios resistiendo la tentación de morder los de ella.

—La comida ya está servida —anunció un criado.

Volví a la realidad de golpe, con el cuerpo enfebrecido por un deseo acumulado.

Cristina dejó de tocar y se levantó del piano. Cogió la mano de Camila y tiró de ella. Esta me miró de reojo una vez más, con una sonrisa en los labios.

—¿No venís? —dijo.

—Sí, sí. Ahora mismo —me excusé, esperando que se marchasen. Nada más hacerlo, Javier, de pie frente a mí, me miró extrañado.

—¿Qué te pasa?

Dirigí la vista hacia abajo de forma disimulada. Él estalló en carcajadas al darse cuenta de lo que me había pasado.

—No te rías, diantres.

—Nicolás, Nicolás —dijo entre risas—. Cada día me sorprendes más. ¿Te traigo unas toallas frías?

—No es necesario. Ya se me pasa solo.

—Si quieres te ayudo. —Me guiñó un ojo.

Sabía que se estaba burlando de mí y le saqué la lengua.

—Calla.

Cuando logré controlar el problema, pude ponerme en pie y acompañar a mi amigo al comedor.

—Teniendo en cuenta lo que te acaba de pasar, que ni siquiera eres capaz de dominar tus impulsos, puedo afirmar y afirmo que estás loco por esa mujer —me dijo de camino.

—La amo.

—Y tanto que la amas. Si con solo mirarla casi tienes que mandar el pantalón al sastre.

Le di un codazo que casi lo hace caer y él me respondió con un cogotazo, para después echar a correr. Lo perseguí y le di alcance, hasta casi subirme a su espalda. Fingiendo una pelea estábamos cuando llegamos a la puerta del comedor y, como activados por un resorte, nos pusimos muy serios y entramos en la estancia fingiendo una actitud normal. Mas en nuestros rostros quedó la burla y el guiño cómplice de la amistad.

Sentados ya a la mesa, con Javier presidiéndola, su hermana a la izquierda y Camila a su derecha, fueron sirviendo los platos; en buena parte canapés fríos y otros muchos que sobraron de la fiesta. Yo estaba sentado junto a Cristina y esta, que era de buen comer, no perdió ocasión de probarlo todo.

—Anoche no comí nada —dijo—. Que no está bien visto que una dama llene de más la tripa en la fiesta. Y entre eso y el calor a punto estuve de desmayarme tres veces.

—Yo creo que fue más bien por las trece copas de vino que te tomaste. O quizá José Ramón, que iba muy bien vestido —le dijo su hermano—. ¿Os habéis arreglado?

Su hermana lo miró sorprendida.

—¿Tantas bebí?

Javier asintió.

—Una lástima entonces que solo se fijan en lo que como y no en lo que bebo. Así tendría que controlarme también. —Cristina rio con ganas y bebió un sorbo de su copa—. Y sí, nos hemos arreglado.

—Me alegro, porque lo tenías mohíno.

—A los hombres hay que hacerlos sufrir un poco, de vez en cuando. —No se me escapó el guiño cómplice que le lanzó a Camila. Yo esperaba, por mi bien, que no le hiciera mucho caso en eso—. Creo que me va a pedir matrimonio al fin. Es que no se decidía, sabéis, pero después de lo del beso, lo he metido en vereda. Espero que se ponga de rodillas y me compre la joya más grande que haya en Madrid.

—No seas caprichosa —la regañó su hermano—. Lo importante cuando uno se casa no es eso.

—¿Cómo no van a ser las joyas algo importante? ¿A que sí, Camila?

—A Camila no le gustan tanto las joyas —dije yo, recordando aquella conversación que tuvimos.

Cristina me miró con media sonrisa divertida, mientras que en el rostro de Camila se dibujó una expresión de cariño.

—¿Lo recuerda?

—Claro que lo recuerdo. Recuerdo cada una de las cosas que dice. —Los tres me miraban y me ruboricé. Teniendo en cuenta el lugar y la compañía, estaba excediéndome, pero cuando se trataba de Camila, sin duda era mi corazón el que hablaba. Tomé aire y me atreví entonces a dejar de lado el trato formal y a hablarle de tú—. Es... agradable oírte hablar.

Hubo un silencio largo, en el que la sonrisa no abandonó el rostro de Camila.

—Bueno, pues a ella no le regales joyas, Nicolás. Me las quedará yo todas, si alguna vez quieres hacerme un regalo —dijo Cristina entre risas, rebajando la intimidad del momento.

Hubo otra mirada dulce entre Camila y yo, y un beso que no nos dimos, pero que habríamos querido darnos.

La conversación derivó en asuntos más triviales, como los próximos eventos de la villa, o las habladurías de unos y otros, hasta que terminamos de comer. Cristina entonces se levantó y nos invitó a dar un paseo por el jardín, aunque sin ella.

—Estoy agotada y necesito descansar un poco. Espero que podáis disculparme.

Asentimos, dispensándola, y la joven miró a su hermano alzando las cejas. Supe que le estaba mandando un mensaje. Sin duda tramaba dejarnos solos a Camila y a mí una vez más, y me hizo sonreír saber que teníamos su favor. Cuando estábamos ya en los jardines, junto a Javier, este fingió que tenía algo importante que hacer y se marchó.

Camila y yo caminamos juntos unos metros más, mirándonos de reojo de vez en cuando y dedicándonos una sonrisa, hasta que nos perdimos tras los setos más altos; y allí, sabiéndonos lejos de miradas indiscretas, no pude más. Besarla era ya una necesidad más que un deseo. La abracé con fuerza y, tomando su rostro entre mis manos, repartí pequeños besos en sus mejillas, su frente y sus labios, para después mirarla a los ojos y decirle lo hermosa que estaba y lo feliz que me hacía poder verla de nuevo. De su garganta emergió una risa divertida y yo le pregunté por qué se reía.

—Me haces cosquillas con tu bigote.

Con aquella frase, Camila dejó también los formalismos atrás. Ya éramos muy cercanos como para seguir tratándonos de usted.

—¿Quieres que me lo quite?

—No —dijo ella—. Me gusta así.

Camila me besó con ganas, jugando con su lengua a buscarme. La rocé con la mía, que se perdió en su boca arrancándole el dulzor. Mis manos estaban en su cintura y tenía que contenerlas para no ir más allá. Las suyas se aferraban a mis omóplatos, agarrándolos con una fuerza que me sorprendió en unas manos tan delicadas. Sus ganas y mis ganas ardían bajo la luz grisácea de aquel domingo de marzo. Y, de la misma forma que había estallado nuestro deseo, la tormenta que había amenazado desde primera hora lo hizo también, anunciando su llegada con un trueno que hizo temblar el cielo. Las primeras gotas cayeron espaciadas, hasta que pronto las nubes se desbordaron y la lluvia se transformó en aguacero.

Cogí a Camila de la mano y corrimos juntos hacia la cueva que había sido testigo de nuestro primer beso. Estaba oscura, pues nadie había prendido aún las antorchas, y apenas un haz de luz iluminaba la entrada. Sequé el rostro de Camila al que la lluvia había mojado como al clavel el rocío, y después me quité la levita y la puse en el suelo, para que pudiera sentarse y reposar mientras la tormenta amainaba. Volver a la casa con la que estaba cayendo nos habría calado hasta los huesos. Ella me dijo que no era necesario, mas yo insistí. Me senté junto a la levita y la señalé con la mirada.

—Puedo sentarme en el suelo —dijo.

—No dejaré que te manches el vestido. Me gusta mucho.

—Pensé que lo hacías por mí y no por mi vestido.

No me di cuenta de que estaba jugando conmigo y la miré preocupado.

—No, no es eso —negué de forma enfática—. Tú me importas mucho más.

Ella se rio a carcajadas y echó la cabeza hacia atrás mientras lo hacía. Resistí las ganas de recorrer la piel de su cuello.

—Era una broma, Nicolás —señaló sentándose a mi lado.

Me rasqué el cogote, azorado, mientras una risa nerviosa llegaba a mis labios.

La lluvia trajo un viento algo frío que agitó la vegetación del exterior y se coló en la gruta. Noté que la piel de Camila se erizaba con un escalofrío y la atraje hacia mí, rodeándola con mi brazo derecho. Ella apoyó la cabeza en mi pecho y suspiró.

—Tu cuerpo es cálido. Como el fuego de un hogar —dijo en un susurro.

Acaricé sus cabellos y la besé en la frente, acercándola más.

—He leído lo que me diste ayer —le dije.

Alzó la mirada hacia mí, con gesto esperanzado.

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado.

Sus ojos brillaron cuando le di aquella respuesta.

—Si consientes te prometo que no cesaré hasta conseguir que tus palabras sean leídas —añadí.

—¿Cómo?

Pensé en Antonella y en que no perdía nada si le pedía un favor.

—Conozco a alguien que tiene contactos en varios periódicos.

—Me temo que sé de quién se trata.

Por su voz adiviné que no empatizaba mucho con quien quiera que fuese la persona en la que estaba pensando.

—¿Quién?

—La dama con la que bailaste anoche —dijo con disgusto.

—¿Cómo lo sabes?

—Es la única persona con la que te relacionaste que tiene poder como para hacerlo.

—¿Y qué te parece?

Apartó su mirada de mí y la clavó en el exterior, allá donde las gotas caían formando ya charcos considerables en la tierra del jardín. Algunas de ellas se resbalaban por la entrada de la gruta, resistiéndose a caer, y, cuando lo

hacían, golpeaban el suelo con fuerza ante nosotros.

—Conozco a los Di Bari, y tienes que saber que nunca hacen nada de forma desinteresada —dijo al fin—. No quiero que te comprometas por mí.

Volví a acariciar sus cabellos.

—Déjame intentarlo —dije mirándola ensimismado.

—Está bien. Pero ten cuidado.

Camila volvió sus ojos hacia mí y alzó su rostro buscando mis labios. Los acarició con los suyos de forma suave, sin dejar de mirarme. La punta de su nariz tocó la mía. Estaba fría y la besé. Ella sonrió y, tras otro beso, se acurrucó de nuevo en mi pecho. Durante unos minutos miramos la lluvia en silencio.

—Tocas muy bien el piano —dije.

—Gracias. Aunque no es mérito admirable. Ya conoces que toda buena dama debe saber tocar el piano para poder considerarse como tal.

—Tienes talento. Y eso no es algo que se consiga solo con la práctica —le recordé—. ¿Por qué has elegido esa canción? ¿Significa algo para ti?

—Era la favorita de mi madre. A menudo la tocaba para mi padre —dijo con ternura—. Y, además, me encanta el significado que encierra su nombre.

—¿Canción sin palabras?

Asintió.

—Hay muchas cosas que pueden decirse sin palabras. —Camila alzó el rostro hacia mí, mirándome—. Y, a pesar de eso, hablan más que aquellas que son pronunciadas con muchas.

—Estoy de acuerdo contigo.

Clavé mi mirada en la suya con el propósito de decirle infinidad de cosas: que la amaba, que tenía la impresión de que sin ella la vida carecería de sentido. Todo cuanto le había dicho en mi carta rondaba ahora mi cabeza y anidaba en mis labios como golondrina que buscara volar. Como si estuviera leyendo mis pensamientos, ella habló de mi misiva.

—Tengo ganas de leer la carta que me has dado.

—La escribí sin saber que podría pasar la tarde a tu lado.

—¿Y si lo hubieras sabido?

—Entonces te habría dicho las cosas que escribí.

Ella se mostró risueña.

—Así que ahora mismo te sientes como si estuvieras guardando un secreto.

—Uno muy poderoso. —Le guiñó un ojo.

Camila se rio.

—¿De qué te ríes?

—No sabes guiñar los ojos sin abrir la boca. —Se apartó de mi pecho y giró el cuerpo hacia mí para mirarme frente a frente—. Verás. Tú haces esto. —Me imitó, guiñando un ojo y abriendo la boca un tanto al hacerlo. Después me indicó cuál era la forma apropiada de hacerlo e intenté igualarla, mas no me salía.

La risa de Camila fue desternillante.

—No te rías de mí. ¡Serás descarada! —Le hice cosquillas en la cintura y ella se rio aún más.

—¡Basta! —exclamó, casi sin aliento por la risa.

No le hice caso y mis manos buscaron más lugares donde tuviera cosquillas. Ella, retorciéndose, terminó con la espalda contra el suelo, mirando al techo de la gruta mientras reía. Aquel juego me había llevado a estar inclinado sobre ella, con mi torso sobre su cuerpo y mi rostro a poca distancia del suyo. Acaricé sus mejillas y después sus labios, con mi mirada clavada en sus ojos. Como con aquella canción, cualquier palabra que dijésemos estaba de más y del silencio fueron testigos nuestros besos.

Perdido en ellos estaba cuando escuché un carraspeo desde la entrada. Sobresaltado, me giré, y Camila y yo nos

incorporamos al punto al ver que se trataba de Javier.

—Lázaro ha venido a buscar a su esposa. Cristina le ha dicho que estabas en el aseo, pero ya ha esperado demasiado y empieza a impacientarse.

Me levanté de un salto y le tendí la mano a Camila. Ella se levantó también y miró a mi amigo preocupada.

—Pero ¿ha dicho algo?

—Está enfadado. No voy a engañarte. —Javier me miró entonces, con inquietud—. Y más vale que no sepa que estás aquí o el Dos de Mayo nos va a parecer una verbena comparado con lo que ese hombre puede montar.

Camila soltó una exhalación que reflejaba sus tribulaciones. Se alisó la falda del vestido y comprobó que su peinado estaba en su sitio. Una ramita se había colado entre sus mechones y yo se la quité con delicadeza. Me miró agradecida, aunque aún con el disgusto en el rostro. Cogí la levita del suelo y, tras sacudirla, me la puse.

—Despedíos aquí ahora que nadie os ve, por favor —dijo Javier—. Tenéis un minuto.

Le di las gracias, y Camila y yo nos abrazamos.

—¿Te veré pronto? —le pregunté.

—No lo sé, pero intentaré escribirte si no es así.

—Está bien. Hallaremos la forma. No te preocupes. —Besé sus labios—. No hay nada que pueda separarnos.

Ella sonrió, aunque había cierta amargura en su sonrisa. La tristeza de la separación se hallaba en sus ojos y nada podía hacer para borrarla.

—Vamos. —Javier nos hizo un gesto para que nos diéramos prisa—. Está en el salón recibidor.

—¿Da al jardín? —pregunté.

—No. Podemos llegar a la casa sin que nos vea, pero después tú subes a la segunda planta y esperas allí hasta que te avise.

Asentí, y tomé de la mano a Camila, para besarla después.

—Hasta pronto, mi amor —me dijo, y después se marchó con Javier.

Los seguí muy de cerca, preguntándome si llegaría el día en el que no tuviera que alejarme de ella nunca más. Una última mirada que encerraba la dulzura de su corazón y de sus sentimientos por mí hubo de bastarme. Camila y mi amigo desaparecieron en dirección al salón recibidor, y yo subí por aquellas escaleras de mármol por las que había ascendido la noche anterior. Una vez arriba, hallé una gran estancia con ventanales que iban del suelo al techo y que daban a la entrada principal, y observé el testigo que la lluvia había dejado en la calle. Los adoquines mojados; los árboles de los que pendían gotas perezosas que se resistían a caer. Y entonces la vi salir. Lázaro la llevaba del brazo, y ella caminaba cabizbaja en dirección a la berlina negra que los esperaba más allá de la reja que separaba la casa de Javier del resto del mundo. Un sentimiento abrumador me encogió el alma. Como si fuera a perderla para siempre. Recordé aquella vez en Galicia cuando abandonamos el laberinto y ella dijo ser Ariadna. Y me sentí como si la llevasen como ofrenda al Minotauro y yo, que debía ser Teseo, tenía las manos atadas y los pies anclados a la tierra. El corazón se me encogió y no pude evitar romper a llorar.

Capítulo 12

Tras aquel domingo sombrío, el lunes no amaneció de mejor humor.

No había tocado un libro en todo el fin de semana, así que iba a las clases a ciegas. Por suerte solo teníamos que asistir a dos aulas, por no sé qué historia sobre un simposio al que habían acudido el resto de profesores. Pronto llegó la clase del doctor Marín y esperé algún comportamiento extraño por su parte; algo que indicase que conocía los rumores que se decían sobre su sobrina y sobre mí, mas todo transcurrió con normalidad. Los cuerpos que había pedido se hallaban sobre las mesas de disección. Dos damas jóvenes. Parecían acusar carencias alimenticias, o padecer enfermedades de la piel asociadas generalmente a la falta de higiene. No obstante, lo que más me llamó la atención fue un detalle muy particular: presentaban un corte bajo el pecho, allá donde se hallaba el corazón. Era un corte muy preciso, hecho sin duda por la mano de un cirujano, que después había sido cosido con la misma entrega. No había una sola que no lo tuviera. Extrañado ante este hecho, esperé a que la clase terminase y le pregunté al profesor Marín por ello.

—Habrà sido un asunto de los del depósito. Quizá un nuevo procedimiento —dijo guardando su instrumental.

—Pero, señor, a todas les falta el corazón. Eso es muy extraño.

Me miró con gesto crítico.

—Nosotros no somos chamanes ni creemos en supercherías como para permitirnos aseverar cosas con lo que nos parece, señor Castro. —Cerró su gabán de forma brusca y alzó las cejas. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos—. ¿Alguna cosa más que quiera decirme? ¿Que le ha parecido ver un fantasma en la facultad, tal vez?

Agaché la mirada y negué con la cabeza.

—No, señor Marín —dije.

—Bien. —Se dispuso a salir por la puerta, mas antes de hacerlo se detuvo y se giró para hablarme—. Por cierto, sepa que hoy lo he notado muy distraído. Confiaba en usted para que fuera mi asistente, pero temo haberme equivocado. Una lástima. Es usted un gran estudiante.

—Le prometo que no volverá a pasar —me excusé, casi suplicando—. Solo he tenido un mal día.

—Y supongo que mi sobrina tiene algo que ver en ello.

Me quedé petrificado. No esperaba que dijera eso así de sopetón.

—Todo el mundo murmura sobre ustedes, y por fortuna Dios no me ha privado todavía de mi oído. ¿Usted quiere ser médico?

—Sí. Por supuesto que sí. Y lo de su sobrina...

Me interrumpió de forma brusca.

—No se vuelva a acercar a ella o enterraré su reputación bajo el estiércol. Haré que le veten la entrada hasta en la última facultad de Medicina de este mundo —declaró, contundente—. Ya evité una vez sus intentos de donjuán y lo haré de nuevo.

—¿Mis intentos? No sé a qué se refiere.

—La carta que le hizo llegar a Lisboa alentándola a seguir escribiendo palabras que no son propias de una dama de su posición.

—¿Qué...? Usted... —Apenas podía articular palabra. La carta había llegado a Lisboa, pero él se había encargado de impedir que la leyese.

—No he sido consciente de que ese Nicolás Castro y usted eran la misma persona hasta hace poco, y menuda sorpresa. Podría dejarlo pasar; sin embargo, su comportamiento en la fiesta del señor Galí dejó más que claro que

sus intenciones hacia ella siguen siendo deshonestas. La puso en boca de todo el salón, y a estas horas, debe estarlo ya de todo Madrid. ¡Usted sabe que es una mujer casada! —me recriminó—. Así que apártese de ella y ceje de una vez en su empeño por arruinarle la vida. Bastante mal le hicieron sus padres educándola como la han educado. Ahora, si me disculpa, tengo que hacer. Buenas tardes, señor Castro.

Tras decir esto salió de allí dejándome con una sensación de frío que recorrió todo mi cuerpo. Desconcertado, me apoyé en una de las mesas de disección, rozando sin querer uno de los cadáveres. Miré a la mujer que sin vida yacía allí. Los estudiantes habían practicado cortes en su piel macilenta. Abrumado por las circunstancias, sentí deseos de vomitar. Mareado, me senté en el suelo y escondí la cara entre las manos.

Camila lo era todo para mí, y no podía elegir entre ella y la medicina. La vida me había brindado la oportunidad de ser médico, algo con lo que no había alcanzado siquiera a soñar, y ahora no podía soportar la idea de perderlo. Mas tampoco quería perder a Camila. No sabía qué hacer. El pecho me dolía con solo pensarlo. Ahora comprendía también dónde había ido a parar aquella carta que le había escrito y sentí una rabia inmensa al saber que había sido su tío quien nos había separado de forma intencionada: ni el azar, ni el destino. Su tío. Eso me hizo apretar los dientes.

Cuando más desesperado estaba, Javier irrumpió en la clase. Tenía la virtud de aparecer en mis peores momentos, como un ángel que pudiera salvarme con sus alas. Cuando me vio lanzó un sorprendido «qué haces ahí» y vino corriendo hacia mí, arrodillándose a mi lado. Lo miré con los ojos enrojecidos.

—Lo voy a perder todo —dije.

Él me abrazó y llevó mi cabeza a su pecho. La calidez de su abrazo me reconfortó.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ha pasado?

—El profesor Marín lo sabe. Sabe que nos vieron juntos a su sobrina y a mí. Me ha amenazado —declaré, y después le expliqué lo que había dicho.

Se quedó callado por unos instantes. Y en él, que siempre tenía salidas para todo, era preocupante.

—Venga. —Secó mis lágrimas con el dorso de su mano—. Esta noche nos vamos al teatro te pongas como te pongas.

—No quiero ir al teatro.

—¿Te he pedido tu opinión? —Me miró muy serio—. No. No recuerdo haberlo hecho.

Sonreí en medio de la pena.

—No sé qué haría sin ti.

—Para empezar, tu barba y tu bigote no estarían tan bien recortados.

Supe que lo había dicho para animarme, pero me trajo recuerdos de lo que Camila había mencionado de él cuando la besé, que me hicieron llorar de nuevo.

—El bigote... —gimoteé.

Javier me abrazó otra vez.

—Ay, señor. —Puso los ojos en blanco y soltó un suspiro—. Dame paciencia con este muchacho.

Casi a rastras conseguí sacarme de la sala y llevarme a casa. Se ocupó de que me vistiera para la ocasión y de que me sacudiera la pena con un buen atuendo y mucha agua de colonia. Había avisado a Marcos para que nos acompañase, así que los tres nos dirigimos hacia el Teatro del Príncipe. Sus padres tenían alquilados dos palcos y aquella noche ocuparían solo uno, dejándonos el otro a nosotros. Nos repartieron los folletos y nos situamos en nuestros asientos.

Desde nuestra posición privilegiada, en una zona alta, podíamos ver a buena parte de los presentes. Tal fue mi sorpresa cuando, en uno de los palcos frente al nuestro, vi a Camila acompañada de su tío y de Lázaro. Tras ellos, sentada en un rincón, se hallaba Carmen, su doncella. El corazón me dio un vuelco y lo sentí latir con fuerza en mi pecho. A mi lado, Marcos y Javier leían el folleto de la obra y comentaban sobre ella, mas yo ya no los escuchaba. Todos mis sentidos eran ahora para mi Camila.

Llevaba un vestido precioso en tonos rojos, muy parecido al que le había visto llevar a la fiesta. En su mano

derecha batía un abanico, no solo por lo conveniente como complemento femenino, también porque a pesar de que era marzo y el clima todavía estaba frío, el teatro solía abarrotarse y el ambiente se caldeaba. Al verme, en su rostro se dibujó un gesto de tremenda sorpresa y una sonrisa que le hizo la competencia a la flor más hermosa. Detuvo el batir de su abanico y cubrió sus labios, mirándome sobre este.

Sonreí.

Había sabido del lenguaje de los abanicos por Victoria, pero Javier me había enseñado a descifrarlo, ya que en mis primeros días en Madrid me había visto afectado por más de una confusión con alguna dama y su abanico.

Camila lo deslizó por su mejilla y yo me sonrojé. Había un «te quiero» encerrado en ese gesto que me aceleró aún más el corazón.

«Y yo a ti», gesticulé.

Ella sonrió con aire soñador.

La miré de arriba abajo, recreándome en su cuerpo y en las formas perfectas que se dibujaban de él bajo la ropa. Camila dejó de batir el abanico y lo cambió a su mano derecha mientras sonreía divertida. Estaba diciéndome que era un osado. Se me escapó una risa que llamó la atención de Javier y Marcos.

—¿De qué te ríes?

—Nada. Algo del folleto —dije fingiendo que lo miraba con interés.

Ellos volvieron a lo suyo y alcé la mirada hacia Camila. Tocó con los dedos el borde del abanico, mientras miraba con gesto despistado hacia el escenario.

«Quiero hablar contigo», había dicho sin palabras. Después lo abrió con la mano izquierda. Su gesto quería decir «ven», y yo estaba más que dispuesto a ello. Iba a levantarme cuando movió el abanico sin cambiarlo de mano, alertándome de que alguien nos estaba observando. Miré de forma disimulada a los palcos adyacentes y vi a la hermana de Javier en uno de ellos, junto a sus padres, José Ramón y los que debían de ser los padres de él. Nos miraba, sí, pero lo hacía con gesto divertido. Negué con la cabeza diciéndole a Camila que no se preocupase y ella lo apoyó cerrado sobre la mejilla derecha y asintió. Acto seguido se levantó y, tras decirle algo a su tío, abandonó el palco con su doncella detrás. Me excusé ante mis amigos y los dejé también, corriendo a su encuentro. Ella rodeó los palcos por la derecha y yo por la izquierda, siguiendo el pasillo circundante que ya se hallaba vacío, y nos encontramos en el centro. Allí nos fundimos en un fuerte abrazo y la besé con ganas.

—Apenas ha pasado un día sin verte y pensé que me moriría —le dije.

—Señora. Diez minutos —intervino Carmen—. No tarde más. Ya sabe que su esposo...

—Lo sé —agregó esta—. No me demoraré.

Camila tomó mi mano y echó a correr. La seguí, sin saber siquiera a dónde íbamos, hasta que enfiló unas escaleras empinadas de madera que ascendían perdiéndose en la oscuridad. Aquella parte del teatro conservaba un aspecto antiguo, con las paredes de ladrillo visto, como las de los edificios que vieron nacer a Lope y Cervantes. Estaba llena de cajas, cuerdas y un montón de aparejos de escenografía. Era un lugar sombrío, pero estábamos a solas y eso era lo único que importaba.

Entre besos caminamos hasta que mi espalda dio contra una pared y a punto estuve de tirar un candelabro que pendía de esta. Aquello nos arrancó una carcajada, que fue silenciada de nuevo cuando sus labios y los míos se unieron una vez más. A mi mente llegaron las palabras de su tío, y por un instante me detuve, con el miedo a perderla para siempre turbando mis pensamientos.

Me miró preocupada y acarició mi rostro con ternura.

—¿Qué sucede?

Dudé sobre si decirle algo o no. Sopesé que hacerlo la pondría en contra de su tío y le daría una preocupación más en la que pensar, así que sonreí con dulzura, intentando así tranquilizarla.

—Nada.

—¿Nada? —Fruunció el ceño—. Parece que algo te preocupa.

Agaché la mirada y ella tomó mi barbilla con sus dedos, obligándome a mirarla.

—Nicolás, por favor. Dime qué te pasa. Si no me lo dices me iré más preocupada que si lo haces.

—Es que no quiero causarte tribulaciones.

—Si las hay en tu corazón, también las quiero en el mío. —Volvió a acariciar mi mejilla, mirándome con devoción—. Así podré ayudarte a sobrellevarlas. Quiero estar a tu lado en las cosas buenas y en las que no lo son.

Tomé aire y asentí, armándome de valor para hablar de lo que había ocurrido. El miedo a que ella no quisiera seguir a mi lado después de saberlo me atenazaba la garganta. Solo de pensar en que pusiera por encima de ella misma mi futuro como médico y se alejara de mí para siempre me temblaban las piernas.

—Tu tío sabe que nos han visto juntos —confesé al fin—. Me ha amenazado con hundir mi futuro como médico si sigo viéndote.

Dio un par de pasos atrás, alejándose de mí.

—No puede ser —murmuró y bajó la mirada. Cuando la alzó, tenía una tristeza que me quebró el alma—. ¿Qué le has dicho? Qué... —Tragó saliva—. ¿Qué vas a hacer?

Fui hacia ella y la estreché entre mis brazos de nuevo.

—Nada he de decirle, Camila, porque nada va a separarme de ti.

—Pero es tu sueño. Tú quieres ser médico.

—Pero te amo más a ti. —La besé despacio—. Te amo, ardientemente —dije estando aún muy cerca de su boca.

—Y yo a ti —musitó.

—Lo sé. De otra manera no estarías en mis brazos, siendo como soy tan inferior a ti en todos los aspectos.

—No digas eso.

—Camila, eres de buena familia, y yo solo soy el hijo de una ventera que ha tenido la suerte de conocer a gente con influencias. Soy consciente del lugar que ocupo en la sociedad. Si no estuvieras casada con Lázaro, tampoco lo tendríamos fácil. Nadie aceptaría así como así que te vieras con alguien como yo.

—A veces solo dices tonterías —me riñó, con gesto cariñoso—. Eres el amor de mi vida. Y me da igual que el mundo no lo entienda. Tampoco me importa lo que te haya dicho mi tío. Estaré contigo pase lo que pase.

Aquello me reconfortó y alejó las dudas que, como nubes negras, se habían arremolinado en mi cabeza.

—Tienes que saber que la carta que te envié a Lisboa la cogió él.

Suspiró, y por unos instantes su rostro se tornó afligido de nuevo, mas pronto cambió su expresión a una feliz, como si hubiera desechado algún pensamiento negro al instante.

—Nada podemos hacer por cambiar lo que pasó, y esa carta no importa ya. Hay otra que me interesa mucho más y que he leído.

—Ah, ¿sí? —La miré con gesto divertido—. Seguro que solo decía tonterías.

—Unas cuantas —dijo, zalamera.

Se rio y yo con ella. La atraje con tanta fuerza hacia mí que casi temí estar haciéndole daño, mas ella no se quejó y me abrazó con más ganas aún, poniendo sus manos en torno a mi cuello.

—Todo irá bien —le dije después.

—Ojalá no me hubiera separado de ti cuando nos conocimos.

En mi interior también vibró el deseo de que eso hubiera sido así. De que ella y yo hubiéramos enlazado nuestras manos aquel día en Galicia para no separarnos jamás. Sin embargo, había vientos que nos arrastraban hacia otras direcciones y nos impidieron darnos cuenta de que nuestras almas ya eran una sola desde aquel instante.

—Ojalá, mi amor, pero cuando te conocí, mi corazón estaba roto. Y aunque algo cambió en mí al verte, el dolor seguía cegándome. Te tuve delante y no fui capaz de ver lo mucho que significarías para mí. Ojalá lo hubiera hecho. Jamás te habrías casado con ese patán.

—Y ahora podría salir ahí y gritar desde el palco que soy tuya.

—Si hicieras eso creo que dejaría de respirar —dije, suspirando. Había una pregunta que rondaba mi mente y que quería hacerle—. ¿Por qué te casaste con él cuando sabías que jamás te haría feliz?

Se puso muy seria y me preocupó haberla incomodado tanto que no quisiera hablar; que se marchase enfadada

conmigo y nos despidiésemos de mala manera. Sin embargo, tras una pausa y un aliento contenido, me dio sus razones.

—Fue cosa de mi tío. Él me obligó. El día en el que me cité contigo en el Retiro había comprado un billete a la costa y un pasaje para Cuba. Mi boda era al día siguiente. Pensé que sería libre, pero mi tío... Mi tío se enteró y me encerró, y ya no pude irme.

—¿Pensabas marcharte? —Me entristecí. Aquel paseo había sido una despedida. Ese «le escribiré» hablaba de una carta enviada desde más allá del océano y no de una nota para volver a vernos pronto—. Me citaste para decirme adiós.

—Pensaba contártelo, pero me arredré. —Las lágrimas afloraron a su rostro—. Fui una cobarde, lo sé.

Tomé su rostro entre mis manos y sequé sus lágrimas a besos.

—No. No eres una cobarde. No digas eso.

—Lo soy. Tenía que habértelo dicho —sollozó—. Haberte dicho que tú... Que tú empezabas a tener un espacio en mi corazón que Lázaro no tendría jamás.

—Habría cogido tu mano y te habría dicho que tú también lo ocupabas en el mío.

—Ojalá no me hubiera casado con él. Tenía que haber elegido la muerte antes que el matrimonio.

—No digas eso —pedí de nuevo—. Tenías que vivir para que te encontrase de nuevo. Puede que cometiera el error de no quedarme a tu lado una primera vez, pero no volverá a suceder. Ahora que te tengo, no te soltaré, Camila. Te juro que no te dejaré sola.

Me miró aguantando las lágrimas y, en medio de su dolor, sonrió.

—Abrázame, por favor. Temo que no puedas volver a hacerlo. Temo despertarme algún día y que hayas cambiado de opinión.

La abracé con fuerza, rodeándola con mis brazos. Haciendo de mi pecho su refugio, le susurré cien veces que la quería y que jamás me separaría de ella. Que cambiar de opinión no era una opción, pues si no la tenía conmigo no existía la vida; que más allá de ella todo era yermo e inhóspito y, a su lado, mi existencia era un vergel. Mis palabras borraron del todo sus lágrimas de tristeza y una sonrisa se instaló en sus labios. Esa sonrisa que habría querido capturar y atesorar por siempre, para admirarla en las noches frías. Esas donde los recuerdos serían nuestro único consuelo.

Camila me llenó de besos y después me miró con gesto curioso.

—¿Quién te rompió el corazón?

—Nadie.

—¿No me lo quieres contar?

—No creo que contártelo traiga nada bueno. Además, eso pertenece al pasado y tú eres mi presente, mi futuro.

—Tomé su rostro por la barbilla y la besé—. Lo único que me importa ahora eres tú.

Ella no pareció muy convencida de que no se lo dijera, pero no hizo más preguntas. Me miró sonriendo y me declaró algo que hizo vibrar cada fibra de mi ser.

—Yo te curaré el corazón.

Sonreí como nunca.

—Ya lo has hecho —le aseguré, y volví a besarla. Ella correspondió mi beso con pasión. Sus labios eran fuego y yo había nacido para morar en ellos; para vivir entre sus llamas sin quemarme; sin sentir dolor; solo dicha y placer.

—Tengo que marcharme ya —indicó, separándose despacio de mí—. No quiero poner en un compromiso a Carmen.

Asentí. Aun resistiéndome a su marcha, no me quedaba más remedio. Estábamos condenados a separarnos, como la noche y el día. Y, de la misma forma, a encontrarnos brevemente, como cuando la luna y el sol se dan paso el uno al otro. Pero un día, me dije a mí mismo, un día seríamos eclipse perpetuo. Y moraríamos por siempre en el mismo espacio.

Ella regresó con Carmen; y yo, con mis amigos. Y de la obra, para qué mentir, no me enteré un pimiento. Mis

ojos estaban puestos en Camila y en los gestos que, de vez en cuando, hacía con su abanico para mandarme otro «te quiero»; para decirme que quería verme.

Capítulo 13

Tras aquella noche, en la que encontré un poco de paz en ese encuentro con Camila, el resto de la semana fue un suplicio. Juan se había reconciliado con José Ramón por mediación de Lucas, pero a mí no me dirigía la palabra y, cuando ocupábamos el mismo espacio, fingía que no estaba. Como ya le había dicho a Javier, me importaba entre poco y nada. Mi amigo andaba algo despistado, porque su hermana preparaba esa gran fiesta a la que nos había invitado a todos y lo tenía haciendo recados como si fuera su criado. Él se quejaba, pero en el fondo le gustaba porque quería mucho a Cristina.

Por las noches me quedaba hasta tarde en la facultad para dejarles la casa a él y Marcos. Este último andaba peleando con sus padres porque, una vez más, lo habían citado con alguien a quien creían buena candidata para casarlo. Marcos corría a refugiarse a los brazos de Javier temiendo el momento en el que se le acabasen las excusas y tuviera que casarse para cumplir con las expectativas de su familia. «Eso o pegarme un tiro», decía. Y Javier lo callaba con un beso que lo dejaba sin aliento.

Y, mientras era testigo de un amor tan fuerte, pensaba en Camila a todas horas. No pude verla de ninguna de las maneras, porque no salió de su casa. O al menos yo no la vi salir. Su doncella tampoco lo hizo, y tuve la impresión de que todo aquello estaba orquestado. De que su esposo y el profesor Marín la habían encerrado a posta. Temí por unos momentos que, llegado el sábado, no pudiera verla tampoco en la fiesta de Cristina. Las cartas que le escribí no tuve forma de hacérselas llegar y tampoco recibí nada de ella. Recurrí incluso a la hermana de Javier, pero esta me dijo que parecía que a Camila se la hubiera tragado la tierra.

Para más inri, el profesor Marín me había cogido ojeriza y a todo le ponía pegas. Su confianza en mí, que había existido legada por el trato que tenía con el difunto profesor Gutiérrez, había muerto y estaba enterrada. Y las esperanzas de que me ayudase a prosperar algún día, aunque fuera a base de mi esfuerzo, empezaban a desmoronarse como castillos de arena. Mas no iba a rendirme. Ni con la facultad, ni con Camila. No pensaba renunciar a ninguna de las dos partes, pues ambas eran importantes para mí. Aunque, tras mucho pensarlo, si me dieran a elegir, prefería renunciar a la medicina que a ella. Oficio podría tener otro. Un amor como el de Camila, no.

El viernes me hallaba al borde de la desesperación, cuando el profesor Marín me «pidió» que me encargara de los cuerpos, pues ya no nos servían.

—Que las manden enterrar —apostilló.

Asentí y, cuando se marchó, me dispuse a bajarlos. A pesar de la tumefacción por el paso de los días y los cortes que se habían practicado en ellos, esa cicatriz bajo el pecho seguía llamando poderosamente mi atención.

Una vez en el depósito, habiendo llevado ya el último, pregunté si conocía de dónde las habían traído al chico que había aquel día, un compañero de clase con el que no tenía relación y ni sabía el nombre, pero que hacía migas con Rozas. Estaba sentado tras una mesa rellenando informes y, sin alzar la vista, deslizó un periódico sobre la mesa para hacérmelo llegar y señaló una noticia en concreto.

—Lee —dijo.

Lo cogí y lo observé con curiosidad.

—El Crimen de los Claveles: Madrid consternado por un nuevo asesinato. Otra carrerista ha sido hallada muerta en la calle Atocha —leí en voz alta—. Así que Javier tenía razón con eso del clavel —murmuré después para mí mismo.

—Las asesinan, les sacan el corazón, cosen la herida y después las dejan tiradas en la calle —contestó él, como si aquello no tuviera la mayor importancia, aún enfrascado en sus papeles.

Palidecí. De ahí esa herida que yo había percibido y a la que el profesor no me había dado respuesta alguna. Leí el resto de la noticia, y en ella se decía que eran todas mujeres jóvenes, de cabello castaño cobrizo, que hacían la calle. Todas menos una. La hija del marqués de Salamanca. Esa sobre la que habían hablado a las puertas de las Salesas. Dejé el periódico sobre la mesa y miré allá donde había dejado sus cuerpos, amontonados.

—El profesor Marín dice que hay que mandarlas enterrar.

El joven asintió.

—¿Y el dinero?

—¿Cómo que el dinero?

—Sí. Hay que pagarles el entierro.

—No me ha dado un real.

Se encogió de hombros.

—Pues no irán a ningún cementerio.

—¿Cómo te puede dar igual? —repliqué enfadado.

El chico dejó al fin los papeles y se cruzó de brazos, reposando la espalda en el asiento.

—¿Y qué quieres que haga? No son nada mío.

—Son seres humanos.

—Son putas. ¿A quién le importan cuatro fulanas? Poco amor propio se tenían si andaban vendiéndose en la calle.

Me fui hacia él y lo cogí del pecho de la camisa con fiereza. Lo hice con tanto ímpetu que lo levanté un poco de la silla. Él me miró asustado.

—Son seres humanos —le dije, apretando los dientes—. Y si no quieres acabar tú en un cementerio más vale que arregles los papeles.

Lo solté y a punto estuvo de caerse de espaldas, silla incluida. Me miró ceñudo y pensé que replicaría, pero terminó por tragarse el orgullo y se puso a rebuscar entre los papeles.

—Válgame Dios. Cómo estás, Castro —dijo mientras tanto—. Si ya dice todo el mundo que ese asunto con la de Torres te tiene los nervios consumidos.

—Si hablas otra vez de Camila, mañana te tengo en la mesa de disección. Te lo juro.

—Está bien, está bien. —Alzó las palmas de las manos pidiendo paz—. ¿Y el dinero?

Saqué del bolsillo lo poco que tenía y lo dejé con brusquedad en la mesa, dando un golpe seco.

—El resto lo pones tú.

Diciendo esto salí de allí y cerré de un portazo. Estaba muy enfadado. De haberme hallado en la venta habría montado a Canela por los caminos de la sierra con el fin de perderme del mundo y no saber nada de él.

Fui a casa y me asee a conciencia, como si así pudiera quitarme ya no solo lo malo de aquel día, sino de toda la semana. Dado que Javier no estaba y no tenía a nadie con quien hablar, decidí salir a dar un paseo para despejarme. O más bien para volver a apostarme cerca de la casa de Camila por si la veía salir. Caminaba hacia allí cuando una berlina roja y negra aminoró el paso hasta adecuarlo al mío. Miré a mi derecha y vi, en la pequeña ventana de la portezuela, un rostro familiar.

—Hola, Nicolás —saludó.

—Buenas tardes, señorita Di Bari.

—¿Dónde va? —Chasqueó los dedos y el cochero detuvo el transporte. Ella abrió la puerta invitándome a entrar—. Puedo acercarlo.

En otras circunstancias me habría negado, pero a decir verdad estaba ese asunto que quería tratar con ella y me convenía no contrariarla, así que entré y me senté frente a ella. Apenas había reanudado la marcha el transporte, dije:

—En realidad quería pedirle un favor.

Le expliqué, por encima y sin desvelar la identidad de su autora, de qué se trataba. Ella se mostró interesada.

—¿Lo tiene con usted?

Asentí. No me había separado de las palabras de Camila en ningún instante, pues era una forma de tenerla cerca.

—Entonces hablémoslo en casa, tomando un vino.

—No es necesario. Podemos hablarlo aquí.

—¿En la berlina? Un lugar poco elegante para hablar de negocios. —Puso su mano en mi muslo y sonrió—. Por favor. Sea cortés conmigo. No está bien negarle a una dama sus deseos.

Miré hacia donde estaba su mano y carraspeé, algo nervioso. Ella, con una sonrisa divertida, la retiró y apoyó la espalda en el asiento. Aún sabiendo que acabaría nadando en aguas pantanosas, terminé por ceder a su petición y pronto me vi descendiendo de la berlina junto a ella, a las puertas de su palacete. Uno de magnífica construcción, similar a los que había visto hasta el momento, y ubicado también en el mismo barrio que el de Camila. Se hallaba junto a un solar en obras, en el que estaban edificando otro palacio.

—Es el futuro palacio del duque de Salamanca. Es muy amigo de mi padre y le vendió ese terreno para que pudiera construir su residencia. Dicen que será espléndida. Aunque siendo como es un hombre de vida azarosa, a saber cuándo lo terminan. ¿Se ha enterado de lo de su hija? Qué escándalo. Y qué pena. Era una joven buena. —Se acercó para hablarme al oído. Su cercanía me puso nervioso, y no para bien. Además, su perfume era pesado y estaba empezando a marearme—. Hay algo que los periódicos no han contado, y es que días antes la vieron vestida de caballero comprando un pasaje a Londres para este sábado.

—¿Vestida de caballero?

Asintió.

—Algo debía de traerse entre manos que no quería que la reconociesen. O tal vez sea porque una dama sola comprando un pasaje da pie a más preguntas de las que se pueden responder —dijo con gesto suspicaz.

Entramos al fin en su residencia, que era tres veces más fastuosa si cabe que la de Javier o Camila, y me guio hasta uno de sus salones. En el camino, me llamó la atención la multitud de piezas de arte que se exhibían: jarrones, ánforas, copas, mosaicos... El testigo de algunas de las civilizaciones más importantes estaba allí concentrado en todas sus expresiones materiales.

—Mi padre es coleccionista de arte. Siempre que viaja a Italia vuelve con algo nuevo. Esa es su pieza favorita —dijo señalando una en concreto, de material grisáceo y profusamente decorada con figuras rojas de contornos negros—. La *Copa de Aisón*. Se llama así por el hombre que la pintó. Aunque bien podría llamarse la «Copa de Teseo», pues narra sus hazañas. Es el recipiente que usaban los griegos más ricos en sus banquetes. La pasaban de mano en mano para beber.

—¿Bebían todos de la misma copa?

—Es un símbolo de confianza entre iguales.

—Y la posibilidad de enfermarse con lo que porten los demás.

Ella se rio y tomó la copa entre sus manos.

—Mire. La gran hazaña del héroe Teseo: vence al Minotauro en presencia de la diosa Atenea. ¿No le parece sobrecogedor?

Observé la pieza, ensimismado, y asentí.

—Cójala. Sienta su poder. —La puso en mis manos—. Todos los siglos que han pasado por ella están ahora en sus manos. Perdurará cuando nosotros ya no estemos. ¿Quién la admirará el día de mañana? ¿Quién la verá con los mismos ojos de fascinación con los que usted la mira?

Me hice aquella misma pregunta mientras la sostenía, encontrando increíble el hecho de que alguien, años atrás, hubiera dedicado su tiempo a crear aquella obra que ahora yo observaba. Se la devolví, por miedo a romperla, y le agradecí la oportunidad de haberla tenido en mis manos. Más allá de las figuras que había encontrado muchas veces en las cercanías de la Cueva de los Muñecos en Despeñaperros, no había estado nunca tan cerca de algo tan antiguo.

—¿De dónde la sacaron?

—La compró mi padre en Italia. Bueno. No es solo suya. Le pertenece también al marqués de Salamanca. —Devolvió la copa a su sitio—. Nosotros la custodiamos los años impares y él los pares. Mi padre es un gran

admirador de los mitos griegos y su favorito es el de Minotauro. Sueña con viajar a Creta y dar con el legendario palacio del rey Minos. Dice que ha soñado con que lo reciben mujeres con los pechos desnudos y los ojos bien abiertos, sosteniendo serpientes entre sus manos.

«Una imaginación admirable», pensé.

Respondí a sus palabras con una sonrisa amable y continuamos con nuestro camino.

Por fin llegamos a un salón decorado al estilo francés, en el que acusé cierto exceso de rojo. Estaba en muebles, alfombras y también paredes, a las que parecía que hubieran pintado con sangre. Me pidió que tomara asiento en uno de los grandes sofás y lo hice. Ella se sentó en otro frente a mí, con actitud relajada. Un criado tardó poco en llegar y servimos sendas copas de vino. Eran elegantes y altas, y el vidrio estaba labrado. Cada una debía costar una fortuna.

Bebí despacio, mientras ella me observaba con interés. En su rostro había una media sonrisa algo enigmática.

—Tiene que saberlo —dijo—. Hacía tiempo que no tenía el placer de admirar a un hombre tan atractivo como usted. Es distinto a lo que estoy acostumbrada a ver. Tengo la sensación de que en sus ojos mora el océano y que sus músculos contienen la fuerza de la tierra.

Sus palabras me cogieron dando un trago largo de vino. A punto estuve de ahogarme y tosí. Ella escondió una risita divertida tras su mano, colocándola ante su boca.

No tenía ni idea de cómo contestar a esas palabras sin sonar grosero. Así que opté por esquivarlas.

—Ya sabe que he venido aquí con un propósito. —Me levanté y le tendí lo que Camila había escrito, para después volver a mi asiento—. Necesito que lea eso y que me diga que puede conseguir que sea publicado.

Ella lo tomó y, tras desplegarlo, lo observó detenidamente. Luego de leerlo, sin mostrar emoción alguna en su rostro que me ayudase a adivinar sus pensamientos, levantó la vista y me dirigió un gesto suspicaz.

—¿Así que quiere que convenza a mi padre para que publique esto en su periódico?

—Sí.

Miró de nuevo el papel y suspiró risueña.

—Me gustan las ideas de las que habla esto. Y a mi padre también le gustarán. Él es un... ¿cómo lo llamaron una vez? *In anticipo sui tempi*.

—Anticipado a su tiempo. —Logré captar.

—*Vero* —dijo, dejando el papel sobre el sofá—. Creo que puedo convencerlo, mas no creo que consienta decir explícitamente que esto lo ha escrito una mujer.

—¿Y qué alternativa tenemos?

—No sé. Algún seudónimo. Algo ambiguo. Un nombre que pueda ser de dama o de caballero.

—¿Existe algún nombre así?

—*Molto, ma...* podría usar el nombre de una flor.

—¿Una flor?

—Sí. ¿Cuál es su flor favorita? ¿La rosa?

Negué con la cabeza.

—Todas menos esa.

—Sospecho que su negación encierra una historia. —Me miró divertida—. Diga alguna.

—La flor preferida de la dama que ha escrito eso es el clavel.

Sonrió de forma enigmática.

—¿Y no va a decirme quién es?

—No quiero comprometerla.

—Tengo mis sospechas.

Me sentí incómodo ante tal perspectiva, porque no quería exponer a Camila. Antonella siguió hablando.

—No va a darme nombres ni va a pagarme, porque usted no es un hombre de fortuna. Viene solo para pedirme un favor. *Pero io no faccio favori*, señor Castro. *Tutto a un prezzo*.

Fue fácil entender eso.

—¿Qué precio?

—Usted.

—No la comprendo.

Antonella se puso en pie, dejó la copa sobre una mesa y caminó de forma sinuosa hasta situarse frente a mí. Me quitó mi copa y, tras bebérsela de un trago, relamiéndose los labios después, la dejó caer sobre la alfombra. En sus ojos vibraba un deseo que me abrumó.

—Acuéstese conmigo y haré lo que me pide.

—¿Qué? —Me eché a reír de forma nerviosa—. Por favor, no juegue conmigo.

—No estoy jugando con usted.

De forma inesperada se arrodilló ante mí y deslizó sus manos por mis muslos. Una de ellas se posó sobre mi sexo y la otra ascendió por mi pecho hasta el cuello. Su boca llegó hasta allí también y lo besó con fiereza, apartando el corbatín para buscar mi piel y lamerla. Con su lengua ascendió dibujando eses hasta mi mentón. Me quedé petrificado, algo confuso. Sin saber qué hacer. A punto estaban sus labios de besar los míos cuando me eché hacia atrás y, casi de un salto, abandoné el sillón. En mi camino tropecé con la copa y a punto estuve de quebrarla.

—Antonella, ¿qué hace? —le dije de pie, a una distancia que consideré me mantendría a salvo de sus pretensiones.

—¿Qué hago? —Soltó una carcajada y se levantó—. Creo que es obvio. No se haga el inocente. Le hablé de mis deseos y ha venido a verme. Está claro que quiere algo de mí.

—Claro que quiero algo de usted. Quiero que me ayude a cumplir el sueño de una persona.

Volvió a acercarse a mí y sus manos se posaron en mi pecho. Caminé hacia atrás y mi espalda dio con la pared. Desabroché a toda prisa los botones de mi levita, mientras me miraba con ojos anhelantes.

—Deme lo que quiero y yo le daré lo que me pide. *Quid pro quo*, que decían mis antepasados.

—No. —Me aparté de nuevo y la miré ceñudo, abrochándome la levita y limpiándome con la palma de la mano la humedad que había dejado en mi piel—. No me acostaré con usted. No la amo. Ni siquiera la deseo.

Eso debió de ofenderla mucho porque en su rostro se dibujó un gesto de reproche.

—Qué aburridos son los hombres cuando se enamoran —suspiró hastiada y se alejó de mí hasta llegar a donde había dejado su copa. Se la bebió y después me miró disgustada—. Es por esa muchacha, ¿no? La casada. La señora de Lázaro de Torres.

No dije nada y ella lo tomó por un «sí».

—Nicolás Castro, *ricorda le mie parole. Sarà la sua rovina. Lo perderà tutto per lei. Gli farà precipitarsi nella disperazione.*^[16]

—No entiendo una palabra de lo que dice, pero sea lo que sea, se equivoca.

—*Va bene* —dijo con desdén—. Puede marcharse. Y olvídense de lo que me ha pedido. Si no va a ofrecerme lo que quiero, no tendrá lo que desea.

Salí de allí como alma que lleva el diablo, al tiempo en que ella se miraba en un espejo para retocarse el peinado. Bajé las escaleras a toda prisa y cogí de la misma forma las cosas que el criado se había quedado antes. Me puse el abrigo y el sombrero ya en la calle, enfadado conmigo mismo. Tomé aire y lo exhalé de golpe, furioso.

¿Cómo había sido tan inocente de pensar que me ayudaría de forma desinteresada?

Caminé calle abajo y entonces me detuve de golpe, pues un pensamiento vino a mi cabeza. Me había dejado lo que ella había escrito y ahora estaba en posesión de Antonella. Conociéndola, seguramente lo quemaría. Me llevé las manos a la cabeza sintiéndome terriblemente estúpido. Regresé al palacio, pero ella no quiso recibirme, por lo que era imposible que pudiera recuperar esos papeles.

Estaba tan desesperado que necesitaba ver a Camila; pedirle perdón por mi estupidez. El palacio de los Di Bari quedaba cerca del suyo y hacer una locura más no me mataría. No podía esperar. Necesitaba verla sea como fuere. Había caído ya la noche y presentarme sin más ante la puerta no era una opción. Así que, como la otra vez, tiré piedras a su ventana. Camila salió, con su camisón blanco. Aquella vez sin chal alguno, porque la noche no estaba

tan fría. Nada más verme sonrió profusamente, pero luego me regañó.

—¿Qué haces aquí a estas horas? Son más de las diez.

—Lo sé. Cuento las horas que estamos separados. Necesito verte —le dije.

Miré la fachada y su composición, dispuesto a escalarla. La otra vez había tenido la ayuda de Rufián, pero esta estaba solo, así que hube de reunir más valor si cabe. Los falsos sillares de la primera planta tenían hendiduras en las que podría apoyarme. Podría llegar a su balcón.

El sonido de otra ventana abriéndose llamó mi atención. Se trataba de una de las de la última planta, por la que asomó Carmen. Le preguntó qué hacía despierta y asomada. Me pegué a la pared bajo el balcón, y aguanté la respiración esperando pasar desapercibido.

—He oído un perro ladrar y pensé que era un cachorro.

—Señora, no podemos recoger a todos los perros sin casa de Madrid. Vuelva a la cama, por favor. Va a coger un enfriamiento.

—Sí, por supuesto. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo la criada.

Camila desapareció y las puertas se cerraron. Temí que no volviera a salir; sin embargo, la puerta del palacio se entreabrió y por ella asomó Carmen. La muchacha, que llevaba una toquilla de lana sobre el camión, soltó un suspiro resignado. Miró a un lado y otro de la calle y, al ver que no había nadie, me hizo un gesto con la cabeza.

—Pase, señor Castro. —Se le notaba el apuro en la voz—. Dese prisa.

Asentí y entré al punto.

—¿Trae recado de Camila?

—La señora me ha pedido que lo acompañe a... —Carraspeó—. Quiere que suba a verla.

La cara se me iluminó, hasta que caí en la cuenta de que, en aquella casa, no solo vivía ella.

—Pero... ¿y Lázaro y su tío?

—Los señores están en la finca. Han ido a cazar. Volverán en un par de días —explicó, y suspiró después, abrumada—. Esto nos va a costar un disgusto, pero yo a la señora no sé decirle que no a nada de lo que me pide.

—Gracias, Carmen. Le prometo que nadie lo sabrá nunca —dije.

—Eso no lo puede usted asegurar. La mentira tiene las patas muy cortas y el rabo muy largo. En fin —rezongó—, venga conmigo.

Tomó un quinqué que debía haber dejado antes sobre uno de los aparadores de la entrada y me hizo señas para que fuera tras ella. Subimos hasta la que debía ser la puerta de la habitación de Camila, y Carmen la abrió de forma lenta, dejando apenas el espacio justo para que pudiera pasar. Después se echó a un lado y me miró muy seria. Con ese gesto, y la luz del quinqué tan cerca de su rostro, casi parecía que fuera a contarme una historia de terror.

—Por favor. Sean discretos. Si el resto del servicio lo sabe...

—No se preocupe.

—Buenas noches —dijo, y se marchó.

Con el corazón latiéndome con fuerza, entré en la habitación y vi a Camila allí, de pie, al lado de la cama. Apenas cerré la puerta a mis espaldas, ella vino corriendo a mí, se echó a mis brazos y me estrechó con fuerza. Mis labios y los suyos se encontraron como si estuvieran sin tocarse desde hacía décadas. Ese beso, de no haber existido nada más en el mundo, habría sido eterno.

—Hoy no hacía falta que escalases la fachada —dijo cuando logramos separarnos.

—Tampoco me habría importado. Me he criado en el campo. He escalado pinos más altos.

—Eres un mono. —Se rio.

—Por eso te gusto.

Rio con ganas, aunque después se puso algo meditabunda.

—No sabía si querías subir.

—¿Cómo no iba a querer?

—Bueno... —Agachó la mirada y volvió a alzarla, con un parpadeo que amenazó con derretirme entero. En sus ojos se dibujó un brillo cómplice. Un brillo que me decía que aquella noche podría estar con ella más tiempo del que me habría atrevido a soñar—. Ya sabes.

—Estaría loco si perdiera la oportunidad de estar contigo.

Me besó de nuevo, con tanto apremio que casi me cortó el aliento. Pareció darse cuenta porque se apartó de mí y me pidió perdón.

—Lo siento, es que... me pueden las ganas cuando te veo.

—Y a mí. —La cogí por la cintura y la acerqué a mi cuerpo con ímpetu, besándola con las mismas ganas con las que ella me había besado. Después la abracé con fuerza, atrayéndola hacia mi pecho. Habría querido tenerla así toda una vida, mas ella, de repente, se separó de forma abrupta y le dediqué una mirada llena de extrañeza. Vi que me miraba de la misma forma.

—Tu corbatín está manchado y... —Carraspeó incómoda—. Hueles a perfume.

Miré hacia abajo y, aunque no vi nada, sí que percibí el aroma de Antonella en él. Cuando alcé la vista, la decepción estaba pintada en el rostro de Camila.

—Has estado con otra mujer —musitó.

Cerré los ojos y suspiré, llevándome una mano a la frente. Iba a ser complicado explicarle aquello sin herirla. Más aún cuando me miraba con profundo pesar.

—Camila, por favor. No es lo que piensas.

Fue a sentarse al borde de la cama y escondió la cara entre las manos. A toda prisa llegué hasta allí y me arrodillé ante ella.

—Escúchame, por favor.

—No pasa nada —dijo, con la voz entrecortada—. Soy una mujer casada, tampoco tengo el derecho de pedirte que no veas a nadie más.

—¿Qué? No. No estoy viendo a nadie más. —Tomé sus manos y las bajé para descubrir su rostro—. Mírame, por favor.

Cuando sus ojos, ya vidriosos, se encontraron con los míos, busqué la forma de aclarar todo aquello. Ella era la única mujer que ocupaba toda mi vida y mis pensamientos, y tenía que saberlo. Llevé sus manos hasta mi pecho y las posé en él.

—Camila. Mi alma es tuya. Mi cuerpo es tuyo. Solo a ti podría entregártelo todo —dije, sin apartar la vista de ella un solo instante—. A ti todo te lo otorgo. Todo te lo debo. Todo lo que soy te pertenece, ahora y siempre. Lo juro.

En el mar de dudas que eran sus ojos navegó la verdad de la que hablaban los míos. Supo que, aunque eran mis labios los que hablaban, aquellas palabras venían directas de mi corazón. La comisura de sus labios se estiró despacio, hasta conformar una sonrisa que era un manto hecho de flores. Una sonrisa que besé, sellando el juramento que acababa de pronunciar.

Tras aquel gesto nos abrazamos de nuevo y, cuando nos separamos, me senté a su lado en la cama, con sus manos entre las mías.

—¿Qué ha pasado entonces? —preguntó con curiosidad.

—He ido a pedirle a Antonella que te publique lo que escribiste y ella... —Agaché la mirada, algo avergonzado, sin saber muy bien cómo seguir contándole lo que había ocurrido.

—¿Ella qué? —Se puso muy seria—. Ay, Nicolás. ¿Qué te ha hecho?

—Nada...

—Mucho tardas en decírmelo como para no ser nada —se quejó—. Te dije que los Di Bari no mueven un dedo sin obtener algo a cambio.

—Y nada ha obtenido. Ella... Ella ha querido besarme, pero te juro por Dios que no ha pasado nada. La he apartado de mí.

Camila se cruzó de brazos.

—¿Te ha besado en el cuello?

Aunque me costó hacerlo, asentí.

—Sí. Y...

—¿Y qué?

Negué con la cabeza. No pensaba contarle de las muchas formas en las que se había propasado. Pero Camila no parecía dispuesta a rendirse sin saber más detalles.

—Dímelo, Nicolás. O será peor. Prefiero la verdad, aunque duela, a que me ocultes cosas.

—Antonella ha... —Me rasqué el cogote, nervioso, y clavé la vista en el suelo. La mirada de Camila era demasiado directa como para afrontarla mientras le decía algo así—. Antonella ha puesto sus manos en mi...

—En tu qué.

Guie la mirada hacia mi entrepierna y ella debió captar pronto el significado, pues la escuché tomar aire con ímpetu. Cuando la miré, vi que se hallaba terriblemente ruborizada. Sin embargo, a juzgar por lo que dijo a continuación, era más por el enfado que por el pudor.

—¿Qué? —Se levantó de la cama y caminó hasta el centro de la habitación—. ¡Será aprovechada! ¡¿Cómo se atreve a tocarte?! La muy... —Se mordió los labios de pura rabia—. La muy...

Le pedí que bajara la voz.

—Te van a oír.

—Pues que me oigan —gruñó—. Ahora mismo pediré la berlina e iré a ajustarle las cuentas a esa Antonella.

Aquello me hizo reír.

—¿La vas a retar a un duelo al alba?

—No me des ideas —masculló.

—Camila... —Fui hasta ella riéndome.

Cuando estuve a su lado, desanudó mi corbatín y fue hasta la chimenea, donde lo arrojó al fuego. Vi cómo las llamas lo consumían y fruncí los labios.

—Podría haberlo lavado.

—Te regalaré otro. La tiña que esa ha dejado no se va con agua.

Volví a reír y extendí la mano, esperando que ella la cogiese. Me miró de reojo, haciéndose de rogar hasta que finalmente la tomó. Tiré de ella, y cuando por fin la tuve en mis brazos de nuevo, la besé con todas mis ganas. Una vez que sus labios y los míos se separaron, bajé la mirada y advertí entonces que sus pechos se hacían notables bajo aquel camisón, y que sus pezones se hallaban erguidos. Me mordí el labio inferior y sentí que mi cuerpo entero ardía de solo pensar en tenerlos en mi boca. Quizá por eso me separé de ella en aquel momento. Porque si no lo hacía terminaría por excederme. Tomé aire y apoyé el codo en la repisa de la chimenea. La cercanía del fuego no me lo estaba poniendo fácil.

—¿Por qué te alejas? —preguntó.

Mis labios se movieron, mas mi garganta no articuló palabra.

—¿Estás bien? Tus mejillas parecen cerezas.

La miré de reojo por unos segundos y después negué con la cabeza. Apenas si era capaz de verla y no pensar en tomarla. Allí de pie, a la luz de la chimenea, con el cabello suelto y aquel fino camisón bajo el que sabía no llevaba ropa alguna, me pareció más hermosa que nunca. Me atraía como el firmamento a las estrellas. Como la noche a la luna. Como todas las cosas inseparables que existen en el universo.

—Nicolás... —susurró, caminando hacia mí.

—Camila —pronuncié su nombre sin mirarla, apurando a mi deseo a calmarse.

Ella se situó frente a mí y entonces no tuve escapatoria.

—¿Por qué te alejas? —preguntó de nuevo.

—No lo entenderías.

—Prueba a decírmelo. —Dio un paso más.

—Yo te respeto, Camila. Y no quiero excederme. Ni propasarme.

—¿Y eso que tiene que ver con el respeto?

—Tú y yo no estamos casados.

—¿Crees que eso importa? Puede que no estemos casados ante los ojos de Dios, pero te amo desde que la misma lluvia nos mojó a los dos. Y no dejaré de amarte mientras quede una gota por caer desde el cielo. —Citó las palabras de mi carta y eso me hizo sonreír. Y sonreí aún más cuando añadió—: Y quiero que me beses. En el cuello. En el ombligo. En los muslos. Quiero que beses mi cuerpo entero, Nicolás. Quiero estar en tus brazos y sentir que la vida merece la pena. Quiero arder en llamas contigo. Quemarme en tu fuego.

Mis ojos hallaron los suyos y la noté nerviosa. Debía de haberle costado decir aquello. Abrirse de tal forma; sacudirse los prejuicios y las imposiciones. Decirme abiertamente que me quería en su cama.

Di un paso hacia ella.

—¿Y los criados?

Negó con la cabeza.

—No nos molestarán. Ninguno duerme en esta planta.

—¿Y si nos oyen?

—Que nos oigan. Pero esta noche quiero ser tuya más que nada en el mundo.

Alentado por sus palabras, di un paso más y entonces no hubo distancia que nos separase. Acaricié su rostro, despacio, recreándome en la tersura de su piel. Me miró con los ojos llenos de deseo y, poco a poco, me quitó la levita hasta hacerla caer. Recorrió entonces con sus manos mis hombros y acarició mis brazos, hasta volver a subir por ellos y posarlas en mi pecho. Tras unos instantes, las bajó hasta sacar la camisa del pantalón y pronto me desprendió de ella. Sus ojos descendieron por mi torso desnudo hasta llegar a mi ombligo y, cuando miraron más abajo, me estremecí. Camila humedecía sus labios mirando mi entrepierna y eso me hizo tragar saliva, nervioso. Besó entonces mi pecho despacio, y después mi cuello. Y con cada beso, mi erección crecía más, y mis ganas de tomarla en brazos y llevarla hasta la cama empezaban a desbordarme. Pero quería ir despacio y no abrumentarla, aunque si seguía mordiendo el lóbulo de mi oreja como estaba haciendo, iba a ser difícil conseguir mi propósito. Un gemido salió de mi boca y ella alzó la mirada. Me sonrió, por unos instantes, y volvió a posar sus labios en mi garganta.

—Camila... —susurré, con la voz llena de deseo, al sentir su lengua húmeda.

Rodeé su nuca con mis manos. Una se anudó al nacimiento de sus cabellos; la otra descendió espalda abajo, sintiendo su piel bajo el camisón hasta llegar a sus nalgas. La atraje hacia mí con vehemencia y ella exhaló un gemido, sin duda provocado por la cercanía de mi miembro contra su cuerpo. Besé sus labios con pasión, buscando su lengua con la mía y, después, descendí por su garganta, tomando sus pechos entre mis manos y acariciándolos sobre la tela del camisón. Echó la cabeza hacia atrás y gimió de nuevo, mostrándome la excelsa piel de su cuello, invitándome a morderlo, y así lo hice. Y, entre tanto, me abrazó con fuerza y descendió con sus manos por mi espalda, llegando a colarlas entre la cinturilla del pantalón. Apretó mis nalgas y, al hacerlo, me llevó a pegarme más a ella. Como si quisiera sentirme adentro. Mas, aunque el deseo nos apremiase a ambos a arrancarnos la ropa hasta hacerla jirones y tumbarnos el uno sobre el otro, desnudos, aún era pronto.

Me puse de rodillas ante ella y posé mis manos en sus tobillos, ascendiendo con ellas por el exterior de sus piernas. Mientras lo hacía, el camisón, empujado por mí, iba revelando la piel que tanto anhelaba. Y la besé. Besé sus rodillas y dibujé con besos un camino hasta su sexo, y allí hendí mis ganas. Mordiendo su pubis despacio, lamiendo los contornos que me llevaban a aquellas regiones perfectas, hasta ir más allá y alcanzar con la lengua la plenitud de esos labios. Ella sujetó el camisón, alzándolo, y rodeó mi cabeza con su otra mano, hasta enredar mi pelo entre sus dedos. El placer la consumía, y comenzó a darme pequeños tirones en el cabello, mas no me importaba. Era una forma más de sentirla.

Gimió, y apreté sus nalgas atrayendo más su cuerpo hacia mí. Pronunció mi nombre con la voz queda y no paré

hasta que lo gritó. Y entonces me puse de pie despacio, poniendo besos en cada lugar que me encontraba; pasé por su ombligo, rocé con mi lengua su vientre, y retiré poco a poco el camisón hasta ver sus pechos tersos y perfectos. Esos que antes me habían provocado cuando aún se escondían tras la ropa fueron ahora moradores de mis labios; y mi lengua, peregrina, los recorrió también. El pecho de Camila subía y bajaba a causa de su acelerada respiración. Cuando me incorporé del todo, le quité el camisón y lo arrojé lejos. Me saqué las botas, y ella me quitó los pantalones. Y, desnudos el uno frente al otro, más vivos que nunca, la miré a los ojos y le dije lo que antes había escrito. Lo que guardaba en mi interior desde siempre.

—Te amo.

Ella sonrió.

—Y yo a ti.

La besé con toda la pasión que cabía en ese instante; y mientras lo hacía sus manos se deslizaron por mi pecho hasta llegar a mi ombligo, mas no se frenaron ahí y llegaron hasta mi sexo. Lo hizo con firmeza, tomándolo con la decisión que le otorgaba su derecho sobre mi cuerpo, pues era suyo y de nadie más. Camila comenzó a acariciarlo. Entonces fui yo quién gemí, y lo hice a su oído, alterando aún más su respiración. A punto estaba de hacerme estallar cuando le pedí que parase.

—Si sigues no podré más —susurré.

—Quiero sentirte dentro, Nicolás —pidió ella.

No iba a negarme. La alcé tomándola por las nalgas y anudó sus piernas a mis caderas, y sus brazos a mi cuello. Entre besos la tendí en la cama, y volví a besarla de arriba abajo, hasta situarme sobre ella, encajando mi cuerpo entre sus piernas que, abiertas, hablaban de su deseo.

Camila llevó sus manos a mi espalda y me atrajo más hacia ella. Acaricié su rostro con dulzura y la besé despacio en los labios. Besos que fueron cortos y suaves, como lluvia que cae tímida, mientras la penetraba por primera vez. Y esos besos se hicieron tormenta. Y nuestros cuerpos fueron el rayo; el trueno. Fueron viento huracanado mientras la pasión nos consumía. Mientras me movía sobre ella sin dejar un solo instante de acariciarla, de mirar en sus ojos, de decirle que la amaba.

Cuando el placer me inundó, ella no me dejó salir de su cuerpo. Sus piernas me aferraron con más fuerza si cabe y sus manos me atrajeron con determinación, clavándose en mi piel. Camila me quería dentro de ella, en todas sus formas. Me sentí pleno mientras mi goce se hacía simiente en su interior. Fuimos uno solo y la amé como nunca antes había amado a nadie. Juré entonces que nada podría separarnos. Que siempre seríamos como en aquel momento: dos almas que habían morado en cuerpos distintos sin saber que, en realidad, eran una sola, pues estaban hechas para serlo.

Capítulo 14

Me dispuse a abandonar el lecho de Camila luchando conmigo mismo para no quedarme en él por siempre. El alba comenzaba a despuntar y la tenue luz que provenía del exterior dibujaba con timidez las formas de su cuerpo sobre las sábanas. Admiré su belleza una vez más y cerré los ojos, grabándolo en mi mente, por si los días y las circunstancias me la volvían a arrebatarse. Besé cada palmo de su piel; y ella, somnolienta, me atrajo hacia sí buscando hacerme suyo una vez más. Y el primer rayo de sol la encontró a horcadas sobre mí, mientras cada movimiento de sus caderas nos arrancaba un gemido, transportándonos allá donde moran los sueños. Porque aquello no podía ser real. Debía estar muerto y haber subido al cielo.

Hacer el amor una segunda vez complicó la despedida. Camila se aferraba a mí y no quería dejarme marchar, pero los dos sabíamos que tenía que hacerlo antes de que llegase completamente el día. La convencí con la premisa de que nos veríamos esa noche en la fiesta y accedí a que me marchase, no sin antes comerme a besos. Me disponía a abandonar el lecho, cuando vi algo negro bajo la almohada. Pronto descubrí que se trataba de mis guantes.

—Duermo con ellos cada noche —dijo, algo avergonzada.

—Yo duermo con tu chal —confesé.

Nos besamos una vez más y hubimos de frenarnos para no acabar de nuevo enredados.

Aún tenía la sensación de que seguía dentro de ella cuando me vestí. Me acerqué a la ventana y la abrí, dispuesto a salir por allí, pues a aquellas horas el servicio ya andaría por la casa. Ella cubrió su cuerpo con las sábanas y caminó con pasitos cortos hasta mí, abrazándome por la espalda. Sus manos rodearon mi vientre y su rostro reposó en mi espalda. Me giré despacio y la atraje hacia mi pecho, besando sus cabellos.

—Eres mi vida —le dije.

Alzó el rostro y me miró con esos ojos de hada que eran mi perdición.

—Y tú la mía. —Posó un beso en mis labios—. Te amo.

—Y yo a ti. —Un beso más—. Me marcho. Nos vemos esta noche.

Camila asintió y cogió mi mano, que fue separándose de la suya conforme me disponía a salir por el balcón. Comprobando que nadie miraba, me encaramé a la balastrada de forja y la rodeé hasta estar hacia fuera. Ella salió a besarme de nuevo y, después, me descolgué poco a poco, sirviéndome de los sillares. Cuando estuve abajo le lancé un beso. Leí en sus labios un «hasta pronto, amor» que me hizo sonreír. A medida que me alejaba, miré hacia atrás hasta que la calle me obligó a torcer. La imagen de Camila en aquel balcón, envuelta en una sábana, con el cabello revuelto y los hombros desnudos, en aquella fría mañana de marzo, sería algo que atesoraría por siempre. Podrían quitárnoslo todo, pero jamás nos quitarían lo que había sucedido entre nosotros esa noche.

Llegué a casa y vi que la cama de Javier estaba vacía. Sin desvestirme siquiera, me tumbé en la mía, con la cabeza llena de los recuerdos de aquella noche. No sé cuándo me quedé dormido, lo que sí sé es que lo hice pensando en Camila y que el sonido de la puerta al abrirse me despertó. Abrí los ojos, sobresaltado, y vi entrar a Javier con gesto apresurado y un papel de periódico que por la pringue de seguro tenía churros. En su rostro había un reproche y adiviné que se avecinaba tormenta. Me incorporé en la cama, frotándome los ojos.

—¿Puedes dejar de entrar por esa puerta así de repente, que pareces un actor entrando a escena? —le dije.

—¿Y por dónde quieres que lo haga?

—Pues no sé, Javier, pero en una de estas se me sale el corazón.

—¿Qué corazón? Si tú ya no tienes. Se lo ha quedado la de Torres.

—Llámala Camila, por favor. Que cada vez que oigo ese apellido me sube la bilis.

—Pues es el que tiene, porque está casada. Recordatorio amistoso de la realidad que te rodea. ¿Dónde has dormido?

—¿Y tú?

Nuestras respuestas eran obvias, así que nos miramos alzando las cejas y nos echamos a reír. Javier se sentó a mi lado en la cama y me dio un churro. Lo comí con ganas. Después del esfuerzo de la noche tenía hambre.

—Estoy esperando tu regañina —señalé, mordiendo con ganas mi desayuno.

Él masticó de forma apresurada y, cuando tragó, me contestó:

—¿Cómo sabes que voy a regañarte?

—Ya nos conocemos, Javier.

—Pues tienes razón. Los jardineros han encontrado dos antifaces en la gruta mientras limpiaban el lago. Sé que uno de ellos es tuyo, y en el interior del otro estaba bordado el nombre de Camila.

—Me alegro de que lo hayas recuperado.

—No te vas a alegrar tanto cuando sepas lo que ha pasado.

Estaba a punto de darle un bocado al churro y me detuve.

—¿Qué?

—Pues que, creyendo que eran ambos de los señores de Torres, los han enviado a su residencia. Que yo no digo que no os veáis, pero tened más cuidado.

Por un instante entré en pánico, mas pronto me relajé.

—Camila los recibirá. —Mordí el churro con despreocupación—. Lázaro y su tío están cazando.

—No hables con la boca llena —me regañó Javier haciendo precisamente eso—. Es de mala educación.

Lo miré de reojo y terminé de comer, limpiándome las manos después en la impoluta levita azul que vestía. Él me respondió a aquello con un pellizco en la barriga, que me hizo reír a carcajadas.

—Esta tarde te traeré algo para la fiesta.

—¿De dónde sacas tanta ropa?

—Del sastre. Hace tiempo que le di tus medidas.

—¿Y cuándo me has tomado tú las medidas?

—Se dice el pecador, pero no el pecado.

—No te inventes los refranes.

—A quien Dios ayuda, madruga —se burló.

Puse los ojos en blanco y le arrebaté el periódico con el último churro. Mientras lo comía me fijé en la publicación y leí una noticia que hizo que dejase de masticar en seco.

—¿De cuándo es esto?

—Pues supongo que de ayer. ¿Por qué?

Supuse que el periódico del depósito era del día anterior.

—Hay otra noticia sobre esas muchachas que han encontrado muertas. ¿Qué mente perturbada haría una cosa así?

Javier se encogió de hombros.

—El mundo está lleno de sombras.

—Pobres chicas.

Asintió y, después de lavarse las manos en la jofaina y desvestirse, se tumbó en la cama a mi lado.

—¿Y si dormimos hasta que sea la hora de ir al baile? —me dijo.

Asentí, lanzando el papel de periódico lejos, y acurrucándome con mi amigo. Estaba a punto de quedarme dormido otra vez cuando Javier me habló:

—¿Entonces te has acostado con ella?

No iba a mentirle. ¿Para qué?

—Sí.

Suspiró, tumbado boca arriba y con la vista fija en el techo.

—Como la dejes preñada a ver cómo sales del laberinto en el que te has metido, Nicolás Castro.

—Con lo mismo que he entrado: con amor.

Javier inspiró aire profundamente y sonrió. Sin más, se puso a recitar a Shakespeare con el alma, y yo me estremecí viéndome en el reflejo de aquellos versos:

—«Ante la unión de espíritus leales, no dejéis que ponga impedimentos. No es el amor, que enseguida se altera, cuando descubre cambios o tiende a separarse de aquel que se separa. El amor es igual que un faro inamovible, que ve las tempestades y no es zarandeado. Es la estrella que guía la nave a la deriva, de un valor ignorado, aún sabiendo su altura. No es juguete del Tiempo, aun si los rosados labios o las mejillas alcanza, la guadaña del Tiempo. Ni se altera con horas o semanas fugaces, si no que aguanta y dura hasta el último abismo. Si es error lo que digo y en mí puede probarse, decid que nunca he escrito, ni amó jamás el hombre»^[17] —suspiró—. Marcos adora el soneto ciento dieciséis. Me lo recita cada vez que le digo que el miedo me mata el alma si pienso en que algún día nos separaremos.

—Eso no pasará, Javier.

Se giró de costado, para mirarme, y yo hice lo mismo.

—No lo jures por nada, que esta vida tiene muchas trampas para los que somos como yo.

—¿Grandes amigos? ¿Personas maravillosas?

Se echó a reír.

—Ya me entiendes.

—Te entiendo. —Lo miré con franqueza y cogí su mano para darle ánimos—. Pero si algo sé ahora mismo es de amor, y vosotros os queréis con una fuerza que ni el más estúpido de los prejuicios del hombre puede quebrar.

Una sonrisa volvió a sus labios, aunque pronto se tornó amarga a causa de lo que dijo a continuación:

—A Marcos lo quieren casar. Anoche conoció a la que, según sus padres, será su futura esposa. Cuando lo vi, estaba desesperado, Nicolás. Nunca lo había visto llorar tanto.

Me removí incómodo al saber aquello.

—Sabes que no se casará con ella. No lo hará por mucho que sus padres quieran.

—¿Y qué otra cosa podría hacer? —replicó, agobiado—. Tendrá que casarse y yo también, aunque no nos guste. Haremos muy infelices a nuestras esposas. Las llenaremos de hijos nacidos de la obligación y no del amor y, mientras tanto, buscaremos la forma de vernos hasta que el tiempo y las circunstancias releguen cualquier atisbo de nuestra pasión a un recuerdo que terminará por morir tarde o temprano. Y entonces, lo perderé para siempre.

El corazón se me encogió en el pecho al escucharlo.

—Entiendo tu desesperanza, Javier. Ojalá hubiera algo que yo pudiera hacer.

—No te preocupes. Sé que la entiendes —dijo, y hallé en sus ojos una sinceridad abrumadora—. Sé que con Camila te ocurre tres cuartos de lo mismo. Y por eso eres tan consciente como yo de que, tanto en tu caso como en el mío, la única manera de estar juntos sería dejándolo todo y fugándonos. Pero te conozco, y tú me conoces, y sabes que ninguno de los dos nos atreveríamos a pedirles que abandonaran a su familia, su estabilidad, su vida en definitiva, por nada del mundo.

Sopesé sus palabras y, aunque sin duda tenía razón, me asaltó un pensamiento nacido de mi corazón que hube de verbalizar.

—Desde luego, pero ¿sabes qué? Pienso que no tendremos que pedírselo. Ni ellos a nosotros, llegado el caso. Un día, cuando menos nos lo esperemos, la decisión se tomará sola. De forma tácita. De mutuo acuerdo. Sin que haya que instar a nadie a tomar un camino que no desea.

Javier suspiró de forma profunda.

—Que Dios te escuche.

—Lo hará. Recuerda lo que escribió el bardo: «Que el enlace de dos almas fieles no admita impedimentos. El amor no varía con sus breves horas y semanas, sino que se afianza incluso hasta en el borde del abismo» —citó—. Y

ni Dios diría que no a eso.

Mi amigo sonrió feliz ante mis palabras.

—Gracias, Nicolás.

—A ti. —Sonreí también—. Además, si tu hermana y José Ramón consiguen seguir juntos a pesar de todo, ¿qué no podremos hacer nosotros?

Aquello le arrancó una carcajada.

—Anda, vamos a dormir —dijo—. Que esta noche de seguro será larga.

—Puedes jurar que sí.

Cerramos los ojos y, sin soltar nuestras manos, dejamos que el sueño nos venciera.

Cuando abrí los ojos, Javier ya había salido de la cama y se había acicalado. Arreglaba su peinado en el espejo y, al ver que me había despertado, me apremió a vestirme. Me despecé pensando en lo poco que quedaba para ver a Camila de nuevo y sonreí, preguntándome qué vestido llevaría esa noche. Cualquier color que se pusiera le quedaba perfecto, pero con el rojo estaba irresistible. El recuerdo de sus manos sobre mi piel me sobrevino, haciéndome suspirar. Cogí su chal y lo abracé, consolándome con su perfume. Javier me tiró un frac a la cara.

—¿Qué haces? —me quejé.

—¡Llegamos tarde!

Dejé el chal bajo la almohada, salí de la cama, me asexé y me vestí a toda prisa. Él me ayudó a anudarme el corbatín y, tras ponernos el sombrero y el abrigo, y coger los bastones, dejamos la habitación.

Pronto llegamos a su casa, tan excepcional como la última vez que la vi. Las luces, la gente, sus vestimentas, sus perfumes. Todo era embriagador. Como de costumbre, Javier me dejó solo al ser reclamado por alguien, y yo, que ya me sabía el camino al salón, casi volé hacia él, buscando a Camila. Cuando llegué escudriñé la habitación entera, mas no la vi. Agaché la mirada, triste, sopesando la idea de que no hubiera podido venir. Andaba lamentándome, cuando alguien me agarró del brazo. Era José Ramón, que junto al resto de los evangelistas acababa de llegar. Juan también estaba y, con aire ausente, tenía la mirada clavada en las jóvenes del lugar. A ratos se me antojaba que estuviera tomándoles las medidas en vez de admirándolas de un modo natural. Ninguno de los dos hizo un esfuerzo por hablar con el otro. Quizá era lo mejor. No quería acabar peleando con nadie en mitad de una fiesta de nuevo.

Conforme nos acercábamos en pos de las damas que se hallaban sentadas en los sofás, entre ellas Antonella, miré a Lucas preguntándome si sabía que su prometida había intentado seducirme. Supuse que no. Que a él no le importaba lo que ella hiciera mientras nadie se enterase.

Nos reunimos con ellas y, mientras conversábamos sobre lo espléndido de la fiesta, llegaron las bebidas. Poco después, apareció en el salón la agasajada junto a sus padres y Javier. Los invitados dejaron de bailar el rigodón y aplaudieron su llegada. Cristina estaba espléndida con un vestido de tafetán azul. Portaba en el antebrazo una gran canasta blanca llena de, por lo que me pareció, llaves y candados de metal. Y entonces sucedió algo que no me esperaba: se dispuso a repartir los candados entre las damas, y las llaves entre los caballeros. Algunas de sus elecciones sugerían aleatoriedad mientras que otras parecían guiadas por un estudio de compatibilidad previo. Ella parecía divertida haciendo aquello y la gente lo recibió de buena gana. Le pregunté a Marcos a qué se debía eso.

—Es una costumbre que se ha puesto de moda en algunas fiestas. A las tres, y no antes, cada uno de los hombres ha de buscar el candado al que pertenece su llave y, cuando lo halle, la dama puede bailar con él o excusarse alegando estar cansada dadas las horas que son —explicó—. Y nadie puede poner objeciones. Ni siquiera los maridos, si es que su esposa tiene el candado de otra llave que no es la suya.

—A las tres... —murmuré.

—Y no antes —repitió él.

Cristina al fin llegó hasta nosotros y repartió sus dones, en especial a su José Ramón, con una sonrisa. Cuando se detuvo frente a mí, la felicité por su fiesta y me entregó una llave. Mirando alrededor de forma misteriosa, guardó el candado compañero en su guante.

—Vendrá. Lo sé. Y si no viene no bailarás con nadie. —Miró de reojo a Antonella, y esta le sonrió con desgana.

A Cristina, al parecer, no se le escapaba un detalle.

Le di las gracias y tomé una copa de vino. Y a esta le siguió otra. Hasta que fueron más de cinco, rendido como estaba ante la idea de que ella no vendría. La música seguía sonando, los bailarines danzaban ahora al ritmo del vals, y las conversaciones fluían a mi alrededor. Y yo me preguntaba cómo podían estar todos tan felices; cómo es que el mundo seguía girando. Sin embargo, entonces, se detuvo de repente. Javier llamó mi atención y señaló con la cabeza al otro extremo de la sala. Me levanté de un salto y hallé por fin a Camila.

Llevaba una diadema de esmeraldas y un vestido dorado que dejaba sus hombros al descubierto. Esos que yo había besado. En el centro de su pecho brillaba un broche a juego con la diadema y unos guantes de seda blancos adornaban sus delicadas manos. Cristina la saludó y le entregó el candado que había guardado. Sonreí y, mientras lo hacía, Camila me miró. Nuestros ojos se hallaron apenas por un instante. Lo suficientemente largo como para decirnos «te quiero»; lo suficientemente corto como para no levantar murmuraciones. Aunque eso ya nos daba igual. Tras un rápido parpadeo miró de nuevo a Cristina y habló con ella. Me sorprendió verla sola, sin Lázaro. Aunque al punto recordé que estaba en la sierra cazando y me alegré de ello una vez más.

Aquella noche, a partir de las tres, tendría a Camila conmigo. Miré hacia uno de los grandes relojes de oro que adornaban una repisa y vi que eran las dos. Una hora. Una hora que fue eterna, en la que nuestros ojos se hallaban una vez más, mientras ella hablaba con conocidos, con amigos. Mientras, entre trago y trago de vino, nos mordíamos el labio pensando en besarnos. En salir de nuevo al jardín y correr bajo la lluvia que aquella noche volvía a caer con fuerza, para perdernos en la gruta hasta que el alba nos encontrase de nuevo haciendo el amor.

Mis amigos iban y venían. Y bebían. Sobre todo, eso último. Antonella bailó con todos ellos, hasta con Juan, que dejó atrás el gesto serio y la tomó del brazo. Parecían llevarse bien. Demasiado. De seguro eran amantes, con el beneplácito de Lucas o sin él. Cuando ella quiso bailar conmigo, rehusé y, aunque me dedicó una mirada disgustada, me dio igual.

Por fin dieron las tres. Impaciente, fui hacia Camila llave en mano y, cuando la encajé en su cerradura, mirándola con una sonrisa, no aguardé más para tomarla de la mano y bailar con ella un vals.

—Te he esperado toda la noche —le dije, mientras bailábamos.

—Y yo a ti toda la vida. —Me regaló una mirada llena de amor.

—Estás preciosa.

Tras una sonrisa agradecida, evaluó mi atuendo con gesto de aprobación.

—Y tú. Estás muy guapo, Nicolás.

—Y muy enamorado.

—No sé de quién —dijo con gesto coqueto.

—De Camila de Ariza y Marín. ¿La conoces?

—No me suena. —Rio, y su risa me inundó de felicidad.

—¿Por qué has venido tan tarde? —le pregunté—. Casi muero por la impaciencia.

—No sabía si venir. Estando sola temía que, cuando Lázaro y mi tío se enterasen, me reprendiesen por ello —suspiró—. Pero después he pensado que si no lo hacía, no te vería, y me he puesto el vestido más rápido de lo que lo he hecho jamás.

La imaginé preparándose a toda prisa y me sentí feliz de ser el causante de su apremio, de que sus ganas de verme hubieran podido más que cualquier otra de sus reticencias. Saberlo me tranquilizó, y vi ese momento del que había hablado con Javier un poco más cerca.

—Gracias por venir. No habría podido pasar esta noche sin ti —le dije—. Ni ninguna otra, ya puestos.

—Sobre todo... —agregó, y miró a un lado y otro de forma disimulada, para después susurrar—: Sobre todo si son como la de ayer.

Sonreí. Y, aunque sabía que me estaba acercando más de lo permitido en el vals, me pegué más a su cuerpo y susurré a su oído lo que sentía.

—Ahora mismo te besaría. Te cogería en brazos y te subiría a uno de los veinticinco dormitorios que debe tener

esta casa. —La oí reír; y su risa, en vez de disimular su excitación, la hizo más apreciable—. Te tendería sobre la cama y te quitaría el vestido mientras beso cada parte de ti, y después te haría el amor hasta que no pudiéramos más. Hasta que mi nombre saliera de tus labios entre gemidos.

—Nicolás... —murmuró, con la voz llena de sus ganas de mí—. Si sigues diciendo estas cosas...

—¿Qué?

—Tendré que fingir un desmayo para que me saques de aquí y hagas todo eso que prometes.

El deseo me secó los labios y los humedecí, mirándola fijamente. En sus ojos centelleó el anhelo de besarme también. De hacerme todas esas cosas con las que ambos soñábamos. Y aunque había quien nos observaba y de seguro advertía lo indecoroso en nuestras miradas, me daba igual. Las reglas eran las reglas y nadie podía poner impedimentos a nuestro baile. Cristina había sido nuestra celestina aquella noche y, siendo la anfitriona, nadie le llevaría la contraria. Puede que al día siguiente todo Madrid murmurase, puede que al día siguiente el escándalo resonase hasta en el Palacio Real; pero eso sería el día siguiente. Camila y yo teníamos que vivir los momentos en los que podíamos estar juntos y exprimirlos hasta el final.

—Hazlo —dije, decidido.

Un vals más y, tras una mirada confidente, Camila se dejó caer hacia mi pecho, presa de un repentino desvanecimiento. Al punto, todas las miradas estaban sobre nosotros, y, poco a poco, las parejas dejaron de bailar. Javier se acercó a toda prisa y le bastó mirarla una sola vez para darse cuenta de que nada le pasaba.

—Necesita tomar un poco de aire —manifesté, mientras la sostenía.

Él asintió y la saqué de allí en brazos, con mi amigo tras nosotros, tranquilizando a los invitados y pidiéndoles que siguieran con su baile. Su hermana, cómplice inesperada una vez más de nuestros asuntos, reclamó la atención sobre ella, proponiendo un brindis por su cumpleaños.

Cuando dejamos atrás el salón, y enfilamos un largo y amplio pasillo, él se detuvo en seco y se cruzó de brazos.

—Ya podéis dejar de fingir —nos indicó—. ¿Se puede saber qué pretendéis?

Bajé a Camila de mis brazos y se lo expliqué.

—Solo quiero estar con ella a solas.

—¿Cómo que a solas?

—Pues a solas, Javier.

Camila miró al suelo, azorada. Él se frotó la frente y resopló varias veces.

—Estáis locos. Pero locos. ¿Y no había otra forma de salir que montando un teatro así?

—Ha sido algo repentino. Deja de darle vueltas y vuelve a la fiesta.

—Está bien, Nicolás. Está bien. —Me abrazó y, mientras lo hacía, me dijo dónde se encontraba su habitación. Cuando nos separamos, palmeó mi hombro y me miró muy serio—. Una hora tenéis. Ni un minuto más. Después, que ella vuelva a la fiesta para que todos la vean. Y tú te vas para casa sin llamar mucho la atención. ¿Entendido?

Asentimos a la par y él, tras resoplar de nuevo, se dio media vuelta y desanduvo el camino hacia el salón.

Camila y yo nos miramos y vi que se hallaba algo turbada.

—¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza.

—No quiero causar problemas a nadie y mucho menos a los Galí. Esta es su casa. Esa era la fiesta de su hermana. ¿En qué estaba pensando para hacer lo que he hecho?

—Cariño. —Busqué su mirada, que se había clavado en el suelo, y vi en sus ojos la duda, así que quise tranquilizarla—. Javier es mi mejor amigo. Lo que hace por mí lo hace de corazón. Y ya tendré que devolvérselo, no creas que no.

Asintió y tomó aire profundamente. Pensé que se calmaría, pero la preocupación no la dejó.

—No sé qué me pasa cuando estoy contigo, Nicolás. —Chasqueó la lengua, disgustada—. Pierdo el juicio y me da por hacer cosas que jamás pensé que haría.

La miré con ternura.

—Qué me vas a contar. He escalado la fachada de tu palacio y he montado a caballo para subirme a tu balcón y decirte que te quiero. ¿Te parece que eso es estar muy cuerdo?

Ella se rio, alejando las turbaciones por un instante.

—Pues no.

Tomé su mano de nuevo y fui con ella hacia un sillón que se hallaba al pie de un ventanal. Tras nosotros, las gotas de lluvia golpeaban los cristales, dibujando surcos que parecían competir unos con otros para ver quién llegaba más rápido a la parte más baja. Le pedí que se sentara y tomé asiento a su lado.

—Puedes regresar a la fiesta de inmediato. No me enfadaré. O marcharte a casa. Verte, aunque sea unos minutos, ya ha hecho que la noche merezca la pena.

Camila posó sus manos sobre la falda del vestido y las observó en silencio por unos instantes. A punto estaba de hablarle de nuevo cuando dijo:

—No es eso. No quiero volver a esa fiesta. —Alzó su mirada y la clavó en la mía—. Quiero estar contigo.

Mirando sus ojos comprendí entonces que, a pesar del deseo que a ambos nos había dominado durante el baile y que en otras circunstancias habría sido culminado al instante, lo que Camila necesitaba de mí esa noche no era que la tomase en una cama extraña y con el tiempo apremiando por separarnos. Necesitaba, más que nunca, que fuera su amigo más que su amante, y que me quedase a su lado haciéndole saber que no estaba sola. Que el riesgo de ir sin compañía a la fiesta y los nervios que por ello había pasado se podían disipar con algo más que con besos.

—El día en el que fuimos al café, dijiste que te encantaría tener la libertad de pasear por la ciudad cuando ha caído la noche.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Porque es lo que vamos a hacer.

Ella giró la cabeza y señaló la ventana.

—Está lloviendo a mares.

—Un motivo más para pasear.

Soltó una risa que le salió del alma y después asintió de forma enérgica. La tristeza se le había borrado de un plumazo.

—Pues bien. Vámonos. —Me levanté y le ofrecí mi mano—. Venga, que solo tenemos una hora.

Ilusionada, tomó mi mano y echamos a correr pasillo abajo, como si fuéramos dos chiquillos haciendo travesuras. Poco antes de llegar a la puerta, recobramos la compostura y ella se enganchó a mi brazo con gesto solemne. Cuando les pedimos a los criados que abrieran la puerta que daba a la calle, nos miraron como si nos hubiéramos vuelto locos.

—No llevan paraguas, señor... Ni abrigo. Y... no tengo noticia de que haya ninguna berlina esperando —dijo uno de ellos, el de mayor edad.

—Solo vamos a admirar el palacio desde fuera —inventé—. Mi esposa y yo estábamos debatiendo en la fiesta sobre si las columnas de la fachada son dóricas o jónicas.

Camila rio por lo bajo.

—Creo que... —comenzó a decir él.

Lo interrumpí.

—No. No me lo diga, por favor. Quiero verlo con mis propios ojos. ¿Sería mucha molestia si nos prestasen algún paraguas de la casa?

—En absoluto, señor. Ahora mismo. —Se marchó al momento.

Mientras regresaba, me quité mi levita y la puse sobre sus hombros.

—Es mejor que no les pidamos los abrigos o sabrán quienes somos —susurré.

Ella asintió.

—Lo tienes todo controlado —dijo del mismo modo—. ¿Haces esto a menudo?

—Casi cada noche. —Le guiñé un ojo, y, teniendo en cuenta lo que me había dicho sobre ese gesto, era de

esperar que se echase a reír.

El criado no tardó en regresar con el paraguas y, cuando me lo dio, me preguntó si quería que alguno de ellos nos acompañase, pues ya estaba entrada la noche. Rehusé amablemente.

—Pierdan cuidado. No vamos a tardar apenas.

Mostrándose conforme, nos abrió, y el sonido de la lluvia lo llenó todo. El viento soplaba a rachas, pero venía extrañamente cálido. Abrí el paraguas y, con Camila del brazo, abandonamos el palacete y su entrada, dando las buenas noches a otros mozos que guardaban la verja exterior. Una vez a solas, caminamos calle abajo sin ningún rumbo concreto. Los pocos faroles que la iluminaban bastaban para guiarnos y, cuando el bullicio de la fiesta dejó de oírse, la paz que la noche daba a las calles nos rodeó.

Camila aspiró el aire con gesto feliz y apoyó la cabeza en mi brazo.

—¿No tienes frío? —preguntó.

—Estoy bien.

—La noche en la que nos besamos por primera vez, también llevaba puesta tu levita.

—Quizá son mágicas y, siempre que las lleves, tienes que besarme.

Me hizo detenerme y plantó un beso en mi mejilla.

—Mmmm... —murmuró pensativo—. Creo que el otro fue en los labios.

Se rio.

—Exigente —dijo, y después me besó.

Aquel beso bajo el paraguas, mientras la lluvia caía sobre Madrid, fue dulce y suave; como un «te quiero» pintado en los labios del otro a pequeñas pinceladas.

—¿Por qué les has dicho que era tu esposa? —dijo ella, volviendo a mi lado y enganchándose de nuevo de mi brazo.

—Me gusta soñar despierto.

La vi sonreír como nunca. Miró al frente y suspiró de nuevo.

—Nicolás —dijo, tras un silencio.

Me preocupé, pues de repente se había puesto muy seria.

—¿Qué ocurre?

—Quiero irme contigo.

—¿Venir conmigo? —Parpadeé confuso—. ¿A dónde?

—A donde sea. Voy a abandonar a Lázaro.

Me detuve en seco y ella también lo hizo. Nos miramos, frente a frente. No pensé que sucedería tan pronto, pero ese momento del que había hablado con Javier había llegado. Aunque creí que tendría que sufrir más para oír la decir eso, de alguna manera, la vida me sonreía en aquella ocasión. No pensé, desde luego, en las consecuencias ni en los muchos contras a los que habríamos de enfrentarnos. No pensé en nada más que en ella caminando de mi brazo hasta el fin de mis días.

—Camila. —Hice una pausa, pensando muy bien lo que iba a decirle—. Yo te llevaría conmigo ahora mismo si tú quisieras.

—Pues llévame, Nicolás. Mi vida es una mentira y yo no quiero vivir así. Si algo aprendí de mis padres es que hay que luchar por lo que queremos. Afrontar las cosas y no rendirse. Y no quiero abandonarme y aceptar la infelicidad de una vida con Lázaro. No quiero morir de pena encerrada en un palacio de oro, mientras espero el día en el que ya no puedas venir a verme porque te canses de todo, porque ya no me quieras, porque tengas que casarte con otra.

—No me voy a casar con nadie que no seas tú. —Alcé la mano que tenía libre para acariciar su mejilla—. ¿Es que has olvidado lo que te dije anoche?

—No. —Posó la palma de su mano sobre la mía y cerró los ojos, como si estuviera atesorando ese momento o buscando en sus recuerdos mis palabras—. No lo he olvidado. No lo olvidaré jamás.

—Entonces no digas esas cosas.

—Es que... esto es tan complicado que ya no sé qué decir.

—Di lo que has dicho antes, y con eso basta. Dime una vez más que quieres venir conmigo y sobrarán el resto de palabras.

—Quiero irme contigo.

Sonreí de oreja a oreja, feliz por la idea de tenerla a mi lado para siempre, y ella también lo hizo. Solté el paraguas para poder abrazarla con fuerza y, cuando la tuve en mis brazos, la alcé y di dos vueltas con ella. Su risa fue una melodía que acompañó a la lluvia que ya nos calaba a los dos, como el día en el que nos conocimos. La besé con todas mis ganas. Con todo mi ser. Como si besara también al miedo para espantarlo y solo pensase en la esperanza de los días venideros. En la vida que nos aguardaba tras aquella noche impregnada de sueños.

El viento sopló alejando el paraguas. No nos importó. Nos besamos bajo la lluvia hasta que nuestras ropas estuvieron caladas y nuestras almas colmadas de amor.

—¿Estás segura? —pregunté después.

Asintió decidida.

—Por supuesto que sí. Aunque quizá tengamos que fingir unos días más mientras lo preparamos todo. Cogeré lo que pueda vender y compraremos unos billetes a algún lugar lejos de aquí.

—Uno con monos —bromeé.

Se echó a reír y volvió a besarme.

—Yo también tengo unos ahorros que pueden servirnos —le dije, entusiasmado.

—Está bien, amor mío. —Volvió a sonreír—. Ahora hay algo más que quiero decirte.

La miré con curiosidad.

—¿El qué?

Dirigió la vista al suelo por unos instantes y, cuando la alzó de nuevo, vi en sus ojos el brillo de una noticia que sería dulce.

—Esta noche también estaré sola.

El corazón se me aceleró.

—¿Es una invitación formal a pasar la noche contigo?

—Muy formal.

—Nada me gustaría más.

Volvimos a abrazarnos. Traté de secar su rostro con mis manos, pero los dos estábamos ya demasiado mojados.

—Pero antes deberíamos volver al palacio e intentar secarnos o vamos a coger un resfriado —le dije.

Camila asintió y nos dispusimos a regresar, después de que consiguiera alcanzar el paraguas, al que la tapia de una residencia cercana había retenido. Lo abrí de nuevo y, con ella de mi brazo, emprendimos el regreso al palacete. Entre risas y promesas de futuro, entramos en él. Devolví el paraguas al criado y, al momento, nos preguntaron si necesitábamos secarnos. Era obvio que sí, así que nos trajeron algunos paños. Entre miradas furtivas, nos secamos el rostro y la piel que teníamos al descubierto. Las ropas seguían mojadas, pero en algo habíamos aplacado el rastro de la lluvia sobre nosotros.

—Avisamos a Javier y nos vamos, ¿de acuerdo? —le pregunté.

Ella se mostró conforme y solicitó a los lacayos su carruaje. Mientras lo preparaban, me acompañó a buscar a mi amigo. Subimos las escaleras hasta llegar al mismo lugar donde antes nos habíamos despedido de Javier. Lo hallé de pie junto al sofá en el que habíamos estado hablando. Marcos estaba a su lado y ambos nos daban la espalda. Frente a ellos, distinguí una figura que, en esos momentos, se me antojó el mismo diablo. Lázaro de Torres en persona había llegado para convertir la dulzura de la noche en un infierno de hiel.

Por su rostro, me quedó claro que estaba muy enfadado, y, por sus ropas, supe que acababa de llegar de la sierra. Con toda seguridad se habría encontrado la casa vacía y habría sonsacado al servicio hasta conocer el paradero de Camila.

—Señor. No puede registrar mi casa como si se hubiera cometido crimen alguno —le decía Javier—. Cálmese. Su esposa debe de estar en el jardín tomando el aire.

Camila y yo nos detuvimos en seco, sin saber qué hacer.

—No me mienta, señor Galí. Los han visto marcharse juntos de la fiesta y usted no puede... —En ese momento alzó la mirada y nos vio. Su rostro, ya de por sí airado, se tornó del todo furibundo. Vino hacia nosotros y, sin mediar palabra, cogió a Camila del brazo y tiró de ella, separándola de mí y alejándose pasillo abajo en dirección a la salida. El tirón fue brusco e inesperado y me sentí confuso por un segundo, hasta que fui consciente de lo que estaba ocurriendo. Me giré y vi que Camila me miraba asustada, forcejeando con él para soltarse.

Quise echar a andar tras ellos, pero Javier me agarró del brazo.

—¿Dónde estabais? He subido a buscaros, pero... —Se interrumpió y me miró de arriba abajo—. Estás calado hasta los huesos.

—No hemos subido a tu habitación al final. Y ahora no tengo tiempo para explicaciones, Javier. Suéltame.

—Déjalos ir, Nicolás —dijo Marcos—. Si vas tras ella solo empeorarás las cosas.

Con los ojos rojos por la rabia que sentía, los miré decidido.

—Suéltame, por favor —pedí de nuevo, apretando los puños.

Él negó con la cabeza.

—No puedo dejar que cometas una locura.

—Javier. —Apreté los dientes—. Si Camila fuera Marcos, tú harías lo mismo.

Se miraron entre ellos y, tras un segundo de silencio, terminó por soltarme.

—Me arrepentiré de esto. Lo sé. —Oí decir, mientras echaba a correr pasillo abajo.

Aunque fui consciente de que venían tras de mí, no me giré para mirar.

Al fin, en aquel rellano de la escalera monumental, conseguí alcanzarlos. Al verme, Camila forcejeó de nuevo con Lázaro mientras pronunciaba mi nombre. Él le dio una bofetada y le gritó que se estuviera quieta. La fuerza del impacto la hizo tambalearse. De no haber llegado a tiempo para sujetarla, habría caído escalera abajo. Cuando me aseguré de que ella estaba bien, sin pensarlo un instante, encajé mi puño en el rostro de aquel desgraciado. Lo descargué con tanta furia que, unido al hecho de que no se lo esperaba, cayó de espaldas al suelo. Obvié el dolor de mi mano a causa del golpe y volví a prestar atención a Camila. Su labio inferior temblaba y su mejilla se hallaba enrojecida. La abracé y, cuando vi que ese patán se levantaba, la puse tras de mí.

—Si la vuelves a tocar, te mato.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Ella es mi esposa.

—No eres su dueño, Lázaro.

A pesar de todo, Camila tuvo los arrestos de adelantarse para hacerle frente por sí misma.

—No lo eres. Y no me vuelvas a poner la mano encima o...

Lázaro soltó una risa sardónica y, tras sacar un pañuelo de su bolsillo, se secó la sangre que brotaba de su nariz a causa de mi golpe.

—¿O qué? Puedo hacer contigo lo que me dé la gana. ¿Lo entiendes? Mírate —le dijo con desprecio—. Tu aspecto es deplorable. ¿Dónde has estado?

Marcos y Javier llegaron, y este último nos pidió calma.

—Esto ha sido una lamentable confusión, señor Torres. No es necesario que continúen con el enfrentamiento. Usted y su esposa pueden irse a casa tranquilos. Nicolás no intervendrá más —expresó mi amigo—. Se disculpará y haremos como que este desafortunado incidente no se ha producido.

—Antes prefiero la tortura que disculparme con este mameluco. Y no. Camila no va a irse con él.

—Eres un don nadie. —Escupió a mis pies—. No vales ni para limpiar el estiércol de mis caballos.

—Del estiércol has de saber tú mucho, desde luego. Sois primos hermanos. Apesta; y quien te ve, te mira con el mismo asco.

Lázaro gruñó un insulto en voz baja.

—Entra en razón, Nicolás —pidió Marcos—. Zanjad esta discusión de una vez. Discúlpate con el señor de Torres.

—¿Disculparme yo? ¿Por qué? Lo que voy a hacer es darle otro puñetazo, que uno solo no es suficiente para lo que se merece.

—Este mequetrefe ha faltado a mi honor y al de mi esposa, engañándola para seducirla aprovechándose de su inocencia, ¿y creéis que me va a bastar una disculpa?

—Él no me ha engañado —dijo Camila, cogiendo mi mano.

La miró de forma tan colérica que hasta sentí miedo. Tuve la impresión de que sería capaz de hacerle cosas terribles. Para mitigar aquello, yo le dediqué a Camila una mirada cariñosa y le pedí que no se preocupase. Ella trató de sonreírme, a pesar de las circunstancias.

—¡Te has convertido en la ramera de un ventero! —bramó él—. Siento vergüenza de ti. Pero te voy a sacar su recuerdo a golpes hasta que recuperes el juicio. ¡Ven conmigo ahora mismo!

Ella negó con la cabeza.

—No.

—No olvides que, aunque te hayas convertido en la fulana de ese ventero, seguimos estando casados y me debes obediencia. Soy tu esposo y vendrás conmigo, aunque tenga que sacarte a rastras. —Fue hacia nosotros y la tomó del brazo, llevándola con él—. ¡Vamos, maldita seas!

Conseguí apartarlo de ella dándole otro puñetazo en la cara, que lo hizo retroceder unos pasos. Pero se recuperó pronto y, con los ojos llenos de odio, me devolvió el golpe. Durante unos segundos noté un dolor apenas soportable que partió de mi mandíbula y me recorrió toda la cara, dejándome algo desorientado. Me lancé a por él sin pensarlo demasiado, y lo habría golpeado de nuevo de no ser porque Javier se puso en medio de los dos y porque Marcos me sujetó por la espalda.

—¿Es que habéis perdido el juicio? —manifestó Javier.

—Por Dios, ya basta —pidió Camila—. No sigáis con esto.

Lázaro los ignoró y me dijo:

—Voy a borrarte esa bravuconería de muerto de hambre de un plumazo, Nicolás Castro. Y a ti... —Miró a Camila—. A ti voy a quitarte las ganas de verlo para el resto de tu vida. Os voy a denunciar por adulterio.

Marcos, quizá por la sorpresa, aflojó la presión sobre mí y terminó por soltarme.

—¿Qué ha dicho? —murmuré.

—¿Qué? —dijo Camila, atónita—. No puedes hablar en serio, Lázaro.

—Señor de Torres, no creo que sea necesario llegar a tales extremos —dijo Javier—. Denunciar a alguien por adulterio son palabras mayores. Nicolás y Camila no han...

—A veces no hace falta ver algo con los ojos como para saber que existe —lo interrumpió y volvió a mirarme airado—. Así que más vale que vayas encomendándote a la Virgen, ventero, porque voy a poner tierra entre tú y mi mujer, aunque sea a la fuerza.

Tras decir esto, echó a andar escaleras abajo. Viendo que Camila no lo seguía, se giró y la llamó como el amo que llama a un perro. Ella negó con la cabeza y apretó mi mano con fuerza, diciéndole así que no la soltaría.

—Qué barbaridad —dijo Lázaro—. Este miserable la ha seducido hasta hacerla perder el sentido de la vergüenza y el decoro.

—De lo único que me avergüenzo es de haberme casado contigo —le dijo ella.

Él apretó los puños y la miró con desprecio.

—Ya hablaré contigo más tarde. —Fijó sus ojos en mí—. Suéltala de una vez.

Marcos la tomó de la mano y, con gesto amable, la apartó de mí.

—No empeores las cosas —le dijo—. Tienes que ir con él, Camila. No tienes más remedio.

—¿Cómo que no tiene más remedio? Si va con él... ¿Es que no habéis visto lo que le ha hecho?

—Te comprendo, pero tiene que ir con él. Tratar de convencerlo para que no os denuncie. Si habla con él, quizá

lo haga cambiar de opinión.

Me resistía a creer que Camila, después de todo, tuviera que marcharse con ese monstruo que había sido capaz de herirla minutos antes, y que sin duda sería capaz de hacerlo una vez más.

—No vayas —supliqué, mirándola desesperado.

Ella apretó los párpados, al borde de las lágrimas. Cuando abrió los ojos, vi su respuesta en ellos antes siquiera de la que pronunciase.

—No tengo opción, Nicolás. Marcos tiene razón. No puedo dejar que nos denuncie. Sería terrible para los dos. Pero te prometo que me iré contigo en cuanto pueda.

Me soltó, y el vacío que dejó tras de sí me dio hasta frío. Tragué saliva. Me sentía como si tuviera la boca llena de arena.

—No, por favor.

Quise cogerla del brazo, pero Javier me retuvo.

—No lo hagas más complicado.

Desesperado, viendo como la mujer que amaba se marchaba con su opresor, con su carcelero, apreté los puños y los dientes, iracundo. Un segundo después, me eché a llorar de pura rabia. En ese momento solo tenía ganas de salir corriendo y, en el acto, aplastar la cabeza de Lázaro contra los adoquines y así librarnos de una vez de su maldad. No solo estaba dispuesto a morir por ella, estaba también dispuesto a matar. A ir al mismo infierno si era preciso.

Capítulo 15

El domingo amaneció envuelto en nubarrones que eran tan negros como los crespones que adornarían el ataúd del malnacido de Lázaro de Torres si es que me lo echaba a la cara de nuevo. Tras una noche de insomnio y con la cara ardiéndome por el puñetazo, me despertaron los tañidos de las campanas de las iglesias cercanas llamando a misa. Me resistí a abrir los ojos hasta que, junto a esos ruidos, me llegó el de unas voces que me sonaron lejanas, como si las estuviese soñando en vez de escucharlas.

—No puedo creer lo que me está diciendo, señor Galí.

—Ojalá no tuviera que decírselo, señora Marín.

Si el cerebro no me estaba jugando una mala pasada, aquella voz era la de Victoria. Pero ¿qué hacía Victoria hablando con Javier? Ella estaba en Málaga.

Me incorporé de golpe, acusando un leve mareo al hacerlo. Un dolor punzante martilleó mis sienes y me hizo apretar los dientes. Me llevé la mano a la cabeza y lancé una maldición.

—Nicolás —Victoria me llamó. O la que yo creía que era Victoria, porque debía de estar soñando—. ¿Estás bien?

Sentí que el colchón se hundía levemente y abrí los ojos, topándome con los de Victoria.

—¿Qué? —murmuré confuso—. ¿Qué haces aquí?

Me abrazó de repente y, por unos instantes, cerré los párpados y me perdí en aquel abrazo. Azorado por su familiar perfume, olvidé dónde estaba y lo que había pasado. Una voz, que no me gustaba tanto, me devolvió a la realidad. Elías hablaba con Javier cerca del balcón.

—No podemos dejar que Lázaro lo denuncie —decía el guardia—. Tenemos que disuadirlo.

—La nota que ha traído la doncella de Camila dice que no cambiará de opinión —comentó mi amigo.

Abrí los ojos y los miré de arriba abajo, al tiempo en que Victoria se separaba de mí. Elías iba vestido de forma muy elegante y ella también. Él llevaba una levita azul, y ella un vestido del mismo color, de los más ostentosos que le había visto nunca.

—Hola, Nico —saludó Elías, al ver que lo miraba.

—Hola —dije, de forma seca—. ¿Dónde vais así?

—¿Es que no recibiste mi carta? —respondió Victoria—. Te dije que íbamos a pasar unos días en Madrid, con motivo de la boda de una amiga, y que vendría a verte hoy.

—La carta. —Cerré los párpados con pesadez—. La había olvidado. La recibí y pensé en leerla más tarde. Luego... me olvidé. Lo siento.

Ella cogió mis manos, sonriendo.

—No importa.

Su forma de mirarme, con la devoción en los ojos a pesar de todo, me reconfortó.

—Me alegro de verte —le dije.

—Y yo de verte a ti. —Observó mi rostro y chasqueó la lengua al ver la magulladura—. Eso no tiene buen aspecto.

—Solo es un golpe. Se curará solo —mencioné restándole importancia, y dirigí la vista hacia Javier—. ¿Has dicho que Camila ha mandado recado? ¿Cómo está?

—Carmen dice que bien, pero que Lázaro sigue hecho una furia —explicó—. No parece que vaya a bajarse del burro.

Me levanté de la cama y fui a lavarme la cara a la jofaina. El agua estaba helada y me espabiló, aunque su solo contacto con la zona del golpe dolía. Mientras me secaba la cara, escuché a Victoria suspirar.

—¿Cómo se te ocurre enredarte con una mujer casada? —dijo, yendo a sentarse en una de las tres sillas que había en la habitación—. Acostarte con ella en su propia casa.

—¿Cómo sabes eso? —Me crucé de brazos, y miré después a Javier con gesto acusador.

—Lo sabe todo Madrid, Nicolás, no me mires así. Qué más da que lo sepan dos personas más.

Volví la vista a Victoria y, tras resoplar de puro agotamiento, le dije que no era nadie para juzgarme.

—No cuando tú te encamaste con Elías a los dos días de conocerlo.

Javier la miró alzando las cejas con un gesto bastante gracioso.

—Está claro que aquí todos tenemos secretos que guardar —aseveró—. Pero centrémonos en solucionar el problema que tenemos entre manos.

—El adulterio es delito —me dijo Victoria, muy seria.

—Y muy grave —apostilló Elías.

—No creo que seas el más indicado para hablar de delitos —le dije, con acritud.

—Bueno, es guardia civil. Igual sí que sabe un poco de delitos —dijo Javier, que no tenía la menor idea de lo que estábamos hablando.

Aunque lo había puesto al corriente sobre Elías, no le había referido tal detalle en particular, por no abrumarlo o perjudicar la imagen del marido de Victoria, pero aquel día no estaba yo para pensar en medias tintas.

—Calla, Javier. No sabes lo que dices. Ese que tienes ahí ha sido durante un tiempo el bandolero más buscado de Sierra Morena. Con permiso del Sainete, claro.

Javier lo miró de arriba abajo.

—Qué dices. ¿Un bandolero de los de verdad?

—Sí —afirmé, y miré al aludido con media sonrisa—. ¿Verdad, Lobo?

Elías suspiró con pesadez, agitándose nervioso.

—¿El Lobo? —dijo Javier, boquiabierto—. He oído historias sobre ti en alguna que otra taberna. Pero tú eres guardia civil, ¿no?

—Lo soy.

—¿Y bandolero? —inquirió mi amigo, sin salir de su asombro.

Victoria salió en su defensa.

—A decir verdad, Elías no era como los demás bandoleros.

—Ni tampoco como los demás guardias —apostillé.

—¿Podemos olvidar ese incidente? —pidió el aludido.

—Incidente. —Reí con cierta amargura—. Bonita forma de referirte a ello. Como lo de Lázaro con Camila aquel día en Galicia, ¿no? Que no era nada, dijiste; que Lázaro era un hombre respetable. Pues ya ves lo respetable que es, que trata a tu prima como si nada valiera.

—Puse sobre aviso a mi tío y me garantizó que Lázaro era un hombre adecuado para Camila.

—Pues tu tío debe de estar borracho. Y ciego. Y es un soberbio. Como todos los hombres de la familia Marín —farfullé.

Elías se frotó la frente y suspiró, una vez más, con pesadez.

—No quiero discutir más contigo, Nicolás. Tienes razón en eso, de acuerdo. Mi tío y yo erramos, pero lo que pasó no puede arreglarse. —Había un gesto de disculpa en su rostro—. Lo creas o no, me preocupo por ti; y lo que Lázaro quiere hacer te va a traer la ruina. Y si no quieres creerme a mí por lo que sucedió en el pasado, espero que creas a tu amigo José Ramón que, según me ha dicho Javier, estudia Leyes. Hemos mandado al cochero a buscarlo para que venga y te explique a lo que mi prima y tú os enfrentáis si pone esa denuncia. Y, cuando lo oigas, espero que des tu brazo a torcer y te disculpes con ese hombre, poniéndote de rodillas si hace falta.

—Ni muerto —dije.

Elías iba a decir algo más, pero en ese momento doña Lola entró en la habitación, sin avisar y a toda prisa, como de costumbre.

—Traigo un caldo caliente para Nicolás. Uy, qué serios estáis... —dijo. Al ver que estaba despierto, lo dejó sobre el escritorio y vino hacia mí a toda prisa. Se sentó a mi lado en la cama, tomándome de las manos—. ¿Estás mejor?

La pobre mujer había estado toda la noche pendiente de traerme gasas frías para la cara. Le habíamos contado que había sido una riña sin mayor trascendencia.

—Estoy bien, doña Lola. Pierda cuidado.

—Mira que pelearse por una moza... —rezongó—. Si es que los jóvenes no aprendéis cuando se trata de asuntos de amor.

—En eso no le falta razón —suspiré.

En su rostro se dibujó una sonrisa compasiva.

—Anda... Tómate el caldo y verás cómo te sientes mejor. Luego vengo a verte otro tanto.

—Gracias —le dije.

Me acarició la mejilla con cariño y se dispuso a salir de la habitación, no sin antes preguntarles a «los señores» si querían algo. Victoria y Elías le dieron las gracias y la despacharon, diciendo que estaban bien. Suspiré con pesadez y miré el caldo. Por cómo olía debía saber a gloria, pero no tenía apetito. Aunque resolví dejarlo para más tarde, Victoria insistió en que lo tomase. Para no entrar en riñas con ella, me senté al escritorio y lo bebí a pequeños tragos.

El silencio que se instaló en la habitación mientras lo hacía era casi físico. Lo rompió José Ramón, que llegó con gesto apurado y el rostro sudoroso.

—He *tardao* lo menos posible —dijo. Como testigo de ello, llevaba mal abotonada la levita—. ¿Estás bien, Nicolás?

Dejé la taza de caldo, ya vacía, sobre el escritorio y alcé una ceja.

—Bien, José Ramón —dije en tono sarcástico—. Estupendamente.

—No seas así, Nicolás —dijo Victoria—. Estamos aquí para ayudarte.

Javier le presentó a Victoria y Elías y, tras unas preguntas de cordialidad, José Ramón me miró preocupado.

—Así que es verdad lo que cuenta la gente... —murmuró—. Te has peleado con Lázaro de Torres a puñetazos.

—Pocos fueron los que le di.

—Ay, Nicolás. Tú no sabes dónde te has metido. —Miró a Javier—. ¿De verdad crees que lo va a denunciar?

—Eso dijo —afirmó este—. Y parecía muy convencido.

José Ramón chasqueó la lengua en señal de fastidio.

—Lázaro gasta fama de ser más terco que una mula, pero quizá, si Nicolás se disculpa...

—Veinte veces que lo digáis, veinte veces que os voy a decir que no. No pienso disculparme ante ese ser.

—No tienes idea de las consecuencias que tendrá en tu vida y en la de Camila ser denunciados por algo así.

Apoyé los codos sobre la mesa y, sujetándome la frente con las manos, exhalé aire de forma abrupta. Después traté de mantener la compostura y le pregunté a José Ramón cuáles eran las consecuencias de lo que había pasado. Él cogió una silla y se sentó a mi lado. En su rostro estaba el gesto más serio que le había visto jamás.

—Muchas y ninguna buena.

—Pero ¿qué leyes hay al respecto? ¿Es que solo van a escucharlo a él? Algo tendremos que decir Camila y yo.

—Si él os denuncia, poco tenéis que decir; y leyes hay, claro. El caso es ¿a cuáles les hará caso el juez?

—No te entiendo.

—A ver. —José Ramón miró pensativo al techo por unos segundos y luego arrancó a hablar de forma resuelta—. En España no somos de ponernos de acuerdo en nada, y con los asuntos jurídicos pasa tres cuartos de lo mismo. En 1822 entró en vigor un Código Penal que, a ratos, hay quién dice que no es válido y, a ratos, hay quién dice que sí. Era un texto de carácter liberal, así que, cuando se les acabó la fiesta, se volvió a la Novísima Recopilación que eran, para que tú me entiendas, las leyes de antes. Una mole, como dicen algunos. Un montón de leyes antiguas y

modernas, hacinadas en un mismo texto. Muchas procedentes del derecho castellano y las Leyes de Toro.

—¿Las Leyes de Toro? —dijo Javier—. Suena a Reyes Católicos.

— Se promulgaron cuando su hija Juana.

—¿La Loca? —pregunté yo.

—No estaba loca —defendió Victoria—. Si la hubieran dejado habría sido una gran reina.

—Victoria tiene razón, pero vamos a centrarnos —pidió Elías—. Continúa, por favor.

—El rigor con el que antes se castigaba el adulterio se ha ido suavizando con los años y, por suerte *pa* ti, los tiempos en los que se entregaba a los adúlteros *pa* que el marido los matase o hiciera lo que quisiera con ellos quedaron atrás. No obstante, aunque ya no se azote a las mujeres y se las encierre en conventos, no hemos cambiado tanto. En muchos casos, la mujer que comete adulterio pierde todos sus bienes y derechos, y es condenada a la reclusión que dicte su esposo, siempre que no exceda los diez años y en...

Victoria lo interrumpió y entre ellos se inició un debate al que los demás asistimos en silencio.

—Solo habla de la mujer.

—Se da por supuesto que es un delito cometido por la mujer casada hacia el varón y no al revés.

—¿Acaso los hombres no tienen relaciones fuera del matrimonio?

José Ramón asintió.

—Sí, por supuesto que las tienen.

—El matrimonio es un contrato entre dos, y los dos en él han de tener los mismos derechos, pues tienen las mismas obligaciones. Sin embargo, no es así. Nosotras tenemos obligaciones que ellos no tienen. Y ellos cuentan con derechos casi divinos muchas veces. No es justo que el marido tenga el privilegio de encerrar a su mujer y desposeerla de todo, y que ella no pueda hacer lo mismo en caso contrario.

—Esto es porque se considera que la mujer, al ser infiel, causa mayor desorden a la sociedad. El adulterio atenta contra la función social del matrimonio y la concepción que se tiene de la familia, un bien que, como sabe, para la sociedad es sagrado.

Victoria tomó aire. Aquello parecía enfadarla.

—Como ya he dicho, el matrimonio es cosa de dos. Y, aunque no se contemple así, el hombre amancebado perjudica a esa unión sagrada tanto como lo haría una mujer en su caso.

—Sí, pero el hombre no puede esconder el origen bastardo de un hijo ni aunque lo legitime; sin embargo, la mujer sí puede hacer que el marido crea como legítimo el fruto de un adulterio, con lo que ello supone. Imagínese.

—Un hijo quizá no, pero sí enfermedades que llevan a muchas mujeres a la tumba. No quiero hablar de los lugares que los hombres suelen frecuentar y lo que llevan a sus casas después de ello.

José Ramón le dirigió una sonrisa cálida, que pretendía calmarla.

—La entiendo, pero yo no he dictado estas leyes, así que no puedo hacer nada para cambiarlas.

—Lo siento —dijo ella—. Me resulta incomprensible y terriblemente injusto.

Elías llegó junto a su esposa y puso una mano en su hombro, dirigiéndole un gesto amable para reconfortarla. Ella le sonrió y besó su mano, para dirigirse después a José Ramón.

—Siga hablando, por favor.

José Ramón se aclaró la garganta y trató de concentrarse de nuevo.

—Lázaro tiene plena potestad sobre Camila y podrá hacer con ella lo que quiera. El marido ha sido agraviado y tiene derecho, por decirlo de alguna forma, a la venganza, para que, además de cornudo, no sea apaleado. Y, conociendo a Lázaro, lo único que podría sustituir su honra sería tu muerte.

—¿Quieres decir que podría matarme?

—Si llegaba a pillarte con ella... *arrejuntaos*, podría haberlo hecho y, según qué juez, podría considerarlo motivo para rebajar su pena.

—Suena terrible —murmuró Javier—. ¿No lo castigarían en ese caso?

—Sí, pero... no como a otro asesino. Hay quien piensa que sería incomprensible que el marido no se hallase

fuera de sí al ver algo como eso y que, por tanto, una conducta violenta estaría justificada.

Victoria se removió incómoda.

—No lo está.

—En eso estamos de acuerdo —convino José Ramón, y me lanzó una cuestión—: Ya sé que Lázaro no os ha visto, pero ¿hay otros testigos de vuestros encuentros?

Negué con la cabeza de forma apresurada.

—Es algo que podría sernos beneficioso, pero también Lázaro podría comprarlo. Ese Belcebú tiene reales para llenar un barco, y hay mucha gente pasando hambre en Madrid que, por menos de un plato caliente, venderían a su madre si hace falta. —José Ramón suspiró con tristeza—. Aparte de sus visitas a en [ca\[18\]](#) la Coral, ¿al de Torres se le conoce mantenida?

—No —dijo Javier—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque el juez podría considerarlo a la hora de emitir el juicio. En cualquier caso, ciñéndome a ejemplos prácticos más recientes, lo mínimo que os podría pasar es que a ti te castigasen con la pena de destierro y a Camila con la de reclusión. Los jueces tienen las circunstancias en cuenta, como la relación que tengáis Lázaro y tú, o que Camila llegase a demostrar que él es un tirano. Pero, sacando a colación una vez más los contactos de Lázaro entre las gentes de leyes, imagino que se esforzaría en que, al menos tú, dada tu condición inferior a la suya, acabases en presidio. Hará lo que sea por separaros, eso puedes tenerlo claro.

—En definitiva, pase lo que pase, la palabra sobre mi desgracia o fortuna la determinarán el juez y las influencias de Lázaro.

Cuando José Ramón asintió, se hizo un silencio terrible. Pesaba como una losa.

—Elías, tienes que hablar con tu tío, pedirle que medie con Lázaro para que desista. —La voz de Victoria casi rozaba la súplica—. No puede llegar a denunciarlos o será la ruina de Nicolás y la de tu prima.

Su esposo tomó aire y lo soltó de forma abrupta, sin duda agobiado por la situación.

—Lo sé, cariño. Lo sé. Y es lo que voy a hacer. —Le dio un fugaz beso y se dispuso a ponerse su abrigo. Cuando lo hizo, fue hacia la puerta—. Volveré lo antes posible.

Victoria asintió e hizo amago de levantarse.

—Te acompañaré por si puedo ver a Camila.

—No. Es mejor que no vengas. Lázaro sabe que tú y Nicolás tenéis buena relación. A todos los efectos eres como su hermana, así que no es conveniente que te vea. Y... —Miró a Javier—. Por supuesto tú tampoco puedes venir. Eres el mejor amigo de Nico.

—Eso es cierto —dijo Victoria—. Pero, por favor, ten cuidado.

Elías le sonrió de forma dulce.

—No me va a pasar nada.

—Iré con él. —José Ramón se puso en pie—. Por si puedo ayudar en algo.

El guardia asintió y los dos abandonaron la habitación a toda prisa. En el tiempo que estuvieron fuera, que no excedió de las dos horas pero que a mí se me antojó eterno, Victoria y Javier trataron de calmarme y distraerme, hablando de cientos de asuntos triviales. Mas ninguno conseguía quitarme la sensación de que mi vida era como una torre construida con cimientos de arcilla y que aquella tormenta los debilitaría hasta derribarla, sin que nada pudiera hacer por evitarlo. Del mismo modo me imaginaba a Camila. Ahogada y vencida entre las aguas pútridas de Lázaro.

Cuando la puerta se abrió de nuevo y por ella apareció Elías, ahora solo, no hizo falta que dijera nada. Llevaba la noticia grabada en su rostro, contrariado y triste.

—Dice que mañana lunes pondrá el caso en manos de la justicia.

—No puede ser verdad —murmuró Victoria.

—¿No te ha escuchado? —inquirió Javier—. ¿Y al profesor Marín le parece bien?

—Mi tío no estaba. Lázaro dice que se encuentra en la sierra.

Javier frunció los labios, con fastidio.

—Vaya... No es que Nicolás le caiga en gracia, pero es un hombre juicioso.

—Todo lo contrario que Lázaro, que es un hombre arrogante y sabe que lleva las de ganar. No va a consentir que Nicolás sea feliz. Dan igual los argumentos que se esgriman ante él. Lo odia con todo su ser. Y a Camila... —Hizo un pausa y su gesto se tornó en uno de desagrado—. Por como habla de ella, no debe de amarla. Es como si cumpliera un propósito en su vida que no alcanzo a entender cuál es. Me ha preguntado si te habías acostado con ella. Era su única preocupación. Obviamente le he dicho que no.

—Haberle dicho que sí. Que ha gemido mi nombre mientras la tenía entre mis brazos y la hacía feliz. Mientras la besaba de los pies a la cabeza y la apretaba contra mi cuerpo desnudo como si quisiera fundirme con ella. Haberle dicho a ese hijo de puta que la he amado como él nunca será capaz, y que lo volvería a hacer por más denuncias que me pusiese.

Victoria carraspeó.

—Nicolás... que hay una dama —me regañó Javier.

—Es Victoria. Ella sabe de lo que hablo. No es que sus hijos hayan venido por obra del Espíritu Santo —rezongué—. En fin. Ahora mismo tengo la sensación de que solo puedo sentarme a esperar mi muerte.

—Lo siento, Nico —dijo Elías.

Escuché a Victoria suspirar angustiada y la miré. Habíamos pasado por unas cuantas cosas juntos, algunas de ellas asuntos de vida o muerte, pero nunca la había visto tan preocupada. Después de tanto tiempo separados, se me hacía amargo que fuera en aquellas circunstancias y que estuviera sufriendo por mí.

—Victoria —la llamé, y ella me miró también. Entonces le dediqué una sonrisa para tranquilizarla—. No me pongas esa cara, morena. Que no me gusta verte así.

—Nicolás... Es que no es justo. Ahora que lo tenías todo... Que estabas cumpliendo un sueño. —Estaba al borde del llanto—. No puede ser que esto esté pasando y no quiero regañarte ni echarte culpas, porque cuando uno se enamora las leyes de Dios o de los hombres le importan un pimiento, eso bien lo sé yo, y mucho tienes que quererla para haber olvidado hasta sus circunstancias. Y ella también debe de quererte mucho a ti, y eso me hace tremendamente feliz. Pero todo se ha torcido y eso me entristece. Tiene que haber alguna manera de evitar que Lázaro os denuncie.

Me levanté y me puse de cuclillas delante de ella.

—Si lloras te mando fregar la venta la próxima vez que estemos allí. Y con un trapo viejo, eh. Nada de uno nuevo.

—Eres tonto —dijo riéndose.

—Eso está mejor. —La abracé, y después de pellizcarle cariñosamente la mejilla, volví a mi asiento. Vi que Elías nos miraba con cierta ternura y eso me hizo sonreír. No había celos en su mirada, solo cariño. Fue junto a su esposa y la besó, cogiéndola después de la mano.

—Victoria, José Ramón se ha quedado allí, viendo si podía hacer algo más —le dijo—, pero es importante que te prepares para lo peor. Sospecho que no cambiará de opinión.

—Lamento decir esto, pero estoy de acuerdo con él —dijo Javier—. Siendo como es, tendría que estar muerto para no levantarse el lunes y cumplir con su propósito.

Cuando mi amigo dijo aquello, fue como estar a oscuras y que alguien encendiera, de forma repentina, un quinqué. De igual manera, un pensamiento emergió con fuerza en mi cabeza.

—Quizá sea eso lo que tenga que hacer —dije.

Los tres me miraron extrañados.

—¿Qué dices? —preguntó Javier.

Les devolví una mirada decidida. Lo que iba a decir no lo pensaba solo mi cabeza, también lo hacía mi corazón.

—Que voy a matar a Lázaro.

De nuevo otro de esos silencios pesados.

—No. Ni hablar —dijo Victoria—. ¿Es que quieres acabar ajusticiado por un crimen así?

—No, porque no será un crimen. Voy a retarlo a un duelo.

Me miraron estupefactos. Sobre todo Victoria.

—Te has vuelto loco.

—Los duelos también son un delito, Nicolás Castro —dijo Elías.

—Pero se hace la vista gorda con ellos, ¿no? Lo he oído muchas veces en la villa.

Javier asintió.

—Eso es verdad. Cada dos por tres. Por ese asunto rancio del honor y demás componendas. Un derecho de caballeros, dicen que es.

—No lo anime, señor Galí, se lo pido por favor —dijo Victoria.

—No lo animo, solo corroboro sus palabras.

Elías resopló.

—Sí, de acuerdo. Se hace la vista gorda. Y viene siendo desde hace siglos un mal casi endémico. Por eso quieren reforzar las leyes al respecto, para erradicarlo. Así que, Nico, no puedes hacer esto, no puedes. Más allá de una repercusión legal, es un asunto muy serio. No puedes batirte en duelo y poner tu vida en peligro. Puedes morir. Morir, ¿entiendes?

—¿Qué diferencia hay entre morir y vivir sin ella?

Elías se quedó callado, sin saber qué decirme. Creo que se estaba poniendo a sí mismo en aquella situación y que la respuesta, en su caso, también habría sido «ninguna».

—Exacto. Ninguna —verbalicé sus pensamientos, y él no tuvo más remedio que asentir.

—Te comprendo perfectamente, pero...

—Si vas a intentar persuadirme ya puedes irte, porque no voy a cambiar de opinión.

—No es que tú cambies de opinión. Es que yo no cambiaré la mía.

—¿A qué te refieres?

—No puedes pedirme que presencie un delito y mire a otra parte.

—¿Que no puedo pedirte qué? —Me eché a reír—. Elías Marín, que es muy temprano para decir tantas tonterías. La de delitos que has visto, y cometido, y has mirado a otra parte.

—¿Puedes dejar de recordarme lo que pasó cada vez que nos veamos? —replicó molesto—. Sí, de acuerdo. Me salté las normas, pero ahora es diferente.

—¿Qué ha cambiado?

—Te repito que tu vida está en juego y eso no es algo que pueda pasar por alto. Si fueran los asuntos de otro, podría mirar a otro lado, pero con los tuyos, no; y al tener noticia del duelo, mi obligación como autoridad es intervenir. Os meteré a ese tal Lázaro y a ti entre rejas y no saldréis hasta que, bajo palabra de honor, juréis desistir de vuestro propósito. Y te juro, Nicolás, que si te obcecas en llevarme la contraria no me va a temblar el pulso. Te encerraré hasta que cambies de parecer.

—Yo... estoy de acuerdo. Aunque eso del duelo esté visto como un asunto de honor, al final es jugarse la vida. Si anduvieras todos los días con una pistola en la mano, pues te animaba, pero Lázaro es cazador y muy buen tirador —dijo Javier—. No tienes oportunidad con él.

—Sé usar un arma.

—Pero hace mucho tiempo que no disparas una.

Lo miré airado, levantándome de forma abrupta.

—O estáis conmigo o estáis contra mí, pero no cambiaré de opinión. Si el duelo es delito, si matar a alguien lo es, el adulterio también; y la mujer a la que amo corre el riesgo de estar encerrada de por vida por mi culpa.

—Puede que miren a otro lado la mayor parte de las veces, pero, si lo acepta y lo matas, y alguien quiere buscarte la ruina y meterte entre rejas, te la buscará. Créeme, Nicolás, no quieres pisar una cárcel. En la cárcel... —Elías agachó la mirada—. En la cárcel se queda un trozo de tu alma que no recuperas nunca.

Victoria fue junto a él y lo tomó de la mano, para besarlo en la mejilla después. Yo nada sabía del tiempo que él

había estado encerrado; sin embargo, a juzgar por sus palabras y su gesto, debió de ser terrible. Elías correspondió a su esposa con una sonrisa y otro beso.

—Soy consciente de los riesgos, Elías, pero si no me bato en duelo con él y satisfago sus ansias de destruirme, le hará la vida imposible a Camila —dije—. Y no te haces una idea de lo mucho que ella significa para mí. La amo con todo mi ser. Y me moriré si no la tengo. Es más, prefiero morir a saber que ella será infeliz.

Con el rabillo del ojo vi a Victoria agachar la mirada, pensativa.

—Antes has dicho que no hay diferencia entre morir o vivir sin ella, pero piénsalo de nuevo, Nicolás, ¿vale su amor más que tu vida? —me dijo Elías.

—¿Vale el amor de Victoria más que la tuya? ¿No harías lo que fuera por tenerla a tu lado? ¿No te enfrentarías a la misma muerte por ella? Te recuerdo que tú mataste a Julián Withmore para salvarla. ¿Pensaste en las consecuencias cuando apretaste el gatillo?

La cara de sorpresa de Javier fue digna de retratar. Se fue hacia el balcón y, con gesto nervioso, encendió un cigarrillo. Elías contestó a mis palabras.

—Lo haría, lo hice y lo volvería a hacer.

—Entonces, deja que yo lo haga. Además, me lo debes —añadí—. Yo intercedí por ti.

—No me vengas con esas, Nico. Tú mismo me dijiste que lo que hiciste no fue por mí, sino por ella. —Señaló a Victoria, que nos miraba atenta, muy callada.

—Sí, en parte sí, pero también lo hice por ti.

—¿Por mí? Tú nunca has dicho que así fuera.

—Porque estaba dolido, idiota. Eras mi amigo, y luego pasó lo de mi hermana, y cuando llegó Victoria tú... —Tomé aire, dispuesto a sacar con Elías lo que llevaba dentro—. ¿Querías que celebrase el hecho de que la mujer a la que amaba eligiese estar contigo?

Javier carraspeó. Victoria, por unos instantes, se sonrojó y miró azorada al suelo.

Elías me dedicó una mirada sincera.

—Lo siento —dijo—. El amor me arrastró igual que a ti y no tuve en consideración tus sentimientos.

—No, desde luego que no —gruñí—. Pero ya no estoy enfadado. Es más, me alegro de que seas tú quien esté con Victoria. No podría aceptar a nadie que la mereciera menos.

Sin que lo esperase, Elías vino hacia mí y me abrazó con fuerza. La calidez de aquel gesto terminó de vencer todas mis resistencias y le devolví el abrazo. Por el rabillo del ojo, vi que Victoria sonreía con la mirada al borde de las lágrimas. Cuando el abrazo terminó, Elías me tomó por los hombros. Puse mis manos sobre los suyos también y nos miramos con un cariño que hacía tiempo creíamos olvidado.

—A mí también me hace feliz saber que hay alguien que te ha hecho sonreír de nuevo. Y mucho más tratándose de mi prima. Camila es una joven excepcional. Y... voy a hacerlo por ella.

—¿El qué? —le pregunté.

—Pues lo de mirar para otro lado, Nico, qué va a ser —dijo, con una sonrisa brillante que marcó sus hoyuelos profundamente. A modo de chanza, añadió después—: Pero lo hago por Camila, eh, y por Victoria. No por ti, eso que te quede claro.

Me eché a reír, y entonces Victoria llegó hasta nosotros y nos abrazó a ambos. Para ese entonces ya lloraba de alegría. Hasta Javier vino a abrazarnos, uniéndose a la celebración. Cuando nos separamos, Victoria soltó un suspiro de alivio.

—Te juro que he estado a punto de decirte que si no lo ayudabas no te volvería a hablar en la vida, Elías.

—Te creo capaz —le manifestó él, secando sus lágrimas con las manos y besándola de nuevo—. Como ves, tu esposo, una vez más, va a ser el peor guardia civil de la historia.

—Como bandolero tampoco eras gran cosa —bromeé.

—No serás el mejor, pero eres el más guapo, Lobo —le dijo ella, con una gran sonrisa.

—Además de amigo de tus amigos —comentó Javier—. Creo que eso lo compensa todo.

Después de que la tensión nos hubiera desgarrado a todos durante más tiempo del que podíamos soportar, rompimos a reír a carcajadas. Me sentí feliz, pues tras tanto tiempo de cuitas y rencores, había vuelto a abrazar a mi amigo Elías como hacía tiempo que no lo abrazaba. Era posible que me quedasen menos de veinticuatro horas de vida y, siendo consciente de ello, más me valía cerrar las heridas del pasado por siempre.

Cuando, tras la algarabía, volvimos a templar los ánimos, tomé aire profundamente y dije, soltándolo después:

—Voy a ir a casa de Lázaro y... que sea lo que Dios quiera.

—¿Y si no acepta?

—Aceptaré —dijo Javier, convencido—. Si hay algo que no soportaría es que por todo Madrid se dijera que se acobardó delante de un ventero. Hay mucha gente que no acepta que los que son como él quieran prosperar y llegar a los lugares que siempre les han sido vetados por su condición. El de Torres es uno de esos.

—No entiendo cómo tu tío permitió que Camila se casase con un hombre así. Es cierto que en nuestra boda lo percibí como alguien serio, pero no imaginé que tras esa fachada se hallase alguien violento y cruel con su esposa.

—El diablo tiene muchas caras y sabe bien cómo esconderlas todas —dijo Elías—. Eso tú bien lo sabes.

A ninguno se nos escapó que se refería a Julián Withmore. Victoria asintió a sus palabras, con el recuerdo de ese hombre marcado en el rostro, en forma de tristeza.

—Esta vez iré con vosotros, quiero ver la cara que se le queda —anunció Javier.

Elías accedió y se dirigió después a su esposa.

—Te acompañaré a casa de tu prima y luego tendré que ir a la boda, pero en cuanto termine...

—No. Te quedarás con él todo el tiempo que sea necesario —interrumpió Victoria—. Iré sola al enlace. Inventaré alguna excusa.

Él negó con la cabeza.

—No voy a dejarte sola.

—No me pasará nada. Nicolás es ahora tu prioridad.

—Está bien —le dijo Elías. La besó con dulzura y después me miró con gesto decidido—. Pongámonos en marcha.

Cuando, apenas media hora después, me hallé a las puertas de la casa de Camila, con la firme intención de hacer algo que supondría mi vida o mi muerte, hube de tomar aire varias veces para mantenerme en pie. Dado que me acompañaban Elías y Javier, Lázaro accedió a recibirme, quizá con la idea de que me pondría de rodillas ante él e imploraría su perdón. Quizá pensando que podría humillarme. Cuán equivocado estaba.

Nos recibió en uno de los grandes salones de la casa y, por más que atisbé aquí y allí, no advertí rastro de Camila. Puede que no la viese, pero sabía que estaba allí. De alguna forma, la sentía cerca de mí.

De pie, sin siquiera tomar asiento o invitarnos a ello, Lázaro, con su habitual gesto de desprecio, nos dijo que, si veníamos buscando a nuestro amigo el de Leyes, ya se había marchado, y nos preguntó a qué habíamos ido. Reuní valor suficiente para decir en voz alta mi petición. Aquella con la que mataría o... moriría.

—Vengo a decirte, Lázaro de Torres, que voy a cobrarme justicia por el agravio que, delante de mi persona, has perpetrado contra Camila de Ariza y Marín. La has humillado y agredido, y vengo a defender su honor.

Lázaro se echó a reír de forma escandalosa.

—¿Estás borracho, Nicolás Castro?

«Ojalá», pensé. «Igual el vino me ayudaba a sobrellevar la tensión con la que cargo». A pesar de su gesto de burla, me mantuve firme y hablé de nuevo.

—Te desafié a un duelo. Hasta que uno de los dos caiga. Mañana al alba.

La carcajada se le cortó de golpe y nos miró muy serio.

—Señor Marín, ¿acompaña a este fanteoche aun a sabiendas del despropósito que iba a decirme? ¿Un agente de la autoridad consintiendo tamaña injuria? Teniendo en cuenta la conversación tan razonable que hemos tenido hace apenas unas horas, le tenía por un caballero.

—Puedo ser razonable, y un caballero, y también la autoridad, señor de Torres, pero ante todo soy amigo de

Nicolás y primo de Camila —dijo Elías, con aplomo—. Y usted ha demostrado no ser adecuado para ella, así que no imagino mejor forma para solucionar esto que su muerte. Camila sabrá llevar con elegancia el título de viuda de Torres. Ahora, si le parece, el señor Castro le ha hecho una pregunta. Sea usted un caballero y contéstela.

Casi sentí deseos de aplaudir a Elías y de abrazarlo de nuevo. A Javier, a juzgar por el gesto que hizo, le pasaba un tanto de lo mismo. Lázaro, por su parte, miró a un lado y otro, y sus ojos se clavaron en el criado que esperaba cerca de la puerta. Tuve la impresión de que, de haber estado solos, habría rechazado el duelo, pero aquel criado extendería el rumor de su cobardía como se extiende la llama en la pólvora y eso no podía consentirlo.

—Acepto —expresó.

Oí a Javier exhalar un suspiro, y no de alivio precisamente.

—Siendo que el señor Castro lo ha retado, tiene derecho a escoger el arma —dijo Elías.

Lázaro contestó al instante.

—Pistola.

—De acuerdo. Vendré esta tarde en calidad de padrino para acordar los términos. Busque un padrino y también a los testigos.

—Y él que vaya buscando un médico. —Me miró con desprecio—. O, mejor dicho, un sepulturero. Lo va a necesitar. Y ahora, váyanse.

—Encantados —respondió Elías—. Tenga usted buenas tardes, señor de Torres.

Salimos de allí en silencio, con la cabeza alta y el gesto muy serio. Una vez fuera, ya junto a la berlina que se hallaba aparcada cerca de la puerta, cogí aire con fuerza. Sentía los músculos atenazados, y hasta el pecho me dolía por los nervios acumulados.

—¿Has dicho ahí dentro que vas a ser mi padrino? —le dije a Elías.

Él asintió.

—Y Javier acudirá en calidad de médico.

Mi amigo lo miró algo abrumado.

—Pero yo no soy médico todavía.

—Lo sé, pero teniendo en cuenta las circunstancias, cuanta menos gente sepa de esto, mejor.

—Confío en ti —le aseguré a Javier, al ver su cara de preocupación—. ¿Se lo diremos a José Ramón?

—Claro que sí, pero no lo meteremos en esto —dijo mi amigo—. Si se enteran mis padres de que ha estado enredado en asuntos de duelos, no consentirán que, si acaban hablando de boda, se case con mi hermana, ni aunque venga Dios a decírselo.

—¿Tienes alguna pistola? —preguntó Elías.

—Por supuesto, al lado de los apuntes de Anatomía —respondí sarcástico—. ¡Pues claro que no tengo arma!

—Un delito menos que anotarte —agregó él, tras resoplar.

—Yo conseguiré armas —anunció Javier para nuestra sorpresa—. Tendrás que practicar y no nos queda mucho tiempo, así que vamos a pasar por mi casa.

Miré hacia arriba, allá donde estaba el dormitorio de Camila, y me la imaginé dentro, sola, preocupada. El alma se me rompió.

—Esperadme aquí... diez minutos.

—¿Dónde vas? —preguntó Elías.

—Tengo que verla.

Javier se llevó las manos a la cabeza.

—¿Te has vuelto loco?

—Creo que nació así —dijo el guardia—. ¿Sabes qué pasa? Que, como dirían en Despeñaperros, lleva en sus venas sangre íbera y eso tiene que salirle por alguna parte.

—Pues menos mal que no es sangre cartaginesa, que si no me lo veía viniendo a buscarla en un elefante.

Los escuché reír mientras corría hasta la fachada del palacio. Todo lo aprisa que pude, incluso sabiendo que, a

plena luz del día, alguien podía verme, escalé por la fachada como aquella noche. Llegué hasta su balcón, rezando porque estuviera en su dormitorio, y entonces la vi allí dentro, sentada delante de su escritorio. Tenía los ojos preñados de llanto y unas ojeras oscuras ensombrecían su rostro. Llevaba un camisón y el cabello despeinado. La cama estaba deshecha. Golpeé con suavidad el cristal, y cuando me vio, sus ojos se abrieron de par en par. En un primer instante no pareció creerse que estuviera allí, mas terminó por soltar la pluma de golpe y correr hasta el ventanal. Lo abrió a toda prisa y, una vez que lo hizo, me miró por unos segundos. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Nicolás... Estás aquí.

Extendí la mano para acariciar su mejilla y asentí.

—Siempre estaré aquí.

Ella se aferró a mí con todas sus fuerzas, rodeando mi nunca con sus manos. Sus labios buscaron los míos con ansias, como si de mis besos dependiera toda su existencia. Sin separarnos, entré con ella en la habitación.

—¿Estás bien? Dime que no te ha puesto una mano encima, porque no respondo de mí.

Para mi alivio, negó con la cabeza.

—Llegamos a casa y me encerró aquí sin más.

Apreté los puños.

—Maldito sea...

—No hablemos de él, Nicolás. Solo abrázame, por favor. Te necesito.

Se aferró a mí sabiendo que si me soltaba tardaría en volver a tenerme y, tal vez, teniendo en cuenta las circunstancias, quizá no pudiera abrazarme nunca más.

—No tengo mucho tiempo —le dije, cuando sus labios me dieron tregua—. Mis amigos me están esperando abajo. Hemos venido a hablar con Lázaro.

—¿Para qué? ¿Te has disculpado con él?

Negué con la cabeza. Temeroso de su reacción, traté de hallar la forma adecuada de explicarle el asunto del duelo y las razones que me habían llevado a ello. Cuando lo hice, ella me miró desolada.

—¿Vas a batirte en duelo con Lázaro?

Asentí.

—No puedo consentir que nos denuncie y que te arruine la vida. No puedo consentir que nos separe.

—No, Nicolás. No lo hagas, por favor. Te matará. Esto... Esto no puede estar pasando —murmuró—. Dices que no puedes consentir que nos separe y vas a arrojarte a la muerte sin más.

—No pienses en eso, Camila. Confía en mí. Todo irá bien.

Mas ni yo mismo creía en mis palabras.

Ella me abrazó de nuevo, rompiendo a llorar.

—Tengo miedo de no volver a verte.

—No temas, mi amor. Eso no pasará —prometí y sequé sus lágrimas con mis manos.

—Si tú me faltas...

—No pienses en eso. Solo bésame.

Sus labios y los míos se hallaron una vez más. La cercanía de su cuerpo me invitó a acariciarla. A besar su cuello desnudo, a colar mis manos bajo su camisón y recorrer todas sus formas. Apenas tenía tiempo para amarla, pero no iba a irme sin hacerlo una última vez. Por si moría, para que quedase un recuerdo más de lo que fuimos. Fuego. Llamas. Incendio. Una fuerza indestructible. El universo en sí mismo.

Ni siquiera nos quitamos la ropa. Nos movimos hasta que su espalda quedó contra la pared. Levanté su camisón y la alcé, sujetándola por las nalgas. Ella rodeó mis caderas con sus piernas y bajó mi pantalón, buscando mi sexo. Lo tuvo en sus manos cálidas por unos momentos mientras me besaba y lo colocó en el lugar preciso para dejarme a mí hacer el resto. Penetré en ella despacio, mirando sus ojos. Ella exhaló un gemido que se grabaría por siempre en mi mente. Puso sus manos en torno a mi cuello y se aferró a él con fuerza. Sus labios contra los míos amortiguaron

nuestros jadeos. Y le hice el amor una vez más como si fuera la última. Porque tal vez lo fuera, aunque me resistiese a pensar en la posibilidad de que no volvería a tenerla conmigo nunca más.

Cuando estallé hubo de taparme la boca con la mano, porque salió de mi garganta un grito de placer descontrolado. Resistiéndome a abandonar su cuerpo, la llevé así hasta la cama y la tendí en ella. Mis labios hallaron su sexo húmedo y sus manos se enredaron en mi cabello. Mi lengua lo recorrió con avidez mientras acariciaba su cuerpo, aferrando mis manos a sus caderas y hundiendo mis dedos en su piel. Camila arqueó su espalda y gimió; y cuando supe que estaba a punto de alcanzar la plenitud de su placer, volví a penetrarla hasta que la llevé al éxtasis. Entonces fui yo quien hubo de tapar su boca. Saciados los dos, nos abrazamos y nos besamos, entrelazando nuestros dedos y resistiéndonos a alejarnos el uno del otro, hasta que no tuvimos más remedio que separarnos. Nos recompusimos las ropas y Camila me acompañó hasta la ventana. Me pidió que esperase un segundo y, de un cajón de una cómoda, sacó un lazo de seda rojo. Lo anudó en mi brazo, tal y como hacían las damas para desear suerte a los caballeros cuando partían a la guerra. Tal y como haría Ginebra con su Lanzarote.

—Te amo, Nicolás —me dijo—. Sé que estarás bien.

—Y yo a ti, Camila. Te veré pronto. Lo prometo.

—Confío en ti.

La besé con toda la pasión que cabía en mí y después salí al balcón. Bajo la atenta mirada de mis amigos, me descolgué por la fachada mientras ella, desde arriba, me observaba con los ojos vidriosos. Le lancé un último beso, al que ella respondió atesorándolo en su corazón, y después subí a la berlina.

Vi su sonrisa, la que sería, acaso, la última vez.

Capítulo 16

Elías y Javier habían pactado que el duelo se celebrase el lunes al alba en la dehesa de Carabanchel, en un punto concreto donde habitualmente se solucionaban esta clase de cuitas, que sería a muerte y que lo haríamos marchando. Nos situaríamos espalda contra espalda y, a la señal, nos giraríamos y dispararíamos. El juego de pistolas para el duelo lo pondría él, y eso me preocupó, pero me tranquilicé al saber que los padrinos tenían la obligación de revisarlas, y siendo que Elías sabía mucho de armas nada podía salir mal. El día anterior, tras dejar la casa de los Ariza, pasamos por la de Javier y se hizo con un arsenal del que preferí no hacer preguntas, aunque lo achaqué al pasado militar de su difunto tío, quien al parecer había sido hombre de confianza del general Espartero. Habíamos estado probando puntería en la sierra, y, aunque la falta de práctica había mermado mis capacidades, había una parte de mí que se había mantenido intacta, y era mi pulso de cirujano. Si apuntaba bien, podía confiar en que no erraría el tiro. Después de las prácticas habíamos cenado como reyes, ido al teatro y tomado algunos vinos. Me despedí, con todos los honores, de la vida. No todo el mundo tenía tal privilegio.

Escribí una carta a mi madre, otra a mi hermana, a Lily y a Victoria, y le pedí a Elías que, si las cosas no salían bien, se las hiciera llegar. Por supuesto, también escribí otra para mi Camila. Llena de todo el amor que no podría darle si la muerte me llevaba. Pidiéndole que fuera feliz y que luchara por sus sueños, sin que nadie le dijera jamás que no podría alcanzarlos, pues en ella había fuerza y arrojo suficiente como para conseguir lo que se propusiere. Le dije que creía en ella y que me sentía orgulloso de formar parte de su vida, aunque hubiera sido con la fugacidad de una estrella que pasa de largo por el firmamento. Escribí un «Te amaré siempre», entre lágrimas, y dejé a un lado la pluma, incapaz de escribir más.

Con la noche morando aún en el cielo, salí de la cama sin haber dormido mucho, me asexé a conciencia y Javier me ayudó a adecentarme. A los duelos no iba uno vestido de cualquier forma, porque a la muerte se la recibía de punta en blanco. Mi amigo me recortó la barba y el bigote, y me colocó con solemnidad la levita negra, como si fuera el escudero que viste a su caballero. Era temprano aún cuando la berlina de Elías vino a recogerme. Doña Lola andaba ya organizando los desayunos y, cuando nos vio a esas horas, se extrañó. No quise preocuparla, pues aunque sabía del enfrentamiento, nada le habíamos dicho del duelo, y le di un zalamero beso en la mejilla, diciéndole que madrugaba para ir a pasar el día a la sierra. Criticó que fuéramos tan arreglados, nos dijo que tuviéramos cuidado y, con una sonrisa, nos despachó.

Llegué a la berlina y en ella ya estaba Elías, además de Marcos, que se había empecinado en venir. Los dos, al igual que nosotros, de riguroso negro como marcaba la tradición.

El trayecto lo hicimos en silencio, pues teníamos la cabeza ocupada en lo que estaba por llegar.

Fue hermoso recibir el día con los ojos abiertos, con el sol dibujándose entre los árboles y las montañas de la sierra arrancándole el frío a los campos y despertando a la bruma. Pensé en Camila y en qué estaría haciendo. Me pregunté si habría sido capaz de dormir y esperé que así fuera. Que al menos el sueño le devolviera la calma que la vida le había robado. Deseé que, sea como fuere, estuviera bien.

Por fin llegamos a nuestro destino, un llano anclado entre pinos muy cerca de un riachuelo. Lázaro aún no había llegado, pero estaba seguro de que no faltaría a la cita. Sentados en la berlina esperamos que lo hiciera, y cuando por fin apareció, sentí tanto alivio como miedo. No es que temiera a la muerte por la muerte en sí, es que era lo único que podía separarme de Camila y me dolía pensar que jamás la volvería a ver. Tomé aire y me armé de valor para enfrentarme a aquello.

Bajamos de la berlina y Elías se situó frente a mí, mirándome con determinación.

—Todo irá bien. Aunque no tendrás mucho tiempo para pensar, respira, apunta, y después disparas. No titubees. Es su vida o la tuya y ya sabemos cuál de las dos merece ser vivida.

Asentí decidido.

—No te preocupes. Así lo haré.

—Victoria me ha dado esto para ti —dijo después, sacando una medalla con un cordón de oro—. Es la Virgen de la Victoria, de Málaga. Quiere que la lleves para que te proteja.

La tomé y la puse en mi cuello, besándola antes de guardarla bajo el corbatín. Ese beso era para la Virgen, pero también para Victoria. Un beso de despedida.

Él sonrió al verme hacer eso y después se puso muy serio, fruto de la pregunta que iba a hacerme.

—¿Dónde quieres que te entierren?

—En Sierra Morena. Mi madre se encargará —dije.

Mi amigo palmeó mi espalda y después agachó la mirada. Noté que los ojos se le habían humedecido.

Al momento se fue a hablar con el padrino de Lázaro, charlaron entre ellos y comprobaron las armas, dejándolas preparadas. No conocía al que había acompañado a Lázaro, un joven más o menos de su edad y de aspecto similar a él, aunque me alegraba que al menos no fuera el tío de Camila. ¿Dónde estaría? No sabía por qué, pero guardaba la esperanza de que apareciera en el último momento y, apelando a la fuerza de su posición, detuviese aquello. No por mí, sino por ahorrarle el sufrimiento a Camila de lo que pudiera resultar ese duelo.

—Pensé que vería hoy a tu tío —le expresé a Elías cuando volvió junto a nosotros—. Que vendría de la nada y esto quedaría solo en un mal recuerdo.

Me subió el cuello de la levita para ocultar el blanco de la camisa, pues según él me hacía un objetivo más fácil.

—Y yo —indicó después—. Pero ya te comenté que Lázaro dijo que estaba en la sierra.

—Es lunes. Hoy tiene clase a primera hora, así que no sé si seguirá en la sierra. Aunque ya qué importa, por más que estudie me va a suspender.

—¿En serio estás pensando en el profesor Marín y en los exámenes cuando tienes a la Parca a la puerta? —Javier me dio un cariñoso pescozón y después me abrazó—. Ten cuidado, por favor. Eres mi mejor amigo. Después de ti, Marquitos —añadió, guiñándole un ojo a su amor.

A pesar de su tono de broma, la voz le salía quebrada y supe que se estaba guardando el llanto. Marcos también me abrazó, y el sentimiento que puso en el gesto fue muy significativo.

—Cuida de él si algo me pasa —le dije.

—Lo haré —prometió, y me abrazó de nuevo—. ¿De verdad no quieres echarte atrás? Mira que el honor a veces está sobrevalorado, y vale más tu vida que cualquier otra cosa.

—Lo sé, Marcos. Pero estoy preparado. No te preocupes.

—Nicolás Castro —llamó Lázaro—. Se acabaron las despedidas. Confía tu alma a Dios y terminemos con esto de una vez. Tengo ganas de ver la cara de mi esposa cuando sepa que has muerto.

A punto estuve de ir hacia él y emprenderla de nuevo a golpes, pero Elías me sujetó.

—Señores, compórtense y no hablen entre ustedes, las normas del decoro entre caballeros así lo exigen —dijo—. Y ahora, procedamos o se nos hará tarde.

De Torres me miró con desdén y sus ojos se posaron entonces en el lazo de Camila y debió de reconocerlo, porque el rostro se le descompuso. Dando grandes zancadas, cogió su pistola del estuche y se colocó en el centro del claro. Sus ojos se clavaron en mí con el fuego del infierno en ellos.

—No demores más tu muerte y ven aquí.

Tragué saliva y, dirigiendo una última mirada a mis amigos en la que ellos me infundieron toda la confianza de la que fueron capaces, caminé hasta él.

Espalda contra espalda, empezó la cuenta de pasos. Catorce, para ser exactos. Por mi mente, en aquellos segundos, pasaron muchísimas cosas. Y en todas ellas estaban la gente que quería: mi madre, Gabriela, Lily, Victoria, Javier, Marcos, el resto de mis amigos, Elías. A todos los echaría de menos. Pero, sobre todo, pensé en mi

Camila, y en qué sería de su vida si yo moría. ¿Cumpliría Lázaro su parte del trato? ¿Encontraría a alguien que cuidase de ella? ¿Que la quisiera tanto como yo? ¿Que le hiciera el amor con el mismo ardor y la misma pasión con los que yo se lo hacía? Alguien que comprendiera que ella no era como el resto de las personas de este mundo, que era única, excepcional. Alguien que supiera entender lo que en su corazón latía, que estuviera dispuesto a emprender una revolución por ella. Justo antes de darme la vuelta, pronuncié un «te quiero» que salió de mis labios esperando que el viento caprichoso se lo hiciera llegar. Y esa fue mi última voluntad.

Un instante después apretaba el gatillo con la vista fija en Lázaro, dispuesto a arrebatárle la vida para preservar la de Camila, para librarla de sus cadenas. El olor a pólvora lo inundó todo; y a través de la nube de humo, lo vi caer al suelo. Tuve la impresión de que lo había matado. El corazón me palpitaba en las sienes y sus latidos parecían truenos que se repetían unos tras otros. Entonces, de la nada, emergió un dolor punzante que me recorrió el estómago. Me sentí mareado, y unas terribles ganas de vomitar me sobrevinieron. Noté que mis ropas se humedecían a la altura del estómago. Me llevé una mano hacia allí y, cuando la retiré, vi sangre en ellas. Lázaro me había herido, posiblemente de muerte. Aunque no era la primera vez. Quizá eso me daba cierta ventaja a la hora de convencer a San Pedro para que me dejase vivir un poco más y así volver a los brazos de Camila. Me arrodillé, sabiendo que no podría mantenerme en pie mucho tiempo, y terminé por desplomarme. El frío de la tierra me heló la piel.

Sobre mi cabeza, en medio de una neblina que comenzaba a velar mis ojos, distinguí a las nubes negras agrupándose para llamar a la tormenta. Eran como las brujas de *El Aquelarre* de Goya, reunidas en torno a un demonio azul que era el rayo, dispuestas a conjurar un hechizo. Aquel que me salvaría de la muerte o me llevaría a ella. Los rostros de Elías y Javier, que se arrodillaban ante mí, taparon las nubes. Intenté mantener los ojos abiertos, mas fue en vano. Javier tapó la herida con sus propias manos y le gritó a Elías que trajese el cabás que había preparado. Mi amigo no era más que un estudiante, pero si sabía de algo era de heridas. Oí muchas más cosas, aunque todas fueron un murmullo ininteligible, y, antes de sumirme en la negrura, vi a Camila recostada allí, a mi lado. Me miraba sonriente, con el cabello revuelto y los hombros desnudos. Extendí la mano para tocar su rostro y me sentí feliz por verla, tanto que el dolor que sentía se desvaneció. Sin embargo, mi semblante se ensombreció al ver la figura de alguien más. Un ser de ropas negras y andrajosas que me señalaba con uno de sus cadavéricos dedos y lanzaba un lamento que pronunciaba mi nombre. Supe que era la muerte y que había venido a buscarme; y cuando pensé que me llevaría, apareció Luna tras ella. La loba gruñó a la Parca mostrando sus afilados dientes; mordió sus ropajes mugrientos hasta que se los arrancó y después clavó las garras en su cuerpo huesudo y macilento, grotesco, terrible. La Parca lanzó un alarido espantoso y de su boca se desprendió un hálito oscuro que llegó hasta Luna y la hizo retroceder. Mas aquella, cobarde e incapaz de enfrentarse a la fuerza de la loba, huyó. Luna clavó entonces sus ojos ámbar en mí y soltó un quejido lastimero. Aulló como cuando la encontré después de haber perdido a su madre. Había dolor en ella, pero ese dolor pronto se transformó en un canto de guerra que pretendía darme fuerzas para sobrevivir. Luna entonces se recostó a mi lado. Acaricié su brillante y suave pelaje y besé su frente. Se acurrucó haciéndose un ovillo y puso su cabeza junto a la mía. Y, con Luna a un lado y Camila al otro, sentí paz. Una paz como la que nunca antes había sentido. Si eso era morir, moriría cien veces.

Capítulo 17

Cuando volví a la realidad lo hice con la cabeza de Javier apoyada en mi hombro derecho y la de Marcos en el izquierdo. Se habían tumbado a mi lado y sus manos estaban apoyadas en mi pecho y entrelazadas. Me sentí arropado por ellos. Contagiado del cariño que transmitía aquel gesto. Contagiado de la fuerza de un amor que luchaba contra un viento huracanado que pretendía cerrarles los ojos y silenciarlos. Mas ellos nunca se rendían. Y yo, al parecer, tampoco, pues estaba vivo. Quizá era la misma fuerza del amor la que me había traído de la oscuridad.

Quise hablar, pero tenía la garganta seca y la voz no me salió. Emití un quejido y ambos abrieron los ojos al instante, incorporándose de golpe en la cama.

—¿Nicolás! —dijo Javier, con los ojos vidriosos.

—¿Estás bien? —preguntó Marcos, también compungido.

Traté de sentarme y sentí un tirón en el vientre. Era un dolor soportable, pero muy molesto. Javier se levantó y puso varios cojines tras mi espalda para que pudiera recostarme algo erguido. Miré hacia abajo y advertí una venda cruzándome el abdomen. Por allí había entrado la bala que casi me costó la vida.

—¿Quieres agua? —inquirió Javier.

Asentí y, al punto, trajo un vaso con agua fresca. La bebí despacio y esta borró poco a poco la sequedad de mi boca y mi garganta.

—¿Qué ha pasado?

—Que casi te mueres —explicó mi mejor amigo—. Tuvimos que operarte para sacarte la bala.

—¿Tú?

—El profesor Argumosa.

Lo miré sorprendido.

—Resulta que cuando te traíamos en la berlina, desangrándote, lo vimos. Iba en dirección a la facultad.

—¿Y cómo le explicasteis que estuviera herido?

—Elías le dijo que había sido un accidente de caza, y siendo quien es...

—Creo que el profesor reconocería con los ojos cerrados que mi herida no era por un accidente de caza.

—¿Y qué querías que le dijésemos? ¿Que te habías batido en duelo a muerte con Lázaro de Torres? —Javier negó con la cabeza—. Es mejor mentir y dejar que cada uno saque sus propias conclusiones. Tenías que haberlo visto operando. Qué maestría. Lo hizo con éter, para que no sintieras el dolor. ¿Recuerdas algo?

Negué con la cabeza. Lo último que recordaba era tener a Luna y a Camila a mi lado.

—¿Y Camila?

Ellos se miraron, y supe que lo que iban a decirme no me gustaría.

—Dónde. Está. Camila —insistí, mirándolos ceñudo.

De nuevo ese cruce de miradas.

—No lo sabemos. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

Asintieron. Quise levantarme de un salto de la cama, mas ese dolor que antes era apenas molesto se volvió insoportable. Me llevé la mano a la herida y apreté los dientes. Javier me obligó a recostarme.

—Tienes que guardar reposo.

—Pues no me digas que la mujer a la que amo ha desaparecido porque... —Sentí un nudo en la garganta—.

Porque saldré de aquí, aunque sea arrastrándome, para buscarla.

—No está en su casa y nadie la ha visto por Madrid desde lo del duelo.

Sentí que el tiempo se había detenido.

—No es cierto... —musité.

Me sentía derrotado, perdido; como si todas las luces del mundo se hubieran apagado y me hubiera sumido en la más eterna negrura. Hube de cerrar los ojos y tomar aire, tratando de disipar la angustia.

—¿Y Lázaro? —alcancé a decir, esperando que al menos ese malnacido estuviera muerto.

—Sobrevivió. Tu bala entró y salió limpia cerca del corazón. Un poco más a un lado y lo habrías matado en el acto.

—Maldito sea.

—Casi que es mejor así. Cargar con su muerte en tu conciencia no habría sido bueno para ti.

—Lo habría hecho gustoso. ¿Camila entonces no está con él?

Negaron a la par.

—¿Y dónde está? ¿Habéis preguntado a su tío?

—Él... él también ha desaparecido.

—No puede ser. Esto... —Me sentía tan terriblemente confundido que apenas si era capaz de articular palabra—. Os lo estáis inventando.

—Válgame el cielo. ¿Me has visto cara de Cervantes para idear novelas? Pues no, Nicolás, pues no. —Javier frunció los labios y después chasqueó la lengua. En su rostro había un gesto muy triste—. Lo siento mucho, pero es que no hay rastro de ellos.

—No se pueden haber esfumado. ¿Dónde está Elías? ¿Habéis dado parte a las autoridades?

Ellos asintieron.

—Elías y Victoria regresaron a casa. Y, sí, las autoridades están al tanto.

—Todo Madrid lo sabe —apostilló Marcos.

Intenté incorporarme una vez más y resistí el dolor hasta que conseguí pararme. Descalzo, mis pies tocaron el suelo frío y me sentí incómodo, pero no me importó. Eché mano de la levita; y estaba metiendo un brazo, cuando Javier y Marcos me agarraron por los hombros y me forzaron a volver a la cama, con ese discurso de que tenía que descansar. Sin embargo, yo no quería hacerlo sabiendo que a Camila podía haberle ocurrido algo. Me resistí y acabé quitándomelos de encima de un empujón. Aunque Javier quiso agarrarme de nuevo, su novio se lo impidió.

—Déjalo, no vas a poder detenerlo. Ahora mismo no es capaz de razonar.

Empecé a vestirme bajo la atenta mirada de ambos y, aunque cada movimiento era un suplicio, no me rendí.

—Voy a buscarla.

—No sabes dónde está.

—¿Han ido a la finca que tienen en San Martín de Valdeiglesias?

—Han ido a todas partes, Nicolás. Elías fue en persona a todas partes.

El pecho me iba a estallar de dolor. Sentía una opresión insoportable. Como si alguien estuviera aplastando mi cuerpo contra la pared. El aliento me faltó y tuve la impresión de que me ahogaba. Salí al balcón a tomar aire, intentando calmarme, y no sirvió de nada. La frustración, el miedo, el dolor; todo ello me dominó, y solté un alarido desesperado que salió de lo más profundo de mi garganta. Las lágrimas afloraron a mis ojos sin que pudiera hacer nada para detenerlas y me dejé caer en el suelo, apoyando la espalda en la pared. Entre las lágrimas, advertí una figura que me miraba desde la calle. Me costó identificarla, pues apenas la había visto dos veces, pero cuando lo hice me levanté casi de un salto y la llamé a gritos.

—¡Carmen! —vociferé.

Ella echó a correr calle abajo hasta que la perdí de vista. Entré en la habitación a toda prisa y me topé de bruces con mis amigos.

—¿Qué ha pasado?

—Era Carmen, la doncella de Camila. Os juro que era ella.

Javier se asomó por el balcón mientras yo salía por la puerta. Más que correr arrastraba los pies y me costó muchísimo llegar abajo. Mis amigos me adelantaron y, antes de abandonar el portalón del edificio, me preguntaron por dónde se había ido y cómo era. Les di las indicaciones y salieron corriendo. Me apoyé en la pared, incapaz de dar un paso más. Doña Lola salió a la calle al ver el revuelo y me preguntó qué pasaba.

—Nicolás, que tú no estás *pa* trotes —me dijo—. Anda, vuelve a la cama.

Estaba tan mareado que no me negué. Ella me cogió de un brazo y lo puso sobre sus hombros para ayudarme a subir. Se lamentó varias veces por lo que me había pasado y supe que le habían contado esa misma excusa del accidente de caza. Apenas me había dejado solo, con la promesa de subirme un caldo caliente, cuando mis amigos regresaron, sin noticias.

—Quizá haya sido tu imaginación —dijo Marcos.

—Os digo que no, que la he visto. Era ella. —Me llevé las manos a la cabeza—. Era ella.

—Pero si era su doncella, ¿por qué ha salido corriendo? ¿Por qué no se ha quedado hablando contigo?

—Y yo qué sé, Marcos. Yo qué sé. —Desesperado, rompí a llorar.

Ellos me abrazaron.

—Anda, duerme un poco.

—No quiero dormir. Tengo que encontrar a Camila.

Javier tomó mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarlo. Su rostro encerraba una advertencia.

—Si te empeñas en esto vas a morir, Nicolás. Vas a morir. Te lo estoy diciendo en serio. Con tu herida no puedes ir por ahí corriendo como si nada hubiera pasado.

—Ella me necesita.

—Y tú necesitas vivir por ella. Porque si ahora te mueres, nada de lo que pretendas hacer por ella servirá.

Tomé aire y lo solté despacio. No hablé, porque lo que mi corazón quería decir y lo que ellos querían oír eran cosas completamente distintas. Mas me rendí. Mi cuerpo no me hacía caso ya, y sobrepasado, me metí en la cama. Javier me dio un opiáceo para que pudiera dormir y caí en un sueño profundo en el que la realidad se mezclaba con los sueños. Sueños grotescos llenos de criaturas extrañas. De recuerdos viejos que ya creía olvidados. Otros sueños eran amables y me reconfortaban, porque devolvían a Camila a mis brazos. Pero esos eran pocos. En medio de una de mis ensoñaciones, escuché a Javier hablar con Marcos.

—¿Cuándo le vas a decir lo de Luna?

—Le daré la carta de su madre. Es mejor que lo lea de su puño y letra.

Abrí levemente los ojos y los miré. Mi boca articuló una pregunta, mas no emitió sonido alguno.

—Nicolás la quería mucho. Le dolerá y... —Javier rompió a llorar, y Marcos lo abrazó—. Y yo no quiero que sufra más.

—¿No te resulta extraño que la loba muriera el mismo día en el que casi muere él?

—Lo es. Quizá...

Y sus voces se perdieron de nuevo y me sumí en mis sueños, pero las lágrimas de mis ojos eran reales. Mi Luna había muerto. Y yo estaba seguro de que lo había hecho para salvarme. De que había sido capaz de hallarme a las puertas del más allá para arrebatar me de las frías manos de la Parca. De que había dado su alma por mí. ¿Qué haría yo ahora en un mundo donde ella no estaba ya? ¿Qué haría yo sin poder abrazarla una vez más?

El resto del mes de marzo lo pasé reposando. La dama Belladona y yo fuimos amantes, y el caballero Opio se unió a nosotros en sagrado matrimonio. Mi madre vino a cuidarme durante unos días, y también lo hizo mi hermana. Por primera vez en muchos años la venta estuvo cerrada. Su compañía, aunque no pudiera disfrutar de ella plenamente, fue un bálsamo para mí. Ambas hicieron buenas migas con doña Lola y pasaban largas horas de animada charla, haciéndome los días más cortos y todo un repertorio de comidas de esas que «resucitarían a un muerto». Victoria también regresó a Madrid para estar junto a mí. Cogía mi mano y me contaba cosas de los libros que había leído. Me traía nuevos folletos de obras de teatro y me hablaba de ellas, con la promesa de que iríamos a

verlas todas cuando me pusiera bien, y, por supuesto, a comer unos huevos fritos. También me hablaba de sus hijos: Bárbara y Elías. Y deseé, al igual que ella, poder hablar de mis propios hijos algún día con la devoción con la que ella hablaba de los suyos. A veces cogía la medalla de oro que me había regalado y que seguía en mi cuello y la besaba, pronunciando un rezo. A veces se quedaba dormida con su cabeza sobre mi pecho.

Lucas también vino a verme varias veces y, en una de ellas, lo acompañó Juan. Me extrañó mucho verlo, pero lo hizo sin ánimo de pelear y disculpándose por lo ocurrido. Yo no estaba como para enfrentamientos, así que acepté sus disculpas. Como muestra de sus buenas intenciones, trajo un retrato de Camila que él mismo había hecho. Dijo que así no la echaría tanto de menos. A decir verdad, era bastante fiel a sus rasgos, y aunque sería imposible plasmar tanta belleza, quedó muy cerca de hacerlo. En él, Camila posaba como lo haría una reina, con un elegante vestido rojo en una sala grande de paredes de piedra. A sus espaldas había un tapiz con aspecto medieval y una ventana alta de vidriera emplomada, muy hermosa. Casi parecía una princesa en una torre. Tratando de sentirla más cerca, cada noche, antes de dormir, lo admiraba, y posaba un beso en sus labios.

Recibí, además, muchas visitas de Cristina, que venía del brazo de José Ramón, presumiendo de este o aquel regalo que él le había hecho con motivo de su compromiso, que, después de todo, había sucedido y se había hecho formal y público. Cada vez que venían, lo hacían cargados de dulces y con la prensa debajo del brazo para subirme el ánimo. Además de contarme lo espléndida que fue la declaración de José Ramón, que apareció montado a caballo cual galán —sin duda inspirado por mi hazaña— y se arrodilló delante de ella, me contaban cosas de su día a día y, sobre todo, me leían. Se sentaban en una silla al lado de la cama y, por turnos, me leían *El Español* y otros periódicos que compraban. A él le gustaba hablarme de política; a ella le encantaba relatarme los sucesos más escandalosos y truculentos de la capital: los robos, las cuitas, y otros asuntos de muerte. Cristina parecía sentir fascinación por las más escabrosas noticias. Para ella, desde la seguridad de su posición, debían de ser poco más que un divertimento, un objeto de morbosa admiración. Yo la escuchaba sin replicar porque las horas se me pasaban más rápido que cuando mis amigos hablaban de política. No obstante, y en cualquiera de los dos casos, a mí me seguía pareciendo extraño que el mundo siguiera su curso cuando el mío se había detenido por completo.

Javier traía la *Gaceta Médica* y me ponía al corriente de los avances que se iban haciendo y de las nuevas operaciones. Me contaba nuevas sobre la universidad, siendo que andaban los ánimos para poca broma, por eso de la desaparición del profesor Marín, que seguía sin dar señales de vida. Los estudiantes decían que, de un momento a otro, aparecería como don Santiago, flotando en el Manzanares. Además de tan funestos rumores, también traía las anotaciones de clase, para que, a mi regreso, las materias no se me hicieran tan cuesta arriba. En aquel momento, yo no estaba muy seguro de que pudiera volver a la rutina de antes, pero le agradecí su preocupación. Era tanta que hasta había dejado de salir todos los viernes para quedarse conmigo repasando lo aprendido.

Un día, incluso, apareció Antonella. En cuanto la vi llegar me hice el dormido.

Si el mes de marzo fue duro, el de abril fue el más terrible de toda mi vida. Pasó lento, tedioso, mecánico. Conformado por una sucesión de días todos carentes de sentido y a cada cual más angustioso. Ya casi recuperado de la herida, traté de refugiarme en los estudios y en las noches con mis amigos. Traté de no pensar en lo que le había ocurrido a Luna, ni tampoco a Camila. Traté de fingir que estaba entero, aunque por dentro estaba hecho pedazos. Era poco más que un montón de cristales que alguien hubiera aplastado hasta hacerlos polvo. Estaba muerto. Su ausencia me había matado y la incertidumbre había cavado mi tumba. Si hubiera sabido de ella, si me hubiera dicho dónde iba, habría tenido el consuelo de saber que estaba bien, aunque fuera sin mí. Mas no había rastro de ella, y la gente la daba por muerta, como a su tío. Un paseo por el campo que había salido mal, una visita al río que había resultado en accidente; un encuentro fortuito con unos asaltantes en el camino a su finca, que los había llevado a la muerte. Todos especulaban. Todos hablaban de ella en pasado. Pero Camila no era pasado. Era mi presente. Era mi futuro. Y algo en mi corazón me decía que estaba viva en algún lugar, esperándome.

Sopesé incluso la idea de que se hubiera marchado a Cuba huyendo de Lázaro, algo que habría celebrado, pero esperé su carta y nunca llegó. Cada día que pasaba su ausencia dolía más y los pensamientos se hacían cada vez más oscuros, tanto que llegué a pensar que Lázaro la había matado y había ocultado su cuerpo en alguna parte. En cuanto

pude caminar con normalidad, pasaba los días recorriendo las calles de Madrid, buscándola. Y en cada paso se me antojaba verla. Veía su rostro en cada espejo, su perfume en el de cada flor, su risa en cada rincón de la ciudad. No hubo un solo palmo de la villa por el que no pisara en su busca.

Javier, preocupado por mí, llegó a temer por mi vida. La forma en la que mi sufrimiento me estaba consumiendo lo llevó a pensar que sería incluso capaz de quitarme la vida. Y después de que su hermana nos leyera la noticia de que unas muchachas habían tomado infusión de fósforo para tal propósito, escondió todos los fósforos de la casa bajo la supervisión de doña Lola. Más de una vez me vi a oscuras por su culpa. Podría decir que me aconsejó que cambiara unos días de aires, pero más bien me obligó. Preparó nuestros equipajes y compró billetes para una diligencia con dirección a Málaga. Allí nos reunimos con Victoria y Elías.

Los días en aquella ciudad, tan llena de luz, sanaron un poco mi alma. Las risas de sus hijos recompusieron en parte mis pedazos. También estuve otros días en la venta, para disfrutar del cariño de mi madre y mi hermana, y también de los parroquianos y de Lily y Bernardo; para llevar flores a la tumba que, bajo el más anciano de los pinos que circundaban nuestra casa, mi madre había dispuesto para Luna. Allí me senté y lloré, y hablé con ella. Le dije todas las cosas que aún soñaba para nosotros. Le hablé de Camila. Y tuve la impresión de que allí, en algún lugar del bosque, Luna estaba sentada sobre sus patas traseras observándome. Aunque ya no podía acompañarme en mis paseos, sí lo hacía Canela. Monté en ella recorriendo esos caminos que siempre fueron nuestros, caminos que habría querido enseñarle a Camila. Y si hubo algo que hice cada día fue escribir una carta para ella. Y todas ellas la esperaban guardadas en una caja, por si algún día volvía junto a mí, que supiera que no hubo un momento en el que su nombre no estuviera en mi mente.

Y una tarde, a últimos de abril, la esperanza de encontrarla ardió de nuevo con fuerza.

Estábamos ya en Madrid, y habiendo vuelto a la rutina que pensé nunca retomaría, me encontraba estudiando en la habitación, cuando Javier irrumpió en ella de forma brusca y trayendo alguna noticia que darme. Si seguía conviviendo con él mucho tiempo más, probablemente moriría joven a causa de una afección cardíaca.

Dejó un periódico sobre mi escritorio y señaló con ímpetu un punto.

—Lee.

—¿No será otra noticia sobre una de esas muchachas? —Lo miré con gesto cansado—. Se me revuelve el estómago cada vez que aparecen. ¿Y si alguna vez es... Camila?

—Anda y no conjures al infortunio, Nicolás. Que Camila seguro que está bien.

—Ella no se olvidaría de mí, así como así —aseveré—. Escribiría. Lo que fuese. A lo mejor está escondida en alguna parte.

—Lee esto, por favor —insistió.

Resoplé y, dejando de lado mi libro de Anatomía, me centré en leer. Un nudo se me hizo en la garganta al ver que allí estaban las palabras de Camila. Esas que yo creía perdidas.

—¿Ha sido Antonella? Pero ella dijo que... —No recordaba si le había hablado de lo que había pasado entre nosotros. O más bien de lo que ella quería que pasase.

—Lo sé. Me enteré. Entre los Cuatro Evangelistas no hay secretos.

—¿Lo sabe Lucas?

—No eres el único al que Antonella ha querido llevarse a la cama. Respira.

—¿También tú?

—Yo no. Por razones obvias. Antonella no es tonta. Pero sí que hubo un tiempo en el que le dio por Juan. — Bajó la voz como si no estuviéramos solos y quisiera contarme un gran secreto—. La pintó desnuda. A veces todavía se escapan a «pintarla» a una casa que él tiene en la sierra. Muy cerca del castillo de un familiar suyo, de esos de veinte apellidos y escudo de armas.

—Vaya con Juan. —Silbé, y volví a mirar al periódico, sonriendo al ver que allí estaban las palabras de mi Camila. A pesar de que Antonella había dicho que no lo haría a menos que me acostase con ella, allí estaba su texto. Y volver a leerlo fue como estar con mi amada de nuevo. Aunque Lázaro había pretendido silenciarla, sus palabras

habían volado más alto de lo que él jamás podría alcanzar.

Resolví que iría a verla pronto para darle las gracias y, aquella noche, me permití un respiro de los estudios y salí a tomar algo con Javier y los Cuatro Evangelistas. No disfruté demasiado de la velada, pues mi cabeza estaba en otros asuntos, pero al menos la tertulia fue interesante, ya que en vez de hablar de mujeres debatieron de cuestiones filosóficas.

De regreso a casa, a solas, caminaba yo por una de las calles transversales a la principal que daba paso a la facultad, cuando una puerta se abrió. Por la ubicación debía de ser alguna puerta trasera de las aulas más bajas. Allá donde se daban las clases de Anatomía. De ella salieron dos hombres que se apoyaron en la pared y encendieron sus cigarrillos. Uno de ellos era con el que tuve aquel rifirrafe con el asunto de los cadáveres, el otro era Rozas. El rojo del tabaco quemándose restalló en la penumbra que los envolvía, pues el farol más cercano estaba a varios metros de ellos. Escuché el sonido de los cascos de unos caballos y me giré a tiempo de ver una berlina negra y roja, dirigida por un cochero que llevaba sombrero calado y amplia capa negra, adentrándose en la estrecha calle. Esta se detuvo delante de los dos estudiantes y su puerta se abrió. Apagaron los cigarrillos y se acercaron de inmediato. Estaba a punto de seguir mi camino, pensando que aquello no era más que una reunión nocturna entre amigos, cuando vi que de la berlina sacaban un bulto que llamó mi atención. Hube de parpadear varias veces para cerciorarme de que lo que estaba viendo no era fruto de mi imaginación. Cargaban entre los dos a una mujer ataviada con un vestido rojo, muy brillante. Sus cabellos eran largos y castaños y llevaba un chal dorado. Si mis ojos no me engañaban, era la misma mujer que me había seguido por aquel callejón meses atrás. Aquel suceso me había resultado tan violento que su rostro no se me había borrado de la memoria. ¿Qué hacía allí? Porque la cargaban como... ¿como si estuviera muerta?

Quizá era que lo estaba.

Los jóvenes desaparecieron tras la puerta y el cochero instó a los caballos a moverse. La berlina atravesó la calle, y yo, guiado por una sensación de alerta, me escondí para que no me vieran. A mis espaldas había un parquecillo delimitado por setos colocados por un caprichoso paisajista y me agaché tras ellos. No fue hasta que la berlina se alejó del todo cuando percibí que había alguien a mi lado. Bajo la rojiza luz de un farol de gas cercano distinguí los rasgos de la última persona del mundo a la que habría esperado encontrarme allí.

—¿Carmen? —exclamé sorprendido al reconocerla.

—No conozco a esa persona. —Su respuesta a todas luces era fingida.

—Por favor, no vuelva a huir de mí. Necesito hablar con usted.

Ignorando mi petición, se puso en pie y, tras sacudirse la falda, echó a andar. Me levanté también y la observé ceñudo.

—¡Carmen! —la llamé. Apretó el paso; y yo, más rápido que ella, se lo corté—. Por lo que usted más quiera. Estoy seguro de que hay algo que ansía decirme, de lo contrario no habría estado rondando por mi casa.

—Eso fue un error. —Dio un paso a la derecha y yo lo hice también—. Nunca debí de acercarme a usted. —Intentó ir a la izquierda y también se lo impedí—. Por favor, deje que me vaya, señor Castro.

Me negué en rotundo.

—Hay algo que quiere decirme y no pararé hasta que lo haga. Cuéntemelo, por lo que más quiera.

Miró al suelo y su labio inferior tembló. Sus ojos se tornaron vidriosos. Sin duda estaba a punto de echarse a llorar.

—Carmen... ¿qué ocurre? Tiene que ver con Camila, ¿verdad?

Asintió tímidamente.

—Está... ¿bien? —Tragué saliva.

Negó. La cabeza me dio vueltas.

—No me diga que le ha pasado algo. No me diga que ha mu... —No tuve arrestos para terminar la frase. El corazón me latió a toda prisa, asustado ante la perspectiva de que ella me diese la peor de las noticias sobre mi amada.

—No. —Me miró muy seria, con la voz entrecortada y el llanto en la garganta—. Pero si se lo digo... morirán otras personas. No puedo decirle nada. No puedo.

En aquellos momentos tuve dos sentimientos enfrentados. La alegría de saber que Camila seguía con vida, y el miedo a conocer la naturaleza real de su estado.

—¿Dónde está? —La cogí por ambas manos y la miré con gesto serio—. Si ella corre peligro, he de ponerla a salvo. Lo entiende, ¿verdad?

Por un instante su rostro, que había estado triste, se tornó enfadado.

—Usted tiene la culpa, señor Castro. —Soltó mis manos—. Si no hubiera aparecido en su vida nada de esto habría ocurrido jamás.

—Ya es tarde para hacer reproches. Dígame lo que sepa para que pueda ayudarla.

Ella se llevó la mano al pecho, como si no pudiera respirar bien.

—Tengo que sentarme.

Caminó hacia uno de los bancos del parque y se dejó caer en él con aplomo. Me senté a su lado y esperé. Esperé, con el corazón encogido, a que hiciera o dijese algo.

—Mire —dijo al fin—. No sé dónde está, porque cuando me lleva con ella, Lázaro lo hace sin que vea nunca el exterior. Yo solo la veo en una habitación cerrada.

—Lázaro —mascullé, y apreté los dientes iracundo—. La tiene retenida en alguna parte, ¿verdad?

Cuando la mujer asintió, no sabía si reír o llorar.

—¿Y por qué no me ha dicho nada antes?

—Porque han amenazado a mi familia. Si hablo, les cortarían el cuello.

—Habla usted en plural. No es solo Lázaro el responsable.

—No. No lo es.

—¿Quiénes entonces?

—Ellos.

—¿Quiénes son ellos, Carmen? —inquirí crispado—. Por el amor de Dios, responda de forma clara.

—Gente con mucho poder. Tienen un nombre muy rimbombante, porque les gustan esas historias de griegos. Adoran a uno de sus dioses. El más poderoso de ellos.

—¿Zeus?

—Sí. A él le hacen sus ofrendas. Por eso ponen claveles en la boca de esas pobres chicas, porque, según parece, es la flor de Zeus —explicó para mi asombro—. Se llaman a sí mismos «Los Hijos de Aisón».

Aquel nombre resonó en mi cabeza. Me costó ubicarlo, pero finalmente lo hice. Era el nombre del artesano que había creado esa copa en la que se narraban las hazañas de Teseo. De forma automática, Antonella vino a mi mente. Aquello no podía ser una casualidad. Era demasiado como para que lo fuera.

—Hay algo más, señor Castro —dijo, para mayor preocupación—. Esa gente planea algo. Lo sé desde hace tiempo. Se reunían en casa de mi señora con Lázaro y con su tío, y murmuraban.

—¿El profesor Marín está metido en esto?

—Estaba. No creo que siga vivo a estas alturas. Lázaro tenía planes para Camila que él no toleraba, y nadie le lleva la contraria al señor de Torres sin salir escarmentado.

Recibí aquella noticia no sin sorpresa. Sospecharlo desde hacía tiempo no lo hacía menos duro.

—¿Qué planes?

—No puedo decirle cuáles son, pero ya ve. Se la ha llevado a saber dónde. Esa gente no se anda con medias tintas y hay alguien en el poder que los molesta —continuó diciendo ella—. No sé quién, pero hablaron de asesinar a alguien muy importante. Aunque, antes, necesitan muchos sacrificios para que su petición les sea concedida. —Se santiguó, con gesto asustado—. Dios nos libre.

—Habla de sacrificios, Carmen, pero no la comprendo. ¿A qué se refiere?

—Las muchachas. Las que están apareciendo muertas en la villa.

Si ya de por sí estaba pálido, aquello me robó el poco color que me quedaba.

—¿Quiere decir que son los culpables de sus muertes?

—Lo son. Las secuestran y las traen a la facultad. Los he seguido alguna vez, al igual que esta noche.

—¿Los mismos que tienen a Camila encerrada?

—Sí, pero a ella no le harán daño. Lázaro dijo que ella era su Ariadna.

—Su Ariadna... —resoplé abrumado y me tragué las lágrimas. Tenía unas ganas tremendas de llorar, de gritar, de maldecir—. ¿Cómo está ella?

—¿Cómo estaría usted si llevase dos meses encerrado? ¿Cómo estaría usted si solo pudiera ver la luz del sol una hora al día, asomado desde un pequeño balcón?

La perspectiva de saberla con vida y tener la certeza de que estaba sufriendo de tal manera me abrumó tanto que casi no pude respirar. Escondí la cabeza entre las manos y después me froté el rostro, intentando pensar.

—Usted dice que no tiene manera de saber dónde está ese lugar, pero tiene que haber alguna forma —dije nervioso—. ¿Camila le ha hablado de mí?

—No nos permiten hablar. Solo tengo permiso para peinarla, ayudarla a afeitarse y arreglar sus ropas si es necesario. Me dejan sentarme una hora al día para hacerle compañía, pero únicamente se me permite estar a su lado mientras borda. Nada más. Está haciendo un tapiz. Es la forma que tiene de matar el tiempo. —Sacó de su bolsillo un trozo de tela bordado y me lo mostró. En él se veía la torre de un castillo preñado de hiedra trepadora. Había, a los pies de esta, entre un jardín de lirios, una cruz—. Encontré esto entre sus ropas sucias. Supongo que fue una idea que tuvo y que terminó por desechar.

Se lo arrebaté de las manos con un palpito en el corazón. Estaba tan bien bordado que no podía ser algo que hubiera desechado sin más. Atisbé, entonces, fijándome mejor en las puntadas, que entre los lirios había tumbada una loba de ojos ámbar.

—Carmen. —Agarré sus manos, con los nervios a flor de piel—. ¿Y si este fuera un mensaje que Camila le hubiera dado?

Ella me miró confusa.

—¿Ve esta loba? Es mi loba. Luna. —Alcé el paño ante sus ojos—. Yo le hablé de ella. Es un mensaje para mí. Estoy seguro. —Miré de nuevo al bordado y lo estreché contra mi pecho. Había estado en sus manos y ahora estaba en las mías. Mientras lo hacía, juré que la encontraría como fuese. Volví la vista hacia Carmen y vi que ella lloraba. Sus llantos eran de angustia—. No llore, por favor. Voy a poner a Camila a salvo. Se lo prometo.

Se arrojó a mí y me abrazó, desesperada.

—Lo siento —me dijo—. Debí decírselo cuando fui a verlo, pero me acobardé.

—Lo entiendo, Carmen. Entiendo que quisiera proteger a los suyos.

Se separó de mí y asintió, enjugándose los ojos.

—Por favor, ayúdela.

Tomé aire e intenté armar en mi cabeza algo que tuviera sentido. Aunar las piezas de aquel rompecabezas para hallar algo claro en él.

—Usted ha dicho que ella está encerrada. ¿Es una casa?

—Creo que es una torre, aunque nunca la he visto por fuera, porque me llevan con los ojos vendados. Por dentro es de paredes de piedra, como la de los castillos.

—¿Y si fuera esta? —Señalé al bordado—. ¿La reconoce?

Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Dígame algo con lo que pueda guiarme. No sé. ¿Cuánto tardan en llegar?

—Apenas unas horas. No puedo decirle nada más.

Sabiendo que Carmen no podía ayudarme, tendría que buscar otras formas de llegar hasta ella. Le di las gracias y le pedí que tuviera cuidado. Tras guardar el bordado en el bolsillo, tomé la decisión de ir a la facultad. Si habían llevado allí a la joven quizá aún estuviera con vida y pudiera ayudarla. Y o Rozas o el otro iban a darme las

explicaciones que quería. Después iría a buscar a Javier para pedirle que me acompañase a denunciar los hechos.

Una vez allí llamé, de forma brusca, con los nudillos a la puerta. El sonido retumbó en el silencio de la noche y casi pareció un ataque de artillería. El chico que no conocía la abrió y me miró de arriba abajo con cara de sorpresa.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Dónde está la muchacha?

—¿Qué muchacha?

Lo aparté de un empujón y corrí pasillo arriba hasta llegar a la gran sala. Allí, Rozas sacaba el corazón del cuerpo de la joven y lo dejaba sobre una bandeja. Al percatarse de mi presencia me miró estupefacto, como si no se creyera que estaba allí.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —bramé.

—Yo... —titubeó y se apartó de la mesa. Quiso echar a correr, pero lo alcancé a tiempo. Agarrándolo por el cuello, lo arrastré hasta ponerlo de nuevo delante de la pobre muchacha.

—Eres un hijo de puta, ¿qué le has hecho?

—Ya estaba muerta.

—No te creo. —Había demasiada sangre como para que lo estuviera.

El otro llegó y quiso acercarse, pero con un movimiento rápido cogí un escalpelo de la mesa y lo puse en el cuello de Rozas.

—Si te mueves, lo mato.

—Por favor. Estate quieto —le pidió.

—¿Quién os la ha traído?

Hablaron más rápido de lo que me esperaba.

—Lázaro de Torres. Él las trae —dijo Rozas—. Las duermen con éter y luego nos piden que hagamos esto.

—Les sacáis el corazón cuando aún están vivas.

—Ellos dicen que él no puede alimentarse de otra forma —dijo el otro.

—¿Qué...? —murmuré.

No me salían las palabras. Tuve la impresión de que todo aquello era un delirio. Algo provocado por mí. Por los días de insomnio y de penurias. Quizá la ausencia de Camila me había hecho perder la razón.

—Has dicho algo del éter. ¿No estará el profesor Argumosa metido en nada de esto?

—¿Él? No, diantres —negó Rozas—. Él es un buen hombre.

—A diferencia de ti.

—No me juzgues, Castro. A ti te pagan las cuentas, pero otros no tenemos tanta suerte. De algún lado tendré que sacar los reales.

—Si me dices que estás haciendo todo esto por dinero, es que eres más miserable de lo que yo pensaba. ¿Sabes dónde tienen a Camila?

Se miraron entre ellos.

—¿A Camila? Ni idea —dijo Rozas.

—No juguéis conmigo, porque no me va a temblar el pulso si tengo que rajaros la garganta.

Hablaba en serio, y debieron percibirlo así porque me miraron asustados. Rozas habló:

—Antonella lo sabe.

—Maldita sea —mascullé—. Sabía que tenía algo que ver.

—Suéltame ya, por favor. No puedo ayudarte —suplicó.

Lo empujé con todas mis fuerzas contra la mesa de instrumentales y terminó cayéndose al suelo revuelto entre utensilios. Su amigo corrió hacia él, a la par que yo abandonaba la sala. Dirigí una mirada piadosa a la joven. Nada podía hacer por ella, pero sí por Camila.

—Vais a ir al infierno —les dije antes de marcharme, llevándome conmigo el escalpelo. Teniendo en cuenta el cariz que estaban tomando los acontecimientos, no me vendría mal otra arma para defenderme—. Pero antes

pasaréis por prisión y también por el garrote.

Corrí con todas mis fuerzas al encuentro de Javier, esperando que estuviera en el café donde lo había dejado. Mas no lo hallé allí. Pregunté al mesero y me dijo que se había marchado hacía una media hora. Supuse que había regresado a casa y encaminé mis pasos hacia allí. El aire de la noche me quemaba en los pulmones y debía de parecer un ratero corriendo de aquí para allá, entre las gentes, cruzando la carretera apenas sin mirar, y saltando bancos y otros elementos del mobiliario urbano en vez de rodearlos. Casi me fallaban ya las piernas cuando llegué hasta nuestra calle. Ante la puerta de la casa, la berlina roja y negra que había visto en el depósito se hallaba parada.

Me acerqué despacio. Nervioso. A unos pasos de ella, la portezuela se abrió y Antonella asomó medio cuerpo, haciéndome señas para que entrase. Tomé aire y miré por un instante a la ventana de nuestra habitación. Javier debía de estar allí, pues había luz. Y entonces, su figura se recortó en el balcón. Mas no estaba solo. Alguien estaba con él. Un hombre fornido a quien yo desconocía lo sujetaba por la espalda. El metal de la navaja que había en su cuello centelleó.

—¡Javier! —grité.

—¡Vete, Nicolás! —Fue su desesperada respuesta—. ¡Vete!

La voz de Antonella llegó desde la berlina. Pronunció aquellas palabras con abrumadora decisión.

—Entra, y te prometo que no lo matará.

«Ojalá poseyera su mismo aplomo para saber qué hacer», pensé.

Miré hacia la ventana de doña Lola, por si podía alertarla de alguna manera, pero no había luz en ella. Entonces me preocupé aún más.

—¿Y la señora de la fonda? No le habréis hecho nada... —le dije a Antonella, ceñudo.

—Eso depende de ti, Nicolás. —Sonrió maliciosa—. ¿Subes?

Apreté los dientes, enfadado. Mas de nada me valía mostrarme iracundo. No si quería proteger a Lola y a Javier. Aunque, a decir verdad, no podía fiarme de que cumpliera su palabra y no les hiciera daño, entré en la berlina y tomé asiento frente a ella, dispuesto a poner de mi parte para salvarlos. El lugar estaba impregnado de un olor muy fuerte a cadáver y a productos químicos, semejante al del depósito.

Antonella llevaba aquel día unos guantes blancos de piel, y en su mano había un pañuelo. Lucía un vestido en tonos claros, con festones grises, muy ceñido al talle. El escote era redondo y elegante, adornado con encaje. Sobre su piel lechosa brilló la piedra del colgante de Camila. Ese que había estado sobre su piel, allí donde estuvieron mis labios. Sin pensarlo una sola vez llevé mi mano hasta él y lo tomé entre mis dedos.

—Si quiere tocarme solo tiene que pedirlo —dijo ella con una risita.

—¿Qué hace usted con eso? —dije, pálido.

No contestó.

—Dígame qué hace con él. —Tiré del colgante y partí la cadena. Lo alcé ante mí y este osciló como si fuera un péndulo—. O me contesta por qué lo tiene usted o le juro que entre nosotros habrá algo más que palabras.

—No sea brusco conmigo, Nicolás. Hablemos como personas civilizadas.

Mascullé una maldición y miré el colgante por unos segundos, con las ganas de llorar anidando en mi garganta.

—Dónde está —dije guardándomelo en el bolsillo.

—¿No va a darme las gracias? He publicado lo que me pidió.

—Y no entiendo por qué. Usted dijo que no lo haría sin tener algo a cambio.

—¿Y cómo sabe que no he recibido algo a cambio?

La miré extrañada.

—¿A qué se refiere?

—Creí justo y conveniente que Camila tuviera su eco en la eternidad. Que, siendo tan grande el sacrificio para el que había sido concebida, debía tener justa recompensa, o quizá... un epitafio digno de recordar.

—Un... epitafio. —Me tembló la voz.

—Debería empezar a olvidarla. —Antonella se sentó a mi lado—. El destino de Camila ya no le pertenece. Ni a

ella ni a usted.

—Pídame que deje de respirar, pero no me pida que la olvide.

—Puedo hacer ambas cosas.

Fruncí el ceño. Por la forma en la que lo dijo casi me parecía que sus palabras encerrasen algún tipo de acertijo.

Antonella se giró y me miró de forma directa a los ojos. Entonces, alzó su mano con un movimiento rápido y colocó sobre mi boca el pañuelo que llevaba en sus manos. Olía muy fuerte. Sin duda era éter. No me dormiría al instante, pero si lo inhalaba durante el tiempo suficiente sí lo conseguiría. Forcejeé con ella y logré quitármela de encima, sintiéndome algo mareado. Pero entonces ese tipo fornido con el que había visto a Javier entró en el carruaje, me golpeó en la cabeza y perdí la consciencia.

Capítulo 18

—Nicolás. —La dulce voz de Camila llegó a mis oídos. Lejana. Como la remembranza de una estrella de la que no me llegase su luz—. Despierta. Por favor.

Sonaba angustiada y una terrible desazón se me instaló en el pecho. Su dolor me pesaba como una losa. Traté de abrir los ojos, pero me costaba separar los párpados. Sentí entonces la presión de sus labios sobre los míos. Cálidos. Suaves. Estaba besando el sol, mas no me quemaba. Así era ella. Una fuerza de la naturaleza capaz de separar los océanos. Capaz de hacer que el mundo dejase de girar para mí. Aquel beso me dio arrestos para intentarlo una vez más. Para salir del mundo de los sueños y acudir hasta ella. Mis párpados al fin se separaron y la vi. Tan hermosa como siempre, a pesar de que en su rostro había un gesto preocupado. Se hallaba inclinada sobre mí, con sus manos rodeando mi mentón. Al ver que abría los ojos, los suyos se llenaron de lágrimas y me abrazó con tanta fuerza que tuve la impresión de que quería que fuéramos uno solo.

—Nicolás —sollozó—. Mi amor.

—Camila —murmuré, y alcé los brazos para rodearla—. Mi vida. ¿Estás bien?

—Estoy contigo.

La tomé por el rostro para mirarla y la besé con todas mis ganas.

—Te quiero —le dije—. Pensé que te había perdido para siempre.

—No digas eso. —Acarició mis mejillas y besó mi rostro con premura, posando besos en cada parte de él—. Nunca me vas a perder.

—Mi amor. —La estreché con fuerza—. Mi amor.

Su cabello suelto se posó sobre mi pecho desnudo y sentí su suavidad. Me di cuenta entonces de que, salvo por una corta y exigua falda de tela roja, no había más ropa en mí. Desde los tobillos a las rodillas llevaba unas protecciones de metal. Unas como las que en los libros de mitología le había visto a los hoplitas griegos. En mis muñecas había brazales de cuero y mi piel destilaba un fuerte olor a aceite perfumado. Me fijé en Camila y sus vestimentas despertaron en mí la misma extrañeza que las que llevaba yo. Vestía una toga de un rojo intenso, prendida en los hombros pero abierta en los brazos. Dos piezas de tela más oscura se cruzaban en el centro de sus pechos, marcándolos considerablemente, y su cintura la ceñía otra tela de igual color. Un manto dorado se dejaba caer en sus antebrazos, ceñidos por dos brazaletes de oro.^[19]

—¿Por qué llevamos esta ropa?

—Lo siento —dijo muy seria—. Todo esto es mi culpa. Debí avisarte cuando lo supe.

Me incorporé, acusando un fuerte dolor de cabeza. Allá donde me habían golpeado noté que empezaba a formarse un chichón. Apreté los párpados, intentando alejar la molesta sensación.

—¿Estás bien? —preguntó ella, de rodillas a mi lado.

Asentí.

—Sí. No te preocupes. —Le resté importancia porque tenía muchas preguntas rondándome en la cabeza que requerían más atención que el golpe—. ¿Debiste avisarme cuando supiste el qué?

—Todo ese asunto de los Hijos de Aisón... La logia a la que pertenece Lázaro, y muchos otros como él.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Lo descubrí todo la mañana en la que tú y él os batisteis en duelo. Mi tío llegó de la finca, consternado. Algo descubrió que lo hizo enfrentarse con Lázaro.

—¿El qué?

—Todo ese asunto de las chicas a las que les sacaba el corazón para llevar a cabo un viejo ritual. Y había algo más, lo que más enfureció a mi tío: dijo que lo había engañado, que todo era una mentira, y también le oí decir: «Ellos están vivos», y no pudo hablar más porque Lázaro... Él... —Miró al suelo, consternada—. Lo mató. Y entonces me dejó encerrada y se marchó para batirse contigo.

Con sus palabras confirmaba las sospechas de Carmen sobre el destino del profesor Marín.

—Lo siento mucho, mi amor —dije, abrazándola con todas mis fuerzas para consolarla.

Lloró, echando el dolor en forma de lágrimas, arrebujada en mi pecho. Cuando se calmó, le pregunté a qué ritual se había referido antes.

—Cree que alimentándose de ellas, devorando su corazón, obtendrá el poder para perpetrar un terrible crimen.

Lo que había aprendido en el depósito llegó a mi mente y la sangre se me heló en las venas. Por unos segundos, hasta la respiración se me cortó. Saber de labios de Camila que aquello era cierto me hizo tragar saliva. Era una de las cosas más horripilantes que había oído jamás.

—Es un monstruo, Nicolás. El más terrible de todos. En él moran todas las oscuridades de los hombres. — Camila hizo una pausa en la que su rostro se contrajo—. Él es...

No terminó la frase. Algo la estaba molestando en el vientre y se llevó la mano allí. Puse mi mano también y le pregunté qué le ocurría.

—No es nada, Nicolás. Es frío. Solo frío.

Maldije al cielo, pues no tenía mi levita para arroparla, así que me senté a su lado y la atraje de nuevo hacia mi pecho, para darle calor.

—¿Qué es lo que quiere hacer Lázaro? ¿Para qué lleva a cabo ese ritual?

—Quiere matar a la reina.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿A la reina?

—Sí. Y te aseguro que la matará, Nicolás, porque no hay nadie que lo detenga. Lo hará cuando complete el último sacrificio.

Tuve miedo de preguntar. A decir verdad, no hizo falta. Empezaba a sospechar que ese sacrificio éramos nosotros.

—Aisón pintó el vaso que viste, pero existe otra versión de este mucho más oscura. Una que guardan en el centro del laberinto y a la que rinden culto. En ella el Minotauro mata a Teseo y toma a Ariadna obligándola a tener sus hijos. Aquellos que perpetuarán su linaje maldito. Y me temo que tú y yo somos Teseo y Ariadna. —Agachó la mirada, compungida—. Ahora me quiero morir cada vez que pienso que bromeé con esto cuando nos conocimos en Galicia.

—Tú no sabías nada —la tranquilicé—. ¿Cómo ibas a saber que existiría una mente enferma capaz de tramar tal atrocidad? No. No nos harán nada parecido. No dejaré que te toquen, aunque tenga que arrancarles las tripas con mis propias manos.

Alzó la mirada y me abrazó con todas sus ganas, besándome una vez más. Correspondí a sus besos perdiéndome en ellos por unos instantes y olvidándolo todo. Mas la realidad seguía ahí y era aplastante. Miré a nuestro alrededor y vi que nos hallábamos en una sala cuadrada, erigida con sillares ciclópeos. Un pequeño haz de luz se colaba por una hendidura situada en el techo, y en la pared norte había una puerta de metal que permanecía cerrada, aunque no sabía si con llave.

Me levanté y, apoyándome en Camila, soporté el leve mareo que sufrí al hacerlo. Una vez de pie, volvimos a abrazarnos.

—Tenemos que salir de aquí.

Sus ojos reflejaron el miedo que latía en su interior.

—Si abres esa puerta... Será el final.

—¿Y qué pretendes que hagamos? ¿Que nos quedemos aquí para siempre hasta que sean ellos quienes vengan a

buscarnos? —Negué con la cabeza—. No nací para rendirme, Camila. Si lo que quieren es matar a Teseo para quedarse con Ariadna, que lo intenten.

Por unos instantes se dibujó una sonrisa en su rostro.

—Estás muy loco, Nicolás Castro.

—¿Pero me amas? —le dije sonriendo también.

—Con todo mi ser.

Rodeó mi cuello con sus brazos y nos besamos con pasión. Apoyé mi frente contra la suya y la miré a los ojos.

—Te juro que saldremos de esta.

Camila asintió decidida.

—Lo haremos.

Se apartó entonces de mí y fue hasta una esquina de la habitación. La seguí con la mirada y vi que cogía una espada de al menos un metro, de hoja recta y afilada, que estaba apoyada allí. La visión de Camila empuñando el arma, con los cabellos sueltos y aquella toga, como si fuera una de esas heroínas de las que solo hablan los libros, me hizo estremecer. Si las circunstancias hubieran sido otras, sus ropas habrían acabado en el suelo y su cuerpo sobre el mío. Tragué saliva, y con ella las ganas de hacerla mía una vez más. Tendríamos tiempo de eso y de mucho más, porque pensaba salir de allí con ella y, cuando lo hiciera, nada nos volvería a separar. Cogí la espada. Nunca había usado ninguna, pero sí que había usado el hacha muchas veces. Quizá no existiera gran diferencia entre cortar troncos y cortar cabezas.

Camila se puso tras de mí y tiré de la argolla de la puerta para abrirla. Esta lo hizo provocando un agudo chirrido que retumbó en la estancia. Al abrirla, apareció ante nosotros una sala de proporciones salomónicas y forma circular, decorada al uso heleno. En una de sus paredes había una puerta como por la que habíamos entrado. Por doquier ardía el fuego en pebeteros de metal y, frente a nosotros, sobre una escalinata, se alzaba un trono de piedra oscura, cuyos brazos se hallaban esculpidos con forma de cabeza de toro, con la cornamenta de un dorado brillante. Sentado en él vi a Antonella, ataviada con una toga blanca que marcaba sus exuberantes formas. En su pecho, la cabeza de la gorgona estaba tallada sobre un broche de amatista y marfil, y en sus muñecas y sus tobillos había pulseras de oro. Su cabeza se hallaba ceñida por un casco. Toda su ropa pretendía convertirla en la diosa Atenea.

—Bienvenidos —dijo.

A su derecha se encontraba Lázaro, ataviado como lo haría un dios. Baco, tal vez. Al verlo, Camila y yo apretamos los dientes y le dedicamos una mirada furibunda.

—He aquí Teseo y su ramera —masculló él.

—No os vais a salir con la vuestra, Lázaro.

—¿Lázaro? —Rio socarrón—. Ese no es mi nombre, mortal, inclínate ante mí.

Quien se rio entonces fui yo.

—No seas ridículo. No eres un dios. ¿Has olvidado que no hace mucho te metí una bala en el pecho?

—No pienso hablar más con este don nadie. Estoy deseando verlo morir. —Hizo un gesto con la mano, y de una de las puertas surgió una criatura terriblemente grotesca.

Tenía cuerpo de hombre, con el torso desnudo y sus piernas apenas cubiertas por una falda corta, pero su cabeza era la de un toro. Uno de verdad al que habían disecado. Con los ojos vacíos de vida y la muerte grabada en el rostro. A pesar de que a la luz del fuego su visión era escalofriante, traté de mantener la compostura. Me pregunté quién habría debajo de ese grotesco disfraz. No quería pararme a pensar en ello, por si la respuesta me quebraba el alma. Así que me concentré en lo que estaba por llegar, y en el hecho de que en sus manos llevaba un hacha de grandes proporciones, cuya hoja estaba manchada de sangre.

—Camila —dije, cogiéndole la mano con fuerza y besándola después—. No tengas miedo.

—No tengo miedo —replicó, decidida—. Pero escúchame. Si está con ellos, quizá no sea la primera vez que hace esto y sepa usar esa hacha... —Su rostro se turbó aún más al imaginar quizá las cosas que habrían ocurrido allí dentro—. Sin embargo, creo que lo que porta en su cabeza debe de pesarle. No podrá aguantar mucho con eso sobre

sus hombros. Teseo, en la leyenda, hizo dar vueltas al Minotauro hasta que lo cansó.

—¿Crees que es lo que debería hacer?

—Estoy segura.

Me pregunté qué sería de mí sin ella y volví a besarla.

—Te quiero —le dije.

—Y yo a ti.

Entonces me lancé a por aquella bestia alzando la espada del mismo modo que esta alzaba el hacha, y cuando fue a mi encuentro me detuve en seco y la burlé con un requiebre. Y así, hasta una veintena de veces más. Camila tenía razón, y sus pasos se hacían cada vez más lentos y pesados. Bajo esa máscara se hallaba un hombre de carne y hueso, y el peso de esta empezaba a jugar en su contra. Un hombre al que tendría que matar si quería escapar de allí. Sin embargo, tuve una sola oportunidad de clavar mi espada en su carne y vacilé, y esta apenas le pasó rozando. Lanzó un bramido y vino hacia mí con una furia desatada, tal vez por aquella primera herida, y sin quererlo acabé acorralado entre la pared y él.

—Mátalo —gritaba furiosa Antonella, mientras que Lázaro vociferaba maldiciones.

Detuve una de las descargas de su arma con la espada, aunque era más fuerte que yo y no podía contenerlo por más tiempo. Notaba los músculos de mis brazos tensándose, resistiendo. Pero cada vez me ganaba más espacio y las fuerzas empezaban a fallarme. Pensé que perecería bajo su hacha cuando de repente lo oí retorcerse de dolor. Camila había volcado uno de los pebeteros de aceite y este, ardiendo, había llegado a los pies de la bestia. Cayó al suelo sin poder soportar el fuego y sus gritos retumbaron en la estancia. Y entonces, se sacó aquella máscara grotesca y pudimos ver de quién se trataba.

—Lucas —dije, sorprendido de verle allí—. Tú...

No podía creer que estuviera metido en aquello también.

Antonella corrió hacia él llorando desesperada. Camila, entonces, cogió mi mano y tiró de mí, obligándome a correr tras ella hacia la puerta por la que habíamos visto entrar a Lucas. Lázaro sacó una pistola de debajo de la toga y la disparó. Camila, que estaba a pocos pasos de mí, se quejó llevándose la mano al brazo derecho. La sangre empezó a manar de la herida de forma profusa. Me giré mirando a Lázaro con la ira en los ojos. Él recargó la pistola dispuesto a dispararla una segunda vez. No iba a darle el placer de matarnos, así que imitando a quien me había salvado la vida, volqué uno de los pebeteros y el aceite en llamas dibujó un muro entre nosotros que él no se atrevió a saltar. El humo que se desprendió le entorpeció la visión y, aunque disparó, la bala salió perdida. Abandonamos aquella estancia y corrimos a toda prisa por un pasillo iluminado por antorchas, que se me hizo terriblemente largo. Al final del corredor, en una encrucijada de cuatro pasillos, le pedí que se detuviera. Tenía que hacerle un torniquete o la pérdida de sangre la mataría.

—Estoy bien —dijo, pero la voz le salió entrecortada. No sabía si por la carrera o porque la herida empezaba a cobrarse sus efectos—. Ha sido como si me mordiera una serpiente.

Le quité el cinturón de la toga y lo anudé con fuerza sobre la herida, vendándola después.

—¿Te ha mordido una serpiente alguna vez? —le dije mientras lo hacía, para distraerla y que no pensase en el dolor.

—En África.

—Seguro que era amiga del mono.

Se echó a reír y me abrazó.

—No me puedo creer que estemos vivos.

—Salgamos de aquí y celebrémoslo fuera. —La besé en los labios y fui a cogerla en brazos, pero ella me detuvo—. No voy a dejar que corras con esa herida. Tu corazón bombeará la sangre más rápido y...

Me interrumpió.

—No. No es por eso. —Alzó los bajos de su toga y pude ver sus piernas desnudas. Carraspeé y ella me miró con media sonrisa—. No te emociones, Nicolás Castro.

—No soy de piedra, Camila. Por favor, tápate.

—¿Y tú? —Me miró el torso desnudo—. ¿Acaso crees que no se me han pasado unas cuantas cosas por la cabeza?

Resoplé, con el calor recorriendo mi cuerpo.

—Estás herida y es posible que Lázaro venga a buscarnos con esa maldita pistola. ¿Puedes intentar no provocarme durante al menos unos segundos?

Río a carcajadas y sacó de debajo de la toga una trenza hecha de hilo, de al menos dos metros de largo.

—¿Qué es eso?

—Lo he estado tejiendo pensando que podría escaparme de la torre por la ventana. Cada noche tejo un poco y lo ato a mi cintura, donde no pueden verlo.

—Eres increíble —le dije—. Aunque eso no habría soportado tu peso.

—Yo solo quería salir de esa torre para poder verte, Nicolás. No pensé en los riesgos.

Tomé su barbilla con mi mano, y le di un beso suave y dulce. El sonido de unos pasos al final del corredor nos alertó. Ella tiró de uno de los extremos de la trenza y el hilo empezó a soltarse. A toda prisa lo ató al soporte de una de las antorchas y después me pidió que continuásemos el camino pegados a la pared. El hilo era azul y apenas se apreciaba en aquellos muros oscuros. Puede que Lázaro lo viese y lo cortase, o que lo usase para seguirnos, pero si ese lugar era un laberinto necesitaríamos hallar una forma de salir. Cargué a Camila a mi espalda y corrí todo lo que mis piernas daban de sí. En medio de la carrera, el hilo se quedó enganchado en uno de los sillares y nos paramos a riesgo de partirlo. Ella bajó de mi espalda y llegó hasta la pared.

—Esta piedra está suelta y se ha... —Calló de golpe, señal de que algo la había sorprendido.

Me acerqué al tiempo en que ella sacaba la piedra de su sitio y metía la mano en la oquedad que esta había revelado. De allí sacó algo encerrado en su puño y, cuando lo abrió, vi que se trataba de un collar. Uno idéntico al que llevaba consigo cuando la conocí. Como el que le había arrancado a Antonella del cuello. Por unos instantes pensé que era ese y que, al cambiarme las ropas para ponerme las de Teseo, lo habían hallado en mi levita. Entonces, por algún extraño capricho de Lázaro, lo habían dejado ahí metido. No estaba en la cabeza de esa gente, pero sí tenía claro que muy bien de ella no estaban, así que algo así no me sorprendía. Por lo contrario, lo que Camila dijo sí que me pilló de sorpresa.

—Es el collar de mi madre —musitó mirándolo con expresión abatida.

—¿Qué? —susurré.

—Es de ella. Te lo prometo —dijo con voz desesperada.

—Te creo, Camila. Te creo. —La abracé—. ¿Qué hace aquí?

—No lo sé —murmuró.

El sonido de los pasos volvió a oírse cerca y le dije a Camila que teníamos que continuar. Metió la mano en la oquedad por si quedaba algo más dentro, pero no halló nada. La subí a mi espalda de nuevo y emprendimos la marcha. No sé cuántas vueltas dimos. Las veces que nos perdimos. Yo sospechaba que teníamos que haber errado el camino correcto que ellos sí conocían, porque los pasos se dejaron de escuchar después de un rato. Al final, sea como fuere, hallamos una salida gracias al hilo de Camila que, como Ariadna, nos había sacado del laberinto. Se trataba de la boca de una gruta, muy parecida a la que habíamos visto en casa de los padres de Javier. Aquella donde sus labios y los míos se encontraron la primera vez. La gruta daba a un jardín sobre el que se erigía una torre cubierta de enredadera. Reconocí al instante lo que ella había bordado.

—Tú bordaste esto.

—¿Carmen te lo dio? —La voz de Camila sonó feliz.

—Sí. Era una pista para llegar a ti.

Giré la cabeza para mirarla. Ella apoyó la suya en mi hombro y asintió.

—Es el castillo de la Coracera. En otros tiempos estuvo en manos de don Álvaro de Luna.

—A veces me gustaría estar en tu cabeza y pensar las cosas que piensas.

—Descubrirías que la mayor parte del tiempo pienso en ti.

Sonreí. Ella me besó en el cuello y suspiró.

—Necesito que te vea un médico. —Eché a andar de nuevo—. Lo antes posible.

—¿Y tú?

—Aquí no tengo forma de sacarte la bala, Camila. Y no podemos dejarla dentro por mucho tiempo o se te emponzoñará la herida.

Un olor familiar llegó hasta mí. El del pelo de caballo, la paja y el estiércol. Sin duda había unas caballerizas cerca. Guiado por mi olfato llegué hasta ellas y descubrí allí un hermoso alazán de crines pelirrojas. Dejé a Camila en el suelo y ella tomó asiento en una silla de aneas que había apoyada en la pared. Esperé que el animal fuera dócil y me acerqué a él despacio. Él correspondió de buena forma a mis caricias. Hallé su silla cerca y lo ensillé a toda prisa, con el pensamiento punzante de que Lázaro podía estar en cualquier parte, acechándonos. Cuando terminé mi tarea miré a Camila y vi que había cerrado los ojos. Fui hasta ella corriendo, alarmado, y la llamé a voces, zarandeándola incluso. No contestó. La zozobra más fuerte que hubiera sentido jamás ascendió por mi estómago cuando, guiado por lo que había aprendido en la facultad, me dije a mí mismo que debía comprobar que estaba viva. Llevé mis dedos a su muñeca y, al notar el pulso en ella, rompí a llorar. Me di cuenta de que su venda estaba húmeda por completo, y al retirarla para cubrirla de nuevo con un trozo de tela que rasgué de su toga a la fuerza, la sangre salió casi a borbotones. La vendé a toda prisa y apreté el torniquete, mientras intentaba controlar el temblor que empezaba a dominar mi cuerpo ante la perspectiva de perderla. Me subí al caballo, puse a Camila sobre mis piernas, con su cabeza apoyada en mi pecho, y espoleé al animal para que cabalgase lo más rápido posible.

Salimos del terreno circundante de la torre, cruzando un arco de piedra, y pronto di con un pueblo que debía de ser San Martín de Valdeiglesias. Me crucé con un parroquiano y le pregunté dónde podía encontrar un médico. Dado que iba medio desnudo montado a caballo con una mujer sobre las piernas, su primera reacción fue ignorarme.

—¡Señor, por favor! Mi esposa se muere.

Llamarla «mi esposa» me salió solo una vez más. Para mí, ella ya lo era.

Él me miró con ojo crítico y terminó por contestar.

—Está en Brunete asistiendo un parto. La partera anda en otros asuntos y, fíjese qué tino, las mujeres se han puesto de acuerdo para dar a luz hoy.

—¿Dónde queda Brunete?

—Siga ese camino. —Señaló una dirección concreta—. Son nueve leguas.

Espoleé al alazán en aquella dirección, rezando por llegar a tiempo. Porque después de todo cuanto habíamos pasado, el amor de mi vida no se muriese en mis brazos en mitad de uno de esos polvorientos caminos. Rezando porque cuando llegase a Brunete no fuera para buscar a un cura que le diera la extremaunción. Me dolía la cabeza; me dolía el cuerpo entero. Y, sobre todo, me dolía el alma de tener tanto miedo a perderla. Llegué por fin a Brunete con Camila al borde de la muerte y pregunté a otro viandante por el médico. Tras tener la misma reacción que el anterior, al final me indicó que estaba en «la casa de la Lourdes. Donde la iglesia».

—Y vístase, señor —apostilló de mala gana.

—Soy actor de teatro y hemos tenido un accidente mientras actuábamos. —Se me ocurrió decir.

—Como si es usted Ministro de Guerra. No se puede ir por ahí en paños menores fomentando la indecencia.

Lo dejé gruñéndole al aire tras soltarle un apurado «gracias» y guie al alazán hasta la casa que me habían indicado. Era de tres plantas, muy señorial, con las paredes de piedra y un gran balcón enrejado en el primer piso, sobre la puerta de entrada. Junto a esta, y a la vera de un olmo que crecía allí, aprovechando el sol de mediodía, había tres muchachas sentadas en sillas de aneas que bordaban afanosas unos paños. Una debía rondar los veinte, morena, y las otras dos, una castaña y la otra pelirroja, un par de años menos. Cuando llegué ante ellas, las tres alzaron la vista hacia mí y me miraron sorprendidas. Las mejillas se les pusieron del color de las cerezas.

—¿Vive aquí doña Lourdes?

Desde dentro llegó un alarido que nos sobresaltó a los cuatro.

—Sí. Es mi madre, ¿para qué la busca?

—Me han dicho que el médico estaba aquí.

—¿Quieres que vaya a avisarle, Lourdes? —dijo la pelirroja.

—Ni hablar, Marta. Que vaya Laura, que tú lo que quieres es entrar para ver a Tomás —le dijo, y la muchacha la miró enfurruñada. Su hermana, la tal Laura, salió disparada hacia dentro—. Es el ayudante del médico, sabe, y pierde el oremus por él. ¿Qué le pasa a su...? —Miró a Camila con gesto preocupado.

—Esposa. Soy actor de teatro y hemos tenido un accidente mientras actuábamos —repetí.

—Ahora entiendo por qué van ustedes vestidos así. Pues verá, mi madre está de parto, así que tendrá que esperar a que el médico termine de atenderla. La partera no está en el pueblo y ha venido él.

—¿Podría al menos pasar y tumbarla en alguna parte?

Debí mirarlas con mucha pena, porque las muchachas se miraron entre sí y terminaron por asentir. Desmonté del caballo y anudé las riendas a la argolla que había en la fachada. Con Camila en brazos entré en la casa, y me llevaron hasta la cocina, donde sobre una larga mesa de madera la tendí. Intenté hacerla volver, pero no hubo respuesta. Mientras lo hacía, apareció por la puerta un chico joven, que debía ser cuatro años mayor que yo. Tenía los ojos castaños y el cabello también, y una bonita cara aniñada. Pensé que sería algún hermano, hasta que vi que Marta suspiraba al verlo y él le dedicaba una sonrisa que la hizo sonrojarse aún más. El muchacho me miró de arriba abajo y carraspeó, mas no hizo preguntas.

—Soy el ayudante del doctor Teruel. —Le tomó el pulso a Camila y me dirigió una mirada preocupada—. Sus latidos son débiles.

—Lo sé. Estudio Medicina.

—¿No había dicho que era actor?

—No tengo tiempo de ponerme a explicarle nada, por favor. Ayúdenos.

El joven asintió.

—Por favor, traedme el cabás. Y algo para que este hombre se cubra.

—Me llamo Nicolás Castro —le dije.

—Yo soy Tomás Holanda.

Nos dimos un firme apretón de manos.

—¿Y el parto? —preguntó la muchacha.

—El doctor puede ocuparse solo de vuestra madre, pero si no atiende a esta muchacha, no verá un amanecer más.

Los gritos de la parturienta resonaron tapando en parte sus palabras, mas yo estaba cerca como para escucharlas. Tomé aire y me preparé para lo peor. Él les pidió algo de agua caliente, paños y otros utensilios que trajeron pronto, así como una camisa y un pantalón para mí, que no pregunté de dónde la habían sacado. Me los puse con premura y después le ayudé a retirar la venda. Cuando la herida quedó al descubierto, le dije que era a causa de una bala.

—Necesita un cirujano. Y una transfusión de sangre.

Ese método, del que habíamos oído hablar en numerosas ocasiones en la facultad, era en opinión de muchos algo experimental y arriesgado, pues la sangre a menudo se coagulaba y, en muchos casos, quien la recibía moría. Como si la sangre de otro fuera rechazada por la propia. Pero era aquello o una muerte segura para Camila, y no podía dejar que muriera sin intentarlo todo.

—Yo lo haré. Las dos cosas.

—¿Es cirujano?

—No todavía, pero sé hacerlo.

—Bien. Lo asistiré.

El joven y yo nos miramos con gesto decidido y no perdimos un segundo más para operarla. Las hermanas se quedaron con nosotros ayudándonos a limpiar la sangre. Hube de apartar de mi mente cualquier pensamiento nefasto y centrarme en lo que estaba haciendo. Olvidar incluso que era Camila, porque cada vez que miraba su rostro y lo

veía desfallecido, el pulso me temblaba. Fue una experiencia tan terrible como la que viví cuando tuve que coser la herida de Elías. O incluso más. Porque esa mujer era toda mi vida. Le extrajimos la bala, que salió limpia, y cosí la herida. Apenas había dado la última puntada cuando el joven sacó del cabás un aparato de transfusiones, con dos largos tubos y un recipiente con una válvula en él. Lo había visto en la facultad con anterioridad. Era un aparato poco frecuente y, a pesar de la explicación que me dio a continuación, me sorprendió hallarlo en manos de un médico de pueblo, pero no tenía tiempo para indagaciones.

—Lo llevamos siempre con nosotros porque a veces vienen hemorragias tras los partos —dijo él al ver que lo observaba—. Imagino que ya sabrá usted cuáles son los riesgos. Su sangre puede ser nociva en el cuerpo de la joven y matarla.

—Pero si no le damos sangre morirá igualmente.

—Con toda seguridad. Su cuerpo no se repondrá de esa herida.

—Entonces no me queda más remedio que arriesgarme.

El joven asintió y preparó el aparato.

—Escuche sus latidos y dígame con qué frecuencia se repiten, por favor.

Puse mi cabeza contra su pecho y la levedad de su respiración me preocupó. Sus latidos eran además irregulares, como si hubiera dos corazones latiendo a la vez. Cuando se lo hice saber, el muchacho me miró extrañado y pidió permiso para posar su cabeza en el pecho también. Se lo di y entonces vi que sus ojos se abrían de par en par.

—Señor Castro, su esposa está embarazada.

Lo miré parpadeando rápidamente, sin creer lo que me decía.

—¿Está seguro?

—Trabajo asistiendo partos, claro que estoy seguro.

Sonreí de felicidad y también lloré. No pude evitar abrazar al médico y también a las muchachas. Por un momento todo fue celebración. Sin embargo, el estado de Camila auguraba lo peor.

—Hagamos esa transfusión. Tenemos que salvarlos a ella y a su hijo.

—¿Es un niño?

Se rio.

—No. Digo «hijo» ya por costumbre, pero podría ser una niña.

—Ojalá. Sería igual de hermosa que ella... con sus mismos ojos y su cabello.

El muchacho intentó distraerme mientras preparaba el instrumental y llevaba a cabo la transfusión. Las hermanas nos dejaron a solas y se fueron a ver a su madre, que seguía luchando por traer una vida al mundo. En cierto modo compartíamos esa lucha. A medida que la sangre salía de mi cuerpo notaba cierto malestar, pero nada que no pudiera soportar.

—¿De qué color son sus ojos? —preguntó, de seguro que para distraerme.

—Del color de la estrella más hermosa que haya en el cielo. Del color del mar cuando le da la luna llena. Del color de la plata más pura.

—Parece que le gustan mucho.

—Me gusta todo de ella.

—¿Cómo se llama?

—Camila.

—La que a mí me gusta se llama Marta.

Desde el salón adyacente se oyó un grito de asombro y los dos nos echamos a reír. Me pidió que le hablase de la facultad, de mi vida, de mi familia. Me entretuvo para que no pensara en la realidad abrumadora a la que nos enfrentábamos. Para que no le diera vueltas en demasía a esa lucha que librábamos contra la muerte despiadada, que no entendía de amor ni de caricias.

—Ahora solo queda esperar que reaccione bien —dijo cuando terminó la transfusión.

Aspiré una bocanada de aire y él palmeó mi hombro. Cuando pensé que tendríamos algo de paz, Marta vino

corriendo y, tras hacer ojitos al joven doctor, le comunicó una noticia que nos descolocó.

—El doctor Teruel necesita ayuda. Dice que viene de nalgas.

Tomás puso los ojos en blanco y resopló.

—¿Nos echa una mano? —me preguntó.

—No he atendido nunca un parto.

—Pues nunca es tarde para una primera vez —dijo—. Además, así está preparado por si el suyo le llega en el momento menos esperado.

Miré a Camila y sonreí, sin terminar de crearme que llevara un hijo en su vientre. Y no dudé que fuera mío. No lo dudé un solo instante. Nos habíamos amado con tantas ganas que aquello era inevitable. Me incliné para besarla en los labios y decirle que la quería y que pronto despertaría para estar conmigo.

—Marta, dale un vaso de leche a Nicolás —pidió Tomás—. Necesita algo de fuerzas.

Y razón no le faltaba, porque cuando me levanté la habitación me dio vueltas y tuve que agarrarme de la silla para no caerme. Me bebí el vaso de leche aprisa para ir a ayudar en el parto. A pesar del mareo, de cuanto había sucedido, asistí a uno de los momentos más sobrecogedores de toda mi vida. La fuerza de esa mujer mientras traía al mundo una vida me abrumó. Incluso con todo el dolor, resistía con entereza. El doctor Teruel, un hombre de cierta edad y alegría en la mirada, consiguió colocar a la criatura con nuestra ayuda, pidiéndonos que presionásemos en un par de zonas concretas de su barriga. Cuando notó que el bebé se giraba soltó un grito de júbilo y, al fin, tras un poco más de esfuerzo, este vio la luz de nuestro mundo por primera vez. Su llanto quebró el silencio y desde fuera de la habitación llegaron los sonidos de sus hermanas celebrando su llegada. El médico lo limpió y lo puso en brazos de la madre. Observé aquel cordón que los unía, y el milagro de la vida me abrumó una vez más.

—Es una niña —dijo—. ¿Sabe usted qué nombre le va a poner, señora Adán?

—Alba, como mi tía abuela.

—Un nombre precioso.

—Lo es —afirmé yo.

La señora Adán me miró frunciendo el ceño. Yo ya llevaba rato allí, pero parecía que fuera la primera vez que me veía.

—Quería yo por pudor que me asistiera la partera, y ahora no solo me asiste un hombre, sino tres. ¿Usted quién es?

—Nicolás Castro, estudiante de Medicina —dijo Tomás—. Y futuro padre.

—¿Su esposa está embarazada? Enhorabuena. —Miró a la pequeña que había entre sus brazos—. Un hijo es un regalo. O una tortura. —Lanzó aquella broma porque sus hijas se habían apostado ya en la puerta, esperando entrar para ver a su nueva hermana—. Anda, pasad.

Las tres entraron y yo salí de allí, no solo para dejarles intimidad, también quería comprobar cómo estaba Camila. Regresé junto a ella y me senté a su lado. Tomé su mano y esperé a que despertase, con un rezo constante en los labios y la esperanza en el alma.

Capítulo 19

Tres días más tarde, cerca de las cuatro de la madrugada de una noche fría y desapacible, en la que la lluvia iba y venía y el viento se colaba entre las rendijas de las ventanas arrancando a la noche gélidos lamentos, Camila despertó. Lo hizo despacio, como si hubiera estado durmiendo sin más en una noche cualquiera. Como si su cuerpo fuera ajeno al milagro que había supuesto que siguiera con vida. En ese impás, en el que toda mi existencia pendía del hilo de la suya y en el que pensé que dejaría de respirar si ella lo hacía, no me moví de su lado un segundo. Sabía que tenía que volver a Madrid y avisar de que estábamos bien, hacer llegar una nota; algo. Sabía que debía ponerme en contacto con Javier, no solo para que nos supiera vivos, también para saberlo yo vivo a él, después de cómo lo había visto la última vez. Sin embargo, y decidido a no abandonarla un instante, no lo hice y confié a Dios nuestros destinos; confié en que detuviera la tormenta en la que nos hallábamos y nos permitiese ver el sol. Y lo hizo, pues eso fueron para mí los ojos de Camila cuando se abrieron: rayos de sol entre las nubes negras que las circunstancias habían traído a nosotros. La familia Adán, que hacía horas que dormía, nos había preparado una habitación y yo estaba tumbado a su lado, vigilando su sueño. Nada más notar que se despertaba me giré de costado e, inclinándome sobre ella, acaricié su mejilla.

—Mi amor.

—Hola —saludó, en un susurro, mirándome con devoción.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele la herida?

Negó con la cabeza. Yo sabía que no podía ser que no le doliese, pero Camila quería ser fuerte y no iba a menospreciar su esfuerzo.

—Estoy bien —dijo—. ¿Y tú?

—Feliz por tenerte conmigo —respondí, y en su rostro se dibujó una sonrisa cálida. Vivificante. Un bálsamo tras las horas de espera y miedo a perderla.

—¿Crees que podremos despertar algún día sin tener que separarnos y sin que ninguno de los dos haya estado a punto de morir?

—Desde hoy hasta el resto de nuestra vida, si tú quieres.

—Claro que quiero. —Extendió su mano para coger la mía, apretándola con fuerza—. He oído a las chicas decir que me has traído hasta aquí en tus piernas mientras cabalgabas con el torso desnudo sobre un caballo alazán. Una pena habérmelo perdido. Eso solo pasa en las novelas.

Sabía que, en casos como el suyo, la gente a veces recuperaba el conocimiento por breves instantes y escuchaba lo que sucedía a su alrededor, así que no me extrañó que las hubiese oído. Eso, y que además las mozas eran la mar de habladoras y no callaban en todo el día.

—Puedo volver a hacerlo cuando quieras. Mañana mismo cabalgaré por Madrid sin camisa contigo sobre mis piernas. Tendrás que llevarme tabaco a presidio después, pero lo que sea por ti.

Aquello la hizo reír. Alzó un poco su rostro buscando mi boca y la besé despacio, acariciando sus labios con los míos, y estos se abrieron despacio en pos de mi lengua, que rozó la suya y se enredó con ella hasta que nuestras ansias se saciaron. Ella soltó un suspiro que a todas luces guardaba la palabra «amor».

—También dicen que me has cosido la herida y me has dado tu sangre. Me has salvado la vida, Nicolás.

—No es nada que no hayas hecho tú antes por mí —dije, recordando lo que hizo cuando nos enfrentábamos al febril escenario que Lázaro había diseñado para destruirnos.

Camila asintió y me miró en silencio durante unos segundos.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Denunciar a Lázaro.

Suspiró incómoda.

—¿Piensas que alguien nos creará? Con toda la gente poderosa a la que conocen... Duques, marqueses, políticos, banqueros... Hay demasiadas personas implicadas en su locura. Me temo que caería todo en saco roto.

—¿Y qué sugieres que hagamos? ¿Que lo dejemos estar? No puede seguir haciendo daño a más personas. — Chasqué la lengua, disgustado—. Todas esas mujeres...

—No, desde luego que no podemos dejarlo como está —dijo ella, con gesto decidido—. Tendremos que denunciarlo a las autoridades. Aunque... quizá Lázaro haya muerto.

Camila debía de estar pensando, al igual que yo, que tal vez las llamas se lo habían tragado en el laberinto. Me encogí de hombros.

—¿Sabes lo que me gustaría realmente? —preguntó.

La miré con curiosidad.

—¿El qué?

—Que hiciéramos eso que dijimos y empezáramos una nueva vida lejos de todo. Solos tú y yo.

Sonreí. Tuve la sensación de que Camila no era consciente de lo que estaba sucediendo en su cuerpo.

—Iremos donde tú quieras. A un lugar donde nadie nos conozca y podamos ser felices, pero no estaríamos solos los dos.

—¿Por qué no?

Llevé mi mano hacia su vientre y la dejé ahí, mientras la miraba a los ojos. Camila parpadeó extrañada y, poco a poco, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y sonrió con gran alegría.

—Nicolás... ¿Estoy...? —No fue capaz de terminar la frase sin echarse a llorar, feliz.

—Sí —dije, y sequé sus lágrimas a besos.

—Pensé que era por estar en esa torre fría. Por la pena de no poder verte. Pensé que estaba cayendo enferma.

—Ni mucho menos, mi amor. Vamos a tener un hijo.

Me miró en silencio por unos instantes, dándole sin duda vueltas a algo en su cabeza.

—Ni siquiera has dudado por un momento de que fuera tuyo.

—¿Por qué iba a dudar?

—Soy una mujer casada.

—Conmigo.

Camila sonrió y negó con la cabeza.

—Nunca pensé que alguien podría amarme como me amas tú.

—Mi amor... —Acerqué mis labios a su oído—. No sabría amarte de otra forma. Te amo como te mereces.

Besé su cuello con suavidad y ella soltó un quedo gemido.

—Nicolás...

Mis manos se perdieron bajo su ropa y acaricié sus pechos.

—Nico... —repitió. La voz le salió algo ronca, mezclada con un suspiro.

—¿Qué?

—Nos van a oír.

—Diré que estábamos ensayando para nuestra próxima obra —bromeé y le hablé de la excusa que había puesto cuando nos vieron llegar por el pueblo.

Se le escapó una carcajada que amenazó con despertar a toda la casa. Le puse el dedo en los labios y ella, con un movimiento grácil, se colocó sobre mí.

—¿Qué haces? —pregunté—. Tienes que guardar reposo.

—Calla. Tendré cuidado. No eres el único que sabe montar —dijo, sonriendo.

Puse mis manos en sus muslos y ascendí por ellos apartando la ropa a medida que lo hacía. Descubrí entonces

que, bajo el camisón que una de las muchachas le había puesto para quitarle la túnica, no llevaba nada, y eso hizo que me ardiera el cuerpo entero. Ella debió notar mi erección porque sonrió con gesto pícaro. Verla así sobre mí, con el cabello cayendo sobre sus hombros y reposando sobre sus pechos; con su mirada de plata clavada en la mía; y con esa boca que se entreabría esperando mis besos... Y más allá de eso, de lo físico, que al final era lo más superfluo, lo que más me hizo desearla en ese momento y olvidar todo sentido del decoro y la prudencia, pues nos hallábamos en casa extraña, fue recordar que había estado a punto de perderla. Recordar que pocas horas antes se debatía entre la vida y la muerte y había luchado para quedarse conmigo. Quería sentirla. Ser parte de ella. Ser merecedor de su amor. Tener el privilegio de amarla una vez más y alejar así cualquier rastro de dolor que hubiéramos sentido aquel día. Que el universo entero desapareciera mientras mi cuerpo y el suyo fueran uno solo.

La amanecida nos encontró desnudos y con los cuerpos entrelazados. Camila me daba la espalda y yo la abrazaba contra mi pecho, rodeando su vientre con mis manos. Habíamos dormido poco entre unas cosas y otras. Donde «unas» fue nuestra pasión; y «otras», la pequeña Alba, que pretendía recordarnos a golpe de llanto que había llegado al mundo para mandar en él. El olor de la achicoria cociéndose y la voz de una mujer cantando una copla terminaron por hacerme abrir los ojos. Desperté a besos a Camila; y ella, que quería un poco más de mis brazos, se resistió a salir de ellos.

—Tenemos que ir a Madrid cuanto antes. Javier estará... —Iba a decir «preocupado», pero la última vez que lo había visto se hallaba en peligro y ya no supe qué pensar. Quizá ese matón de Antonella lo había dejado herido. La necesidad de regresar a Madrid ahora que Camila había despertado se hizo mucho más apremiante. Le hablé a ella de mis inquietudes y, aunque le costó, salió de la cama sin dudar.

Los Adán eran gente hospitalaria, así que una vez que nos aseamos, tomamos el desayuno con ellos. Por más prisa que tuviéramos, a ninguno de los dos nos convenía hacer el camino con el estómago vacío. Después de que dimos buena cuenta de las tostadas que nos sirvieron, prometí que les haría llegar dinero para cubrir con los gastos del médico y el resto de las molestias, así como un regalo para la pequeña Alba. Aunque ellos se negaron en rotundo, lo haría igualmente. Me vi en el compromiso, además, de pedirle prestadas aquellas ropas que según dijo Lourdes eran de su marido, Enrique, que andaba faenando en una cantera de la villa y que tenía las mismas hechuras que yo. A Camila también le dejaron un vestido, que ella prometió devolver.

Las muchachas le habían dado agua y comida al caballo y, en algún punto de la tarde, entre que nacía su hermana y se salvaba Camila, lo cobijaron en su establo. Subí a Camila a la grupa, de forma que quedó sentada de lado, y después monté yo, tomando las riendas. Nos despedimos de la familia Adán y, cuando el alazán emprendió el paso, ella se aferró a mi cintura con la misma fuerza que lo hacen las raíces de un árbol a la tierra.

—Agárrate —le dije en tono de broma—. No te vayas a caer.

Se rio y mordió mi oreja.

—Camila, que tenemos que llegar a Madrid.

—Pues cabalga. Que ahora te toca a ti.

Su arrojo me hizo sonrojarme y sentí un cosquilleo en el estómago. Suspiré, porque no era capaz de nada más. No quise apremiar mucho al caballo, porque tenía miedo de hacerle daño, pero mantuvimos un trote rápido y porfiaba en llegar a Madrid antes de que cayera la noche.

—Tenemos que ponerle un nombre al alazán —dijo Camila entre tanto.

—¿No se lo vamos a devolver a su dueño?

—No. Me gusta.

—¿Y qué nombre querrías ponerle?

—Tengo que pensarlo, pero hay una cosa que sí sé: me gustaría que me llevaras con él hasta Sierra Morena.

—No podremos cabalgar tanto en tu estado, pero cuando venga el niño os llevaré a los dos. Al fin del mundo.

—En el fin del mundo ya hemos estado juntos —me recordó ella.

Y a mi mente vino el día de la boda, y los sentimientos que por entonces me gobernaban. No quería tener secretos con Camila, así que pensé que era hora de hablarle de mis cuitas con Victoria.

—Hay algo que quiero que sepas.

—¿Sobre qué? —Noté preocupación en su voz.

Me costó soltarlo, pero lo hice.

—Amaba a tu prima Victoria.

Hubo un silencio en el que solo se oían los cascos del alazán clavándose en la tierra.

—Ahora sé por qué estabas tan triste el día de su boda, cuando te vi por primera vez en la iglesia.

—¿Me viste en la iglesia? —pregunté curioso.

—Como para no verte. Eras el mozo más guapo que había en toda la ceremonia.

—No. Ese era tu primo Elías.

Camila se rio y me pellizcó en el costado.

—Calla —me regañó—. Más guapo que tú no hay nadie para mí.

Sujeté las riendas con una mano y con la otra agarré las suyas, que seguían rodeando mi torso.

—Pero todo eso ya está olvidado. Así que no te preocupes. Victoria fue una tormenta pasajera. De esas que son tan fuertes que parece que el mundo vaya a acabarse, pero al final escampa.

—¿Y yo qué soy?

—¿Tú? —Fingí que pensaba un rato, pero en realidad lo supe al momento—. Rocío temprano sobre las flores. Agua de mayo. La primera lluvia después de un verano de sequía.

Supe que sonreía. Había aprendido a leer sus silencios. Me abrazó todavía con más ganas y reposó su cabeza en mi espalda.

—Ya sé cómo vamos a llamar al alazán —me dijo.

—Cómo.

—Ventero.

—¿Ventero? —Arrugué la nariz—. ¿Por qué ese nombre?

—Así podré decir que he montado a mi ventero sin que nadie me mire mal.

—¡Camila! —Me entró una risa floja que casi me hizo perder las riendas. Ella también se rio con ganas. No pude evitar girarme para darle un beso y decirle que la quería con toda mi alma.

—Lo sé —dijo ella—. Y yo más que tú a mí.

—Eso ya lo veremos.

Miré de nuevo al frente y sonreí. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan libre. Tenía un caballo en el que cabalgar, la mujer de mi vida y un sol brillante sobre mi cabeza que borraba cualquier recuerdo de las tormentas pasadas.

Recorrimos los caminos entre un paisaje de sierra y pequeños pueblos, mientras dibujábamos con sueños nuestro futuro. A manos llenas, lo fuimos pintando de colores e ilusiones. Erigimos entre los dos un hogar en el que habría un pequeño escritorio para que ella pudiera escribir y una habitación donde yo pudiera ver pacientes. En el salón tendríamos una chimenea donde yo dejaría los troncos que cortaría para ella —sin camisa, según sus cálculos— y una ventana con vistas a un jardín de claveles y rosas. Ventero tendría su establo, en el que él y Canela se enamorarían también y nos darían potros. No había rincón de esa casa donde ella no quisiera besarme; ni hueco entre sus paredes donde no hiciéramos el amor, y, entre sedas y algodones, dormiría nuestro pequeño en una cuna de madera que haríamos entre los dos. Camila dijo que si era niña la llamaría como su madre, y que si era niño le pondríamos Manuel, en homenaje a la mía. Y decidiendo si la valla sería de forja o de piedra estábamos cuando, siete leguas después, entramos en Madrid. A lomos de Ventero y con Camila amarrada a mi cintura, me sentí como César cruzando el Rubicón. Dando un paso decisivo que marcaría nuestro destino para siempre.

Llegué a casa y sin bajar del caballo vociferé el nombre de Javier. Si estaba allí, me oiría. La ventana de la salita donde doña Lola solía estar se hallaba cerrada, por lo que imaginé que la mujer andaba de recados. Habría sido divertido verle la cara al descubrir que había llegado montado a caballo con una mujer en la grupa. Esperé, preocupado, con el miedo metido en el cuerpo, porque si el hombre de Antonella le había hecho algo... Tragué

saliva y me sacudí los malos pensamientos, con un resoplido tan fuerte que hasta alertó a Ventero. El caballo se agitó nervioso y movió las orejas en mi dirección. Lo calmé acariciando su cuello y le pedí perdón por el sobresalto.

Javier no salió, y volví a llamarlo. En mis pensamientos cabían dos opciones: o no estaba allí o no estaba en ninguna parte, y el nubarrón crecía de nuevo en mi cabeza cuando lo vi salir al balcón. Me miró con los ojos muy abiertos, a causa de la sorpresa.

—¡Nicolás! ¡Estás vivo! —gritó.

—¡Y tú! —celebré yo también a voces.

Miró a Camila y se echó a llorar, y de repente le dio por reír.

—¿Qué hacéis a caballo?

Le pedí a Camila que se agarrase más fuerte y, cuando lo hizo, insté a Ventero a cabalgar un poco en círculos y a levantar después las patas delanteras. Ella soltó un grito de emoción y Javier empezó a aplaudir. Dejó el balcón y al poco apareció corriendo desde el portal. Desmonté y ayudé a mi amada a hacerlo al tiempo que él llegaba. Nos dimos un abrazo que tenía la fuerza de mil soles.

—¡La madre que te parió! Pensé que te encontraría flotando en el Manzanares y apareces aquí a caballo como si fueras Napoleón. —Cogió mi cara entre sus manos y me plantó un beso en los labios que, aunque me pilló por sorpresa, no encontró reproche alguno—. Te tengo que matar.

Me eché a reír y volví a abrazarlo.

—No creas que te auguraba yo futuro distinto, Javier... La última vez que te vi tenías una navaja al cuello. ¿Te encuentras bien?

Asintió, dejándome más tranquilo.

—Ese mastuerzo me dio un golpe en la cabeza y se fue. He pasado dolor de cabeza y nada más. —Miró a Camila—. ¿Está usted bien?

Ella asintió.

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

Camila y yo nos miramos.

—Muchas cosas, Javier. Muchas cosas —le dije—. ¿Cómo está doña Lola?

—Bien. No estaba en casa cuando ese matón llegó, así que no se ha enterado de nada. —Miró hacia la puerta de la fonda—. Y mejor que así sea. Vamos a mi casa, anda. Que tenéis cara de hambre y el alazán también, y aquí doña Lola no tiene sitio para él. Pediré a los mozos que se encarguen de cuidarlo en las caballerizas.

—Se llama Ventero.

Javier alzó las cejas y, poco a poco, en su rostro se dibujó un gesto pícaro.

—Y creo que sé por qué.

Camila se rio por lo bajo y la aupé para subirla al caballo. Los tres no podíamos ir en él. El animal ya estaba cansado y, además, no era muy apropiado que una dama montase con dos caballeros. Lo sujeté de las riendas y fuimos a pie hasta la casa de Javier. Mientras caminábamos, lo puse al corriente de lo sucedido. Él palideció y se frotó la frente, preocupado.

—Cuando ese matón vino buscándote a la casa yo pensé que habías dejado dinero a deber en alguna parte.

—¿Yo? Sabes que no soy de pendencias.

—Por eso me extrañó más de la cuenta. Tuvimos un rifirrafe y salí al balcón a pedir ayuda, y entonces vi la berlina de Antonella. La hizo traer de Italia y no hay otra como esa en Madrid. ¿Cómo puede ella...? ¿Y Lucas? —suspiró contrariado—. Es mi amigo. O lo era, mejor dicho. No imaginaba nunca una traición así. Lo que me has contado es tan descabellado que cuesta creérselo. Ese asunto de la logia. Había oído cosas, ¿sabes? En mi familia se cuentan a veces. Tuve un antepasado muy dado a... —Miró de reojo a Camila y, al ver que ella parecía distraída, terminó la frase—: a orgías y otro tipo de fiestas poco usuales. Estaba obsesionado con los misterios de Eleusis.

—¿Qué son los misterios de Eleusis? —pregunté.

Camila contestó por Javier.

—Eran una de las celebraciones más importantes de la antigua Grecia. Ritos de iniciación que anualmente se hacían en honor a Deméter y su hija Perséfone, para celebrar el regreso de esta última tras sus meses en el Hades. Había un peregrinaje y una serie de ritos que llevaban al iniciado a llegar, de forma simbólica, a su renacimiento. Hay muchas leyendas con respecto a ellos, pues solo unos privilegiados alcanzaban el grado máximo de revelación. —Miró a Javier y apostilló—: Y no me voy a asustar si habláis de bacanales después de lo que he visto.

Javier y yo sonreímos divertidos por eso último que había dicho.

—¿Por eso la decoración de tus jardines? —inquirí después.

Él asintió.

—La gruta ha sido testigo de muchos encuentros... ya sabéis.

Camila y yo nos miramos y, tras un guiño cómplice, nos echamos a reír.

—¿Qué? —Javier frunció el ceño por unos instantes, pero después debió recordar que nuestras máscaras habían sido halladas allí y murmuró un «indecentes» en tono de broma.

Nos reíamos de aquello cuando alcanzamos al fin la reja de su casa. El servicio nos recibió y un mozo se llevó a Ventero. Ascendimos por aquella magnífica escalinata, que tantos recuerdos, buenos y malos, me traía de los días pasados, y llegamos hasta uno de sus salones.

—¿Qué pensáis hacer ahora?

—Denunciar a Lázaro —dijo Camila, decidida—. Sabéis que no me arredro ante nada y que si he de hablar, hablaré.

Me sentí enormemente orgulloso de ella y la miré embelesado hasta que Javier vino a pinchar mi burbuja.

—No quiero ser pájaro de mal agüero, pero esa sociedad tiene gente muy influyente y me temo que las denuncias caerían en saco roto. Fui con Marcos a denunciar tu desaparición y lo que había pasado, y me hicieron más bien poco caso.

—Lo sabemos, pero no podemos dejar que sigan matando.

—Pensadlo bien —dijo él—. ¿Crees que alguien le pondría la mano encima a los Di Bari?

—Seguramente harán lo imposible por enterrarlo todo en el olvido —suspiró disgustada—. Aun así, algo tendremos que hacer. Por poco que sea. Lo haremos y luego... luego nos iremos de aquí. Empezaremos de cero en algún lugar.

—¿Huir? ¿Dónde? —Javier se mostró preocupado—. Tendríais que dejar España.

—Podríamos ir a Cuba o a Argentina. No sé. —Miré esperanzado a Camila—. ¿Qué piensas tú, mi amor?

—Yo solo quiero estar contigo, me da igual dónde.

Javier se mostró reticente ante la idea.

—¿Y la facultad? ¿Qué pasa con tus estudios?

—Eso puedo seguir haciéndolo en cualquier parte, lo que no podré hacer si nos quedamos en Madrid es estar con ella. Lázaro no parará hasta que nos destruya a los dos —resoplé, hastiado—. Más allá de esa fantasía enfermiza que se ha montado sobre Ariadna y Teseo, más allá de eso, la ley lo ampara en lo que se refiere a Camila. Es su mujer y tiene derechos sobre ella. Si la reclama, vendrán a buscarla y la llevarán con él. ¿Adivinas lo que le hará después?

Camila y yo nos miramos con el semblante preocupado. La atraje hacia mí y besé sus labios.

—No dejaré que eso pase —le dije—. Puedes estar tranquila.

—Supongamos que finalmente decidís iros a Cuba —dijo mi amigo—. ¿Cómo pensáis hacerlo?

—Mandaré carta a Victoria y le pediré que compre unos pasajes desde Málaga a cualquier parte. No me importa si tengo que recorrer medio mundo hasta llegar a mi destino.

—¿Y qué hay de tu familia, Nicolás? Tú no podrías estar tan lejos de tu madre y de tu hermana aunque quisieras. Ellas son muy importantes para ti.

—Las llevaré a Cuba junto a mí.

Dije aquello muy decidido, a pesar de que no las tenía todas conmigo. Victoria ya le había ofrecido a mi madre

instalarse en otra parte y dejar atrás la venta y toda la faena que en ella tenía, y se había negado. Estaba muy unida a su tierra y su casa, y difícilmente se separaría de ellas. Javier, que también la conocía, dijo en voz alta lo que yo pensaba:

—No veo a doña Manuela dejando su venta, pero bueno, me preocupa más saber de qué vais a vivir si es que llegáis allí.

—Tengo algunos ahorros. No es mucho, pero me servirá para empezar hasta que pueda colocarme como médico.

—Yo venderé mis joyas —dijo Camila.

Negué con la cabeza.

—Tus joyas están en tu casa y no vamos a ir a buscarlas.

—Las necesitamos.

—Camila, de verdad que no. Además, la única joya que te importa ya la tienes contigo, aunque lamento haber perdido la otra mitad.

—No fue culpa tuya, Nicolás.

Sonreí con calidez y apreté su mano. Camila siempre buscaba la forma de reconfortarme en los peores momentos. Y Javier, el mejor amigo que habría podido desear, no se quedaba atrás.

—Está bien. Yo os ayudaré también, y de seguro Victoria no pondrá impedimentos en hacerlo. Hasta que os asentéis, nos encargaremos de vosotros. Tengo unos cuantos reales que no voy a gastar nunca. Me los dejó mi abuelo para cuando me casase, y ya sabéis que el matrimonio y yo no nos vamos a ver ni en pintura.

Me lancé a abrazarlo con fuerza.

—No sé si podré devolvértelo algún día.

—Déjate de componendas, no tienes que devolverme nada. —Me separó un poco de él y me miró muy serio—. Me basta con que estés vivo y me deis muchos sobrinos. Ahora, pediré que os preparen un dormitorio, aseo y comida. Tenéis peor cara que un estudiante en exámenes.

—¿No pondrán pegas tus padres? —le pregunté.

—Mis padres están en Santander con Cristina. A mi padre le ha dado un ataque de gota y se le han recomendado unos baños de oleaje, así que no habrá preguntas. —Aquello lo dijo, sobre todo, por tranquilizar a Camila. Javier podía comprender nuestra situación, pero sus padres no iban a verlo de la misma forma. Ella era una mujer casada y para ellos eso era lo único que tenía validez—. Descansad un poco y ahora os mandaré llamar para la cena.

Javier nos besó a ambos en la mejilla y nos llevó hasta el que sería nuestro dormitorio aquella noche. Antes de que se marchase, le pedí que me mandara traer pluma y papel para escribir a Victoria, y también que enviase a alguien a casa para recoger mis cosas. El piso no me parecía ya un lugar seguro. Él asintió y se marchó. Una vez a solas, Camila vino hacia mis brazos y me estrechó entre los suyos.

—¿De verdad vamos a dejarlo todo? —me dijo. En su semblante había un temor que ni su devoción por mí podía ocultar.

—Sí, mi amor. Ya te lo dije.

—No quiero que tengas que sacrificar tu vida por estar a mi lado.

—¿Acaso no estás sacrificando la tuya también?

—La mía no valía nada...

—Y la mía sin ti tampoco. Era como caminar desnudo en un invierno eterno y, ahora que has llegado, has traído el sol y el abrigo.

Sonrió, y me besó con ganas. Sus besos fueron como el torrente de un río tras toda una noche de lluvias. Y sus manos recorrieron una vez más mi torso, colándose bajo la ropa.

—Camila...

—Nicolás...

Me eché a reír.

—No me culpes por estar cerca de ti y querer tocarte.

—Si yo me muero de ganas de tocarte también, y de que me toques. Pero tienes que comer algo y descansar. La noche es larga. —Le guiñé un ojo y ella captó mi mensaje porque guiñó el suyo también—. Te quiero.

—Y yo a ti.

Posó un beso más sobre mis labios y después se marchó a asearse. Tras un biombo habían puesto una bañera en la misma habitación, frente a la chimenea, donde se metió. Trajeron papel y pluma y escribí la carta a Victoria, fui breve, pero conciso. Yo sabía que ella no me fallaría, así que no tuve que andarme con rodeos ni darle explicaciones de más. Tras eso seguí a Camila para acompañarla en el baño. Sobre el agua jabonosa y caliente veía sus hombros húmedos, y las puntas de su cabello jugaban a esconderse en el agua. Pasaba una esponja por uno de sus brazos y me miró con una sonrisa al llegar. Me quité la ropa y sus ojos me recorrieron de arriba abajo. Su sonrisa se hizo aún más grande y sus mejillas se arrebolaron.

—Después dices que tengo que descansar, Nicolás Castro.

Le quité la esponja de las manos mientras la besaba en los labios y me metí en el agua, sentándome tras ella en la tina. Camila apoyó su espalda en mi pecho y yo pasé con suavidad la esponja por su cuerpo, mientras ella jugaba a coger el agua entre sus manos para separarlas después y ver cómo caía.

—Ya le he escrito a Victoria —le dije.

—¿Qué le has dicho?

—Que mañana mismo salimos para Málaga.

—¿Mañana? —Paró, en seco, de jugar con el agua—. ¿Tan pronto?

—No vamos a pasar en Madrid un minuto más de lo necesario. Tenemos que alejarnos de Lázaro cuanto podamos.

—¿Y si está muerto?

—Si está muerto entonces serás viuda y podremos regresar, pero mientras tanto prefiero poner tierra de por medio a arriesgarme a que nos encuentre. Ya sabes que, aunque la villa parece muy grande, para algunas cosas es más pequeña que un patio de vecinos.

Asintió y sus manos volvieron al agua.

—¿Te duele la herida? —le pregunté, evitando mojarla con la esponja—. Mañana retiraremos la venda y la limpiaremos bien.

—Es molesta, pero estoy bien.

Me sentí feliz por ello y continué enjabonándola.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo de repente.

—Si es que si estoy resistiendo el impulso de hacerte el amor ahora mismo, la respuesta es sí.

Soltó una carcajada y echó la cabeza hacia atrás para besarme.

—No era esa, pero está bien saberlo. —Nos reímos juntos y finalmente me hizo su pregunta—. ¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

—¿Qué cicatriz?

—La que tienes en el brazo.

—Me dispararon. Igual que a ti.

Volvió a girar el rostro hacia mí, sorprendida por aquello.

—¿Quién? ¿Cuándo?

—¿Y por qué?

Río.

—Sí, y por qué.

Pensé en si contarle lo que había pasado porque hacerlo era volver sobre recuerdos que ya creía olvidados. Sin embargo, yo quería una relación basada en la confianza y en la ausencia de secretos, pues bastantes había tenido ya que guardar con todo ese asunto de su primo.

—Tú ya sabes lo de tu primo el Lobo.

Asintió y proseguí hablando.

—Los hombres que él perseguía me dispararon.

—Entonces ya están muertos. No tengo que ir a ajustar cuentas con ellos —dijo, resuelta.

—Camila, la bandolera más temida de la Sierra de Madrid.

Se rio a carcajadas.

—¿Con qué nombre crees que me conocerían?

Ambos miramos pensativos al techo.

—El Clavel —dijo ella finalmente—. Es mi flor favorita. Elegante y evocador. ¿No crees?

Recordé entonces que Camila no tenía ni idea de que esa maldita de Antonella al menos había hecho algo bueno por nosotros publicando su texto. Mientras pensaba en si decírselo entonces o esperar a que pudiera verlo, deslicé la esponja con suavidad por su cuello hasta descender a sus pechos, frotándolos con mimo. Camila soltó un suspiro y me miró de reojo con media sonrisa.

—En realidad ya te conocen con ese nombre —dije al fin.

Su ceño se frunció.

—¿Dónde? —preguntó ella.

Le conté lo de la publicación y ella comenzó a lanzar agua al aire soltando gritos de felicidad.

—¿Y qué habrá dicho la gente? —inquirió después.

—Le preguntaremos a Javier y a Marcos, que son las comadres de la villa y se enteran de todo.

—Javier y Marcos... —comenzó a decir, mas calló de golpe.

—Javier y Marquitos, qué.

—Que son muy amigos, ¿no?

En su tono de voz, la curiosidad se mezclaba con la cautela. Lo que Camila quería decirme y que no se atrevía a pronunciar en voz alta ya lo sabía yo de sobra, así que asentí.

—Tan amigos como tú y yo —le dije.

Ella sonrió.

—Entonces espero que sean tan felices como nosotros.

Su comprensión me dio una razón más para amarla y la estreché con cariño, besando sus cabellos.

—He estado pensando en algo —terció—, cuando empecemos nuestra nueva vida, empezaré también a escribir una novela.

—¿Y de qué irá?

—De amor, por supuesto. Y también de mujeres fuertes que salvan a hombres del peligro.

Me reí.

—En la literatura generalmente ocurre al revés, aunque nunca es tarde para cambiar las tornas.

—Por supuesto —dijo ella, convencida.

La esponja en mis manos recorría ya su vientre.

—¿Has pensando en algo más de esa historia?

Jugó con el agua, pensativa durante unos segundos, y luego habló.

—Contaré la historia del Clavel, la más valiente bandolera de Sierra Morena, que un día se enamora de su archienemigo, el líder de otro grupo de bandoleros —me refirió, con la voz llena de ilusión y a medio camino de ponerse a reír—. Condenados a odiarse, destinados a amarse.

—Vaya. Me interesará leerla —le dije, feliz por su entusiasmo—. ¿Y cuál es el nombre de él?

—Nicolás.

—Supongo que ella se llama Camila.

—Supones bien. —Su voz revelaba un gesto divertido en su rostro.

—Me gusta su nombre, pero ¿cuál es su apodo de bandolero?

—Mmmm —dijo, de forma un tanto sugerente. O quizá yo lo imaginé así, azuzado por la cercanía de su cuerpo

desnudo—. El Lince.

Eso no me lo esperaba y despertó más mi curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque el tal Nicolás es listo, valiente y un poco complicado al principio, como todos los felinos.

Me eché a reír y besé su cuello.

—El Lince y el Clavel —repetí—. Es bonito. Todavía tengo que leer la historia entera, pero mi parte favorita es esa de «destinados a amarse».

—A amarse mucho, de hecho —apostilló.

Guie la esponja abajo, hacia el interior de sus muslos, y los recorrí despacio. No fue sin querer, pero la esponja se cayó de mis manos y mis dedos acabaron acariciando su sexo. Ella soltó un gemido y echó la cabeza hacia atrás para besarme. No hizo falta mucho más para que la sacase de la bañera en brazos y la llevase a la cama donde hicimos el amor hasta quedar exhaustos.

Tumbado a su lado, acaricié su vientre sin terminar de creerme que hubiera vida en él; que Camila tuviera en ella una parte de mí. Que de nosotros, que cuando nos conocimos éramos poco más que dos almas a merced de la tormenta, hubiera surgido algo tan hermoso. Y sonreí tanto ante ese pensamiento que ella me miró con curiosidad y me preguntó por qué lo hacía.

—Voy a ser padre.

—¿Eso te hace así de feliz?

—Mucho más de lo que puedo expresar. Me hace feliz ser padre, pero mucho más que seas tú la madre. No habría hallado jamás a otra mujer más fuerte, inteligente y valiente para ser ejemplo de nuestros hijos.

Camila me besó con todas sus ganas y en su rostro se pintó una preciosa sonrisa.

—Yo también soy inmensamente feliz de que seas tú el padre.

Reposó la cabeza en mi pecho y nos abrazamos hasta quedarnos dormidos. Yo, acariciando sus cabellos; ella, enredando sus dedos en los míos.

Así despertamos cuando nos llamaron para cenar. Nos vestimos con calma. Me puse las ropas que Javier había ordenado que me trajeran de casa y ella un vestido de Cristina que le quedaba algo grande, pues la hermana de Javier era más alta y corpulenta. Aunque eso daba igual, Camila estaba hermosa se pusiese lo que se pusiese. Cuando bajamos al comedor encontramos allí a Javier y Marcos. Este último vino hacia nosotros y nos abrazó a la par, con todas sus fuerzas. Tenía los ojos enrojecidos, señal inequívoca de que había estado llorando.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Rozas y Lucas están muertos. Los han encontrado en la Dehesa de Carabanchel con un disparo en el pecho. Dicen los mentideros que se han batido en duelo por Antonella, pero no es verdad. Yo sé que no es verdad. A Lucas le daba igual con quien se encamase ella mientras mantuviera el compromiso y, desde luego, nunca hablaron de romperlo. José Ramón, que ya sabéis hacía buenas migas con Lucas, casi se muere del disgusto. Sus padres vienen a buscarlo para sacarlo de Madrid unos días, porque no puede soportar la pena.

Yo tenía la certeza de lo que le había pasado a Lucas y mis sospechas sobre lo que realmente le había pasado a Rozas. Después de mi encontronazo con él en el depósito, quizá había querido redimirse contando la verdad y ellos lo habían silenciado antes de que pudiera hacerlo. Sin embargo, no sabía hasta qué punto Marcos era conocedor de todo lo que había pasado y, en cualquier caso, no quería manchar la memoria que tenía de ellos. Era mejor que creyera esas cosas a que supiera que estaban al servicio de gente sin escrúpulos. Miré de reojo a Javier y él me hizo un gesto que me dio a entender que hacía bien al callar.

Abracé a Marcos con fuerza y le dije que lo lamentaba. Camila también le dio el pésame, fingiendo una pena que ni ella ni yo sentíamos. Lucas había estado a punto de matarme y de separarnos por siempre.

—¿Y Antonella?

—Se va mañana a su casa de Florencia. La pobre es un mar de lágrimas.

Carraspeé, porque de alguna manera tenía que bajar la hiel que se me estaba quedando en la garganta con tanto

fingimiento.

Javier cogió de la mano a Marcos.

—Aunque también tenemos una buena noticia que daros.

—¿Qué noticia?

Tras un silencio dramático, un cruce de miradas y una enigmática sonrisa, Javier dijo:

—Nos vamos con vosotros a Cuba.

Parpadeé repetidas veces sin terminar de asimilarlo.

—¿Cómo que os venís a Cuba? —acerté a decir—. Vuestras familias...

—Nuestras familias nunca entenderán lo que sentimos y aquí en Madrid nos conoce todo el mundo —contestó él—. También necesitamos una nueva vida en la que podamos estar juntos. Tengo amigos en San Cristóbal de la Habana que podrán alojarnos cuando lleguemos y después... después ya veremos a dónde vamos.

—Pero... —Estaba tan feliz por la noticia que casi no me salían las palabras.

—Creo que Nicolás quiere decir que lo que vais a hacer es maravilloso —dijo Camila, yendo a abrazarlos. Ellos le dieron las gracias y me miraron. Para ese entonces yo ya lloraba de felicidad.

—Pues sí, ¡¡es maravilloso!! —dije al fin. Los abracé y terminamos saltando como si fuéramos unos chiquillos, con lágrimas en los ojos.

Era tal nuestra dicha que el infortunio, envidioso, decidió venir a desatar su tormenta sobre nosotros. Un criado entró, portando una misiva en una bandeja de plata.

—Ha llegado esta carta, señor.

—¿Quién la envía? —preguntó Javier tras cogerla, al ver que no llevaba sello o remite alguno.

—El muchacho que la ha traído dice que viene de parte del señor don Lázaro de Torres.

Camila se aferró a mi brazo. Yo la atraje hacia mí, y le susurré un «no te preocupes» mientras la miraba con gesto tranquilizador. Ella asintió y miró a Javier, que ya cogía la carta y despachaba al criado. La abrió sin demora y, cuando la desplegó y sus ojos se movieron por el papel, su semblante fue pasando desde la indignación al horror. Alzó entonces la vista y miró a Camila, al tiempo en que sus manos, incapaces de sostenerla por la impresión, soltaban la carta.

—¿Qué sucede?

—Lázaro... —comenzó a decir, y tragó saliva.

—¡Por el amor de Dios, Javier, di de una vez qué ocurre!

Marcos se agachó para recogerla y la leyó también. Yo no lo hice porque no me atrevía. No quería ver las letras de ese brujo conjurando una vez más contra nosotros. Javier no fue capaz de hablar y se apartó para servirse un brandy, que bebió de golpe. En la cara de Marcos hubo ese mismo sentimiento de horror y yo, hartos ya de tanto teatro, se la quité de las manos y la leí. En ella rezaba, con nerviosa y desordenada caligrafía, un mensaje que me heló la sangre.

Señor Galí, ya que tiene la osadía y la escasa vergüenza de dar cobijo en su casa a esa ramera adúltera y al don nadie que la ha llevado a la ruina, téngala también para comunicarles lo siguiente:

Mañana a las nueve de la noche pasará una berlina a recoger a Camila y, o sube a ella y renuncia a volver a ver a ese zarrapastroso para siempre, o habrá consecuencias que se rubricarán con la sangre de sus padres. Ahora puedo garantizar que están vivos y bajo mi custodia, pero si osáis contrariarme no lo estarán por mucho tiempo más. Juro por Dios que los haré sufrir si no cumplís con mi voluntad.

No llevaba firma. No había dato alguno que nos dijera que venía de él, salvo lo dicho por el criado, pero en sus palabras podía leerse una ira que solo pertenecía a Lázaro. Una ira que había convertido en una amenaza terrible. Entendí entonces ese «están vivos» del profesor Marín del que Camila me había hablado. Había descubierto, seguramente, que ambos seguían con vida en algún lugar. Pero ¿con qué propósito hacerlos pasar por muertos? Habría querido ahorrarle aquel trago, al menos hasta que pensase con claridad cuáles eran nuestras opciones, pero Camila me quitó la carta de las manos y la leyó.

—Mis padres... —musitó, palideciendo—. Están... vivos...

Tragó saliva y, entonces, cargando ya con un sinfín de emociones a sus espaldas y quizá también a causa de su

estado, terminó por desplomarse. La cogí en mis brazos antes de que su cuerpo diese con el suelo y la alcé, llevándola a toda prisa a uno de los sillones para tumbarla allí. Me arrodillé a su lado y la cogí de la mano para comprobar que su pulso volvía a ser, una vez más, algo débil. Miré a Javier y Marcos, que se hallaban a mis espaldas, con gesto derrotado.

—Su pulso es apenas perceptible.

Javier le puso la mano en la frente.

—Está algo caliente —dijo.

La llamé, mas no respondió.

—Camila, cariño. —Soné desesperado—. Mi amor.

El silencio fue abrumador. Entonces, Marcos, con la voz rota, dijo algo que fue peor que si me hubieran clavado un puñal en el corazón.

—Hay sangre en su vestido.

Mis ojos fueron a parar a la zona de sus muslos y, cuando vi que eso era cierto, sentí que me mareaba. Que el peso del mundo caía a plomo sobre mis hombros.

—Javier, haz venir a un médico, por favor —pedí, intentando parecer calmado, aunque por dentro estuviera roto.

No había terminado de decir la frase y mi amigo ya corría en pos de cumplir mi petición. Dejé caer la cabeza sobre el pecho de Camila y rompí a llorar. Marcos se puso de rodillas a mi lado y apretó mis hombros intentando reconfortarme.

—Estará bien, ya lo verás. Habrá tenido un desvanecimiento por la noticia y la sangre será por eso de las mujeres. Estate tranquilo.

Lo miré, aunque casi ni lo veía de tanto como lloraba, y negué con la cabeza.

—Está embarazada, Marcos. Camila está embarazada.

Y en mi mente resonó un «o lo estaba». Conjugiar mis esperanzas en pasado me desgarró el alma.

Capítulo 20

El 4 de mayo amaneció lluvioso y gris. Un tiempo acorde a las circunstancias.

El médico no había tardado en llegar, pero tras examinar a Camila no pudo aseverar que su embarazo no se hubiera visto comprometido. Tenía sospechas de que todo estaba bien, mas no la certeza de que así fuera. Por ello aconsejó un reposo que nos complicaba las cosas, pues era incompatible con nuestra necesidad de partir de Madrid cuanto antes. Dijo que tendríamos que esperar a ver su evolución y que, si no se presentaba nuevo sangrado, era posible que el embarazo siguiera su curso y llegase a buen término.

El médico le había dado unos remedios para ayudarla a descansar, y ella estaba en la cama, con sus cabellos derramándose en la almohada como ondas que dibujase el mar y un rostro reposado y hermoso que, de conocerlo Madrazo, habría dado su vida por pintar. Yo, con la sensación de que la vida entera había estado a punto de escapárseme entre los dedos, observaba la lluvia a través del ventanal.

Sobre las nueve de la mañana, Javier llegó trayendo con él algo de caldo caliente.

—Estás hecho un desastre, Nicolás —me dijo, dejando la bandeja sobre una mesa pequeña, revestida de un tapete damasquinado.

Asentí, dándole la razón. Me había quitado la levita y llevaba la camisa arremangada y a medio sacar del pantalón. No me las veía, pero de seguro que tenía unas ojeras más negras que un toro de lidia plantadas bajo mis ojos. Había tenido cosas más importantes en las que pensar que en mi aspecto.

—Tómate el caldo.

—Tengo el estómago cerrado, Javier. No me entra ni el agua.

—Camila se pondrá bien. Ya lo verás.

—No lo sabemos.

Javier me cogió del brazo y me obligó a mirarlo. Sus ojos se clavaban en los míos con una advertencia.

—Siento si algo le pasa a vuestro hijo, pero ella no ha muerto, Nicolás. Sigue viva. Y si no es ese ya vendrán más. Haréis más niños porque, de pasión, ella y tú no vais escasos.

—¿Y si ha sido eso, Javier? ¿Y si ha sido nuestra pasión lo que la ha perjudicado? Hicimos el amor sabiendo que estaba encinta. ¿Y si le he hecho daño al niño?

Se echó a reír.

—Anda, anda, que dices más tonterías que... ¡¡qué sé yo!! Pero las dices. Yo lo achacaría más bien a la carta de Lázaro, o esa herida suya que tanta sangre la hizo perder.

Un calor provocado por la culpa ascendió por mi estómago.

—¿Y si ha sido la sangre que le di la que lo ha matado?

—¡Nicolás! —Su tono autoritario me recordó a cuando mi madre se enfadaba conmigo—. Válgame el cielo, qué de pensamientos negros tienes en la cabeza. Tómate el caldo y después un vino. O dos. Verás cómo se te pasan.

Suspiré y terminé por ceder. Me senté en la mesa a tomar el caldo a pequeños sorbos bajo la atenta mirada de Javier.

—¿Qué vamos a hacer con lo de Lázaro?

—¿Vamos? —dije—. No. Tú no te metes en ningún embolado más por mi culpa. Esto lo voy a resolver de una vez. ¿Dónde están tus armas?

—Me pides las armas, pero no quieres que me meta en ningún embolado. Eres la encarnación de la mismísima lógica cartesiana. Y, dime, cuando te dé la pistola, ¿qué piensas hacer?

Dejé el caldo a medio beber porque mi estómago rehusaba tomar nada más y me levanté, yendo a buscar la levita que había arrojado sobre una silla.

—Matar a Lázaro de Torres —dije contundente mientras me la ponía.

—Tú estás loco.

—Es la única forma de arreglar esto, Javier. La única —aseguré yendo hacia la puerta—. Y si no me das tú la pistola, lo mataré a navajazos. Así que ahórrame tener que comprar una camisa nueva por no poder quitar la sangre y dame un arma.

Javier se puso en medio y me agarró por la pechera.

—¿Y qué vas a hacer cuando te den garrote y Camila tenga que verte muerto?

—No van a cogerme.

—No lo sabes, Nicolás. Eso nunca se sabe. Y en esta ciudad ya has agotado todas tus cartas. Alguien te debía un favor muy grande cuando te conocí y lo cobraste para ayudar a Elías Marín. Nadie intercederá por ti esta vez. Ni mi dinero ni el de Victoria podrán comprar tu libertad si es que descubren que has sido tú.

Javier me soltó y me alejé de él, dando vueltas por la habitación. Terminé apoyando la cabeza y un puño contra la pared, y cerrando los ojos, a ver si así aquella pesadilla se terminaba.

Alguien llamó a la puerta y Javier abrió. Era Marcos. A primera hora se había marchado a su casa a buscar parte de su equipaje, pues, aunque tuviéramos que retrasar el viaje, este seguía en pie y tanto él como Javier querían hacer los preparativos poco a poco para no levantar sospechas. Venía con el rostro congestionado, por lo que supuse que había llegado corriendo.

—Han visto a Lázaro de Torres comprando billetes para Galicia —dijo de sopetón.

—¿Qué se le ha perdido allí? —inquirí, dándome la vuelta y mirándolo extrañado.

—Pues no sé. —Marcos se encogió de hombros—. Ese cabrón dijo que vendría a buscarla a las nueve, ¿no?

Asentí, apretando los puños.

—Pretende llevársela con él a Dios sabe dónde —mascullé.

—Y me temo que lo de sus padres será mentira —dijo Marcos—. Un cebo que le ha puesto para que no pueda decirle que no.

Tomé aire profundamente y me froté la frente. Había pasado por muchas cosas en mi vida, pero aquella me estaba matando. No podíamos irnos de Madrid con Camila así, ni podía dejar que se fuera con él. Pero ¿y si Marcos estaba errado y lo de sus padres al final no resultaba ser un farol? Le pedí a mis amigos que saliésemos fuera para hablar. Ya me había arriesgado a despertar a Camila con mi anterior conversación y ella necesitaba descansar. Accedieron y, dejándola al cuidado de una de las doncellas, fuimos juntos hasta una habitación contigua.

—Tenemos hasta las nueve de la noche para descubrir si Lázaro miente o no. No vamos a estar mano sobre mano esperando que gane la partida.

—A mí nadie me gana una partida y ni mucho menos ese —dijo Javier.

—Bueno, eso de que nadie te gana una partida... Yo no confiaría mi futuro a una mano de cartas que jugases tú —comentó Marcos para hacerlo rabiar.

Javier fingió una mirada furibunda y hubo después una sonrisa entre ellos.

—¿Qué sugieres que hagamos? —me preguntó.

—Vosotros iréis a ver a Antonella. Si lo de los padres de Camila es cierto, ella tiene que saberlo. Estoy convencido.

—¿A qué hora se marchaba?

—A las doce. —Javier sacó su reloj, uno muy hermoso de oro, y comprobó la hora—. Son las diez menos quince.

—¿Qué harás tú?

—Iré a casa de Lázaro y esperaré a ver si sale en algún momento. Si se marcha de Madrid habrá gestiones que tenga que hacer; gente de la que querrá despedirse.

—Es posible que no consigamos nada —sopesó Marcos.

—Aquí, esperando que pasen las horas, es donde no conseguiré nada. Lo único que me pone nervioso es dejar sola a Camila. Si tiene una recaída... —Agaché la mirada—. No me perdonaré no estar a su lado.

—No le pasará nada. —Javier puso su mano en mi hombro—. Aquí está a salvo y los criados cuidarán de ella.

—Ojalá estuviera aquí Carmen... o tu hermana Cristina. Ella sería su guardiana.

—Ojalá. A Cristina no puedo traerla, pero iré en busca de Carmen. La mujer tiene que saber que su señora está fuera de peligro. Al menos en parte.

Asentí.

—Y avisa a doña Lola. Dile que estamos bien. Ni siquiera tuve el detalle de despedirme de ella.

—No te preocupes. Ya le mandarás una buena canasta de bartolillos para compensar.

—Gracias. Voy a darle un beso a Camila y nos ponemos en marcha —dije.

Entré en la habitación y me senté al borde de la cama junto a ella. Acaricié su rostro mientras la miraba y ella apenas abrió un poco los ojos y musitó mi nombre.

—Nicolás.

—Mi amor. Estoy aquí. —Me incliné sobre ella para besar sus labios. Ardían y eso me asustó, mas no quería preocuparla y le sonreí—. Todo está bien, no tengas miedo. Te recuperarás.

—No tengo miedo. —Abrió los ojos del todo y me miró con cariño—. Sé que sigue conmigo.

Sus palabras me extrañaron.

—¿Quién?

—Nuestro pequeño. Sé que sigue aquí. Por eso no tengo miedo. Pero sí temo por ti, Nicolás. Temo que cometas una locura.

—Camila... —Busqué las palabras concretas para hablarle de lo que pretendía hacer, pues no quería engañarla—. Si yo estuviera en peligro tú harías cualquier cosa por mí. No puedes pedirme que me quede de brazos cruzados y me conforme con que te lleve con él.

—Haría lo mismo por ti, sí.

—No pongo en duda que el Clavel montaría en su alazán y partiría a hacer justicia.

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

—Montaría en mi Ventero, sí.

Me reí, aunque someramente, pero esa risa nos ayudó a sobrellevar el momento. Cogí sus manos entre las mías y las besé.

—Volveré antes de que te des cuenta.

—Te estaré esperando, Lince.

Sonreí una vez más y, tomando su rostro entre mis manos, la besé con todas mis ganas.

—Te quiero —le dije después.

Ella acarició mi rostro con un «y yo más» en sus labios y un cariño inmenso en sus ojos de hada.

No pude decirle más porque sentí un nudo en mi garganta que me impedía casi respirar. Las lágrimas empezaban a llegar a mis ojos y no quería que me viera llorar. Tras besarla una vez más, salí de allí a toda prisa.

Al pie de la gran escalinata me estaban esperando Marcos y Javier. Una vez que llegué junto a ellos, sin que yo lo esperase, y más después de lo que me había dicho, este último puso una pistola en mi mano.

—Te la doy, no para que lo mates. Te la doy por si tienes que defenderte. Lázaro no es buena persona y si te tiene a tiro te disparará. Has de tener algo con lo que protegerte.

Sin duda me vendría bien, porque el escalpelo y la navaja se habían perdido en algún punto entre el carruaje de Antonella y esa locura del laberinto, cuando desperté con aquellas ropas extrañas. Cogí el arma y la guardé entre mi cintura y el pantalón. Después los miré a ambos con gesto decidido, y tras desearnos suerte nos separamos. Ellos partirían en una berlina y yo en otra.

Llegué a la puerta de la casa de Lázaro y esperé pacientemente a que saliera. Tampoco estaba seguro de si se

hallaba allí o ya había salido, pero tenía que armarme de paciencia. Pasadas las ocho de la tarde, yo había perdido toda esperanza, cuando salió de la casa y montó en su berlina. Iba elegantemente vestido y tuve la impresión de que asistiría a una cena o algún evento de importancia. Llevaba sombrero de copa, levita negra y bastón de plata y ébano, muy elaborado, y en su rostro había un gesto decidido.

Recorrí varias calles y yo, que había ordenado a mi cochero que lo siguiera, me mantuve atento a sus movimientos. Cerca de las ocho y media, cuando ya había anochecido, paró la berlina en la calle de Alcalá, entre la fonda de Diligencias Peninsulares y la Casa de Aduana. Pedí al cochero que frenara la nuestra también a una distancia prudencial y aguardé, pensando que se había detenido a esperar a alguien, pero él no bajó. Por el contrario, otra berlina que venía en dirección contraria se detuvo junto a la suya, y vi salir por la ventanilla una mano que le entregó, sin lugar a dudas, una levita azul. Él le dio un sobre.

El otro transporte siguió su camino y el de Lázaro permaneció inmóvil. Me pregunté qué pensaba hacer, sin quitarle ojo de encima. Observé que las calles estaban llenas de gente y que algunos estaban parados sin hacer nada junto a los edificios. Estaba pendiente de aquello cuando el cochero apareció en la otra ventana, la que daba a la zona de peatones, sobresaltándome.

—Aquí no nos podemos parar mucho, señor Castro, que estamos ocupando un espacio reservado para los de las postas.

—¿Por qué hay tanta gente parada en la calle? —le pregunté.

—Porque cuando la reina sale de paseo a veces pasa por aquí en su carruaje y la gente gusta de verla.

Aquel hombre, sin querer, me había dado la respuesta que tanto esperaba de qué estaba haciendo allí Lázaro, pues recordé lo que Camila me había contado sobre sus intenciones, y supe que tenía que hacer algo para detenerlo.

—No se preocupe —le dije al cochero—. Me bajaré y usted puede seguir.

—¿No viene de vuelta a casa del señor Galí?

Negué con la cabeza.

—No todavía.

—¿Y qué le digo al señor?

—Que regresaré en cuanto pueda.

Me miró dudando, pero después asintió.

Bajé de la berlina y caminé con total tranquilidad hacia la de Lázaro, mezclándome entre la gente. El transporte de mi amigo se alejó despacio y el sonido de los cascos de sus caballos se perdió en la lejanía, a la par que el de otros lo reemplazaba. Dado que Lázaro estaba sentado pendiente del paso de carruajes, entré por la puerta contraria y subí a su berlina, apuntándolo con la pistola. Vi que tenía las suyas sobre el regazo y llevaba puesta esa levita azul que le habían dado. Me pareció que la tenía mal abrochada hasta que me di cuenta de que le faltaban un par de botones de los muchos que llevaba, vistosos y con unas iniciales, que pude distinguir bien, grabadas.

—No sé qué pretendes hacer, Lázaro, pero dame las armas.

Me miró apenas de reojo, sin girarse.

—No me he preparado y sacrificado durante años para que ahora vengas tú a arruinar el gran momento de mi vida.

—¿El gran momento de tu vida es arrebatarte la vida a otra persona?

—No es una persona cualquiera. Es la reina. Consentir tiranos como ellos gobernando nuestras vidas es un despropósito. Y si ese tirano además es una mujer, es un insulto.

—Matándola no vas a solucionar nada. Solo desatarás otra guerra y este país no puede soportar más conflictos.

—Habrán tantas guerras como sean necesarias si con ello obtenemos lo que buscamos. Además, ¿qué te importa a ti que la mate? Si te viera ni notarías que existes. Serías como una mosca a la que tiene que aplastar para seguir engordando a tu costa.

Entendí que no iba a conseguir nada hablando con él.

—Dame las armas y vete —le dije.

Negó con la cabeza y miró hacia la calle de nuevo. Me pareció que estaba muy tranquilo teniendo en cuenta que le apuntaba con una pistola.

—¿Ha preparado ya Camila el equipaje? —me dijo, con media sonrisa cruel perfilada en el rostro.

—Camila no irá contigo a ninguna parte.

—Entonces mataré a sus padres.

La frialdad con la que lo expresó me resultó abrumadora.

—Qué curioso —agregó pensativo—. Esta noche morirán dos mujeres que creyeron podían ser iguales a los hombres.

—No quiero cargar con tu muerte, Lázaro. Deja a Camila ser feliz. Ella se lo merece y tú lo sabes.

—Ella no ha venido al mundo a ser feliz. —Giró su rostro hacia mí. Tenía los ojos hinchidos de ira—. Ha nacido para otro propósito. El de ser mi Ariadna y traer mi descendencia divina a este mundo.

Apreté el mentón y mis ojos se le clavaron con una mirada que superaba en rabia a la suya.

—Te mataré antes de que la toques.

—¿Tú? —Rio a carcajadas—. Tú no sirves ni para matar —diciendo esto, y con un movimiento muy rápido, Lázaro tomó el bastón que reposaba a su lado en el asiento y me golpeó con él en la mano que sostenía el arma. Lo hizo con tanta fuerza que esta voló de mis manos sin que pudiera llegar a dispararla.

El arma cayó a sus pies y yo maldije mi suerte. Él cogió una de sus pistolas y me apuntó con ella. De repente, el lugar se llenó de aplausos y vítores. La reina estaba cerca. Un gesto pérfido se dibujó en el rostro de Lázaro.

—Había pensado en matarte ahora, pero he cambiado de idea. Se me ha ocurrido una forma mejor de zaherirte —dijo—. Mataré a la reina y después te dispararé a ti. Pondré la pistola en tu mano y todos pensarán que fuiste tú. Que la mataste y luego te quitaste la vida porque no podías soportar la culpa.

Con la mano izquierda tomó la otra arma y apuntó hacia la calle. Los vítores de la gente cada vez se oían más cerca, por lo que no debía de quedar mucho para que pasase. Estaba en una situación de la que no sabía cómo iba a salir y mi nerviosismo se acrecentó. Una gota de sudor resbaló desde mi frente a mi corbatín y tragué saliva.

—¿Nervioso? —se burló él—. Piensa en tus últimas palabras.

—Camila nunca te amará. Puede que me mates, que te salgas con la tuya y, amenazando a sus padres, consigas retenerla a tu lado, pero nunca te querrá. Te odiará y te despreciará como el ser vil que eres. Y el hijo que lleva en su vientre nunca podrá llamarte «padre», porque es mío.

Su mirada de odio fue entonces infinita. Era tal que casi podía palparlo. Sentirlo como si fuera físico.

—¿Hasta tal extremo la has ensuciado? Ahora ya no me sirve para nada. Eres un hijo de puta, Nicolás Castro.

El carruaje real, una carretela descubierta, pasó en ese momento a nuestro lado y Lázaro desvió un segundo la mirada hacia este.

—No. Soy el hijo de una ventera. Una mujer que, al igual que mi Camila, tiene más arrestos de los que tú tendrás jamás, maldito cobarde de mierda.

Me lancé hacia él pillándolo desprevenido. Disparó ambas pistolas al momento. El tiro que iba hacia la reina falló, mas el que iba hacia mí acertó de pleno en mi hombro. Sentí, una vez más, como si me hubieran mordido. Como si hubiera sido una señal, la berlina empezó a moverse, abandonando aquella calle y tomando un rumbo que yo desconocía. Me mareé por unos instantes a causa del impacto de la bala. Sin embargo, el dolor no me frenó. Tenía motivos más que suficientes para luchar: mi propia vida, pero sobre todo la de Camila y nuestro hijo. Así que peleé a golpes con él hasta que lo obligué a soltar las armas; no obstante, Lázaro tenía bastante fuerza y en el forcejeo consiguió reducirme, poniendo mi espalda en el asiento y subiéndose encima. Me propinó un puñetazo que hizo que todo me diera vueltas y me agarró del cuello con fuerza, buscando asfixiarme. Intenté alcanzarlo con las manos, mas no pude, pues se echó atrás y no logré más que arrancarle algunos botones de la levita. Aunque pataleé, no conseguí librarme de él.

A punto estaba de quedarme ya sin aire cuando, por el rabillo del ojo, vi mi pistola. Él estaba tan obcecado en ahogarme que no percibió que tanteaba el suelo para cogerla y, cuando por fin lo hice, le apunté con ella y disparé.

La bala impactó en su pecho y la sangre salpicó por todas partes. Sentí asco al notarla caliente sobre mi rostro. Lázaro cayó desplomado sobre mí y fui consciente de que la vida lo abandonaba a la par que lo hacía su sangre. Lo aparté de encima, y, sin apenas fuerzas, me guardé la pistola, abrí la puerta de la berlina y salté de ella. Di de bruces en el suelo y a punto estuvo otro carruaje de atropellarme. Me levanté a duras penas, tapándome la herida del hombro con la mano derecha y, presionando para que dejase de sangrar, conseguí salir del paso de carruajes. No iba a llegar muy lejos así. No sabía siquiera dónde estaba. Intenté orientarme por los edificios y a pocos metros de mí reconocí uno que me era familiar: las Salesas Reales.

Fui hacia él y, en los escalones de ascenso al templo, me desplomé. A medio camino entre la consciencia y la inconsciencia sentí que me arrastraban escaleras arriba y me tumbaban boca arriba en el suelo. Una voz masculina me preguntó quién era mientras me zarandeaba intentando hacerme despertar.

—Oiga, señor. ¿Cómo se llama? —me preguntó, y pidió ayuda—. ¡Auxilio aquí! ¡Por favor! ¡Un médico!

Otra voz, también masculina, respondió a su llamada.

—Cógelo por los pies y yo por los brazos. Vamos a montarlo en mi *manuela*^[20] y lo llevamos a que lo vea un médico.

Si llegaba con una herida de bala a la casa de socorro harían más preguntas de la cuenta. Saqué fuerzas para abrir los ojos y, a duras penas, decirles que me llamaba Javier Galí y dónde vivía.

—Eso está aquí al lado.

—Pues lo dejamos en su casa y que se apañen.

El otro debió estar de acuerdo porque no dijo nada. Me alzaron entre los dos y me subieron al carruaje. Sentí los traqueteos en medio de mi desvanecimiento, y también cómo me dejaban a las puertas de la casa de Javier. Picaron con insistencia la aldaba y después se marcharon. El criado que abrió soltó un grito de asombro al verme y, de repente, todo fueron exclamaciones de sorpresa y zarandeos hasta que acabé tumbado en una superficie mullida que debía de ser una cama. Percibí la voz de Marcos, que me llamaba a gritos, y después la de Javier, mas no podía contestar. Sus voces cada vez se oían más lejanas. Entonces escuché a Camila gritar desde algún lugar.

—¡Dejadme pasar!

—No, Camila. Es mejor que en tu estado no lo veas así.

—Escúchame, Javier Galí. Nicolás es la persona que más quiero en este mundo, y si no me dejas verlo y lo pierdo, no te lo perdonaré en la vida.

Entonces hubo un silencio que duró unos segundos.

—Nicolás. —Escuché. Era ella, cerca de mí. Su voz me reconfortó y me alejó de aquella oscuridad que empezaba a envolverme. Una de sus manos acarició mi rostro—. Estoy contigo, mi amor.

Abrí los ojos lentamente y la vi. En medio del dolor y la oscuridad pude sonreír.

Ella tenía los ojos y las mejillas llenas de lágrimas y el semblante turbado por el miedo. Cogía mi mano y la apretaba contra su pecho, cálido y suave.

—No llores, mi vida. Volveremos a estar juntos algún día —le dije, pues sentí que me moría. Que había salido de muchas, pero que de esa no lo haría.

—No digas eso. —Besó mis labios. Los suyos estaban húmedos por las lágrimas.

—El médico ya está aquí. Por favor. Tienes que irte, Camila —dijo mi amigo—. Debemos operarlo.

—No quiero dejarlo solo. —Su voz se quebró—. No quiero.

—No estará solo. —Sentí cómo la mano de Javier separaba las nuestras—. Vamos.

—No. —Su llanto se hizo más fuerte.

—Te amaré por siempre —logré decir, con un hilo de voz. Y fue lo último que expresé antes de sumirme en la oscuridad.

Capítulo 21

En los periódicos de la villa no se hablaba de otra cosa que no fuera del atentado fallido contra la reina. Ninguno hablaba de la muerte de Nicolás Castro, porque él era un joven ventero que había llegado a Madrid a estudiar Medicina y eso a nadie le importaba. Era un madrileño más. Uno de tantos que había hecho de la ciudad su hogar para después partir hacia el cielo. Porque si te morías en Madrid, después de los zapatos que habías gastado en ella y de tener que aprenderte sus muchas calles, al infierno no iban a mandarte, aunque fuera por piedad. A nadie le importaba la muerte de un muchacho más. Sí, era trágico y triste para sus allegados, pero no era digno de aparecer en los periódicos. Aun cuando había sido él quien había salvado a la reina... aunque claro, eso solo lo sabían unos pocos. Por ende, era mucho más interesante hablar de las diligencias e investigaciones que dieron comienzo la misma noche del suceso. Tras interrogar a un sinfín de testigos llegaron a la conclusión de que Ángel La Riva, periodista y abogado, había sido el autor del intento de regicidio. Guiado por unas ideas políticas exaltadas y un fanatismo del que sus detractores dijeron presumía, había tratado de asesinar a la reina, ni más ni menos, y quién sabe si no habrían querido matar también a los infantes Francisco y Josefa que estaban con ella en la carretela. La consternación ante la idea de que Isabel hubiera podido morir en la calle Alcalá horrorizó a buena parte de la villa. En los mentideros de la ciudad se decían muchas cosas: que si La Riva tenía una enfermedad que le hacía ver demonios; que si el demonio era él; que si tenía muchas deudas y de alguna forma habría de pagarlas; o que simplemente su visión del mundo le había llevado a pensar que la muerte de la reina le daría al país una pátina nueva y brillante.

Para llegar a la conclusión de que La Riva había sido el culpable, se investigó a decenas de implicados: los carabineros de la cercana aduana, la guardia real, el servicio, el cochero, los comerciantes de las inmediateces, los viandantes que pudieron ser identificados... Aunque, salvo dos ciudadanos ingleses que visitaban Madrid y que aseguraron haber visto a un hombre disparar desde una berlina, nadie explicó a ciencia cierta la procedencia exacta de los disparos ni cuándo se habían producido. Hubo un hombre, encargado del alquiler de coches, que dijo que había hallado en una de sus berlinas pólvora en el cristal, y dio el nombre de La Riva. El seis de mayo, el jefe político de la villa llegó a la vivienda del presunto autor y allí encontró dos billetes a Galicia que habían sido comprados el día del incidente, y dos pistolas de cuatro pulgadas, idénticas a las que tenía Lázaro. Las dos con señales de haber sido disparadas. La Riva dijo que había estado practicando en una galería de tiro y que regresaba a casa cuando ocurrió. Tal vez habría podido librarse de no ser porque en el lugar del atentado fallido se hallaron dos botones de oro con sus iniciales. La levita a la que pertenecieron estaba en un armario de su casa. Sin rastro alguno de sangre.

—«Tengo a La Riva por un joven de pocos alcances y escasa instrucción, muy pedante y, a más, fanático en materias políticas. Paréceme, además, tan cobarde en el fondo como insolente en las palabras» —leyó Javier del periódico que sostenía.

—¿Eso quién lo dice? —le preguntó Marcos.

—Patricio de la Escosura, que es el jefe político de Madrid por si todavía no te has enterado, se lo ha dicho, al parecer, al juez de oficio —contestó este—. Pero claro, aquí está el señor Villoslada, diciendo todo lo contrario.

—Y ese quién es.

—El director de *El Español*, Marquitos. ¿Tú en qué mundo vives?

—Pues en uno donde no hay que saberse los cargos de medio Madrid para seguir respirando.

Javier se echó a reír y le plantó un beso en los labios.

—¿Y tú qué opinas?

Los dos me miraron a la par.

—Yo estoy muerto, a mí no me preguntéis —dije, encogiéndome de hombros.

—Nicolás... —dijo Marcos.

—No lo llames así que cualquier día se te va a escapar en la calle y vamos a tener un percance —le advirtió Javier—. Ahora se llama Gabriel de Vergara.

—Pues, Gabriel, ¿qué opinas de todo esto?

—Opino que ese cochero está comprado por las gentes de Aisón, porque, aunque no sé si la berlina en la que viajaba Lázaro era suya o de alquiler, tengo claro que allí dejamos algo más que pólvora en la ventana. Y esos billetes estoy seguro de que fueron los que Lázaro compró y que creíamos que servirían para llevarse a Camila de aquí.

—¿Tú crees que La Riva es inocente?

—Me inclino a pensar que forma parte de los tejemanejes de la gente de Lázaro y que quizá, del mismo modo que han eliminado al tío de Camila, han buscado la forma de eliminarlo a él. Pero eso es algo que nunca sabremos —suspiré cansado—. Lázaro es un demonio que sirve a otro demonio. Uno más de esa chaladura suya de los Hijos de Aisón. El que le dio la levita. El que ha implicado a La Riva. El que le ha salvado la vida a Lázaro de las garras de la muerte. Le disparé en el pecho. Y juraría que lo herí muy cerca del corazón. ¿Cómo puede estar vivo?

—Tú sabes como yo que eso puede pasar. Poco, pero pasa. Lo hemos visto en clase —dijo Javier.

—Empiezo a sospechar que es inmortal —comentó Marcos.

—No. No lo es —dije yo—. Aunque ya me da igual. Lo único que quiero es dejar Madrid y empezar una nueva vida lejos de aquí. Y eso que ya empezaba a acostumbrarme a la ciudad.

—Ya queda poco para marcharnos, no te inquietes. Lo tenemos todo preparado. —Entonces se levantó de golpe y, dejando el periódico sobre la silla que había desocupado, fue hasta una de las cómodas de la habitación y abrió el cajón, sacando de él un papel, así como el chal—. Esto se había caído entre tu cama y la pared. Menos mal que me dio por asomarme por debajo.

—El retrato de Camila. —Sonreí al verlo. En los días en los que no había estado conmigo y creí haberla perdido, su prenda y su retrato fueron un bálsamo para mí. Y, de repente, los acontecimientos se habían precipitado y me había centrado tanto en encontrar a la Camila de verdad que casi había olvidado aquello.

—¿Tienes un retrato de Camila? —preguntó Marcos.

—Lo hizo Juan —le dije mostrándoselo—. Por cierto, hace mucho que no sé nada de él. ¿Se ha ahogado ya en su propia bilis al saber que ella y yo estamos juntos?

Javier se echó a reír.

—Ha salido de viaje. Quiere conocer la Toscana.

—Espero que no se encuentre con Antonella.

—Conociéndolo estará encantado de hacerlo. Aunque espero que, si lo hace, no lo quiera ofrecer en sacrificio a los dioses griegos. —Me miró de forma burlona.

—Te parecerá bonito reírte de mis desgracias, Javier Galí.

Iba a contestarme, pero Marcos habló desviando su atención.

—Este tapiz está en el Castillo de la Coracera. Lo he visitado alguna vez. Representa a Ariadna cuando es abandonada por Teseo en la isla de Naxos.

Mi mente rehusó entender lo que creía haber escuchado.

—¿Qué?

—¿Qué sucede? —preguntó Marcos, extrañado.

Miré a Javier y él había palidecido también.

—¿Cuándo te dio Juan ese retrato?

—Poco después de que Camila desapareciera. Lo trajo a nuestra antigua casa cuando me estaba recuperando de

las heridas por el duelo.

—¿No le has contado a Marcos dónde la tuvieron retenida?

—No. No quería asustarlo con todo ese asunto y le ahorré algunos detalles.

—Pues no soy un niño pequeño, Javier. Exijo saber la verdad.

La voz de Camila nos sobresaltó a los tres.

—¿La verdad sobre qué?

Alcé la mirada y, en la puerta, estaba ella, mirándome con una sonrisa. Por el rabillo del ojo vi que Marcos escondía el retrato tras la espalda. Otros le habrían dicho que no se inmiscuyese en las conversaciones de los hombres, pero nosotros no teníamos como ellos la creencia de que una mujer era menos y, por tanto, la veíamos como una igual y la incluíamos en nuestras charlas siempre que ella quería.

—Qué callados os habéis quedado de repente. Algo andáis tramando.

Llegó a mi lado y se sentó en la cama. Tenía mucho mejor aspecto y ya se encontraba plena de salud. El embarazo, gracias a la providencia, discurría con normalidad tras el susto que nos llevamos. Se inclinó hacia mí para besarme. Pensé en lo cerca que había estado de perderla para siempre, y poniendo mi mano en su nunca la atraje hacia mí demandando un segundo beso que ella me dio gustosa.

—Bueno, bueno —se quejó Javier en tono de broma—. Vais a ir presos por indecentes. Los besos a la francesa no se dan en público.

—Será de lo poco bueno que nos han dejado los franceses —dije.

—No. Hay otra cosa más —dijo Marcos.

Por el gesto pícaro que puso, todos entendimos perfectamente a qué se refería y nos miramos entre nosotros aguantando una risa algo escandalosa.

—No cambies de tema —dijo Camila, a quien no habíamos logrado despistar—. ¿Qué es lo que calláis?

Le hice un gesto a Marcos y sacó el retrato de detrás de la espalda.

—Juan dibujó este retrato tuyo y se lo regaló a Nicolás...

Javier le interrumpió.

—Que no lo llares Nicolás... —lo regañó.

—Bueno, se lo regaló a Nico... a Gabriel cuando tú desapareciste.

—¿Quién es Juan?

—Uno de nuestros amigos.

A decir verdad, ella nunca lo había llegado a conocer. Salvo en las fiestas y aquella vez a la salida de la facultad, donde no cruzaron palabra, no coincidieron en lugar alguno más, que yo supiera.

—¿Tienes un retrato mío? —dijo ilusionada mientras lo cogía. Mas esa expresión se le borró de la cara nada más tomarlo y observarlo. Camila palideció y yo me incorporé para coger su mano, preocupado. Ella dejó el dibujo a un lado y me miró—. Zeus.

—¿Cómo que Zeus?

—El hombre que me hizo ese retrato dijo llamarse Zeus. Me obligó a sentarme y a estar quieta mientras lo hacía. No le vi la cara, porque llevaba una máscara griega, de esas de teatro con una mueca grotesca en ella, pero lo hizo él. Os lo aseguro.

Nos miramos entre nosotros, consternados.

—No puede ser —musité—. No puede ser que Juan haya sido capaz de hacer algo así.

Sentí una rabia inmensa en esos momentos. Él mismo había venido a darme el retrato. Él sabía dónde la tenían retenida y no dijo nada. Él... era uno de esos malnacidos que hacían daño a las mujeres. Por eso estaba de parte de Lázaro, porque, al igual que él, formaba parte de los Hijos de Aisón. Entonces caí en la cuenta de lo que Carmen había dicho sobre Zeus y supe que Juan no era uno más. Así se lo comuniqué a mis amigos y a Camila.

—¿Quieres decir que nuestro amigo Juan es quien dirige los Hijos de Aisón? —dijo Javier.

—Yo no lo llamaría amigo después de esto —apunté—. No sé si los dirige, pero es alguien entre ellos, alguien

importante. Lo hemos tenido delante de las narices y no lo hemos visto. Ahora el desgraciado se ha ido a la Toscana. Como si nada de esto hubiera pasado, como si no cargase a sus espaldas todos esos crímenes.

—¿Y qué íbamos a saber? —replicó Javier, levantándose y caminando de un lado a otro de la habitación—. ¿Cómo nos lo íbamos a imaginar siquiera? Juan era un tío simpático. Muy de sus cosas, pero no un asesino.

—Pues vaya simpatía la suya —rezongó Marcos.

A mi mente vino todo lo que habían hecho y me asaltó también una idea repentina.

—¿Creéis que tuvieron algo que ver con la muerte del profesor Gutiérrez?

Ellos se miraron entre sí, ceñudos, y cuando volvieron la vista hacia mí asintieron.

—Quizá se enteró de algo y quisieron silenciarlo —dijo Marcos.

—O formaba parte de ellos —sopesó Javier.

—No. —Negué de forma enérgica con la cabeza. Me resistía a asumir eso como posible—. Es imposible que él fuera partícipe de actos tan crueles... Era un buen hombre. No voy a ensuciar su memoria pensando en semejante atrocidad. Lo más probable es que sea lo que Marcos ha dicho. Se enteró, comenzó a atar cabos y... no quisieron que se inmiscuyera.

—Estoy de acuerdo con Nicolás —comentó Camila.

—Gabriel —corrigieron Javier y Marcos al unísono.

Ella sonrió de forma cálida.

—Con Gabriel. Creo que al profesor Gutiérrez le ocurrió lo mismo que a mi tío.

—Lo siento —dijo Javier, a lo que Marcos asintió.

Suspiré y le dirigí un gesto de ánimo a Camila. Puede que no se llevara muy bien con él, pero al fin y al cabo, era parte de su familia.

—No os preocupéis —aseguró ella—. Estoy bien. Y estaré mucho mejor cuando denunciemos lo que ha pasado.

—Hemos hablado con varios abogados y, al parecer, no es la primera vez que se enfrentan a unos sucesos extraños como estos, y las denuncias nunca llegan a nada —dijo Javier—. Esa gente tiene compradas a las autoridades.

—Entonces escribiré cartas anónimas a la prensa hasta que alguien me escuche. Han muerto muchas mujeres inocentes en la villa por su culpa, y a saber cuántas más morirán. Aquí y en todos los lugares donde tengan influencia. —Camila sonó muy seria—. Han matado a mi tío. Ni siquiera sé dónde está su cuerpo. Y, desde luego, también han matado al profesor Gutiérrez. No voy a quedarme de brazos cruzados.

—No. Desde luego que no. —Una vez más me sentí orgulloso de su arrojo—. Haremos lo que podamos, pero hemos de ser prudentes. Hablaré con Elías, por si puede ayudarnos de nuevo.

—¿No es mejor que sigáis con vuestras vidas y recéis porque mueran pronto para que no puedan hacer daño a nadie más? —sugirió Marcos.

—Parece mentira que no conozcas a Nicolás. Y ahora, además, tiene una igual a su lado. —Javier miró a Camila con una chispa divertida en sus ojos—. No van a parar hasta que no consigan juntar el cielo con la tierra en este asunto.

—Así es —concedí—, pero no será hoy, mañana nos espera un viaje muy largo y hay que descansar.

Mis amigos asintieron.

—Tienes razón —dijo Marcos levantándose de la silla—. Vámonos a la cama. Y vosotros no os acostéis muy tarde, que a las seis hay que estar en pie y tenemos unos cuantos días de viaje hasta Málaga.

—¿En qué compañía vamos?

—En la Carsí.

—Me gusta la Carsí. Sus sillones son muy amplios.

—Y pasa por casa de mi madre. Que digo yo que pararemos a echar allí una noche.

—O dos si quieres. Me muero de ganas de ver el sitio donde te has criado —dijo Camila—. De recorrer los caminos de Sierra Morena.

—Te gustarán —le dije a Camila. Marcos y Javier ya estaban en la puerta, cuando caí en la cuenta de preguntarles algo—. ¿Habéis dado aviso de que lleven a Ventero a Málaga?

—Sí. Deja de pensar en el caballo que no te vas a ir a Cuba sin él —dijo Javier—. Por cierto, ¿seguro que no quieres ir a ver a la reina antes de irte y que te dé un marquesado o dos? Le has salvado la vida.

—Soy feliz con lo que tengo.

—Qué poco aprovechado eres —suspiró, y, tras decirnos adiós con la mano, él y Marcos nos dejaron a solas.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Camila, mientras se tumbaba a mi lado y recostaba su cabeza en mi pecho.

—Enorme.

Me eché a reír.

—Yo creo que estás igual de hermosa que siempre.

—¿Seguro que el disparo no te ha afectado la vista?

Le toqué la punta de la nariz con un dedo y le saqué la lengua.

—No seas tonta.

Camila sonrió divertida.

—No me puedo creer que mañana, a estas horas, vayamos a estar de camino a Málaga para coger un barco a Cuba.

—Ni yo. Pero estaremos juntos y sé que todo irá bien.

Ella asintió y me besó en la mejilla.

—¿Estarás bien sabiendo que nos vamos y tus padres se quedan aquí? —le pregunté—. Has estado mucho tiempo sin ellos y... no sé. Podemos retrasar el viaje si quieres.

Al final, lo de Lázaro no había sido un farol. Él pretendía a Camila desde hacía tiempo, y sus padres le habían negado su mano dos veces. Lázaro los citó un día en el castillo y terminó encerrándolos en el laberinto. Más tarde los sacó de allí, y los encerró en su finca. Gracias a que Antonella les confesó a Javier y Marcos dónde se encontraban, pudieron dar con ellos. El regreso de los Ariza fue sonado. Su caso apareció en toda la prensa y se hablaba de ellos por doquier. La gente contaba que habían estado perdidos en algún lugar remoto y que habían logrado sobrevivir a duras penas. La verdad era otra, pero nadie más la sabía.

—Me cuesta hacerme a la idea de que estén bien, Nicolás. Pensé que los había perdido para siempre y a ratos tengo la sensación de que sea un sueño.

—Lo sé, por eso insisto en retrasar el viaje.

—No. Tenemos que marcharnos. Ya lo sabes. Ellos vendrán a vernos en cuanto puedan. Después de estar más de un año encerrados en la bodega de la finca, no pongo en duda que quieran recorrer medio mundo, incluido Cuba —dijo tranquilizándome—. De todas formas, mañana desayunamos con ellos antes de irnos, y volveré a recordarles que tienen un viaje pendiente en cuanto se asienten.

—¿Estás segura?

—Del todo. Lázaro está en Madrid y, aunque tú preserves tu identidad, corremos peligro —suspiró—. ¿Sabes lo que más me irrita? No poder hacer nada. Que después de todo, ese ser tan mezquino vaya a salir impune.

—Tus padres han hablado con buenos abogados, Camila, y no quedan pruebas de nada de lo que pasó. Es como si lo hubieran borrado todo. Como si nada hubiera existido. Ni siquiera de ese laberinto en el que estuvimos queda rastro ya.

—Y pensar que ellos también estuvieron en ese lugar y que mi madre dejó allí su collar para dejar un rastro por si... —Se le quebró la voz y yo la estreché entre mis brazos para calmarla, mas en su mente había una pregunta que no la dejaba estar tranquila y que formuló—: ¿Por qué los sacó de allí? ¿Por qué no los mató?

—No lo sé. Supongo que quizá, de haberlos dejado en el sótano, algún miembro de esa locura enfermiza que es los Hijos de Aisón los habría matado, y él esperaba usarlos como moneda de cambio por tu amor, si tu tío no accedía. O incluso... —Me detuve, sopesando la posibilidad de que hubiera usado aquella baza con su tío. Camila me miró con gesto interrogante y le hice saber mis sospechas.

—Es posible —dijo—. De Lázaro me lo creo todo.

—De todas formas, mi amor, puede que pienses que ha quedado impune, pero no ha salido indemne. El regreso de tus padres supone que tu herencia será revocada y las propiedades han regresado a ellos. Este palacio, por suerte, vuelve a ser de tu familia.

Ella asintió, mirando a su alrededor con gesto feliz.

—Y hay otra cosa que ha perdido y que de seguro le duele mucho más: tú ya no eres su esposa. Dentro de un tiempo será como si nunca hubiera existido.

Los padres de Camila también conocían gente muy influyente y algunos de ellos estaban cerca de los altos círculos eclesiásticos. Alegando que Lázaro pasaba más horas en la casa de la Coral que en la suya, de seguro conseguirían anular el matrimonio. Camila pronto sería libre. Un día recibimos una carta de él diciendo que, habiendo muerto yo y sabiéndola sola con un hijo bastardo, le bastaba para sentirse satisfecho. Al final, Javier había acertado al sugerir que fingiéramos mi muerte cuando supo que Lázaro seguía con vida. «De otra forma nunca os dejará en paz», alegó. Y de seguro no se equivocaba.

—Hay algo que quiero contarte —dijo, con gesto serio.

La miré ceñudo, preocupado al ver así su semblante.

—¿Qué ocurre?

—Aunque no hubieran alegado ese asunto de las casas de citas... Mi matrimonio con Lázaro nunca se consumó.

En ese momento, el primer encuentro entre Camila y yo vino a mi cabeza. Me sentí confuso, culpable, afortunado. Había una marea de sensaciones en mí que bailaban unas sobre otras. Me pregunté cómo es que Lázaro no había hecho tal cosa, siendo tal su obsesión con Camila, y mi cerebro llegó a sacar conclusiones que implicaban a los Hijos de Aisón que, por terribles, no me atrevería a formular en voz alta jamás. Tal vez la querían virgen para ese ritual.

—Tú... eras... —Casi no me salían las palabras—. ¿Era la primera vez que estabas con un hombre?

—Sí —contestó, y en sus mejillas se dibujó cierto rubor—. Eres el primer y único hombre con el que he estado.

—Pero... tenías que haberlo dicho. Podríamos haberte librado de Lázaro mucho antes.

—Temí que sus influencias pudieran más que mi palabra y que nadie lo creyera.

Teniendo en cuenta las circunstancias y por todo lo que Lázaro nos había hecho pasar, comprendí sus reticencias. No obstante, y aunque por esa parte lo viera normal, pensé que, de haberlo sabido, habría afrontado nuestro primer encuentro de otra forma.

—De haberlo sabido, habría sido más...

—¿Más perfecto de lo que fuiste? —dijo con dulzura, poniendo un dedo en mis labios para que callase—. Sospecho que eso es imposible.

Eso me hizo sonreír. Recordé aquella noche juntos y suspiré. Me sentí extrañado ante la idea de haberle hecho daño y pensé en que no había percibido falta alguna de experiencia por su parte. Ella se había entregado a mí sin miedo alguno, sin reticencias. Parecía como si lleváramos juntos toda la vida; como si su cuerpo y el mío estuvieran hechos para amarse. Nos besamos y, tras el beso, le hice saber lo que pensaba y ella me habló sin rodeos.

—Solo me dejé llevar por lo que sentía y fue algo natural entre nosotros. Inherente a nuestros cuerpos y nuestras almas —dijo—. De haberte dicho que nunca había estado con nadie tú habrías actuado distinto y yo quería que fueras tú. Que me tomaras con toda tu pasión.

—Te habría tomado con toda mi pasión igualmente, solo que...

—Está bien así. —Besó mis labios para callarme—. Y gracias a eso descubrí que tus sentimientos por mí eran más fuertes de lo que imaginaba. Tú no tenías la certeza de que la vida que llevo en mi vientre viniera de ti y aun así aceptaste amarlo como si lo fuese, sin hacer preguntas. Y solo por eso, Nicolás Castro, te quise más todavía.

—Nunca te habría hecho esa pregunta. Nunca habría dudado de ti. El hijo, aunque fuera de él, seguiría siendo mío. Porque yo seré su padre, pase lo pase.

Ella me abrazó con fuerza y después suspiró.

—Gracias —dijo.

—A ti, por dejarme quererte. Por hacerme partícipe de la mayor de las fortunas.

Nos besamos y hubo un breve silencio entre nosotros, en el que Camila pareció pensativa.

—No sé si me acostumbraré a llamarte Gabriel —dijo después.

—Ni yo. Cuando estemos solos puedes llamarme Nicolás si quieres.

Besó mi cuello y ascendió con sus besos hasta mi oído, una vez allí, susurró:

—Nicolás.

—Sobre todo si me lo dices de esa manera.

Y se inclinó sobre mí, mientras me besaba las mejillas y los labios, en dirección hacia la otra oreja.

—Nicolás. —Tomó mi lóbulo despacio entre sus dientes y emitió un gemido que me estremeció. Después deslizó su lengua por mi cuello hasta llegar a mi barbilla y alcanzar mi boca. La apreté contra mí y suspiré.

—Haces que pierda la cabeza. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió con una sonrisa pícaro y mordió mi labio inferior.

—Lo sé, Nicolás.

—Si dices otra vez mi nombre te haré el amor hasta que llegue la amanecida.

Besó mis labios y se separó un poco de mí para mirarme. En sus ojos de hada leí una pasión incontrolable. Una pasión que no la dejaba vivir si no era conmigo. Una pasión que hacía de su cuerpo y el mío nube y tormenta. Inherentes. Inseparables. Una pasión que era como el galopar de un caballo contra el viento. Se acercó de nuevo a mi oído y supe que diría mi nombre. No diré que no lo ansiaba.

—Nicolás —musitó.

Y le hice el amor hasta que el alba despuntó entre los tejados de Madrid y el sol se coló entre los cortinajes del dormitorio. Tal vez sería la última vez que la ciudad nos vería amarnos, pero estaba seguro de que no nos olvidaría. Nunca fue testigo de un amor como el nuestro.

Epílogo

Málaga, 2 de junio de 1847

Javier se secó la frente con su pañuelo. Aquel día, el aire de Málaga estaba caliente como una hornilla, y ni siquiera el paseo vespertino por las inmediaciones del mar aliviaba el trance.

Victoria y Camila caminaban delante de nosotros, ataviadas con sus elegantes vestidos y con unas sombrillas blancas de encaje, a juego, que las hacía parecer hermanas. Eran buenas amigas y eso me hacía muy feliz. A pocos pasos de ellas estaban Carmen y la doncella de Victoria, así como Rafael y Mina, su esposa, que paseaban del brazo y charlaban entre ellos de sus asuntos. Las muchachas que estaban a cargo de los pequeños Bárbara y Elías los llevaban de la mano a unos pasos de sus tíos.

—¿Cómo dices que llaman a este calor? —preguntó Javier, que caminaba a la izquierda de Marcos—. La última vez que estuve aquí contigo no recuerdo que hiciera tanto.

—Terral —le contesté.

—Pues me cago en su padre.

Marcos y yo nos echamos a reír.

—Espero que en Cuba no haga tanto calor.

Cuando dijo aquello, los dos miramos a Javier alzando las cejas.

—Tú sabes dónde está Cuba, ¿verdad? —pregunté.

—Claro que lo sé. Es que ya no puedo ni pensar de lo que se me pegan las ropas al cuerpo. —Javier se quitó la levita y se la echó al hombro—. Qué alivio, por Dios.

—¿Y el decoro? —le dijo Marcos con gesto de broma.

—Marquitos. —Lo miró muy serio—. El decoro se quitaría también la levita si estuviera pasando estas fatigas.

Al punto se echaron los dos a reír y, de repente, se callaron. Vi que miraban al frente algo embobados. Pronto entendí que era culpa de Elías, que, con su elegante uniforme, apareció por la playa montado a caballo junto a un compañero.

—Buenas tardes tengan —nos saludó—. Señoras. —Se llevó la mano al sombrero y le dirigió un guiño a su esposa—. Confío en que estén disfrutando del paseo.

—Ahora más que antes —le dijo Victoria, zalamera.

Él y su compañero se echaron a reír. Vi que este último miraba con algo de interés a Camila. No me enfadé. Lo raro sería que no la hubiera mirado. Era hermosa hasta decir basta. Y era mi esposa. Nos habíamos casado en la parroquia de don Beltrán, allí en Despeñaperros. Él no habría puesto impedimentos a celebrar mi boda, sea cuales fueren las circunstancias.

Marcos miró a los guardias de arriba abajo y se hizo aire con la mano. No. El terral no era el culpable de su calor. Era cosa más bien del uniforme de Elías y su compañero.

—¿Crees que si finjo estar en peligro vendrá a salvarme? —murmuré.

—Si dices eso no vas a tener que fingir estar en peligro —le dijo Javier.

—¿Dónde se compran esos uniformes? —soltó el otro, con gesto pícaro—. Estarías muy guapo con uno.

Javier respondió a su lisonja con una sonrisa que encerraba un beso.

Reí feliz al verlos tan contentos.

Nuestro barco partía al día siguiente y empezábamos una nueva aventura. Era maravilloso saber que en ella no estaba solo, pues tenía todas esas cosas que el dinero no puede comprar. El amor de verdad, los amigos para toda la

vida. Mi felicidad era tan plena que casi podía rozarla con las manos. Guiado por un impulso incontrolable, eché a andar y cogí a Camila en brazos. Ella no se lo esperaba y soltó un grito de asombro. La sombrilla salió volando de sus manos y el viento la alejó, como la vida había alejado nuestros miedos y tribulaciones. Como alejó el paraguas aquella noche en la que decidimos que nos iríamos juntos dejando todo atrás. Oí las risas y los gritos de sorpresa de mis amigos, que decían que si me había vuelto loco. Riéndome yo también, seguí corriendo con ella en brazos sobre la arena de la playa. Pesaba algo más que aquellas primeras veces que la cogí. Y era normal. Había vida en su ser. Una vida que era la suya y la mía. Que había sido creada con un amor tan inmenso e indómito como el mar frente a nosotros. Una vida que, si todo salía bien, vendría al mundo para diciembre.

Llegué con ella a la orilla. El mar estaba en calma y era como un espejo libre de olas.

—¡¡Nicolás!! —Se reía a carcajadas—. ¡¡No irás a meterte en el agua!!

—No sé si sabes nadar.

—Pues claro que sé nadar —se quejó ella—. A ver si quien no sabe eres tú.

Me reí. Su cara cuando se enfurruñaba era bastante graciosa.

—No voy a meterme en el agua contigo, Camila.

—¿Y entonces qué te ha dado?

—Quería tenerte para mí solo.

—¿Para qué?

—Para decirte que te amo. Que eres mi sol, mi luna y mis estrellas. Y para hacerte una pregunta.

Me miró intrigada.

—¿Qué pregunta?

—¿Sabes si hay monos en Cuba?

Se echó a reír, y su alegría me llenó el alma. Con una sonrisa en mis labios los posé sobre los suyos, acariciándolos con suavidad. Y ese beso que fue suave se tornó apasionado, con su boca y la mía ardiendo una vez más. Y es que había algo que Camila y yo no podíamos controlar: el fuego que sentíamos al tenernos cerca. Éramos como el mar y la orilla, inseparables, hechos para tocarse una y otra vez, hasta el final de los días. Como el Lince y el Clavel de su historia: destinados a amarse por toda la eternidad.

FIN

Nota de la autora

Gracias por haber sido partícipe de esta aventura. Espero que haya disfrutado mucho con ella. Soy una enamorada del siglo XIX y disfruto muchísimo leyendo cosas sobre él. Por ello, tratándose de un romance histórico, he llevado a cabo un proceso de documentación para tratar de adaptarla lo más posible a la época y ser leal a esta en la medida de lo posible. No obstante, algunos hechos, datos y formas de proceder han podido ser cambiados o adaptados en pos de la narración. Si quiere saber más sobre la novela y encontrar algunas curiosidades puede visitar:

<https://zaharacordautora.dbook.es/novela/el-lince-y-el-clavel/>

Entre otras cosas encontrará las ilustraciones de algunos de los personajes, realizados por la artista Yllia de Xiloscient.

He creado una lista en Spotify y en YouTube que me acompañó durante el proceso de escritura de la novela, con canciones que llenaron mi alma y que habrían llenado la de los personajes de haberlas escuchado. Gracias a cada uno de los artistas que la conforman por servirme de inspiración.

Spotify: <https://open.spotify.com/playlist/4mIGedWnjubSj9Wn7PNZqV?si=7f7c8ba736384486> YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=lvfyf7R8NVg&list=PLmRjQc8N7c9G90zGrUy1ALt-0b9MmPlz6>

Agradecimientos

A todas aquellas personas que le han dado una oportunidad a esta historia y a las que, día a día, apoyan mi trabajo. Gracias, de corazón.

Una vez más, a Lola Gude y a todo el equipo de Selecta, por darme la ocasión de dar a conocer mis historias y por hacer mis sueños realidad. En esta casa tan grande, una se siente que pertenece a ella como si fuera su familia, y eso es precioso. Gracias también a mi querida correctora, a diseño, maquetación, y en definitiva a todos los que han contribuido para que esto sea una realidad. Un fuerte abrazo.

Somos Selecta y lo seremos siempre.

A mis lectoras cero: Jesica, Lourdes, Marta, Miriam, Laura, Cristina, Carmen, Isabel, Yaiza, Alys y Laura. Ellas me animaron a escribir la historia de Nicolás y a darle una oportunidad para ser feliz. Me ayudaron a darle nombre a la serie y a la protagonista. Gracias cada día por apoyarme, por todas las risas y por la oportunidad de disfrutar de las historias de unas y otras. A Carmen, por hacerme imaginar para esta historia grandes palacios en Madrid y asuntos turbios con el éter. A Darío y Jesica por su ayuda con la revisión final.

A Aitor Polo Martín, el amor de mi vida. Porque su forma de amarme es mi inspiración. A mi madre, donde esté. Sé que puedes leerme y espero que sonrías. Lo hago todo por ti, para que estés orgullosa de mí. A mi familia y a mis hermanos por su apoyo en este camino. Os querré siempre.

A Paula, Cris, Mari, Jesi, los dos Antonios, Chris, Maya y Andrea. Muchas gracias por asistir a los gabinetes de crisis y a mis correcciones de este proyecto. Por regañarme cuando me iba tarde a la cama, por aguantar los miles de gifs de mi muso y, sobre todo, por hacerme feliz y regalarme vuestra compañía. Larga vida al Gremio de Escritores de Ardacia y de la Contorná.

A Teresa Germiñas que, por mediación de Maya, me ayudó con las traducciones al italiano, y a Paula, que me ayudó con el gallego.

En las cuestiones legales he tenido la inestimable ayuda de Carlos M.P., Paula Soto, Darío M. Urdiales y David Vicente Lara. Sin ellos me habría quedado estancada en búsquedas infructíferas y asuntos complejos que me son extraños. Muchísimas gracias por vuestra ayuda y por sacarme de ese pantano entre los Códigos Penales de 1822 y 1848.

A la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, pues sin el acceso a sus archivos la labor de investigación habría sido más complicada.

A la ciudad de Madrid, por servirme como inspiración y ser escenario de la novela. A su brillante Museo del Romanticismo, al Museo del Traje, al Museo Arqueológico Nacional, a sus muchos rincones decimonónicos y sus lugares más castizos, impregnados de grandes historias. Gracias también a las muchas páginas oficiales de la Comunidad y del Estado que me han servido como consulta; al Cementerio Sacramental de San Isidro de Madrid por resolver mi duda con tanta diligencia y presteza, y al blog y canal de divulgación en YouTube *Antiguos Cafés de Madrid*, del que he podido aprender muchas cosas y que me sirvió en mis pesquisas acerca del Madrid de la época.

Fuentes de documentación

Soy una enamorada del siglo XIX y disfruto muchísimo leyendo cosas sobre él. Por ello, tratándose de un romance histórico, he llevado a cabo un proceso de documentación para tratar de adaptarlo lo más posible a la época y ser leal a esta en la medida de lo posible. No obstante, algunos hechos han podido ser cambiados o adaptados en pos de la narración. Las fuentes consultadas han sido las siguientes:

Albarracín Teulón, A., *Diego de Argumosa y Obregón, cirujano español del siglo XIX*. XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, Madrid, 1956.

Aleixandre, M. (2021, 11 de enero). *Emilia Pardo Bazán, feminismos y dobles varas de medir*. infoLibre.es.

Álvarez Sierra, J., *Los Médicos Españoles en el siglo XIX*, La Medicina Ibera.

Anton Oneca, José. *El Código penal de 1848 y D. Joaquín Francisco Pacheco*. Dialnet.

Anton Oneca, José. *Historia del Código Penal de 1822*. Dialnet.

Aranda Mendíaz, Manuel. (2008). *La mujer en la España del Antiguo Régimen: Historia de género y fuentes jurídicas*.

Bermejo Cabrero, José Luis. *Sobre la entrada en vigor del Código Penal de 1822*. Anuario de historia del derecho español, N° 66, 1996, pp.967-972. Dialnet.

Arcaza García, Luis Alfonso. (2008). *Las heridas de guerra y las infecciones durante los sitios de Zaragoza*. Instituto Fernando el Católico. Diputación Provincial de Zaragoza.

Armas, P. M.. *Exclusiones post mortem. Esclavitud, suicidio y derecho de sepultura*. En *Dirāsāt Hispānicas, Revista Tunecina de Estudios Hispánicos*, año 2015, n.º 2. Dialnet.

Baró Pazos, Juan. *El derecho penal español en el vacío entre dos códigos (1822-1848)*. Dialnet.

Barreiro, Jorge. *Enseñanza de la Anatomía en la Facultad de Santiago*.

Bazán, E. P., Parreño, I., & Hernández, J. M. (2013). «Miquiño mío». *Cartas a Galdós (Noema)* (1.ª ed.). Turner.

Bertomeu Sánchez, José Ramón; García Belmar, Antonio. *Los libros de texto de química destinados a estudiantes de medicina y cirugía en España (1788-1845)*.

Biblioteca - Real Academia Nacional de Medicina. (2021, 22 de abril). Biblioteca de la Real Academia Nacional de Medicina. <https://www.ranm.es/biblioteca.html>

Boscasa, Lorenzo. *Tratado de anatomía general, descriptiva y topográfica: Primera parte del tomo I* (1844). Librería de los Señores, Viuda e Hijos de D. Antonio Calleja. Google Books.

Casa Lhardy. (2017, 10 de abril). *Historia. Restaurante Lhardy*. <https://lhardy.com/historia/>

Carvajal, L. E. O., Magro, A. B., & Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Historia.

Contemporánea. (1986). *Madrid en la sociedad del siglo XIX: La ciudad y su entorno. Madrid, centro de poder político. Poder económico y élites locales*. Fondo de Cultura Económica. Dialnet.

Cervantes, B. V. M. (2021). *Sonetos / William Shakespeare; edición de Ramón García González*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Colaboradores de Wikipedia. (2020, 12 de octubre). *Diego de Argumosa*. Wikipedia, la enciclopedia libre. https://es.wikipedia.org/wiki/Diego_de_Argumosa

Colaboradores de Wikipedia. (2021a, 18 de marzo). *Ángel La Riva*. Wikipedia, la enciclopedia libre. https://es.wikipedia.org/wiki/%C3%81ngel_La_Riva

Colaboradores de Wikipedia. (2021b, 29 de marzo). *Manuel Bretón de los Herreros*. Wikipedia, la enciclopedia libre. https://es.wikipedia.org/wiki/Manuel_Bret%C3%B3n_de_los_Herreros

- Constitución de 1845 - Congreso de los Diputados.* (2020). Congreso de los Diputados.
- Cortés de Haro, Ramón María. *Primeras marcas en el correo de la capital de España.* Real Academia Hispánica de Filatelia e Historia Postal.
- Collantes de Terán de la Hera, María José. (2013) *Algunas consideraciones sobre el delito de adulterio: un proceso de finales del siglo XVIII.* Dialnet.
- Checa Olmos, Francisco; Fernández Soto, Concepción. *Adulterio femenino, divorcio y honor en la escena decimonónica española. El debate social en la recepción de El nudo gordiano, de Eugenio.*
- De la Figuera Von Wichmann, Enrique. *Las enfermedades más frecuentes a principios del siglo XIX y sus tratamientos.* Institución Fernando el Católico. Diputación Provincial de Zaragoza.
- De Mesonero Romanos, Ramón. *El antiguo Madrid: paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa.* Cervantes Virtual.
- Díaz Alcaraz, Francisco; Moratalla Isasi, Silvia. (2008). *La segunda enseñanza hasta la dictadura de Primo de Rivera.* Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete. Dialnet.
- Díaz de Escovar, N. (1903). *Las Epidemias de Málaga. Apuntes Históricos.* http://bibliotecavirtual.malaga.es/es/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=1101938
- Diego Argumosa y Obregón (1792–1865).* (2021). HistoriadelaMedicina.org
- García Barrios, Clara; Mejías Rodríguez Idania; Castillo del Río, Marieta. *Origen e historia de la disección anatómica.* Scielo.
- Murillo-Godínez, Guillermo. *Breve historia de la transfusión sanguínea,* Revista de hematología.
- Novella, Enric J. *La medicina de las pasiones en la España del siglo XIX.* Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CSIC), Madrid. Scielo.
- Sellés (1842-1926) *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares,* vol. LXIX, n.º 1, pp. 155-169, enero-junio 2014.
- Soto Caba, Victoria. *El jardín madrileño en el siglo XIX: Propuesta y Realidad.*
- II simposium sobre instalaciones y entorno de una sala de disección moderna.* Universidad Complutense de Madrid (2015). Sociedad anatómica.
- Prensa consultada en la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica:
- El Español,* 3 de febrero de 1847.
- El Español,* 5 de marzo de 1847.
- El Español,* 7 de marzo de 1847.
- Gaceta de Madrid,* miércoles 16 de octubre de 1844.
- Gaceta de Madrid,* 29 de febrero de 1845.
- Gaceta de Madrid,* suplemento del 23 de mayo de 1845.
- Diario constitucional de Palma de Mallorca,* martes 18 de mayo de 1847, Número 48.
- El clamor público, periódico del partido liberal.* Jueves 18 de marzo de 1847, Número 872. *Boletín de Instrucción Pública,* 1847.
- El significado de las hortensias.* (2020, 22 de diciembre). Flores preservadas. Verdissimo.
- Esteban, L. D. L. (1996). *Tertulias románticas y modernistas en el Madrid castizo.* Dialnet.
- Eusebio Asquerino García. (2020). *Biografías.* Real Academia de la Historia.
- Félix Samper. (2021). *Biografías.* Real Academia de la Historia.
- Fernández de Alarcón, Belén (2015). *Vida cotidiana de la mujer en la burguesía en tiempos de Isabel II y finales del XIX.* Editorial Dykinson S.L.
- Fernández Vargas, Valentina (Directora del Proyecto). *El Madrid de las mujeres avances hacia la visibilidad [1833-1931].* Comunidad de Madrid, 2007. Dialnet.
- Gaceta médica,* Año 3, 30 de marzo de 1847. *Periódico de Medicina, Cirugía y Farmacia Oficial del Instituto médico de emulación.* Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

- Galería de románticos olvidados: Félix Samper, historia de un diamantista.* (2017). Calameo.com
- Gérvas, Juan; Pérez-Pascual, María (2009) *El cabás del médico rural. Un estudio empírico. Vol. 106, Núm. 2.* Gaceta Médica de Bilbao.
- Gregorio Sáez de Montagut, J. D. (2017). *El duelo en el siglo XIX: del Código de honor al Código penal.* Repositorio Comillas. Universidad Pontificia de Comillas.
- Goitia Cruz, A. *Transformaciones urbanas en torno a las reales puertas de la Villa de Madrid (1656-1860).* [Doctoral dissertation, ETS Arquitectura (UPM)]. Archivo Digital Universidad Politécnica de Madrid.
- Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España. (1847, 23 de junio). *El Eco del comercio. n.º 1.449, (4 páginas).*
- Ilustre Colegio de Médicos de Madrid - EL COLEGIO - Historia - Resumen.* (2020, 20 de abril). Ilustre Colegio de Médicos de Madrid.
- Iñesta Pastor, Emilia (2021). *El Código Penal Español de 1848.* Editorial Tirant lo Blanch. Fondo de la Biblioteca de Ciencias Jurídico-Sociales de la Universidad de Oviedo.
- Jiménez, A. (2014, 12 de diciembre). *El Duelo de Carabanchel, dos primos que se retaron para demostrar su honor.* RTVE.es.
- La introducción y el desarrollo del higienismo en España durante el siglo XIX. Precursores, continuadores y marco legal de un proyecto científico y social.* (1999, 15 de octubre). Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales.
- Lorenz Heister (1750). *Instituciones Quirúrgicas y cirugía completa universal*, por Don Miguel Francisco Rodríguez. Google Books.
- López Rey, Óscar. *El Código Penal de 1822: publicación, vigencia y aplicación. En memoria del Prof. Dr. D. José Ramón Casabó Ruiz en el 50 aniversario de su doctorado.* Universidad de Castilla-La Mancha.
- M. (2021a, 22 de abril). *El café de Francia y el Café de París del Pasaje Matheu.* Blog Antiguos Cafés de Madrid.
- M. (2021b, 22 de abril). *El Pasaje del Iris y el Café de Madrid.* Blog Antiguos Cafés de Madrid.
- Madrid, R. (2021, 2 de abril). *Duelos a pistola.* Revive Madrid.
- Marrón-Peña, Manuel. *Historia de la anestesiología*, vol. 40. n.º 3 julio-septiembre 2017, pp. 233-238. *Historia de la transfusión sanguínea.* Acad.
- Memoria de Madrid*, Biblioteca Digital Memoria de Madrid.
- Mederos Martín, Alfredo. *Análisis de una decadencia. La arqueología española del siglo XIX. I. El impulso isabelino (1830-1867).* Cuadernos de prehistoria y arqueología, ISSN 0211-1608, n.º 36, 2010, págs.159-216. Dialnet.
- Merchán Aparicio, C. (2017) *Algunos aspectos del derecho penal histórico español.* Vergentis, n.º 4, pp. 107-133.
- Mujeres emprendedoras entre los siglos XVI y XIX.* Madrid, 201. Dialnet.
- Museo Arqueológico Nacional. Pieza del mes. Ciclo 1999-2000 Creencias, símbolos y ritos religiosos: *Teseo y el minotauro en la Copa de Aisón.* Por Margarita Moreno Conde e Isabel Izquierdo Peraile, Sala 15, vit. 12 (abril, 2000).
- Museo Nacional del Romanticismo y Museo del Traje. *La moda masculina durante el siglo XIX. La Moda Romántica, una muestra sobre los usos sociales de la moda en el siglo XIX.* Ministerio de Educación, Cultura y Deporte: Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales y de Archivos y Bibliotecas. Subdirección General de Museos Estatales. Gobierno de España.
- Costa Carballo, Carlos Manuel. *Otros materiales utilizados para la enseñanza de la medicina en el Real Colegio de Cirugía de San Carlos de Madrid (1788-1826).* Escuela Universitaria de Biblioteconomía y Documentación, U.C.M.
- Pena González, Pablo. *Indumentaria en España: el periodo isabelino (1830-1868)* Indumenta: Revista del

Museo del Traje, ISSN 1888-4555, ISSN-e 2660-8332, n.º 0, 2007, pp. 95-106. Dialnet.

Pérez Cortés, Sergio. *La ofensa, el mentís y el duelo de honor*. Revista internacional de filosofía política, n.º 8, 1996, pp.107-119. Dialnet.

Plata «Lépine» - Bolsillo. (2021). Relojería German.

Raya, C. J. D. (2021). *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XIX*. Ediciones la Librería.

Ríos, S. (2019, 5 de mayo). *La reina Isabel II sufre un atentado en la calle Alcalá*. Madridiario.

Ruiz-Berdún, Dolores. *La enseñanza de la obstetricia en el Real Colegio de Cirugía de San Carlos: la cátedra de partos*. Medicina e historia, revista de estudios históricos de las ciencias de la salud. Quinta época. Biblioteca Digital Universidad de Alcalá de Henares.

Sainz Guerra, Juan. *La evolución del derecho penal en España* (2004). Universidad de Jaén. Fondo de la Biblioteca de Ciencias Jurídico-Sociales de la Universidad de Oviedo.

Saiz Carrero, A. *Real Colegio de Cirugía de San Carlos*. Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Madrid.

Sánchez, Raquel. *El duelo es una necesidad de los tiempos presentes: opiniones sobre el carácter civilizador del duelo en la España del siglo XIX*. Memoria y Civilización, Anuario de Historia. Revista del departamento de Historia, Historia del Arte y Geografía Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Navarra. Dialnet.

Sánchez, Raquel. *Derechos en conflicto: honor, libertad de expresión y vida cotidiana en la España del siglo XIX*. Universidad Complutense de Madrid, Dialnet.

Sociedad de Jurisconsultos, parte Española III (1863). *Colección de las causas más célebres e interesantes de los mejores modelos de alegatos, acusaciones fiscales, interrogatorios y las más elocuentes defensas en lo civil y criminal del foro español, francés e inglés. Causa Criminal seguida contra D. Angel de la Riva, Abogado, vecino de Madrid, por suponersele autor de los dos tiros de arma de fuego disparados a S.M. la Reina D. Isabel en la calle de Alcalá la tarde del cuatro de mayo del pasado año 1847*, pp. 109-471. Google Books.

Torres González, Begoña. *El cartel taurino como documento antropológico. Publicidad y propaganda para el mantenimiento del «orden público»*. Artigrama, n.º 30, 2015, pp. 29-55.

Vaello Esquerdo, Esperanza. (1976). *Los delitos de adulterio y amancebamiento*. Bosch. Fondo de la Biblioteca de Ciencias Jurídico-Sociales de la Universidad de Oviedo.

Vázquez Astorga, Mónica. *Estampa del Madrid Antiguo: El Café Suizo (1845-1919)*. Universidad de Zaragoza.

Viñao Frago, Antonio. *Del bachillerato de élite a la educación secundaria para todos*. España, Siglo XX. Dialnet.

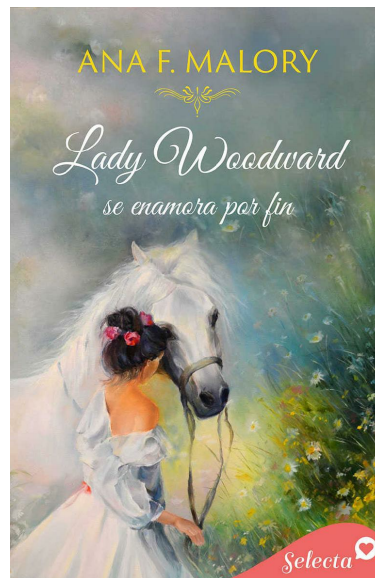
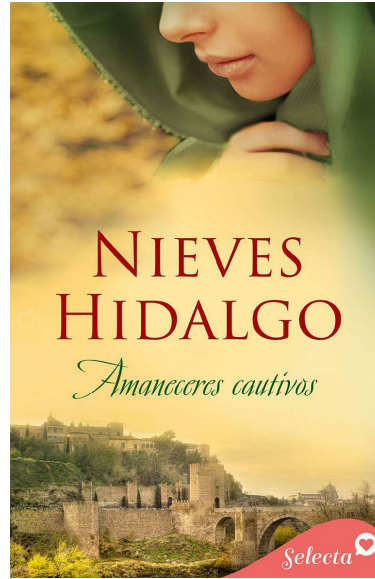
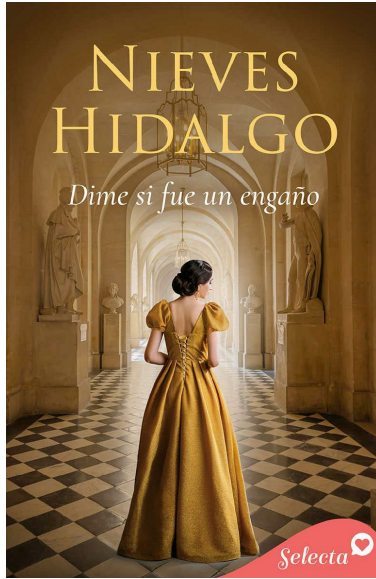
Textos consultados en la Real Academia Nacional de Medicina de España:

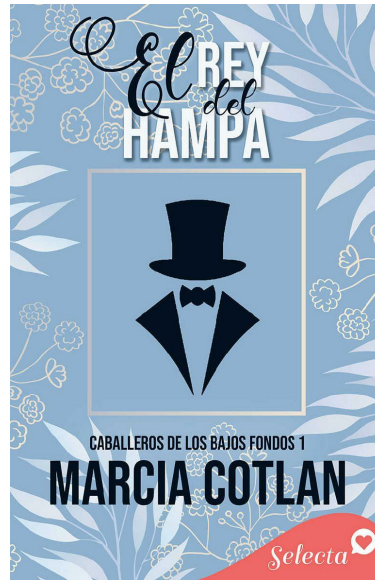
Foix y Gual, Juan Bautista. *Breve reseña del origen, progresos y estado actual de la materia médica/Memoria leída a la Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona en la sesión pública del día 2 de enero de 1846*. «*La Abeja Médica*».

Restaurador Farmacéutico. *Farmacia galénica, farmacia química (1846)*.

Si te ha gustado
El lince y el clavel

puedes disfrutar de estas





«La besé con todas mis ganas. Con todo mi ser. Como si besara también al miedo para espantarlo y solo pensase en la esperanza de los días venideros. En la vida que nos aguardaba tras aquella noche impregnada de sueños»



Hace meses que Nicolás dejó la Venta los Castaños y se marchó a Madrid a estudiar. Cree haber perdido la partida contra el amor y lo ha alejado de sus prioridades, así que pasa sus días entre clases, noches de taberna y tardes de café, junto a su mejor amigo, el joven aristócrata Javier Galí de Rioalto.

Con ocasión de un viaje a Galicia, conoce a Camila de Ariza y Marín, una joven de gran arrojo y fuertes convicciones, que pronto despierta su curiosidad. Aunque cuando se encuentran son dos almas a la deriva en la tempestad de sus vidas, cada palabra, cada gesto, les conmina a acercarse y los ata de forma irrevocable el uno al otro.

Entre ambos surgirá una afinidad innegable; una atracción difícil de evitar y, aun sin pretenderlo, la admiración que Nicolás siente por ella terminará llevándolo, poco a poco, al filo de unos sentimientos que creía dormidos para siempre. Para ella no será distinto. Camila no puede escapar de la mirada azul de Nicolás ni de su forma de tratarla.

Sin embargo, el amor que sienten, por fuerte que sea, no es el único en jugar la partida de sus destinos, pues hay poderes en la sombra dispuestos destruirlos.

«Apenas tenía tiempo para amarla, pero no iba a irme sin hacerlo una última vez. Por si moría, para que quedase un recuerdo más de lo que fuimos. Fuego. Llamas. Incendio. Una fuerza indestructible. El universo en sí mismo».

Zahara C. Ordóñez (Jaén,1983) es una amante de la literatura romántica desde que descubrió a Danielle Steel y a Jane Austen siendo muy joven. Cree en los finales felices, en el amor capaz de superar los obstáculos y en que todo el mundo tiene un Mr. Darcy esperando en algún lugar. Malagueña de adopción, compagina su pasión por la escritura con los paseos junto al mar y los estudios de Historia. No concibe la vida sin música.

Redes sociales:

Twitter: @azaordom

Instagram: zahara.c.o

Facebook: <https://www.facebook.com/zaharac.ordonez.autora>

Email: zahara.c.or@gmail.com



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2021

© 2021, Zahara C. Ordóñez

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock e Istockphoto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18646-03-4

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.




Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

[1] Prenda de vestir femenina que tuvo gran auge en la época. A semeja un gran pañuelo o chal que se lleva sobre el resto de prendas. Termina en dos puntas y posee aperturas para los brazos.

[2] Princesa cretense, hija de Minos y Pasifae. Forma parte del mito del Minotauro y ayuda al héroe Teseo a salir del laberinto.

[3] Reloj plano y sin tapa que debe su nombre al relojero francés Jean-Antoine Lepine (1720-1814)

[4] Expresión coloquial. «Cortar un traje a alguien» o «hacer un traje»: criticar con intensidad a alguien.

[5] Expresión cordobesa. Rastrero, molesto, insufrible.

[6] En su acepción de rabia, enfado o irritación.

[7] En el s. XIX, esta expresión, que en su origen hacía referencia a alguien travieso o pendenciero, se usaba de forma despectiva para referirse a los liberales, librepensadores o progresistas

[8] En la época, partidario de la monarquía absoluta.

[9] Coloquial. Persona atontada o falta de entendimiento.

[10] Coloquial. De «jartá»: mucho.

[11] *Romeo y Julieta*, William Shakespeare.

[12] Coloquial. Ataque de locura.

[13] *Romeo y Julieta*, William Shakespeare.

[14] Contradanza de origen francés que se baila entre dos o más parejas.

[15] Coloquial. Antipático o desagradable.

[16] Nicolás Castro, recuerde mis palabras. Será su perdición. Lo perderá todo por ella. Lo hará precipitarse a la desesperación.

[17] «Soneto 116», William Shakespeare. Versión lírica de Ramón García González. Biblioteca Virtual Cervantes.

[18] Coloquial. «En la casa de».

[19] Inspirado en la pintura *Ariadna en Naxos*, de Evelyn de Morgan.

[20] Nombre dado a los carruajes de forma coloquial.

Índice

El Lince y el Clavel

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Fuentes de documentación

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Zahara C. Ordóñez

Créditos

Notas